

JESÚS CINTORA

CONSPIRACIONES

¿Por qué no gobernó la izquierda?




ESPASA

Índice

Portada

PRÓLOGO

1. ANTECEDENTES. BAJO CONTROL

2. PEDRO NO LLEGA

3. ASALTANDO EL CIELO

4. IZQUIERDA DESUNIDA

5. OPERACIÓN MENINA

6. QUE VIENEN LOS ROJOS

7. MATAR A PEDRO

8. MARIANO, SÉ FUERTE

9. NO QUIEREN A PEDRO EL CRUEL

10. BAJO PRESIÓN

11. PABLO NO QUIERE

12. ACTA DE DEFUNCIÓN

13. ESCOLTI, NEN

14. SINIESTRA

15. EL NACIMIENTO

16. CATENACCIO

17. LA SONRISA DEL DESTINO

18. JAQUE PASTOR

19. NO HAY QUÍMICA

20. MARIANO SE HACE EL MUERTO

21. PIOJOS

22. SE SIENTEN, COÑO

23. ¿SE PUEDE?

24. LA COBRA

25. CUATRO ESQUINITAS

26. A DOS BANDAS

27. CAL VIVA, VÍA MUERTA

28. RUEDAN CABEZAS

29. EL PASEÍLLO

- [30. OPERACIÓN MONTI](#)
 - [31. LA FERIA](#)
 - [32. OPERACIÓN MAQUILLAJE](#)
 - [33. «PACTO DE LOS BOTELLINES»](#)
 - [34. TRIPLE YUGOSLAVO](#)
 - [35. BOLIVARIANOS Y SOCIALDEMÓCRATAS](#)
 - [36. PEDRO, PABLO Y ZP](#)
 - [37. TELEMARIANO](#)
 - [38. MADRID RÍO](#)
 - [39. HOSTIA BÍBLICA](#)
 - [40. PEDRO PIENSA EN ABSTENERSE](#)
 - [41. EL ABRAZO DEL OSO](#)
 - [42. LAS DE CAÍN](#)
 - [43. AUNQUE NO SE LO MEREZCA](#)
 - [44. VOCES AISLADAS](#)
 - [45. DONDE DIJE DIEGO](#)
 - [46. PORTEADORES](#)
 - [47. DESAFÍO](#)
 - [48. NO SÉ DE QUÉ ME HABLA](#)
 - [49. PODEMOS ECHARLO A PERDER](#)
 - [50. A LAS ARMAS](#)
 - [51. PASANDO LISTA](#)
 - [52. EL DÍA D](#)
 - [53. LA ÚNICA AUTORIDAD](#)
 - [54. QUE VIENEN LOS NUESTROS](#)
 - [55. EJECUCIÓN FEDERAL](#)
 - [56. EL ÚNICO ANIMAL QUE AVANZA SIN MOVERSE](#)
- [Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



PRÓLOGO

El año que España vivió buscando un Gobierno, con un Ejecutivo en funciones, se tradujo fundamentalmente en una lucha por el poder en el país, y antes en los partidos. No se entenderá el cúmulo de conspiraciones, presiones, engaños, amenazas y traiciones, si no atendemos al interés de los principales protagonistas por mantener el control de su parcela política.

El PSOE se acuchilló en su disputa interna. No se comprenderá que terminase apoyando al PP, su histórico rival, sin contar la batalla librada por el poder de Ferraz entre *sanchistas*, *susanistas* o auténticos poderes en la sombra, como González o Rubalcaba. No quedó claro, y hay que contarlo, si la guerra estalló más por gobernar con Podemos, por permitir que siguiera Rajoy o por llegar con el mejor cartel al siguiente Congreso Federal, que iba a decidir el liderazgo del partido.

El navajeo político mancilló también a Podemos en mitad de la melé por ver si intentaban un Gobierno alternativo a Rajoy. El partido morado se presentó a las elecciones europeas cargado de ilusiones por alcanzar el poder o, al menos, superar al PSOE, pero a las generales llega ya con algunas heridas entre *pablistas* y *errejonistas* y saldrá con algunos huesos rotos. Hay que aclarar, entre otras cosas, si Iglesias tuvo alguna vez interés por gobernar con los socialistas, si pensó que los hombres fuertes del socialismo le dejarían hacerlo y si esta posibilidad desgarró las relaciones entre Pablo y Errejón.

Rivera también terminó haciendo lo que tantas veces había negado. Ciudadanos fue el primer apoyo de Rajoy. Mariano no traga a Albert, pero el joven político catalán acabó tragando con el presidente al que había desautorizado por la corrupción delante de toda España. Debe aclararse por qué el líder de C's pasó de pactar con Pedro Sánchez en la primera ronda a prometerle que mantendría el acuerdo en la segunda, para terminar intentando arrastrarle a permitir un Gobierno del presidente al que habían denostado.

Rajoy se hizo el muerto para seguir matando. Desde que empezó en política, acaba con todo aquel que intenta quitarle de en medio. Es sibilino. Lo hace como quien no quiere la cosa. Mariano es un *killer* que no se mancha las manos. En otros muchos países, sería ya historia pasada un presidente rodeado de tantos

escándalos corruptos, recortes, subidas de impuestos y otros incumplimientos electorales. Aquí no. Cabe explicar cómo, lejos de morir, consigue dar el mayor golpe de su vida. Existen en Mariano el orgullo de poder irse cuando él quiera, de «dar una lección a estos chicos de la nueva política» y también un importante complejo de Edipo. Rajoy está matando al padre. Quiere superar a Aznar, al político que le nombró y que después ha tratado de humillarle. A estas alturas, Josemari debería saber que Mariano las mata callando. Que no hace abdominales ni corre, pero camina a un ritmo constante y cansino. Como el propio Rajoy dejó escrito en aquellos mensajes del caso Bárcenas, que son toda una declaración de intenciones del *marianismo*: «Al final la vida es resistir y que alguien te ayude». Para imponerse en un año de cruenta intriga política, Mariano aguantó y logró desde un sofá mucho más que sus rivales en un carrusel de reuniones. Públicas y secretas. Eso sí, Rajoy estuvo siempre bastante bien informado. Quizás porque algunos de sus contrincantes tenían al enemigo en casa.

El presidente lo sabe y se mantiene en funciones, sabedor de que, como dijo Jean de la Fontaine, «cualquier poder, si no se basa en la unión, es débil». Un asesino en serie como Mariano huele la sangre de esas debilidades. Así masticó su venganza y así se mantuvo como guardián de las esencias del poder, en una España que veía, casi cuarenta años después de establecerlo, cómo se derrumbaba el bipartidismo.

La crisis política y económica, los escándalos de corrupción, la abdicación de Juan Carlos I o el arrastre de los movimientos indignados no son ajenos a una pugna donde los intereses políticos se mezclan con otros, como los empresariales o los mediáticos. Configuran un conflicto entre unos poderes establecidos y otros que vienen pisando fuerte. Ese choque supone una intriga, una incertidumbre por lo que pueda pasar, que da lugar a múltiples conspiraciones.

1

ANTECEDENTES. BAJO CONTROL

Prácticamente todo el año 2016 transcurre en una situación inédita en la democracia española, que arranca a finales de 2015: al frente del país hay un Gobierno en funciones. Se busca presidente. Es algo no vivido que provoca una gran incertidumbre. Un escenario que viene de atrás, porque previamente ha habido una especie de ensayo. Desde la abdicación de Juan Carlos de Borbón, pesos pesados de la política, la economía y el mundo mediático se preparan para que se produzca una ruptura del tablero que no habíamos conocido durante casi cuatro décadas en España.

El 25 de mayo de 2014, en las elecciones al Parlamento Europeo, se rompe el bipartidismo y emerge con fuerza un nuevo partido político, Podemos. La suma de PP y PSOE baja del 50 % por primera vez en democracia. La tradición de dos partidos fuertes que han acumulado el 80 % de los votos durante treinta y siete años se derrumba hasta el 49,7 % obtenido en estas elecciones. Mientras tanto, una formación con fuerte anclaje en movimientos indignados logra más de 1.200.000 papeletas. No asusta tanto semejante número de votantes como la rapidez de haberlos conseguido en apenas cuatro meses de vida, y las proyecciones que reflejan las encuestas. Se desconoce tanto el techo electoral de Podemos como lo que puede hacer un nuevo partido al que los poderes tradicionales no conocen.

Para más inri, tanto la monarquía como los partidos tradicionales, y los principales empresarios y banqueros del país, son conscientes del desgaste que están suponiendo para el orden establecido la crisis económica y los escándalos de corrupción. Con este panorama, hay ciudadanos que canalizan su indignación entregando cinco escaños a un joven con coleta y, en cuestión de meses o poco más de un año, el país está convocado a elecciones municipales, autonómicas y generales. El escenario es de vértigo.

La abdicación del rey Juan Carlos se produce una semana después del impacto de las europeas. El lunes, 25 de mayo, se comenta el terremoto político y media España se pregunta quién es «el de la coleta». El lunes, 2 de junio, el monarca anuncia su abdicación, aunque hacía tiempo que se venía fraguando. Entre los

conocedores de la que se avecina se encuentran actores históricos de la política española que van a seguir moviendo los hilos, años después, en otros escenarios de gran intriga.

En 2011, Juan Carlos de Borbón decía en círculos íntimos que jamás iba a abdicar. Tenía pensado morir como rey. Pero es en 2014, el año en el que cambia todo, cuando el monarca toma la decisión de hacerlo. En enero, el acto de la Pascua Militar más breve de su reinado muestra a un Borbón con serios problemas para ejercer su papel. Apoyado en dos muletas para moverse, con atril para sujetarse cuando lee, hace un discurso con voz entrecortada. Es su primer acto oficial después de pasar por el quirófano para volver a operarse la cadera. Su caída en el safari a Botsuana, al que viajó con Corinna zu Sayn-Wittgenstein, le ha puesto en el disparadero de una monarquía en horas bajas por el escándalo de la infanta y Urdangarin.

La despedida de Adolfo Suárez, el presidente de la Transición, tras su muerte el 24 de marzo de 2014, coincide con el momento en el que Juan Carlos de Borbón empieza a preparar su salida, y Mariano Rajoy, Felipe González y Rubalcaba serán colaboradores esenciales. Hablamos del presidente del Gobierno, del jefe de la oposición y de un expresidente que tiene línea directa y gran confianza con el monarca. Se trata de una operación política que quieren hacer con esmero. Quieren garantizar que la sucesión del príncipe Felipe se haga sin sobresaltos en un momento políticamente cambiante.

PP y PSOE irán de la mano. Conocen las intenciones del rey, el complejo panorama social y político, y tienen en la cabeza que habrá que elaborar una ley de abdicación y evitar que las voces republicanas adquieran más peso mediático y popular y superen la mera anécdota. Este es el trepidante escenario con el que se afronta una escalada de citas con las urnas y con un poder establecido que sabe que vienen curvas. El final del trayecto es una gran incógnita.

El rey, el príncipe, Felipe, Rajoy y Rubalcaba saben lo que va a pasar y hay aspectos que no dejan al albur de improvisaciones o resultados electorales. Existen elementos suficientes para saber que el monarca se va. Que cuando se anuncie, la valoración de la Corona no será la misma que antes de Nóos, Corinna, las accidentadas cacerías o el relevo generacional en España. Y que la crisis no solo afecta a la Jefatura del Estado, sino que también llega a los partidos políticos, y que lo que digan las urnas es una gran interrogante. Por eso, se asume que habrá una labor vigía por parte de políticos y empresarios considerados como «hombres de Estado».

Así está previsto y así van llegando las sorpresas. Los comicios europeos resultan peor de lo esperado para el bipartidismo. El golpe que reciben PP y PSOE supera las encuestas: los dos partidos tradicionales se dejan más de cinco

millones de votos y treinta puntos respecto a las europeas de 2009. Entonces, lograron el 80 % de los sufragios. Esta vez, el PP se deja 2,6 millones de papeletas, el PSOE 2,5 millones, y toca fondo con el peor resultado de su historia. Hay, además, al menos cuatro factores para ir ensayando el futuro antes de que la Jefatura del Estado o la Presidencia del Gobierno estén «en riesgo»: la fragmentación de lo que se considera la izquierda —que augura, además, futuros intentos de coalición—, el fuerte apoyo juvenil a Podemos, el importante impacto conseguido en los medios y la excesiva concentración de ese empuje en un único líder que se está poniendo de moda: Pablo Iglesias.

Son elementos para trabajar sobre el futuro, pero hay otros más para preocuparse y tenerlos en cuenta. Uno primordial está en Cataluña. Ya en las elecciones europeas se produce un gran aumento de la participación, se moviliza masivamente el soberanismo, pierden peso PP y PSOE y asciende Ciutadans, que ya es también Ciudadanos, encabezado por otro joven: Albert Rivera. El desafío al Estado que supone el proceso independentista es un desequilibrio con el que habrá que lidiar durante no pocos meses. Todos estos factores ayudan a entender lo que va a ocurrir en una España donde dos partidos históricamente antagónicos, PP y PSOE, acabarán apoyándose, tiempo después, para que haya Gobierno.

Pero no todo son casualidades. 2014 es ese año en el que muere el primer banquero de España, Emilio Botín, que, semanas antes, preguntaba en círculos privados cómo era «ese de la coleta». Es el tiempo en el que el presidente del banco Sabadell decía que era necesario «un Podemos de derechas». Son fechas en las que lo viejo se prepara y conspira para amortiguar el impacto de lo nuevo.

La crisis económica está aumentando la desigualdad. La encuesta del CIS recoge que la corrupción alcanza un récord histórico. Gürtel, ERES, Pujol y hasta una infanta que aparece en la televisión y ante un juez como imputada. Aumenta la indignación y hay un partido que amenaza con alcanzar el poder y que aboga por una nueva Transición.

Don Juan Carlos renuncia a sus deseos cuarenta años de reinado. En el PSOE, federaciones decisivas como la andaluza, de Susana Díaz, sabrán que, a pesar del batacazo de las elecciones europeas, Rubalcaba debe seguir un mes y medio más al frente del partido y no hay que desestabilizarle, porque ha sido considerado garante de una delicada operación en la que el cirujano no debe recibir codazos del partido.

A petición de la Casa del Rey, el secretario general del PSOE velará porque en Ferraz, a pesar de las raíces republicanas, ni las Juventudes, ni Izquierda Socialista, ni otros dirigentes discordantes alteren el consenso sobre un proceso que culminará en la coronación de Felipe VI. Se contempla el riesgo de que

tomen peso en la calle las voces que son partidarias de un referéndum para decidir entre monarquía o república. Pero todo se planifica y se estudia para que no haya excesivo ruido.

Entre Rajoy, Rubalcaba y Felipe no habrá problemas. Conocen el escenario de la abdicación antes de que las sucesivas citas con las urnas puedan ofrecer un panorama más complicado. Son lazos decisivos entonces y lo van a seguir siendo después. Son políticos del máximo respeto y consideración para Juan Carlos I y como tal actúan. Además, en el PSOE, es importante que lo haga Susana Díaz. La presidenta ya se mueve entre los círculos de poder como aspirante al liderazgo del Partido Socialista. Ya trabaja para forzar a salir ordenadamente a Rubalcaba después de que el PSOE haya perforado su suelo electoral en las europeas. Susana hace gala de que en Andalucía se mantiene por entonces la hegemonía socialista, pero deberá esperar y no interferir en tiempo de sucesión a la Corona. Felipe y Rubalcaba pilotarán la situación. A ella le llegará su momento.

Así llega el día en el que el rey abdica. Y Pedro Sánchez, Pablo Iglesias y Alberto Garzón coinciden en un programa de la tele. Se trata de *Las mañanas de Cuatro*. Sánchez ha pedido acudir justo en esa jornada con algunos días de antelación. Iglesias y Garzón aparecen de forma improvisada, respondiendo a la llamada del espacio televisivo. Pedro aún no dirige el PSOE, pero son las fechas en las que, sin que se sepa, negocia con Susana, Zapatero y otros pesos pesados del partido para presentarse a candidato en las primarias. Pablo ha dado ya el sobresalto en las urnas y conecta desde Bruselas. Alberto aún no es el líder de Izquierda Unida, pero llegará a serlo. Los tres se enzarzan en un debate entre monarquía o república, no previsto en el guion de una mañana que ya no fue la de un día cualquiera. Los tres tendrán en su mano, años después, formar un Gobierno que dé un giro de temidas proporciones a lo que contemplan los guardianes del orden establecido.

2

PEDRO NO LLEGA

—¡Pablo!

El grito de una joven de unos treinta años se cuela entre las decenas de familiares y amigos que se agolpan en la Terminal 4 de Barajas. Una muchedumbre ha tomado el aeropuerto en Navidad. Los pasajeros que desembarcan procedentes de Bruselas van saliendo escalonadamente por una puerta rodeada por una valla. Frente a ella, se amontonan los que esperan a los viajeros de un vuelo de Iberia, clase turista.

—¡Es el Coletas!

Un señor mayor comenta con su mujer que sí, que es «el de la televisión». Dos guardias civiles vestidos de paisano acompañan al político, que lleva camisa a cuadros, morada y blanca, y se detiene a hacerse un *selfie* con la joven que le ha gritado al verlo aparecer por la puerta.

—¡Dales más caña que sí, se puede!

—¡Pero si es el de Venezuela!

La emoción de la joven morena, de cabello corto, se cruza con el comentario a hurtadillas de un hombre inmenso, de mofletes colorados, que se pierde por una escalera mecánica acompañado de un anciano con muletas. La sala de llegadas está a reventar. Pablo Iglesias porta una pequeña maleta roja y comenta con el personal de seguridad que le espera que hoy tiene «mucha prisa».

Pablo se encuentra con un compañero de partido que ha venido a esperarle y enseguida comienzan a hablar de algunas encuestas de intención de voto que ya están apareciendo. Podemos ganaría unas elecciones generales en España y el presidente del Gobierno sería Iglesias. En lo que dura el trayecto hasta el aparcamiento donde está su coche, hablan de esos sondeos, de la Navidad, del trajín de la semana en Bruselas y de que Pablo está «muy cansado». Desembocan en una zona apenas transitada, se acercan a un vehículo con chófer y el político de la coleta se pierde ante la atenta mirada de algunos escoltas que vigilan su llegada a Madrid.

En el barrio de Chueca, haciendo esquina, en la calle Augusto Figueroa, un

pub de moda acoge la llegada de decenas de periodistas invitados por el PSOE a la copa navideña. Este año, el partido ha cambiado la sala Ramón Rubial, en la sede de Ferraz, por el Válgame Dios. Los que van llegando comentan lo «mono» que está el local y el nuevo aire que tendrá la fiesta, que cumple la tradición de invitar a la prensa en tiempo navideño. Pero es la primera para Pedro Sánchez.

El nuevo secretario general ha cumplido cinco meses al frente del partido y ya vive su propia crisis interna dentro de la formación del puño y la rosa. Susana Díaz acaba de dejar abierta la puerta para sucederle durante un acto en Toledo. Y eso que Sánchez acaba de llegar. Adonde no está llegando es a la fiesta. Su jefa de prensa le llama, pero Pedro no responde.

El coche de Iglesias atraviesa la capital, bajo una suntuosa iluminación navideña de Ben Busche, Purificación García y Victorio & Lucchino. Pablo comenta con el conductor los casi dos millones de euros que ha presupuestado Ana Botella para el despliegue de luces, cadenetas que embellecen los árboles y pantallas luminosas que invitan a vivir «Madrid en Navidad». Las calles más céntricas lucen adornos exclusivos de grandes diseñadores y están a rebosar de gente.

Y Sánchez sigue sin aparecer por el Válgame Dios. Los periodistas preguntan entre bromas dónde está Pedro. Es 2014 y un anuncio de la lotería pasa machaconamente por las televisiones arrancando con un «bajas, le das un abrazo y te vuelves a casa». El líder del PSOE también ha tenido una cita inesperada y está entretenido en algún punto de Madrid. Mientras, los compañeros de su nueva Ejecutiva se hacen fotos, entablan charlas, presentaciones y comienzan un picoteo.

Hace un año, en fechas navideñas como estas, Sánchez estaba por Extremadura, en Don Benito, donde comenzó a «recorrer España» para verse con militantes, pensando en que llegaría a dirigir el Partido Socialista. Hoy, Pedro ya tiene el cargo de líder, pero está en algún lugar de Madrid teniendo un encuentro crucial. Mientras, los periodistas felicitan a su equipo por el «cambio de *look*» de la fiesta y siguen intrigados por dónde se habrá metido Sánchez.

El año ha sido un torbellino. Cuando el PSOE se daba otro batacazo en las elecciones europeas de mayo, Podemos lograba cinco eurodiputados en su estreno ante las urnas y Alfredo Pérez Rubalcaba quedaba contra las cuerdas como líder socialista, todo se confabuló para que Pedro estuviera allí. Para ser el elegido y darle el relevo a Rubalcaba en la Secretaría General. Aunque Susana Díaz fuera la gran aspirante y después valedora del joven Sánchez.

Todo empezó cuando Susana quiso dar el salto a Madrid. Tenía el respaldo de buena parte del PSOE de Andalucía, que es la mayor federación socialista de España, pero un gran escollo: Eduardo Madina. El joven vasco se cargó de un

plumazo las aspiraciones de la trianera. La presidenta andaluza había movido hilos entre barones y pesos pesados del socialismo para que le dejaran el camino libre, cruzar Despeñaperros y hacerse con el puesto que dejaría Pérez Rubalcaba sin que hubiera rivales que compitieran con ella por el cargo.

Así es como Carme Chacón y Patxi López se habían descartado como aspirantes, pero Madina dijo que no, que había que votar: «un militante, un voto». Madina pidió adelantar las primarias a julio o septiembre y así brotó la flor de Pedro. Díaz consideró arriesgado presentarse a esas elecciones internas por la posibilidad de perder frente a Eduardo. Su papel como presidenta andaluza quedaría seriamente dañado si caía derrotada en semejante afrenta.

La Sultana y su círculo comenzaron a moverse. Querían un candidato que frenara el ascenso de Madina. Se trataba de ganar tiempo. De dar con alguien que pudiera ganar la Secretaría General y, después, más adelante, Susana ya se plantearía ser la candidata a La Moncloa. Buscaron a alguien y ese fue Pedro Sánchez Pérez-Castejón, «el chico tan guapo que sale por la tele, que es economista y que parece buena gente».

Así se lo comentaron a la andaluza y así comenzó a fraguarse una relación de amor y odio que persiste en esta noche de Navidad en la que Pedro está desaparecido en combate. Mantiene en vilo a los asistentes a la copa de periodistas. Pasan las horas y el líder sigue sin venir. Algunos comentan si lo habrá llamado el rey, otros que si Rajoy y otros que si le habrá ocurrido algo. Hay compañeros de partido que creen que, sencillamente, ha pasado de venir.

En la recta final de su llegada al liderazgo en política, Pedro conoció al presidente del Congreso, José Bono. El joven diputado se movía por el hemiciclo y pedía consejo en los despachos a pesos pesados como el expresidente de Castilla-La Mancha. Tres exministros de Rodríguez Zapatero, Bono, Blanco y Miguel Sebastián, hicieron gestiones para convencer al expresidente del Gobierno de que Sánchez podía ser el hombre que Susana estaba buscando. Con Blanco y Sebastián, Sánchez había trabajado codo con codo. José Bono hizo una llamada clave para que la «lideresa» andaluza recibiera al joven Pedro en Sevilla.

Cuentan que, cuando Sánchez abandonó el despacho de Díaz, esta habló por teléfono con Bono y le dijo que era muy majo, muy guapo y que le iba a apoyar, pero que creía que se estaban equivocando. El exministro de Defensa tampoco le dio especial importancia a la conversación, porque las dudas y Susana eran compañeras habituales de viaje. Así que tiraron para adelante. A instancias de Rodríguez Zapatero se organizó una cita decisiva para los últimos años de la historia política de España.

Ahora es Navidad, tiempo de paz, de buenos deseos y de regalos, pero Pedro

continúa sin presentarse en la fiesta. Su equipo está preocupado. El pasado junio, sin embargo, llegó puntualmente a la reunión convocada en un hotel al norte de Madrid de la cadena AC del empresario Antonio Catalán. Cuando empezaba la cosecha del cereal en los campos madrileños, varios pesos pesados del socialismo y un joven espigado se encontraron en un recinto hostelero de Pozuelo de Alarcón. Allí se saludó Sánchez con Zapatero y tres barones territoriales de feudos decisivos: Susana Díaz, de Andalucía; Tomás Gómez, de Madrid, y Ximo Puig, de la Comunidad Valenciana. Si Madina tenía el apoyo de Felipe González y de Rubalcaba, estos hombres del AC, con el gran número de militantes que cargaban en sus territorios, podían inclinar definitivamente la balanza en unas elecciones para dirigir el PSOE.

A Pedro Sánchez le ofrecieron apoyarle en las primarias que se iban a celebrar en el partido para elegir al nuevo secretario general. A cambio, una vez que fuera líder del PSOE, debía aplazar su decisión de ser el candidato socialista a La Moncloa. Esperaría hasta después de las elecciones municipales y autonómicas de 2015 y, entonces, ya se vería. No se lo dijeron, pero Pedro comprendió que se trataba de guardarle la silla a Susana y, entretanto, dejar a Madina sin asiento. Después ya se vería si había bicefalia: Sánchez en la Secretaría General y Díaz como candidata a la Presidencia del Gobierno.

Pedro aceptó y también se comprometió a apoyar a Tomás Gómez como líder en Madrid, a pesar de la enemistad que por entonces ya tenían. En ese encuentro, Gómez le dijo a Sánchez: «Te voy a apoyar, aunque sé que me vas a matar» y Susana Díaz comentó a la salida: «Este chico no vale, pero nos vale». Todos salieron felices y creyeron que habían hecho una gran operación política. Caería Rubalcaba, frenarían a Madina como el prometedor aspirante y darían la gran sorpresa con un joven bastante desconocido. Aire fresco, que también se demandaba en el partido, y un buen peón para jugar la partida y que mantuviera el asiento caliente.

Pero algo pasa esta noche, medio año después. Algo ha sucedido para que Pedro dé plantón a la prensa. Algo ocurre para que Zapatero y Bono ya no organicen citas con Sánchez, sino que concierten una reunión con Pablo Iglesias. Es la Navidad del encuentro del Coletas con Errejón, el expresidente del Gobierno y el exministro de Defensa. Es la Navidad en la que Pedro Sánchez Pérez-Castejón no aparece en la fiesta con los periodistas. A Pedro se le ha quedado mal cuerpo. Acaba de quedar con Susana en una cita imprevista y se han prometido ir a muerte. Los dos se han retado en una batalla que se antoja larga y cruenta. Solo quedará uno de los dos. La Sultana ya no ve a aquel joven «majo y guapo» que iba a servirle. Sánchez se ha subido al machito, se le ha rebelado y le ha dicho a la cara que no dejará que le manejen.

3

ASALTANDO EL CIELO

En la Navidad de 2014 Susana Díaz se enfunda un vestido rojo y se va a ver a Rajoy a La Moncloa. La presidenta andaluza se ha imbuido de mujer de Estado, quiere transmitir la imagen de líder consistente y da una rueda de prensa cargada de mensajes en clave nacional. Las palabras «España» o «mi país» se repiten sin cesar en su comparecencia. Susana muestra lo preocupada que está por el desafío soberanista en Cataluña, despacha sin miramientos a Podemos y habla con seguridad de los retos que debe afrontar el PSOE desde la «responsabilidad».

La presidenta, que lleva también su tiempo hilvanando contactos directos con los grandes empresarios del país, manifiesta su respaldo a Mariano en «las grandes cuestiones de Estado». No son fechas casuales. Susana le ha declarado la guerra a Sánchez porque se siente engañada por el líder de su partido, al que aupó. Entre la vieja guardia socialista se comentan los duros enfrentamientos que han tenido Pedro y la Sultana en Madrid, en lugares como la sala de autoridades del aeropuerto de Barajas, con desplantes de uno y otro y con cruce de declaraciones en los medios informativos.

Sánchez lidera el PSOE desde que ganó las primarias el 13 de julio. El apoyo de Susana fue clave para que venciera a Eduardo Madina y a José Antonio Pérez Tapias, pero algo más de dos semanas después, el 2 de agosto, aquel «canijo guapo y casi desconocido» se sintió legitimado por el voto de los militantes y anunció en una entrevista a *El País* que también quería ser candidato a la Presidencia del Gobierno. La periodista Anabel Díez le preguntó si le parecería bien a Susana Díaz. Sánchez respondió: «¡Sí! Tengo una excelente relación con ella».

En el palacio sevillano de San Telmo alguien comentó: «¡Ay, Susana, que al guapito no le vale con ser monaguillo y quiere hacerse obispo!». Así fue. Pedro Sánchez anunció su propósito de ser también aspirante a La Moncloa en su primer discurso ante el Comité Federal del PSOE bajo su mandato. Era 13 de septiembre de 2014 y el golpe en la mesa de «Pedrito» removió los cimientos del socialismo andaluz y sentó como una puñalada traperera a los cocineros del AC

Hoteles. A todos se les atragantó aquel convite. Y eso que aún no sabían que Sánchez acabaría partiendo peras con ellos...

Es Navidad en la capital de España y Susana agranda ahora su agenda con políticos y empresarios, levanta el teléfono y se reúne sin descanso con barones territoriales y pesos pesados del socialismo. Han pasado seis meses desde que les pidió «apoyar a muerte a Pedro», pero ahora su duelo soterrado es un secreto a voces en las altas esferas del socialismo. Mariano también lo sabe. Los mandobles entre Sánchez y la presidenta andaluza han comenzado a hacer las delicias de la prensa. Mucho antes de la Navidad, en octubre, Susana ha declarado al mismo periódico que no comparte la política de comunicación de su secretario general, poco después de que Pedro apareciera por teléfono en el programa del corazón *Sálvame*. La «baronesa» también afirma públicamente que no le han gustado varias propuestas del líder de su partido, como hacer funerales de Estado por las víctimas de la violencia machista o eliminar el Ministerio de Defensa.

Vuelan los puñales entre Madrid y Sevilla, y la Navidad no está para el villancico de «noche de paz, noche de amor» entre los dos jóvenes gallos del socialismo. Si una le emborriona en la prensa sus cien días al frente del partido, el otro se ausenta de su desayuno informativo en la capital alegando problemas de agenda. En poco tiempo, son un matrimonio mal avenido. Con un destino que comparten: el poder. Pero sus intereses son contrapuestos. Los dos saben que para que uno sobreviva, deberá morir el otro.

Susana es de moverse, de buscar aliados y, si puede, quitárselos al contrario. En esta cabalgata navideña que ha emprendido, ha pasado por Toledo, donde ha disparado abiertamente al *sanchismo* al decir que ella tiene «ambición» y se ha postulado a futuro para desbancar al recién llegado secretario general de su partido: «Ya se verá». Allí, la «lideresa» se ha visto con Bono, que ya se lamenta también de sus particulares desencuentros con Sánchez y «lo que está ocurriendo».

Cuando Pedro optó al liderazgo del PSOE, el expresidente de Castilla-La Mancha fue de los que puso dinero para su candidatura. Hacía falta presupuesto para desplazamientos y actos. Bono también le cedió a Sánchez a su jefe de Comunicación de toda la vida, José Luis Fernández, *Chunda*, que pasó de Toledo a ejercer las relaciones con la prensa en la carrera hacia el trono de Ferraz. Llegó, pero se fue. Pedro no contó con Chunda tras la victoria. Cuentan que, después de ganar, Sánchez no veía en el periodista el perfil de modernidad que buscaba. Iban en un coche Pedro, Bono y Chunda. El flamante líder le preguntó si se veía como su jefe de Comunicación y Chunda le respondió: «¿Y tú de secretario general?».

No siguieron juntos, pero Bono mantuvo contactos e influencias. Era 4 de octubre de 2014, poco después de la llegada de Pedro al liderazgo, cuando el exministro asistía a un acto religioso en Valencia. La catedral mostraba sus mejores galas. El templo acogía con gran pompa la toma de posesión del cardenal Antonio Cañizares como arzobispo. Allí estaban algunas de las principales autoridades valencianas, con visitas llegadas del resto del país. Pantallas de cincuenta pulgadas ofrecían la ceremonia a los fieles que no habían podido entrar.

Entre los presentes, José Bono. Conocía al cardenal de su etapa como arzobispo de Toledo. A lo largo de la jornada, a Bono le llamó una altísima institución del Estado. Estaba muy molesto porque el líder del PSOE había declarado al diario *El Mundo* que quitaría el Ministerio de Defensa. La pregunta de Rafael J. Álvarez en el periódico era: «¿Qué ministerio sobra y qué presupuesto falta?». La respuesta de Sánchez: «Falta más presupuesto contra la pobreza, la violencia de género... Y sobra el Ministerio de Defensa».

Bono colgó y llamó a Pedro. Este, al otro lado del teléfono, le aseguró que habían manipulado sus declaraciones, que nunca había dicho eso. Se despidieron cordialmente y el exministro se movió con algunos contactos del periódico para conseguir que le reprodujeran la grabación de la entrevista a través del teléfono. Volvió a llamar a Sánchez y le contó que acababa de oír con sus propias orejas lo que le había negado. Pedro zanjó el asunto diciéndole: «Soy el secretario general del PSOE».

Son andanzas que van comentando entre pesos pesados, barones y disconformes varios en el PSOE de Pedro. Son cuentas pendientes que le van guardando. Algunos, solo están parcialmente molestos por estas fechas, pero no muy contentos con su nuevo secretario general. Por el contrario, Pedro Sánchez considera que debe marcar territorio, hacer su equipo y poner freno a las influencias de la «vieja guardia». Baronías y dirigentes históricos se lamentan de que no les llama, de que hay fricciones, o de desplantes de su secretario de Organización, César Luena. Mientras, la todopoderosa Susana va componiendo su red de alianzas.

Cinco días después de la llamada por el asunto del Ministerio de Defensa, Miguel Arias Cañete fue elegido comisario de Energía y Cambio Climático en Bruselas. Cañete contactó con Bono para que intercediera en su partido y apoyaran su candidatura. Sánchez le respondió al expresidente de Castilla-La Mancha que apoyarían al exministro del PP. Finalmente, Arias Cañete salió elegido gracias al apoyo de parte del grupo socialista europeo, pero con la petición del PSOE de votar «no». La lideresa de los socialistas españoles en la Eurocámara, Iratxe García, reclamó ese voto en contra por las declaraciones

machistas del dirigente popular, sus conflictos de intereses por la presencia de su familia en empresas petroleras y por su política sobre cambio climático cuando era ministro.

Cañete preguntó por mensaje de móvil a Bono qué había ocurrido. Este le respondió que tenía la palabra de Sánchez de que le apoyarían. La respuesta del exministro de Aznar y Rajoy fue la misma que dio el conde de Romanones, uno de los caciques históricos de España, cuando le ocurrió algo similar. Dicen que, cuando el conde fue propuesto para la Real Academia, hizo una visita de cortesía a todos sus miembros para pedirles el voto. Todos le dijeron que le apoyarían, pero cuando se produjo la votación, ninguno le votó. Romanones, con las mismas palabras que Cañete le había escrito a Bono en el móvil, exclamó: «¡Joder, qué tropa!».

Es Navidad de 2014 y con este mar de fondo de desplantes para unos y diques de independencia para otros, se celebra en Toledo el primer encuentro de alto nivel entre el PSOE y Podemos. Un expresidente del Gobierno y un expresidente del Congreso de los Diputados reciben a los jóvenes «podemitas» que tienen a España «en alerta». Pablo Iglesias aprovecha un paréntesis de viajes a Bruselas, teles, conferencias y círculos, y se va con Íñigo Errejón a reunirse con Zapatero y Bono a la capital del Tajo. Allí les guiará también el alcalde, Emiliano García-Page.

Bono organiza en su casa una cena. Había conocido a Pablo en un plató de televisión. Entonces el exministro pensaba que Iglesias era un estudiante y así se lo dijo en una pausa publicitaria fuera de cámara. El joven de la coleta le respondió que era hijo de alguien a quien Bono, como abogado, había defendido ante el Tribunal de Orden Público en tiempos de Franco. Así se ganó Iglesias a «Pepe» Bono y ahora comparten mesa y mantel de nueve de la noche a tres de la madrugada, con Zapatero como invitado estrella. Cenar, beben y hablan de política. Dos de los principales valedores de Sánchez para llegar a líder del PSOE se reúnen con el gran enemigo que Pedro debe abatir, que es Pablo Iglesias.

Es el año del seísmo de las elecciones europeas y de la abdicación del rey, se multiplican en España las noticias sobre Venezuela y los líderes de Podemos aparecen en titulares que ellos atribuyen a «la máquina del fango». Lo cierto es que las conexiones y los reportajes en Caracas se han convertido en asunto de primera magnitud, y se han elevado a categoría de escándalo informaciones que alimentan la tesis del «todos los políticos son iguales».

El 17 de junio, el diario *El País* titula: «La fundación relacionada con Podemos cobró 3,7 millones de Chávez en 10 años». El subtítulo dice: «Pablo Iglesias niega vínculos financieros entre CEPS y el partido que lidera». El 13

abril de 2016 el Tribunal Supremo archivará la querrela de Manos Limpias contra Iglesias y Errejón por presunta financiación ilegal. Antes, el 17 de noviembre de 2014, *El Mundo* titula: «Errejón cobra 1.825 euros por un trabajo al que apenas se dedica». Y añade: «Otro dirigente de Podemos lo contrató en la Universidad de Málaga como investigador». El 7 de junio de 2016 se archivará la causa. Es también en este 2014 cuando han empezado a cobrar relevancia las noticias sobre la adjudicación de contratos en Rivas al hermano de Tania Sánchez, «pareja de Pablo Iglesias». En 2016 el caso se archivará definitivamente.

Zapatero, Bono, Page, Iglesias y Errejón hablan de los avatares de la política, del futuro, de América, de Europa, y Bono sentencia: «Si queréis asaltar el cielo, subid mejor por el ático del vecino, que es de derechas». Al cielo no sube ninguno esa noche, pero el que se sube por las paredes es Pedro Sánchez al enterarse, ya en 2015, de ese encuentro a través de la prensa. Y precisamente ese año, tras la autonómicas, Susana decidirá que pacta con Ciudadanos y no con Podemos. Los acuerdos entre el partido de Sánchez y el de Pablo Iglesias darán auténtico pavor a la derecha.

4

IZQUIERDA DESUNIDA

Los pronósticos de 2014, que encendieron las alarmas del aparato del Estado, se van cumpliendo con un signo peor del esperado. El balance del reparto de poder autonómico y local, tras las elecciones de mayo de 2015, agrava cualquiera de las hipótesis más pesimistas que se manejaban. En las elecciones autonómicas y municipales, el bipartidismo cae al 51 % de los votos. Es un hecho inédito en la historia electoral de España. El PP se deja más de dos millones y medio de votantes respecto a 2011 y los socialistas vuelven a perforar su suelo perdiendo 775.000 papeletas. La irrupción de Podemos ya no es solo cosa de cinco parlamentarios que se van a Bruselas.

España ha girado a la izquierda. Con pactos entre el partido morado y los socialistas, los populares sufren un severo batacazo. No gobernarán en Asturias, Cantabria, País Vasco, Navarra, Aragón, Cataluña, la Comunidad Valenciana, Castilla-La Mancha, Extremadura, Andalucía, Canarias y Baleares. Se quedan con Galicia, La Rioja, Castilla y León, Madrid y Murcia.

Aún más estrepitosa es, si cabe, la pérdida de poder local. Mantiene una docena de capitales de provincia, mientras que la izquierda gobernará hasta en las cinco principales ciudades de España: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Zaragoza. De ellas, cuatro con alcaldes de candidaturas municipalistas en la órbita de Podemos y movimientos del cambio, como Manuela Carmena, Ada Colau, Joan Ribó y Pedro Santisteve.

Cuando en 2014 el bipartidismo le vio las orejas al lobo, se divisaba un escenario parecido a este. Mariano Rajoy y las altas cúpulas del mundo empresarial saben que, a partir de ahora, todo lo determinará la política de pactos. Por eso se habla tanto de la «gran coalición». Consideran que una alianza entre PP y PSOE es la mejor garantía de mantener el orden establecido. No en vano, ya en estas elecciones regionales los populares lamentan la pérdida de casi todas las mayorías absolutas donde se ha votado, salvo en las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla.

Por el contrario, los acuerdos entre el PSOE y los nuevos o alternativos

partidos de la izquierda dan un vuelco en varias autonomías. Los socialistas recuperan feudos emblemáticos como Castilla-La Mancha y Extremadura gracias a estos pactos. Dan, además, un importante golpe de efecto al arrebatarse al PP territorios históricos para ellos, como la Comunidad Valenciana.

Los electores han situado a Mariano Rajoy en un claro retroceso, perdiendo millones de votos en las urnas, rodeado de graves casos de corrupción, con el récord en subidas de impuestos y recortes del Estado del Bienestar en la historia de la democracia, y desacreditado por sus incumplimientos electorales. Mariano se teme que con Ciudadanos no le dará la suma en las generales del año próximo. Por eso, para él lo prioritario es la «gran coalición».

Sin embargo, hay algunas balas que Rajoy se guarda en la recámara. Sabe perfectamente que, en el PSOE, la lucha por el poder está abierta y que Susana Díaz suspira por quitarse de en medio a Sánchez. Mariano también conoce a la perfección que Pablo Iglesias tiene como plan primordial superar al Partido Socialista y eso puede provocar una pelea de gallos. No tanto entre Pablo y Pedro, que también, como entre los pesos históricos del socialismo, muy recelosos de formar un Gobierno nacional con Podemos.

Los acuerdos, que son posibles a nivel autonómico y municipal, no tienen por qué alcanzarse para formar Gobierno en España. Mariano sabe que Susana, Felipe, Rubalcaba y tantos otros pesos pesados del PSOE no permitirán fácilmente un pacto con Iglesias para arrebatarse La Moncloa. En Andalucía ya ha habido un ensayo. Tras las elecciones andaluzas del 22 de marzo, el PSOE ha terminado pactando con Ciudadanos. Es la gran excepción en un mapa electoral que, dos meses después, se ha llenado de acuerdos entre socialistas y nuevas formaciones de izquierdas, pero para la vieja guardia del PSOE es el mejor ejemplo de que hay que buscar fórmulas para no pactar con Pablo Iglesias, al que consideran populista y obsesionado con quedarse con el electorado progresista.

Además, en Cataluña va cobrando peso una situación que brindará también una coartada perfecta. El movimiento independentista está dando pasos que surtirán de razones a los partidos que apuestan por pactos de Gobierno que respeten «el constitucionalismo». El 27 de septiembre de 2015, las formaciones que defienden la independencia ganan las elecciones catalanas. Con el 48 % de los votos, no logran la simbólica mayoría soberanista, pero sí la absoluta en el Parlament. Junts pel Sí, el proyecto de la antigua Convergència de Mas y de la ERC de Junqueras, alcanza, sumando los votos de la CUP, una distancia holgada para emprender su proceso de independencia. Aún no se han puesto de acuerdo para investir a un presidente de la Generalitat, pero el contencioso catalán proporciona sobrados argumentos para el desencuentro entre el PP, el PSOE y

Ciudadanos con Podemos, partidario del referéndum. El «procés catalán» se convertirá en una inminente barrera que se levantará no solo en Cataluña.

Y, junto a todo esto, está la división de la izquierda. Un perejil que no suele faltar en la salsa española. A la lucha a muerte que libran *sanchistas* y *susanistas* hay que sumar la del *pablismo* contra el *errejonismo*. Aquel Podemos que se presentó un 17 de enero de 2014 en el madrileño Teatro del Barrio ya no es el mismo. Si la prioridad era gobernar España, el tridente de Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero llega roto a las elecciones generales. Y si Pablo intentó durante un tiempo mantener el equilibrio entre Íñigo y su amigo «Juanqui» como lugartenientes, antes de los decisivos comicios del 20 de diciembre de 2015 la balanza se ha inclinado ya hacia una parte. Aparentemente, Monedero ha perdido porque dimitió a finales de abril, pero para Iglesias sigue siendo de mayor influencia y confianza que Errejón.

Escasos meses después de las noticias que publican los medios sobre Iglesias, Tania o Íñigo, a comienzos de 2015, un 18 de enero, salta este titular de *elplural.com*: «Monedero factura 425.150 euros en dos meses con una empresa de la que es único propietario y que no tiene ni trabajadores ni estructura». Tres días más tarde, *El País* añade que «el cofundador de Podemos cobró en 2013 de los Gobiernos de Bolivia, Nicaragua, Venezuela y Ecuador por trabajos de asesoría». Monedero presenta una declaración complementaria ante Hacienda y Pablo Iglesias acusa al Gobierno de Rajoy de «utilizar las instituciones públicas para atacar a sus adversarios». El fundador de Podemos queda «en paz» con la Agencia Tributaria, aunque los trabajos de «asesoría» se antojan excesivamente caros. Sale de esta, aunque pierde peso en la primera línea del partido morado y su enfrentamiento con Íñigo Errejón llega a un punto de no retorno.

Monedero cuestiona la línea política que marca Errejón para que «parezca que en Podemos somos buenos chicos», que estamos «aseaditos». Como dice otro de los fundadores del partido, lo de Pablo con Juanqui e Íñigo era como para Mariano mantener dentro de un orden la competencia entre Cospedal y Soraya, sin que estallase su rivalidad por tener la mayor influencia sobre el líder. Iglesias declara que las palabras de Juan Carlos Monedero, uno de sus padres ideológicos, son «valiosas», aunque «no las comparto», y acepta que dimita para mantener una dirección que no explote a tres semanas de las elecciones autonómicas y municipales.

Para el *pablismo*, Errejón ha ganado esta guerra, pero no se lo perdonarán. La confianza entre Pablo e Íñigo se resquebraja. Los *errejonistas* consideran que el líder del partido está cambiando de compañías y se está metiendo en un círculo cada vez más cerrado. En lo que llaman su «búnker», con Irene Montero, a la que ha nombrado su jefa de Gabinete; Rafa Mayoral, secretario de Relación con

la Sociedad Civil, y Juanma del Olmo, responsable de Actividades Internas de la Secretaría General. Por su parte, los *pablistas* alertan al líder de que Errejón está haciéndose demasiado fuerte en la organización mientras él permanece en Bruselas. Íñigo trabaja la estructura de partido, en Madrid y en los territorios, con asesores, argumentarios, redes sociales... Pablo Iglesias aún mantendrá una dupla con Íñigo Errejón en la campaña de las elecciones generales, pero más desconfiada. Es un caldo de cultivo para que también estalle más adelante.

5

OPERACIÓN MENINA

Hay un hombre que se mueve sin moverse del lugar. Está en movimiento, aunque para que nada se mueva. Bicicleta elíptica, anclada en una habitación de La Moncloa. Pedalea, agarrado fuertemente al aparato. Va al trantrán. El ritmo es cansino, pero constante. Como prácticamente cada mañana. 8:00 a. m. Ahí sigue la máquina y subido a ella nuestro hombre, fundido en un ejercicio que ya le es familiar.

La elíptica acusa cierto desgaste. Su conductor repite el movimiento, tantas veces practicado, como un trámite diario, sin excesivo entusiasmo, pero con la idea de que tener en su poder el aparato le gusta, le hace sentirse bien y, por eso, no lo querría soltar.

Le dedica el tiempo que considera apropiado. Más bien el justo. Entre cada aparente zancada, hace sus cálculos, maquina en la máquina y se deslizan sus pensamientos, igual que el sudor se escurre entre sus barbas.

Mariano se mueve sin que el aparato se desplace del espacio habitual. Controla los tiempos. A su ritmo. Sin excesivo acaloramiento. Con apariencia de buen tono y de encajar bien los vaivenes de las pedaladas. Aunque, cuando maneja la máquina, no le gusta que le molesten.

Rajoy tiene claro que le quieren bajar de la bici. Quedan menos de quince días para unas elecciones que pueden dar un giro histórico a España. Lo tiene hablado y siente la presión. De la monarquía, de importantes empresarios, de dirigentes políticos supuestamente retirados... Con todos lo ha hablado ya. «Mariano, a ver qué pasa. Tendremos que hacer algo».

Es diciembre de 2015 y se conspira en «las cloacas del Estado», porque el destino político del país puede ir por otro camino. Dan por hecho que el bipartidismo se va a romper, que está en grave riesgo la alternancia política izquierda-derecha, consensuada por importantes «hombres de Estado» después de la dictadura. Es el «turnismo» que ahora está en el aire por el que Rajoy vierte sus suspiros tras cada zancada. Amarrado a la elíptica, solo con aparentes pasos.

Los resultados de las elecciones europeas y, sobre todo, de las municipales y

autonómicas, mantienen encendidas las alarmas. No está claro el límite de Podemos, ni qué hará Pedro Sánchez con el PSOE. Las advertencias sobre un posible giro a la izquierda con un Gobierno «radicalizado» han sido repetidas insistentemente, pero las urnas van a tener la última palabra.

Rajoy está dispuesto a pactar tras los comicios. Su sueño dorado sigue siendo la «gran coalición» con los socialistas. Lo ha hablado con Angela Merkel y le gustaría adoptar esa fórmula para España. «Mariano, aquí gobernamos con los socialdemócratas, ¿por qué no hacéis lo mismo vosotros?», le ha preguntado su admirada canciller alemana tiempo atrás.

Lo tiene presente, pero su instinto y su información le indican que esa fórmula puede pasar antes por su retirada. Por eso, lleva meses preparándose para dar esa batalla. A su manera. Esperando. Alargando tiempos. Como sin saber, ni hacer nada. Hay una operación en marcha para derribarle y, en cierta forma, hasta la comprende, pero no está dispuesto a entregarse.

«Si el PSOE debe apoyar un Gobierno del PP por la situación de España, comprenderás que necesitamos ofrecer algo a cambio a los nuestros. Mariano, entiende que si tienes que dar un paso atrás, sería lo razonable». Este mensaje de un histórico dirigente socialista está en el disco duro de Rajoy Brey. Y sabe que es lo mismo que piensan muchos de los que mueven los hilos para afrontar un momento que consideran «delicado».

Si en mitad de los escándalos de corrupción, la crisis económica, el malestar en la calle y el empuje de Podemos, Juan Carlos I de España ha tenido que abdicar y ese lavado de cara ha pasado ya por Rubalcaba, Mariano sabe que también le tocará a él, salvo que juegue bien sus cartas. Que las tiene. Algunas las está echando, pero espera el momento definitivo para jugarlas.

Rajoy pedalea sin moverse del lugar y tiene, al menos, cinco cosas fundamentales en la cabeza. Primera, que está en marcha la llamada Operación Menina (o alguna parecida) para sustituirle por otra persona del PP, si conviene. Segunda, que los independentistas catalanes seguirán con su proceso soberanista. Tercera, que debe sacar rendimiento a la lucha interna que se libra en el PSOE por el control del partido. Cuarta, que también debe aprovecharse de la rivalidad entre el Partido Socialista y Podemos por la hegemonía de la izquierda. Quinta, que el miedo al independentismo y al extremismo los condicionará a todos, también a Ciudadanos...

—Van fuerte con lo del Coletas y la Operación Menina.

Un asistente de Moncloa agarra con firmeza un fajo de periódicos que hay sobre la mesa del presidente.

—Salimos enseguida, ¿eh? Le he dicho a Viri que no sé dónde está Rico.

Rajoy responde a su hombre sin comentar la prensa, pero sabe a la perfección

que Pablo Iglesias ha lanzado públicamente la advertencia de que se prepara un Gobierno alternativo después de las elecciones. El líder de Podemos ha aprovechado un acto en Málaga para contar que hay un plan B para que el PP pueda pactar con Ciudadanos. Pasaría por quitar a Mariano y ofrecer a otro dirigente con el que Albert Rivera y, si es necesario, también el PSOE, puedan formar un Ejecutivo.

—Rico, ¡eh! Parece que está más gordo, ¿eh?

El blanco y negro de un perro de caza sale al paso de Rajoy.

Pinga el rabo y emite un escueto ladrido. Su cola de mediana longitud se muestra gruesa en la base y se va afinando gradualmente hacia la punta, casi como un agujón gigante. Rico es de raza pointer. El perro de caza por excelencia para muchos. Dotado de un finísimo olfato, sabe percibir el más leve olor a gran distancia. Es vehemente. Sufre a veces de sordera, pero pasa de una aparente tranquilidad a acelerar el movimiento hacia su presa solo cuando conviene. A las órdenes de su amo. Incansable cazador, está entre los elegidos por los apasionados de las grandes cacerías y las practica mejor sobre terrenos llanos y limpios...

Es el Día de la Constitución. Rajoy se despide de su perro y atraviesa las calles de Madrid en el asiento de atrás de su coche oficial. De blanco y negro, con corbata a rayas con los colores de España. Mariano mira con disimulo la foto de Iglesias en un periódico, bajo un titular que habla de la Operación Menina. El político de la coleta alza la mano derecha, acompañado de Rafa Mayoral, que aparece en la imagen haciendo el mismo gesto. Al lado, la jueza Victoria Rosell los observa aplaudiendo.

Mariano lee por encima la crónica del acto de Podemos en el Teatro de La Alameda de Málaga. De vez en cuando, alza la cabeza y mira ligeramente a través de la ventana. Carteles electorales con la imagen de Soraya Sáenz de Santamaría se muestran ante él colgados de sucesivas farolas.

Es el día de homenaje a la Carta Magna, que cierra el primer lustro de una década política plagada de incertidumbre. Es una jornada en la que Rajoy debe estar en el Congreso de los Diputados para celebrar la tradicional recepción. Ha comentado con su director de Gabinete, Jorge Moragas, que él no hará comentarios sobre las operaciones para apartarlo después de las elecciones. Tras el discurso institucional busca a Pablo Iglesias.

—Vais muy bien. Y esto de la tele...

Comentan recientes apariciones televisivas de los dos, ante las miradas de soslayo de Pedro Sánchez, Albert Rivera y el resto de los políticos que hablan de la conocida como Operación Menina, que es la comidilla en los corrillos del Salón de los Pasos Perdidos del Congreso. Dirigentes de las llamadas «nueva» y

«vieja» política comentan las componendas que se traman para alcanzar pactos tras unas elecciones que ya se anuncian con resultados propicios para ello.

Los periodistas preguntan a Soraya Sáenz de Santamaría por la posible alternativa a Mariano que se está cociendo.

—Lo de menina no me importa, pero recoger colillas, no.

Sáenz de Santamaría recurre al comodín de Carmena y desvía el tiro criticando la propuesta que ha hecho la alcaldesa de Madrid sobre premiar a quienes recojan colillas en las calles para limpiar la ciudad. Cambio de tercio, pero en un día en el que, curiosamente, la espera en el Salón de los Pasos Perdidos se prolonga más de la cuenta antes de la entrada de Rajoy porque la intervención de la presidenta andaluza, Susana Díaz, ha sido excesivamente larga en el atril de los más requeridos para hablar antes de la entrada al Congreso.

—El año que viene, por estas fechas, aquí no estará Sánchez —comenta un veterano dirigente socialista.

El secretario general del PSOE, con corbata verde esperanza, saluda, sorprende a quien acaba de matarlo a futuro y observa de reojo cómo Susana Díaz, de blanco y negro en el contraste de su blusa y su chaqueta, sonríe entre los corrillos.

Mariano Rajoy es conocedor del peso de Soraya como coordinadora de su Gobierno. También sabe que ella no es tan fuerte en el poder orgánico del partido. Su rivalidad con Cospedal, secretaria general del PP, contribuye a ese equilibrio que Mariano mantiene intencionadamente. Eso Rajoy puede perdonarlo mientras le conviene. Lo que no va a soportar, y estallará más tarde, es su paciencia con dos bandos establecidos en el Gobierno: los *sorayos* frente al grupo encabezado por José Manuel García-Margallo y del que forman parte, entre otros, Jorge Fernández Díaz, José Manuel Soria, Pedro Morenés, antes Miguel Arias Cañete... Todos pasarán por caja y no estarán en su Gobierno un año más tarde.

El propio Mariano Rajoy ha alimentado la figura de Sáenz de Santamaría como persona fuerte en su Gobierno y en esta campaña electoral. Su imagen se reparte en espacios publicitarios y también la ha elegido para asistir al día siguiente, 7 de diciembre, al debate televisivo con los líderes políticos de los otros partidos. Mariano se quita de en medio calculadamente. Nada es casual. Rajoy maniobra para salvarse.

Igual que Diego Velázquez pintó a la familia de Felipe IV y se autorretrató en el cuadro, Mariano está al corriente de lo que se cuece para ir dibujándolo. Velázquez aparece al fondo del lienzo abriendo una puerta. Hay una atmósfera de nebulosa, con figuras en penumbra. Destacan las sirvientas, que dan ya

nombre popular a la obra: *Las meninas*. Eso sí, el primer plano es para un perro, que descansa. Que no se mueve. Como si estuviera a verlas venir. Como si no fuera con él la cosa.

6

QUE VIENEN LOS ROJOS

Pedro Sánchez le pide a César Luena, su secretario de Organización, que le deje un rato solo en el despacho. Acaba de recogerlo en coche del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Allí, Pedro ha hecho una entrevista para la radio junto a Pablo Iglesias, Alberto Garzón y Albert Rivera. Un reencuentro desde que todos coincidieron como contertulios de la tele, hace poco más de dos años. Esta vez tampoco ha ido Rajoy. Mariano tiene otros planes.

Es 20 de diciembre de 2015 y Sánchez vive por momentos una soledad trágica cuando se queda encerrado entre cuatro paredes de la calle Ferraz. Ha pedido no encender la tele ni oír la radio por un tiempo. Hay encuestas a pie de urna que auguran la debacle y prefiere que, cuando haya datos oficiales, se los vayan contando. Tiene sobre su cabeza la guadaña del temido *sorpasso*. Podemos por encima del Partido Socialista. Sabe que eso supondría que le cortaran el pescuezo de forma inmediata.

Dos imágenes llaman la atención en la sala de Pedro. Una foto de Felipe González y otra de Alfredo Pérez Rubalcaba en el periódico *El País*. Felipe y Alfredo. Y el diario del grupo PRISA. Con los tres mantiene buena línea el candidato socialista en esta noche electoral en la que España se juega su futuro. Pedro sabe que hoy hablará con mucha gente, pero no dejará de hacerlo con González y Rubalcaba. Con el expresidente del Gobierno tiene mayor contacto. Es consciente de que, sin estar en el día a día, Felipe es como el «sumo sacerdote» del PSOE. Al que se respeta por encima de todos los demás. Alfredo, que no se desengancha de la política, que ha hecho de ella su vida, tiene como importante nexos con Sánchez a buena parte de su equipo político más cercano. El actual secretario general se rodea de Antonio Hernando, Óscar López, Luena y otros que han vivido de cerca la salida de Pérez Rubalcaba. También les une la presión que ejerció sobre él, en su ocaso como líder, «la fuerza que viene del sur» con Susana Díaz.

Sánchez, González, Rubalcaba, Susana... En estos días todavía se tratan, pero en una relación estrictamente profesional. Sin llegar a complicidades, porque el

líder socialista no se fía de ninguno de ellos. A Felipe es al que más recurre y sabe que Alfredo siempre está ahí, para bien y para mal, pero que apoyó a Madina y ahora le filtra todo lo que puede. Aunque el gran clima de desconfianza proviene de Andalucía, donde la tensión con Susana Díaz es ya un secreto a voces.

Este es el día en el que Susana y otros barones afilarán el cuchillo al ver a Sánchez enseñándoles las notas, que se auguran con el peor resultado de la historia del PSOE. Se masca la tragedia y llegará con sufrimiento. Largo y duro. Pero esta misma noche, e incluso antes, importantes pesos pesados del socialismo tienen claro que, visto lo visto, será mejor que gobierne Rajoy. El problema es que ninguno se atreverá a decirlo públicamente.

Es 20 de diciembre de 2015 y los poderes fácticos de España viven pendientes de un recuento electoral que puede dar un vuelco a la situación. La incógnita más peligrosa para ellos es si Podemos, sumado al PSOE e Izquierda Unida, se lanzará a buscar un giro a la izquierda que arrebatase La Moncloa al PP. Lo que hace Pedro Sánchez les descoloca, porque mantiene la incógnita. Si logra un acuerdo que le permita pactar con Iglesias y Garzón, se multiplicarán todas las incertidumbres. Y no lo ha descartado.

«Tendremos que facilitar la gobernabilidad de España y, si es necesario, con el Partido Popular». Este es el mensaje que, en privado, varios dirigentes del PP le han trasladado hace días a Sánchez. Ansían la llamada «gran coalición», anunciada desde los medios. Cosas iguales o parecidas le han insinuado importantes empresarios del IBEX 35.

El rey, Rajoy, Felipe, Rubalcaba, Susana, César Alierta de Telefónica, Isidre Fainé de Gas Natural... Y hasta Angela Merkel desde Alemania. Todos están pendientes esta noche de que, con los números en la mano, haya un Gobierno de España que dé «estabilidad». Las previsiones no son tranquilizadoras para ellos. Es una noche de muchos nervios.

Begoña, la mujer de Pedro, ha ido a acompañarle a Ferraz. Es un referente clave para conocer las decisiones del líder socialista. Apenas se separa algunos momentos de él. También ella entra y sale del despacho. Junto a Luena o los portavoces del partido en el Congreso y en el Senado, Antonio Hernando y Óscar López. Se alternan para darle informaciones al secretario general y se sientan o se van levantando de los dos sillones de una y tres plazas que tiene Sánchez en su sala. Desde la ventana, la noche ha caído en Madrid y la suerte está echada.

Para el líder del PSOE, la obsesión es no ser superado por el partido de Pablo Iglesias. Confía en ello, a pesar de numerosos sondeos que pronostican lo contrario. Por eso ha pedido aislarse de esa información que dan los medios.

Dice que no se cree las *israelitas*, los sondeos que se hacen a pie de urna en los colegios electorales. Además, ya han fallado en otras ocasiones. Sánchez se aferra incluso a un golpe de suerte. Hay quien cuenta en su entorno que es un hombre «con flor», que se ha ido reponiendo de continuas adversidades.

Felipe le ha dicho que esté tranquilo, pero hay barones socialistas y veteranos del PSOE que tienen en la cabeza el plan B: Susana Díaz. Ella lleva tiempo dejándose querer y espera hacer esta noche una nueva demostración de fuerza con los resultados que consigan los socialistas en Andalucía. Rajoy, que lleva hablando desde hace tiempo con los que sabe que mueven los hilos en el principal partido de la oposición, sabe que el socialismo es un volcán que puede entrar en erupción en cualquier momento. Es el mismo Rajoy que también sabe esa noche que el PSOE puede pedir su cabeza para pactar con el PP.

En apenas unas horas, se van a desencadenar los acontecimientos que marcarán lo que ocurra en España un año después. Es el momento decisivo y los protagonistas, que llevan tiempo preparando esa posible situación, dan sus primeros golpes de mano. Habrá declaraciones de intenciones que van a dejar claramente determinado el tablero. España ha votado. Queda reaccionar con los datos en la mano.

—¡Menuda hostia se ha metido Mariano! —dice eufórico Luena, en un ambiente que comienza a ser de alivio en Ferraz.

Y han evitado el *sorpasso* de Podemos. Era tal el temor que tenían que Sánchez y su equipo comienzan a saborear un resultado agrídulce porque han salvado los muebles frente a Pablo Iglesias. Es una situación rara, que va por rincones en el cuartel general de los socialistas. Los hay que le ven las orejas al lobo, otros que perciben «lacia la melena del Coletas», y hasta algunos en el equipo del líder socialista celebran que su compañero, Eduardo Madina, no haya logrado escaño y se quede fuera del Congreso.

La rivalidad con el adversario de Sánchez en las primarias no es solo una anécdota cainita. Hay en el PSOE quien se prepara desde hace tiempo para «desahuciar» al equipo «del Guapo» de la sede socialista. Para los que quieren matar a Pedro, ganar a Iglesias no basta. Se afilan los cuchillos para sacrificar a Sánchez porque el PSOE ha perdido un millón y medio de votos, y baja el listón psicológico de los 100 diputados.

Las televisiones bombardean... España acaba de enterrar el bipartidismo. El PP y el Partido Socialista se dejan 5,4 millones de votantes respecto a 2011. Podemos y Ciudadanos suman más de 8 millones. Se abre una nueva etapa política sin precedente en ninguno de los procesos electorales de la democracia española. La gobernabilidad está en el aire. Un bloque del Partido Popular y Ciudadanos sumaría 163 escaños. Se quedan lejos de la mayoría absoluta. Un

tándem PSOE-Podemos da 159 diputados.

Nadie dice en esta noche que quiera gobernar con Mariano. En cambio todas las posibilidades quedan abiertas si Sánchez se lanza a buscar apoyos. La situación es tan incierta que tampoco se descartan los Gobiernos en minoría, con abstenciones y algunos respaldos.

—¡España una y no cincuenta y una! ¡Yo soy español, español, español!

Unas trescientas personas repiten machaconamente estos cánticos en la calle Génova de Madrid. Un anciano vende banderas nacionales y cuenta a los periodistas que las ha bajado de tres euros a dos porque está vendiendo muy pocas.

—Hace cuatro años esto sí que fue un no parar. Cortaron la avenida antes de que se cerraran los colegios electorales y todo.

De hecho, hace cuatro años vendió «unas doscientas en media hora», pero esta vez el panorama es menos concurrido y festivo a las puertas de Génova.

Una anciana dice que ella no compra porque ya la trae de casa. «Y desde bien lejos». Empuña un mástil y, al otro lado, su marido hace lo propio. Portan una pancarta, con la enseña rojigualda, que lleva escrito: «Lecrín, Granada, con Rajoy». El matrimonio de ancianos se apoya en una valla de seguridad azul y la mujer presume de que ha votado pronto en su pueblo para viajar a celebrarlo con Rajoy.

—¡Mariano se merece ganar porque es muy buena persona! ¡No hay más que verle la cara!

Hay cuatro torres de andamios cubiertos de focos que iluminan la calle. Parece un pequeño estadio improvisado. Un *ring*, cuando dos jóvenes discuten porque una de ellas lleva una bandera preconstitucional, de las del aguilucho. Un señor con abrigo verde, sombrero marrón y porte de galán intenta poner orden entre las chicas y acaban hablando de que Rajoy saldrá pronto porque van a dar las doce.

Hay gente con pinganillo que oye las noticias de la radio. Otros preguntan qué se sabe de los resultados y dos hombres con barba y bigote aparecen con un cartel que reza: «Menos Podemos y más torreznos. Los *hipsters* con Rajoy».

—¡Oa, oa, oa, Mariano a La Moncloa!», grita el gentío cuando aparece Rajoy en el balcón de la sede, sin corbata y acompañado de Soraya, Cospedal... Una a cada lado. En el mismo barco, pero separadas.

—¡Que bote Mariano, que bote Mariano! —aclaman los simpatizantes. Y el presidente en funciones da tres tímidos saltos. Sáenz de Santamaría hace un gesto asustada. Siente que el suelo no está muy firme. Fernández Maíllo le pone la mano en el hombro a la vicepresidenta y sonríe diciéndole que «si se derrumba, hacemos la foto del día». Maíllo trata de compartir la carcajada con

Javier Arenas, que está al lado, pero este solo le responde esbozando una agria sonrisa.

El 20D ha cambiado la historia política de la España reciente. En el Palacio de la Zarzuela, el rey Felipe VI analiza los resultados y escucha a dos asesores que intercambian datos en voz alta, ante la atenta mirada del monarca, que solo atiende.

—Majestad, don Mariano Rajoy ha pasado de tener la mayoría absoluta a ser el ganador con menos escaños de la democracia. Gobernar no se presenta nada fácil.

—PP, 123 escaños, algo más del 28 % de votos. 7,2 millones de papeletas. No les da. Y además han perdido 63 representantes y más de tres millones y medio de votos desde las pasadas elecciones de 2011.

—No. No da mayoría suficiente, ni sumando con Ciudadanos. Se quedan muy lejos de los 176 de la mayoría absoluta.

—En la suma de 90 escaños del PSOE con los 69 diputados de Podemos y sus marcas, más los 2 en los que se queda Izquierda Unida... más lo que viniera... Tampoco se sabe.

Con el final del día ha terminado el bipartidismo. Conforme se cerraba el escrutinio, se masticaba que quedaban por delante semanas y meses de intrigas, teléfonos, reuniones, conspiraciones, despachos... La hegemonía del PP y el PSOE en el reparto de la tarta electoral ha finalizado. Los votantes dejan un pastel de porciones muy diferentes a las servidas desde el proceso electoral de 1982. Hasta ahora, los dos grandes partidos siempre habían sumado al menos dos tercios de los votos. Eso se termina.

Entre los dirigentes de Podemos empieza a correr un argumentario. Llega vía Telegram. Son mensajes de móvil que les ocupan mucho más tiempo que las llamadas. Pegados a los teléfonos, corre como la pólvora la consigna de que van a dar por acabado el «turnismo». Irán a Atocha, a la plaza del Museo Reina Sofía, y quieren dar una imagen de triunfo. Por el momento, la conjura es resaltar que han fracturado los súper poderes de los dos grandes partidos. En las cabezas de Iglesias y Errejón hay también una sensación de alivio. En noviembre han vivido un Consejo Ciudadano casi derrotista, asustados por varias encuestas. Ahora, creen que las confluencias con partidos como los de Ada Colau y Mónica Oltra han sido decisivas.

La radio suelta datos sin parar... El PSOE es la segunda fuerza con 5,5 millones de votos. Es el 22,02 % de las papeletas. Ha perdido 20 diputados. «Pierde seis millones de votos desde sus mejores tiempos», exclama un tertuliano. Podemos entra en el Congreso con más del 20 % de los sufragios, y casi 5,2 millones de votantes han confiado en el partido de Pablo Iglesias y en

las confluencias: En Comú Podem en Cataluña, Compromís en la Comunidad Valenciana, En Marea en Galicia...

A esa hora, Mariano Rajoy ya ha dicho que está en riesgo la unidad de España y que es necesario que le apoyen los partidos que él llama «constitucionalistas». Esto es, PSOE y Ciudadanos. Rajoy habla por teléfono con Pedro Sánchez y se envía mensajes de móvil con Albert Rivera. Después, afirma en público: «Independientemente de la fragmentación política, la mayoría de los votantes ha apoyado a formaciones que comparten la defensa del orden constitucional, la unidad, la soberanía nacional...». Mariano se «vende» como garante de la estabilidad, a la que deben unirse los partidos que en público llama responsables. Evita apelaciones a la corrupción, los recortes o la desigualdad porque quiere poner el foco en que están en riesgo la Constitución y la unidad de España: «No voy a aceptar que se rompa nuestra soberanía».

Pero en los planes de Mariano hay algo más sibilino. Se cura en salud sobre lo que sabe que él mismo va a provocar: la prolongación de los plazos sin formar Gobierno: «España no puede permitirse un periodo de indefinición política», dice. No es lo que piensa. Sabe que Sánchez no le va a apoyar, pero también que, conforme pasen los días, las semanas y los meses, él seguirá siendo el presidente del Gobierno en funciones y continuará viendo desde La Moncloa cómo el líder del PSOE va quemándose en la hoguera de las vanidades que es ahora mismo el Partido Socialista... Rajoy sabe, de primera mano, que con ese resultado a Pedro no le van a permitir pactar con Podemos. Es cuestión de tiempo dejar que se vaya desgastando.

Mientras, tanto en el PSOE como en Podemos se va a desatar en esas horas lo que Rajoy Brey, el ciclista de la elíptica, está esperando. Felipe y Rubalcaba ya le han hecho llegar a Sánchez que toca que Mariano tome la iniciativa. Que es el candidato de la fuerza más votada, que es su turno y que el Partido Socialista se echa a un lado y estará a la altura como primer partido de la oposición.

Un cuarto de hora antes de la medianoche, Sánchez comparece en Ferraz para decir públicamente: «España quiere izquierda, quiere cambio. Hemos hecho historia y el futuro es nuestro». Ante las cámaras, Pedro es aclamado por su equipo al grito de «presidente, presidente». Es un discurso que profundiza en la herida de muerte que supurará lentamente en Sánchez. Se muestra con ganas de formar Gobierno.

Desde Sevilla, Susana declara que el PSOE no caerá en «aventurerismos». No sin antes restregar que el Partido Socialista ha vuelto a perder en España pero ha logrado la cuarta victoria consecutiva en territorio andaluz. Díaz y los barones ya comentan con escozor que Sánchez ha celebrado el peor resultado de la historia del partido. Poco más tarde, hablarán también algunos líderes territoriales. En

Castilla-La Mancha, Emiliano García-Page rechaza acuerdos «que sean un pastiche».

Va encajando el plan de Mariano para apelar a la «unidad constitucionalista» de España en torno a él, encendiendo las alarmas sobre Podemos y Pedro Sánchez. Son horas en las que Pablo Iglesias dice: «Cataluña es una nación que tiene que tener un encaje constitucional diferente. Somos favorables a que en Cataluña se convoque un referéndum». Iglesias no dice nada distinto a lo que ha mantenido durante la campaña y su formación electoral acaba de ser la más votada en territorio catalán y en el País Vasco. Flanqueado por Errejón, Irene Montero, Bescansa..., pronuncia el mensaje que sirve para que, en el PSOE, levanten aún más las fronteras en torno al posible acercamiento a Podemos que Sánchez está ansiando: «Parece que los señores que mandan en el Partido Socialista no entienden que España es un país diverso y plurinacional. El referéndum —asegura Pablo— es imprescindible para construir un nuevo compromiso histórico. Vamos a defender el sí a un proyecto común para que Cataluña siga como nación dentro de España y la vía es que haya una consulta. Cualquier fuerza política que no entienda la plurinacionalidad está dispuesta a entregar el Gobierno al PP».

La figura de Don Quijote y Sancho que adorna el despacho de Pedro Sánchez en Ferraz es una premonición del dilema que vivirá de ahora en adelante. La noche del 20D es la antesala de un arrebató de contrariedad. Unos celebran con euforia datos de derrota y otros aparecen con la procesión por dentro, aunque han ganado. En Génova alguien ha dejado puesta 13TV, donde los analistas alertan de que España está en riesgo porque Iglesias y Sánchez nos llevan a «una alianza de radicales y perdedores».

7

MATAR A PEDRO

Con la noche del 20D ya cerrada, Pablo Iglesias hace una demostración de fuerza y concentra a miles de simpatizantes de Podemos en Atocha. No se ha producido el pretendido *sorpasso* al PSOE que pronosticaban las encuestas, pero el líder del partido morado, con un micrófono en la mano, les grita que son «protagonistas del cambio histórico que comienza en España, porque el 15M señaló el inicio de una nueva transición en nuestro país y la democracia debe llegar a la economía, para que no se vulneren los derechos humanos y la dignidad».

Iglesias «toma la plaza» rodeado de la plana mayor de la formación en Madrid: Íñigo Errejón, Juan Carlos Monedero, Carolina Bescansa..., mientras los asistentes corean: «Sí, se puede». El político de la coleta inicia el discurso haciendo un homenaje a su tío «fusilado en Valencia», que «era un panadero socialista, uno de los muchachos de la motorizada que siempre acompañaban a don Indalecio Prieto», y asegura que su familia no le habló nunca «desde el rencor y la venganza, sino desde el amor». Hace una larga enumeración de hombres y mujeres destacados en la República y afirma que «la revolución no está en las banderas, sino en las pequeñas cosas de cada día». Pablo Iglesias saluda en castellano, en catalán, en euskera y en gallego, con diversas alusiones a la diversidad en España, después de decir: «Aquí seguimos, llamando a las puertas del cielo».

A esa hora, Pedro Sánchez ya sabe que Susana Díaz ha echado un jarro de agua fría a la euforia mostrada en Ferraz, Mariano Rajoy ha botado en el balcón de Génova y Albert Rivera ha dicho que se va «a dormir tranquilo porque no pacta con cualquiera a cualquier precio». En la sede de Ciudadanos también le han interrumpido con gritos de «Yo soy español, español...» y «España, unida, jamás será vencida».

Pablo Iglesias arenga a los suyos como si fuera una estrella del *rock*. Es el mismo Iglesias que se viene arriba en público y después se encoje como un erizo cuando acostumbra a meditar en un círculo cada vez más reducido. Tantea planes

con Irene Montero, su jefa de Gabinete, y sabe que ahora le toca pasar de las musas al teatro.

Pablo suele retirarse a Casavieja, provincia de Ávila. Carretera desde Madrid y luego un camino sin asfaltar, lleno de baches, que te adentra en un bosque cercano a la sierra de Gredos. La ruta es tan sinuosa y el refugio tan recóndito, que parece el escondite en la selva de un guerrillero. Difícil encontrar el lugar si no te guían o no estás acostumbrado a moverte entre esos árboles y matorrales.

Allí busca Iglesias Turrión relajarse y cavilar en cuanto puede. Incluso circulando de madrugada después de recorrer más de una hora y media, procedente de algún programa de televisión que ha terminado tarde. El horario no le importa. Pablo sale como alma que lleva el diablo hacia Casavieja. Es como si buscara en un apartamento de madera, medio camuflado entre el bosque, el equilibrio entre lo más salvaje del entorno y la medida del lugar. Los dos Pablos Iglesias: el moderado o el radical, el que pide calma y el que se agita y dice reivindicar el «estilo apache». O el personaje televisivo y el candidato a gobernar un país.

No se fía del PSOE. Considera que Sánchez no tiene el poder y que históricos como Felipe González, Rubalcaba, Zapatero, Bono... van a ser determinantes. Espera dialogar con Pedro, pero piensa desde el principio que debe anunciar públicamente las exigencias de Podemos, antes de que le lleven a remolque a una negociación. Cree que debe llevar la iniciativa, poner el listón alto y hacerlo en público, porque teme lo que pueda ocurrir a puerta cerrada y las diferencias con lo que después se cuente.

Para Pablo Iglesias existen varias claves que pasan por Cataluña. Una, más mediática, es la exigencia de un referéndum que hace junto a En Comú Podem. Otra es para él casi una obsesión: no acabar como la CUP. Es algo de lo que no se habla en Madrid, pero Iglesias sabe que el partido radical catalán, que ha ilusionado a muchos jóvenes, que lo han visto como una formación rupturista y más fresca, está a punto de romperse, arrastrado por el debate sobre si apoyar a los viejos partidos, como Convergència Democràtica y ERC, para gobernar. Con muy poca experiencia política, la CUP ha entrado en un terreno donde unos son partidarios de renunciar a algunas promesas electorales y otros no. Eso les parte por la mitad. El líder de Podemos teme que pueda pasarles lo mismo.

Hay otra premisa en las cavilaciones de Pablo. Quiere liderar el partido hegemónico a la izquierda del tablero. Superar al PSOE. Piensa que es factible, porque en menos de dos años Podemos y sus confluencias acaban de situarse por encima de los socialistas en ocho comunidades. Ha sido la fuerza más votada en Cataluña y en el País Vasco y se ha colocado en segunda posición en la Comunidad de Madrid, la Comunidad Valenciana, Galicia, Baleares, Islas

Canarias y Navarra.

El PSOE solo ha ganado en dos de sus feudos históricos. En el sur: Andalucía y Extremadura. Además, el partido liderado por Pedro Sánchez ha obtenido sus peores resultados en Madrid, Cataluña y la Comunidad Valenciana, donde ha pasado de segunda a tercera fuerza política. Son tres de las principales regiones de España.

El pensamiento de Iglesias oscila. Como el columpio colgado de un árbol en su parcela, junto a la casa. Hay también una pequeña piscina y un pozo. Para él es como elegir lanzarse y no saber dónde va a caer. Establece contactos que le indican que Sánchez no podrá controlar la situación. Que después del retroceso de votos en las urnas, Susana, Felipe, Rubalcaba, Zapatero, barones de Castilla-La Mancha, la Comunidad Valenciana, Aragón... quieren realmente su cabeza.

Hay otra conexión que es determinante en este momento. Iglesias sabe que Podemos, las confluencias e Izquierda Unida podrían haber logrado juntos hasta 14 escaños más. A IU cada escaño le ha costado 461.000 votos, casi ocho veces más que al PP, que ha logrado un diputado por cada 58.600 papeletas. De esta forma, la candidatura de Alberto Garzón se queda con 2 representantes en el Congreso, a pesar de haber conseguido 923.000 sufragios.

Esta vez no ha sido posible ir a las elecciones con Izquierda Unida, pero Pablo Iglesias piensa que, si la falta de acuerdos para formar Gobierno lleva a una repetición de los comicios, Garzón tendrá más fácil convencer a los suyos después de haber perdido 9 escaños y ponerse de manifiesto que la ley electoral les perjudica seriamente.

No hay mala onda entre Iglesias y Alberto Garzón, aunque sí heridas abiertas por duras declaraciones aún recientes de Pablo. No hace tanto que se refería en la prensa a un supuesto «izquierdista tristón, aburrido y amargado, pitufo gruñón», al que le decía que se «cociera en su salsa llena de estrellas rojas y de cosas, pero no te acerques, porque sois precisamente vosotros los responsables de que en este país no cambie nada. Sois unos cenizos. No quiero que cenizos políticos, que en veinticinco años han sido incapaces de hacer nada [...] se acerquen a nosotros».

De entrada, Iglesias arrastra cierto resentimiento, porque pudo estar en las listas de IU a las elecciones europeas y no logró que le hicieran el hueco que él consideraba razonable. En buena medida, de ahí arranca la fundación de Podemos. Otros, como Íñigo Errejón y sus partidarios, piensan ahora que unirse a Izquierda Unida no significará necesariamente conseguir los mismos votos que cada uno ha obtenido por separado. Es más, creen que acercarse a una formación que puede verse como «vieja» les traería más perjuicios que otra cosa.

El tablero para formar Gobierno se presenta endiablado. En las altas esferas se

han encendido las alarmas sobre lo que algunos medios cuentan como la deriva populista, bolivariana y radical que pueden emprender Sánchez, Iglesias y Garzón: «La estabilidad de España está en peligro». Nada más lejos de la realidad. Entre Pedro y Pablo no hay *feeling* y Mariano tiene un plan, tanteado desde hace meses con ciertos poderes fácticos, que va a ir desarrollando. Rajoy ha optado por esperar, dar imagen de diálogo constante y observar los movimientos a su izquierda. Como quien ve desde el sofá una etapa de montaña de las duras del Tour de Francia.

Se acerca la Nochebuena y el PSOE de Pedro Sánchez envía un mensaje a los «tótems» del partido, que conspiran para que, tras el batacazo electoral, Sánchez sea consciente de que su cabeza pende de un hilo. Les hace saber, a través de su secretario de Organización, César Luena, que no se abstendrá, porque si el PSOE permite gobernar a Rajoy, cederá el liderazgo de la oposición a Podemos y será el principio del fin.

Es tiempo de Navidad y Antonio Hernando llega a reconocer que «apoyar a Mariano Rajoy es acabar con la confianza de los votantes del PSOE». Terminará un año, pero pronto llegará otro. Los deseos incumplidos de hoy pueden ser la buena nueva de un mañana venidero... Mariano ha colocado el árbol en La Moncloa, tiene clara la carta que ha escrito a los Reyes y sabe que, tarde o temprano, le llegarán los regalos.

Sabe que los pesos históricos del Partido Socialista —nadie se atreve a decirlo públicamente por ahora— creen que lo mejor sería abstenerse para que gobernara el PP. No quieren que haya un Gobierno con Podemos, Izquierda Unida y los nacionalistas. Felipe, Rubalcaba y Zapatero le han hecho llegar que debería mantenerse en la oposición. La conclusión de los críticos con Sánchez es que, mientras que Pedro negocie con Rajoy o dialogue, se le dará margen, pero no quieren saber nada de formaciones como Esquerra Republicana de Catalunya o de Iglesias. Al mismo tiempo, en el círculo más cercano a Susana Díaz, hay partidarios de cobrarse la cabeza del secretario general antes de que acabe el año. Y faltan días.

Los adversarios de Sánchez dentro de su partido lo tienen claro. Los hay que piensan que debiera haber dimitido ya y otros le dan margen para «no explotar» el PSOE en este momento. A estas alturas de la película, Felipe y Rubalcaba son partidarios de no cargarse al líder del partido tan pronto, cuando se ve como posible una negociación alternativa a Rajoy. No porque deseen que se produzcan esas negociaciones con la izquierda, sino porque de cara a la galería no quieren dar la imagen de que matan así, y en ese momento, al secretario general.

Por su parte, Pedro quiere mantener el control del partido y ganar tiempo al

frente de Ferraz, pero tiene grandes dificultades. En la Ejecutiva socialista adelanta a sus compañeros que optará a la reelección a la Secretaría General del PSOE cuando se celebre el próximo congreso ordinario. Debería tener lugar en febrero, cumplidos cuatro años del anterior, pero va a proponer aplazarlo hasta la primavera. Sin fecha fija. Es una llamarada que le lanza a Susana Díaz.

8

MARIANO, SÉ FUERTE

Es el día después de la batalla. En la calle Génova de Madrid no quedan ni restos de la deslucida fiesta de la madrugada. Un coche se abre camino en un atasco que se ha formado en la avenida, el vehículo gira y se dispone a entrar en la sede del Partido Popular.

—¡Es Aznar, tú! ¡Qué sí, que es Aznar!

Un vigilante de seguridad alerta de una visita nada habitual un lunes a estas horas. El coche ha entrado en el garaje. El expresidente del Gobierno, con corbata de tonos colorados, traje impecable y unos vistosos gemelos se baja del vehículo. No es aquel Aznar de bigote poblado, pero inconfundiblemente es él: José María. Se ha puesto de acuerdo con Ana Botella para que ella entre por la puerta principal. Él accede desde el aparcamiento a la planta donde va a celebrarse el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Popular. Desde marzo de 2011 Aznar no acudía a esta reunión. Algo está ocurriendo.

Hay gran temor en el PP. Mirando los resultados electorales, saben que ningún partido quiere pactar con ellos, pero si Pedro Sánchez es capaz de seguir adelante, a él sí puede darle la suma. Hay alarma en la derecha política, financiera, empresarial, mediática... La posibilidad de un Gobierno de izquierdas y los millones de votos perdidos por Mariano Rajoy dan razones a sus críticos.

José María Aznar ha oído la sangre y se presenta en la Ejecutiva. Los disconformes con Mariano, como el expresidente y Esperanza Aguirre, se lamentan en privado de la «indolencia» de Rajoy y creen que esta mañana es buen momento para intentar saldar cuentas. Piensan que si el PSOE pacta con Podemos, Izquierda Unida y Compromís, y obtiene otros apoyos entre las fuerzas nacionalistas, pueden ver pasar ante ellos el cadáver del presidente del Gobierno en funciones.

Aznar se sienta entre Jesús Posada y Pío García Escudero. No está en la mesa principal, sino en otra a la derecha de Rajoy. La imagen es inusual y causa incomodidad entre los presentes. El expresidente interviene preocupado y

asegura que vivimos un «momento difícil para España y para el partido», pide «una reflexión profunda» y «un congreso que por estatutos tiene que celebrarse, y que debe definir el futuro de nuestro proyecto y elegir la dirección del partido. Por supuesto, no hace falta que os diga que yo no tengo la más mínima intención de presentarme»...

El expresidente del Gobierno, que nombró a dedo a Rajoy como su sucesor, aunque no fuera su primera opción —lo era Rodrigo Rato—, mantiene ahora sus diferencias con Mariano y le enseña la puerta de salida. Lo mismo lleva haciendo unos cuantos años Esperanza Aguirre, que tuvo muy cerca cortarle la cabeza a Rajoy Brey en 2008, pero desde entonces se lamenta en privado de los avatares del político gallego. Esperanza toma la palabra y le mete el dedo en el ojo afirmando que hay un divorcio entre los votantes y el PP, que la gente está muy enfadada y que van en picado, como muestran los datos de las elecciones andaluzas, europeas, municipales, autonómicas y catalanas... Aznar y Esperanza han ido al Comité a darle a Mariano en su línea de flotación.

No son horas fáciles en el Partido Popular. Cunde el pánico, aunque Mariano no está ni mucho menos tan nervioso. Llevará el proceso postelectoral como está driblando las causas de corrupción en los tribunales: alargando tiempos, con mucha guerra soterrada y sin perder la calma. Un juez acaba de citar como testigos a la gerente del PP y al asesor jurídico del partido por una supuesta falsedad documental en el despido «en diferido simulado» de Bárcenas. Los populares decían que lo habían echado, pero siguió cobrando hasta más de 700.000 euros. Mientras, el juez Castro ha pedido las facturas de las reformas en la sede del PP, también investigadas por presunta corrupción.

A Rajoy le interesa que no haya excesivas presiones que le exijan dimitir para evitar un Gobierno de izquierdas. Sabe que esa alianza entre Pedro Sánchez y Pablo Iglesias es lo que temen las altas esferas del país y, si la ven cerca, pueden pedirle que dé un paso atrás para ofrecer su cabeza al PSOE y a Ciudadanos a cambio de un pacto con el PP. Es lo que algunos, como el ministro de exteriores, García Margallo, denominan Operación Menina. Para Mariano ahora es decisivo transmitir tranquilidad a los pesos pesados del país, que haya calma en los mercados financieros y que no se pongan nerviosos en Europa.

Rajoy tiene un importante aliado en Angela Merkel. Para ella es uno de sus alumnos aventajados. Conservador, sobrio, poco dado a aspavientos, parco en palabras y, lo más importante, obediente. España ha ido cumpliendo el calendario de ajustes de una manera que gusta a la canciller alemana y Mariano se ha ido trabajando su complicidad. Ahora, la va a aprovechar.

El presidente español se vio con Merkel en Bruselas, poco después de recibir un puñetazo en Pontevedra durante la campaña electoral, y quiso preparar el

terreno que veía venir tras las elecciones. Él le quitó importancia al incidente, le dijo a Angela que era algo aislado, que la situación política en España no estaba crispada, pero le avisó del riesgo de que Podemos desplazara al PSOE como segunda fuerza. La canciller se quedó sorprendida por la hipótesis de que el partido de Pablo Iglesias superase a los socialistas, pero Rajoy le pidió calma.

La estrategia del presidente español era, fundamentalmente, tener preparado al Gobierno alemán para que tuviese paciencia ante unas negociaciones para continuar en La Moncloa que podían alargarse. El líder del Partido Popular sabía ya antes del 20D que Rivera estaba pidiendo su cabeza para apoyar al PP, y la estrategia de Rajoy en Bruselas es comprar tiempo. Que nadie le presione, ni se impacienta, para formar Gobierno en España, porque él seguirá a los mandos aunque sea en funciones.

Mariano Rajoy Brey quiere que sus víctimas se devoren. Y está dispuesto a sentarse a ver el espectáculo. Su plan de acción será no hacer nada. O hacer muy poco. Lo justo. Esperará a que corra la sangre en el PSOE y también, si puede ser, entre los socialistas y Podemos. No es una operación exenta de riesgos: Rajoy sabe que llevará a España a su periodo más largo sin Gobierno.

Antes de las elecciones del 20 de diciembre, Mariano ya había pedido un informe a los servicios jurídicos para saber hasta cuándo podía mantenerse en funciones y, sobre todo, qué decisiones podía tomar en esta interinidad. Se había pertrechado para un resultado electoral que, ya le habían advertido sus asesores, iba a ser de gran fragmentación.

Rajoy conoce las intenciones de Sánchez, que le ha llamado indecente a la cara en un debate. No espera que le apoye para gobernar. Pero Rajoy también sabe que hay en el PSOE suficientes manos para que se lo quiten de en medio antes de tener que hacerlo él. Le evitarán ese trabajo.

El presidente tiene datos de lo que piensan en privado los «históricos» y los barones del Partido Socialista, y su equipo también le informa de lo que van diciendo en público. Realmente, su gran temor es que el PSOE y Ciudadanos presionen diciéndole sí al PP, pero sin Mariano. Los movimientos entre Rivera y Pedro le inquietan, pero, entretanto, la consigna es esperar.

—Presidente, podemos estar en funciones hasta el verano.

Son cuestiones que Mariano Rajoy despacha con Soraya Sáenz de Santamaría, la vicepresidenta. Ella le coordina el trabajo y es quien le ha solicitado el documento que marca las pautas.

—Artículo 101 de la Constitución: «El Gobierno cesante continuará en funciones hasta la toma de posesión del nuevo». Como tenemos un plazo de dos meses para que el Congreso elija al presidente... Y, si no, ya sabemos, el rey disuelve las Cámaras y nuevas elecciones...

—Tenemos que remarcar eso. Que si no quieren apoyar ellos, vamos a segundas...

—Y las cuentas. El 1 de enero entran en vigor los Presupuestos, pero habrá que hablar del tema de las pensiones, por ejemplo.

—¿Y para los otros temas?

—El Consejo de Ministros se reúne para decisiones de trámite o urgentes, dice la Constitución.

Rajoy, experto fumador de puros, piensa, despacio, como si degustara con tiento cada calada.

—Soraya, vamos a dar unos días de vacaciones a los ministros.

—El BOE publica el cese de todos, dejan de estar formalmente en sus cargos y pasan a estar en funciones hasta que haya nuevo Gobierno.

—Con Sánchez vamos a vernos el miércoles.

—Miércoles, 23.

Otra clave para la estrategia del gallego. Pide recibir al resto de los candidatos en el Palacio de la Moncloa. Quiere dar la imagen de fuerza de que él sigue siendo el presidente, de que los demás van a verle. A esto se une la idea de transmitir que es un hombre dialogante, dispuesto a entablar conversaciones con todos. Algo que, precisamente, ha escaseado en la legislatura que acaba de terminar.

Entre las cuestiones urgentes que Rajoy espera tratar en los próximos días, que reforzarán la tesis que quiere trasladar de hombre responsable frente a Sánchez, está el desafío separatista en Cataluña. Será merced al preacuerdo firmado entre la candidatura de Artur Mas y la CUP. Los movimientos de los independentistas pueden echar más leña a la pira del líder del PSOE, ahora que dentro de su partido le están haciendo advertencias para que no negocie nada con los nacionalistas catalanes.

Por eso, Mariano Rajoy defiende públicamente que un acuerdo de Estado PP-PSOE-Ciudadanos es bueno para España frente al desafío separatista y también para asegurar la estabilidad del país en un Gobierno que debe encabezar cuanto antes el partido más votado. Sabe que el líder socialista no lo va a aceptar, pero así le añade más presión.

Rajoy llega al punto de ofrecer en comparecencia de prensa, como puntos para entenderse con los otros partidos, la unidad nacional, la Constitución, la soberanía y el principio de la igualdad entre los españoles. No menciona la corrupción. Le interesa que el foco esté en estos otros asuntos.

A la espera de encontrarse con Pedro Sánchez, Rajoy ha leído detenidamente el informe que le indica que la constitución de las nuevas Cortes Generales está fechada para el próximo 13 de enero. Luego, empezarán las consultas para

formar Gobierno. En la sesión de investidura se necesita mayoría absoluta en la primera votación y simple en la segunda.

El PP suma poco más de un tercio de los escaños del Congreso y Mariano opta por ser fuerte y aguantar. No quiere presentarse a la investidura. Dejará que lo haga Sánchez. Sabe que eso pondrá nerviosos a los que no lo quieren dentro del PSOE, porque interpretarán que existe alguna opción de que pueda ser presidente. Rajoy quiere, además, ver a Pedro con Pablo Iglesias. Lo considera otro motivo de desgaste. Y no se olvida de Rivera. Quiere que negocie con los otros dos, o con alguno de ellos, porque eso puede producir rechazo en los votantes que Ciudadanos tiene a la derecha.

Una vez preguntaron a Manuel Fraga, poco antes de morir, por Mariano Rajoy Brey. A sus ochenta y seis años, Fraga dijo que él no habría tenido «la paciencia de Mariano». Un gallego como Fraga Iribarne se perpetuó en una larga carrera política como ministro en el franquismo, fundador de Alianza Popular, presidente de la Xunta, senador... Más incluso aguantó otro gallego como Francisco Franco, que estuvo en el poder hasta su muerte. O Fidel Castro, con ascendencia gallega de Láncara (Lugo), o su hermano Raúl... Rajoy lleva en política toda la vida y se ha tomado como una cuestión de orgullo no ser desalojado del poder por los jóvenes políticos, a los que incluso desprecia en varias de sus facetas. Cree que les falta mucho por aprender y presume de que él, a diferencia de ellos, se ha bregado en otros cargos antes de llegar a La Moncloa. Quiere ponerles a marear la perdiz porque ya piensa en las segundas elecciones, aunque su intención es transmitir la imagen de que la culpa es de sus rivales, que no le apoyan.

Franco Bahamonde, voraz depredador de partidos de fútbol en su televisión instalada en el Pardo, les decía a sus ministros aquello de: «Haga como yo, no se meta en política». Rajoy piensa que ponerse a negociar con Sánchez va a ser «un lío». Espera que caiga como fruta madura. Para Mariano, lo más probable es que se repitan las elecciones. Cuanto más tiempo pase, más presión quiere ejercer sobre el PSOE. En Bruselas ya saben que Rajoy, el político rodeado de casos de corrupción que tanto tardan en juzgarse, ha pedido esperar para que haya Gobierno en España. Mientras, él seguirá disponible para lo que haga falta, porque sigue gobernando en funciones.

9

NO QUIEREN A PEDRO EL CRUEL

A estas alturas, el principal consejero de Pedro Sánchez entre la «vieja guardia» socialista es Felipe González. Es con el que intercambia impresiones con más asiduidad. Han hablado en la noche de las elecciones y van a reunirse tres días después de que los españoles hayan votado. Será después de que Pedro salga de La Moncloa tras entrevistarse con Mariano. Felipe piensa que el PSOE debe mantenerse en la oposición y que Rajoy debe tomar la iniciativa de intentar formar Gobierno, pero quedan en verse y tratarlo con más detalle almorzando el día 23.

Sánchez conoce personalmente a González desde que se lo presentó José Bono. Fue tiempo atrás, cuando Pedro había llegado ya a secretario general. El joven líder le pidió a Bono que le concertara esa cita y el expresidente finalmente accedió después de algunos intentos. De hecho, Felipe había apoyado a Eduardo Madina en las elecciones primarias para liderar el PSOE. González no conocía a Sánchez y Madina era una de las «promesas» de las que se hablaba en el partido desde los tiempos de Zapatero.

Felipe, como Rubalcaba, es muy dado a mantener encuentros de este tipo en su vivienda. No solo porque sea más cómodo, sino fundamentalmente por intimidad. Así que su primer encuentro con el joven secretario general se produjo también en casa. Prácticamente lo primero que hizo fue llamar a Sánchez «Pedro el Cruel». Con ironía, pero haciéndole saber que no estaba de acuerdo con las opiniones que el nuevo líder del PSOE había expresado en la televisión sobre las puertas giratorias. González le comentó con cierta sorna que no podía prohibirse de por vida que un expolítico trabajara en una empresa privada: «Se trata de saber en cuántos años ponemos el límite desde que uno deja la política hasta que comienza a trabajar con determinada firma»... Pedro Sánchez tampoco le llevó mucho la contraria. En cierta forma estaba intimidado por la figura del socialista que más tiempo gobernó España.

Desde entonces, mantienen contactos y se han puesto de acuerdo en reunirse cuando Pedro sepa lo que Mariano Rajoy le plantea. En estos momentos el

presidente en funciones mueve hilos con su mantra de la gran coalición. Quiere seguir en La Moncloa con el apoyo del PSOE y cree que sus contactos con los pesos pesados socialistas y con el mundo financiero pueden venirle bien. De hecho, varios exministros y empresarios reciben la llamada del jefe de Gabinete del presidente, Jorge Moragas, para preguntarles cómo ven la situación y animarles a adoptar algún tipo de posicionamiento en público.

El 22 de diciembre, el Consejo Empresarial de la Competitividad, que reúne a diecisiete de los empresarios más importantes de España, traslada a la prensa, citando «fuentes de las grandes compañías», que desean cualquier coalición formada por el PP, el PSOE y Ciudadanos. No especifican qué tipo de alianza. En la misma línea, varios relevantes hombres de negocios hacen llegar su inquietud a la dirección socialista.

Un enlace clave entre el IBEX 35 y Ferraz es el exministro de Zapatero, Jordi Sevilla. Fichado por Pedro Sánchez como coordinador de su área económica, mantiene contactos con buena parte de las empresas cotizadas. Y ellas le trasladan su interés por algún tipo de acuerdo que evite entendimientos con Podemos. Los líderes patronales y los empresarios tampoco están por la labor de dejar pasar el tiempo sin que se forme Gobierno. Consideran, incluso, que si no se pacta un Consejo de Ministros entre socialistas y populares, al menos debería haber abstenciones o un tripartito con el partido de Rivera.

Cuando Pedro Sánchez era un economista con el título bajo el brazo y poco más, comenzó a trabajar en Ferraz con Sevilla, por entonces responsable de la Secretaría Económica del PSOE. En ese tiempo, las cámaras sorprendieron al futuro ministro de Administraciones Públicas comentando con el futuro presidente Zapatero una reunión con diputados de su grupo que acababa de terminar.

—Jordi Sevilla: Se te nota todavía un poco inseguro. Has cometido un par de errores. Has dicho que aumenta la progresividad en lo del sistema fiscal y lo que aumenta es la regresividad, pero son chorradas...

—Zapatero: Bueno, pero eso es lo mismo.

—Jesús Caldera: Nada, nada, di que has estado muy bien. Has estado muy bien.

—Jordi Sevilla: Lo que te quiero decir es que lo que tú necesitas saber para esto son dos tardes.

—Zapatero: ¿Sabes qué es lo peor? Que me gusta.

—Sevilla: Prefiero que me sustituyas tú que Miguel.

—Zapatero: ¡Qué cosas dices!

Se supone que se refería a Miguel Sebastián, el exdirectivo del BBVA al que había fichado Rodríguez Zapatero y que reducía las competencias de Sevilla. De

ahí el dardo que le lanzaba al presidente, receloso por mantener su puesto.

Lo cierto es que tanto Zapatero como Jordi Sevilla, como Miguel Sebastián, llegaron después a formar parte del Gobierno. Los tres, además, fueron decisivos en la carrera de Pedro Sánchez. Curiosamente, todos a las órdenes de un José Luis Rodríguez Zapatero con quien Pedro acabará mal. El expresidente también se siente engañado por él, y ya está con Susana. Los dos están por la labor de cortarle las alas al líder de su partido.

Cuando pasan dos días de las elecciones generales y en España aún se teme una alianza progresista que desbanque a la derecha, la izquierda no va a estar a la altura de semejante responsabilidad. En el Partido Socialista pesan más las ganas de cargarse a Sánchez por sus malos datos electorales y por los intereses de Susana Díaz de hacerse con el poder. Pedro está en salvarse y en que no le corten la cabeza. En Podemos se debaten entre negociar en serio con los socialistas o no hacerlo. Finalmente, Pablo Iglesias tiene ya en mente optar por un camino intermedio: elevar el listón, hacer grandes exigencias al PSOE que harán muy complicado llegar a acuerdos. A Iglesias le mueve la desconfianza hacia el Partido Socialista, su «vieja guardia», sus barones y la esperanza de que en unas terceras elecciones Podemos podría superarles concurriendo con IU.

Pedro Sánchez se encuentra entre dos tierras. Cuarenta y ocho horas después de que los españoles hayan votado, Susana Díaz aprovecha la reunión de su grupo parlamentario en Andalucía para insistir en que el PSOE debe permanecer en la oposición y ni siquiera optar a un Gobierno alternativo al PP: «A Rajoy le corresponde intentar formar Gobierno. Los ciudadanos nos han puesto en la oposición». Susana considera que «para recuperar la credibilidad no se nos puede ver como un partido de oportunismos», en clara alusión a posibles pactos con Podemos. Llama «prepotente» a Pablo Iglesias por exigir un referéndum en Cataluña y pide algo que no hará: «El PSOE debe cumplir con su palabra votando rotundamente no a Rajoy».

Con la exigencia de algunos barones socialistas para que Sánchez ni siquiera se siente a negociar con Pablo Iglesias, Podemos elude también la responsabilidad de una negociación con los socialistas y lanza una idea extraña: que haya un presidente independiente, «fruto de un pacto de izquierdas». El primero que pone esta propuesta sobre la mesa es Íñigo Errejón. En una entrevista en Onda Cero, también en este día 22 de diciembre, el número dos del partido morado explica: «No sé si veo yo mucho a Pedro Sánchez. Para alguna de las transformaciones importantes que necesita nuestro país, a lo mejor necesitamos pensar en figuras independientes. Si hace falta alguien por encima de los partidos, igual tampoco es una locura». Al día siguiente, Pablo Iglesias abundará en la misma idea.

Pedro Sánchez debe decidir. Sabe que su puesto al frente del PSOE pende de un hilo. Si se acerca a Podemos, los pesos pesados de su partido se le echarán encima. Si transita hacia la abstención y deja que gobierne Rajoy, cree que será el último «marrón» que se coma en el Partido Socialista e inmediatamente después cargarán sobre él esa responsabilidad y se lo quitarán de en medio. Otra opción es convocar cuanto antes a la militancia y que unas primarias y un congreso decidan quién debe liderar el PSOE y que tenga las manos más libres. Todas estas ideas rondan la cabeza de Pedro Sánchez Pérez-Castejón. Cualquiera de ellas puede suponer su vida o su muerte política. Mariano espera.

10

BAJO PRESIÓN

La llamada de Moncloa a la presión empresarial sigue surtiendo efecto. El día en el que Pedro se reunirá con Mariano y después almorzará con Felipe amanece con cantos de sirena para que el PSOE pacte con el Partido Popular. Exministros socialistas de la rama económica se muestran partidarios de ese acuerdo: Carlos Solchaga, exministro de Economía; Javier Gómez Navarro, exministro de Comercio; José Luis Corcuera, exministro de Interior o Luis Carlos Croissier, exministro de Industria, todos ellos miembros de los distintos Gobiernos presididos por Felipe González.

Algunos incluso aparecen esta mañana en la portada del periódico económico *Expansión* pidiendo un pacto con el PP y acompañados de dirigentes de la derecha, como el exministro de Aznar Jaime Mayor Oreja, o el empresario Juan Miguel Villar Mir, que ocupó diversos cargos en los Gobiernos de Franco y de Arias Navarro. Varios de estos hombres, que exigen que no haya un Gobierno de izquierdas, forman parte de consejos de administración de grandes empresas del IBEX 35, de multinacionales o de las entidades financieras más importantes del país.

Las presiones del mundo empresarial van acompañadas incluso de sugerencias para que se pacten algunas medidas de Gobierno para una legislatura en la que se aborde el contencioso de Cataluña con una reforma de la Constitución, y se apunte lo que consideran la recuperación económica con más reformas de calado. Si ha de ser una legislatura corta, que así sea, pero no quieren un Gobierno distinto.

Las gestiones llevadas a cabo desde Moncloa no se dirigen tanto a crear un clima propicio a algún tipo de pacto de legislatura entre PP y PSOE, como a reventar las opciones de acuerdos entre Pedro Sánchez, Albert Rivera y Pablo Iglesias. El líder de Ciudadanos ha descartado entrar en un Gobierno con Rajoy, y en el equipo del presidente en funciones temen que Albert facilite la investidura de Sánchez antes que la de Mariano.

Javier Gómez-Navarro, exministro de Comercio y Turismo con González,

declara que «PSOE y Ciudadanos deben abstenerse para que el PP gobierne al menos dos años». José Luis Corcuera, extitular de Interior, lanza una advertencia a Pedro Sánchez: «El PSOE no puede pactar con los que quieren disolver España». Eduardo Serra, ministro en Gobiernos socialistas y populares, defiende que «hace mucho tiempo que es conveniente que PP y PSOE lleguen a un acuerdo».

Desde el mundo de la banca, la tesis de la gran coalición, o con la variable de Ciudadanos, es defendida en privado por dirigentes del Santander, La Caixa o el BBVA. El presidente del Banco Sabadell, autor de la frase «necesitamos un Podemos de derechas», previa al auge del partido de Rivera, opina que es necesario alcanzar un gran pacto cuanto antes. A Josep Oliu se suma el presidente de la patronal CEOE, Juan Rosell, que declara públicamente que «la incertidumbre que manifiestan los resultados debería resolverse cuanto antes para mantener el ritmo económico necesario».

Son mensajes con un doble sentido. Por una parte, alientan a no gobernar con Podemos, pero, por otra, hay poderes económicos que exigen un Gobierno con prontitud. Es una idea en la que no está Rajoy, que ha planeado ganar tiempo para que cedan sus adversarios. Así que Mariano tampoco las tiene todas consigo. Al inicio de la partida, Sánchez y Rivera coinciden: no quieren gobernar con Rajoy Brey, aunque el líder de Ciudadanos propone «un pacto por España» con el PSOE y con el PP, «porque si no el populismo y el separatismo seguirán creciendo, aprovechando la decadencia de las instituciones». Es un intento de presionar para que caiga Mariano.

Así llega el día en el que Rajoy va a enseñarles los dientes a Rivera y a Sánchez en privado. Algo así como un «se van a enterar estos que son nuevos». La actitud dialogante que el presidente del Gobierno en funciones ha proclamado en público al anunciar su ronda de contactos no va a coincidir con lo que Pedro comprobará en persona este 23 de diciembre de 2015. El líder del PSOE va a probar la medicina de Rajoy en el Palacio de la Moncloa. El mediodía anterior a la Nochebuena se producirá el primer encuentro de dos antagonistas que aspiran a gobernar España.

Sánchez llega haciendo bromas en su coche, alegre, jovial. Pensando en el «no» que va a darle a su contrincante y expectante por lo que pueda ofrecerle el dirigente gallego. ¿Una vicepresidencia?, ¿una legislatura corta?, ¿algunas medidas políticas?, ¿negociar un programa de Gobierno? Pedro Sánchez se siente fuerte porque cree que Rajoy depende de él para gobernar. Tiene intriga por saber qué hará Mariano para intentar camelarlo.

Son las doce y seis minutos y Rajoy sale a esperar el vehículo de Sánchez con gesto serio. No sonrío ni al saludarle y tampoco baja la escalinata. El secretario

general de los socialistas responde cariacontecido. Tampoco esboza un solo ademán de simpatía ante su adversario. Mariano Rajoy ni siquiera hace el gesto de cortesía de invitarle a pasar primero. Solo coinciden en el color rojo de sus corbatas.

Entre los dos suman casi 13 millones de votos, pero no mantendrán una conversación con intenciones de llegar a buen puerto. Lideran los dos partidos hegemónicos en España, pero Rajoy y Sánchez constatan un choque de trenes. El presidente le suelta la idea de la gran coalición con el PSOE. Para gran sorpresa del dirigente socialista, al decirle que no está por la labor de permitirle gobernar, el presidente en funciones no trata de convencerle. Es más, la reunión se zanja en poco más de un cuarto de hora.

No ha habido más esfuerzo por parte de Rajoy que enunciar algunos puntos como la defensa de la unidad de España y la estabilidad del país. El tono ha sido frío, gélido, distante. Las diferencias son insalvables. Solo han pasado nueve días desde que, en un plató de televisión, delante de toda España, Sánchez le dijo a Mariano a la cara «usted no es decente», dado el cúmulo de escándalos de corrupción que le rodean: los pagos en B en la sede del PP, el apoyo a Bárcenas, nombrar y apoyar a Rodrigo Rato... El «¡Hasta aquí hemos llegado!» con el que Rajoy respondió a Sánchez aquel 14 de diciembre era verdad. Ya nunca más volverán a entenderse.

Cuando le tocan la fibra, Mariano Rajoy ni olvida, ni perdona. Tiene grabadas a fuego las cuentas por saldar: «Usted va a perder estas elecciones. De una derrota electoral uno se recupera, pero usted no se recuperará de su frase ruin, no se la acepto, ha sido mezquino, deleznable y miserable. No se recuperará nunca de ella». Eso le dijo a Pedro a mediados de mes ante las cámaras y en esas está Mariano aún en estas Navidades.

Esto ocurre de puertas adentro, en una reunión en La Moncloa donde Rajoy y Sánchez se han enseñado las armas. Y si Sánchez aspira a que Rajoy lleve la iniciativa para lograr su investidura, lo lleva claro... El presidente en funciones ya tiene en la cabeza dejar que el joven político socialista se adelante y se quemee. O lo quemen. Mariano se ríe por dentro cuando oye al secretario general de los socialistas decir que corresponde ahora a Rajoy buscar apoyos para formar Gobierno.

Porque Rajoy sabe más. La presidenta andaluza, Susana Díaz, es partidaria de una «reflexión profunda» en el PSOE por la pérdida de votos y ha llamado a los suyos a no caer en «aventuras». Díaz hace saber en las filas socialistas que no descarta pedir la cabeza del Guapito en el próximo Comité Federal. Para mayor gloria de Mariano, el choque entre el líder del PSOE y la lideresa continuará en público cuando Pedro salga de La Moncloa.

Sánchez vuelve a encender las alarmas de los barones y poderes fácticos de su partido. Dice que no descarta pactar con Podemos, aunque Pablo Iglesias defienda el referéndum de autodeterminación catalán: «Frente a los de las líneas rojas, hay que tender puentes para encontrar soluciones a los problemas estructurales que necesita el país». Pedro cree que la reforma de la Constitución es la medida que puede resolver ese bloqueo territorial.

El joven líder socialista anuncia que trabajará con su equipo para que haya un Gobierno «de cambio progresista» y se reivindica como la «alternativa» a Rajoy y al PP: «Los españoles dijeron tres cosas: la primera, que querían cambiar al Gobierno de España; en segundo lugar, que querían que ese cambio fuese un cambio progresista; en tercer lugar, que querían que ese cambio fuese un cambio presidido por el diálogo que durante estos últimos cuatro años ha faltado por parte del partido del Gobierno, en este caso, el Partido Popular».

Sánchez aspira a tener el apoyo de Podemos y de Ciudadanos, pero son excluyentes. Ya solo el asunto territorial lo hace inviable. Pablo Iglesias pide la consulta y Albert Rivera ha apostado por ese pacto sin Podemos, con los que tampoco quiere gobernar. Por eso, Pedro no sabe responder cuando los periodistas le preguntan qué ocurrirá si Rajoy fracasa en su intento de formar Gobierno:

—¿Cómo va a intentar el PSOE formar una unión de partidos alternativa? —le plantea un reportero.

—Hay que respetar los tiempos, la primera fuerza política tiene la responsabilidad de intentar gobernar y, pasada esa etapa, cumpliremos el mandato de los ciudadanos para que haya un Gobierno de cambio. En eso no hay atajos —responde el líder del PSOE.

El atajo lo trama Rajoy, que ni siquiera quiere presentarse el primero a la investidura. Su plan pasa porque haya segundas elecciones cuanto antes, o dejar que Sánchez tome la iniciativa, fracase y se repitan los comicios. Aunque, en realidad, Pedro Sánchez también quiere ganar tiempo. ¿Para qué? Para no ser sacrificado por los suyos. Busca enviar el mensaje a los críticos de que está dispuesto a todo. Una negociación con Podemos y Ciudadanos no le viene mal, porque mientras el rey le haya encargado intentar la investidura, sus «compañeros» no se atreverán a matarle.

La declaración de guerra se produce definitivamente en este momento. Pedro Sánchez responde sin reservas a Susana Díaz y a los barones que tiene en contra. Les dice públicamente que la política de negociaciones y alianzas la conducirá la dirección del PSOE. Dicho de otra forma: él y su equipo. No los barones: «Susana tiene cultura de partido y sabe que es esta dirección federal y mi persona, como secretario general, quien marca y propone las líneas políticas. Y

esa cultura de partido y esa responsabilidad yo las voy a cumplir».

Cuando pronuncia las palabras «cultura de partido» no lo hace por casualidad. Pedro pretende darle un golpe bajo a Díaz. Utiliza la misma expresión con la que Felipe González había pedido apoyar al secretario general meses atrás. Y citar a Felipe no es baladí. Es la gran autoridad en el PSOE. Lo es para Pedro y también para Susana.

Sánchez termina su intervención ante los medios y se va a almorzar con González. El expresidente lleva desde los tiempos de las elecciones europeas de 2014 mostrándose partidario de la «gran coalición» PSOE-PP por «la estabilidad» del país. Ahora, tras las generales, no ha cambiado de opinión. Le traslada a Pedro que deje que Rajoy tome la iniciativa, pero que no gobierne con Podemos y «escuche al partido».

Por la noche, en una entrevista en Telecinco, Pedro Sánchez Pérez-Castejón declara que no renuncia a que España tenga «un Gobierno progresista y de cambio». Mantiene en su cabeza negociar algún tipo de acuerdo, de apoyo y abstenciones, con Ciudadanos y Podemos. La llamada «vieja guardia» del PSOE y barones como Susana Díaz están que se tiran de los pelos: «¡Este tío se ha echado al monte!», «¡Hay que pararle los pies!», «¡Qué se ha creído!».

Existe un plan claro para marcarle a Pedro el camino: el Comité Federal del PSOE que se celebrará el próximo 28 de diciembre, Día de los Inocentes. A Pedro Sánchez comienzan a llegarle noticias de que no solo Susana, sino también varios barones territoriales han empezado a cocer una resolución para marcarle, por escrito, las líneas rojas sobre con quién puede o no puede negociar.

Ese comité es insalvable. Allí lo mismo te apoyan que te retiran el respaldo y se cargan al secretario general. Lo que es excepcional es que los barones socialistas estén negociando ya, al margen, una resolución sobre lo que debe hacer el líder del partido. Lo común es que las disposiciones las propicie la Comisión Ejecutiva, aunque luego se abra a cambiarlas con otras propuestas. Así pues, que los barones trabajen en una resolución al margen de la Ejecutiva que dirige Sánchez confirma el enfrentamiento interno para el que se prepara, o cree estar preparado, el líder del PSOE.

La tensión va en aumento. Pedro se siente acorralado. Le están diciendo que no pacte con Podemos, que tampoco lo haga con Rajoy y que no debe haber otras elecciones. Susana Díaz considera que a Rajoy hay que decirle «rotundamente no» a la propuesta de la gran coalición. Antonio Hernando, hombre en estos momentos de Sánchez y número tres de la lista por Madrid, afirma que «si los socialistas apoyan al PP, defraudarán a los cinco millones y medio de ciudadanos que les han votado».

Pero lo que realmente está en juego es el control del PSOE. Pedro Sánchez

quiere ganar tiempo para mantenerse al frente del partido y hay críticos que desean quitárselo de encima.

11

PABLO NO QUIERE

Hubo un día en el que, cuando ninguno de los dos tenía opciones de formar Gobierno, Pedro Sánchez le pidió el teléfono de Pablo Iglesias al presentador de una tertulia en la que los dos habían coincidido. Ambos ya lideraban sus partidos y Sánchez rompió el hielo. Pero entre Pedro y Pablo ni hubo confianza entonces ni la habrá ahora que tienen opciones de gobernar España intentando la tarea tan complicada de alcanzar un Gobierno de cambio.

Ante las cámaras, cuando todavía no eran tan importantes, jamás hicieron visible ningún punto de encuentro. Iglesias incidía en un PSOE que había traicionado sus principios, que participaba de las puertas giratorias o que formaba parte de la casta. Sánchez calificaba a Pablo de arrogante, alguien que faltaba al respeto a los socialistas y se ponía a dar lecciones. Una pelea de gallos.

Años más tarde, cuando empiezan a hablar, en Navidad, de la posibilidad de pactar un Gobierno, sus llamadas telefónicas solo dan margen para interrumpir en privado los reproches que se lanzan en público. Esta falta de química entre Pablo Iglesias y Pedro Sánchez, unida a la presión exterior para impedir ese posible acuerdo, hace muy complicado encontrar una salida.

Iglesias pasa la Nochebuena en Zamora, con su padre. Abrigo largo gris, de Zara, el mismo abrigo «talismán» que lucirá en la temporada otoño-invierno para las grandes citas, el líder de Podemos ha quedado con los periodistas zamoranos para darle unos mandobles públicos a Pedro. No hay tregua navideña. Antes del discurso de Navidad del rey, Pablo le reprocha a Sánchez que no manda en el PSOE. Se lo ha echado en cara en lenguaje oral y por escrito. Iglesias había publicado el día anterior, en *El Huffington Post*, un artículo titulado «A Pedro no le dejan». Sus ideas las explica ahora ante los reporteros en Zamora: «Yo no tengo ningún problema en hablar con la señora Susana Díaz. Parece que los barones de su partido mandan más que Sánchez».

Si, efectivamente, Pedro no tiene toda la autoridad en el Partido Socialista, Pablo tampoco le echa una mano para ponerle más fácil una negociación. El líder de Podemos está en la estrategia de trasladar toda la presión al secretario

general del PSOE para cargar sobre él la responsabilidad de la falta de acuerdo en la izquierda. Esa táctica de Iglesias pasa por decir que quiere negociar con los socialistas, pero haciéndoles propuestas lo suficientemente exigentes como para que Sánchez no las pueda asumir. Pablo vuelve a elevar el listón y demanda, esta vez públicamente, que «los miembros de los partidos que están en consejos de administración de empresas estratégicas salgan de ellos o entreguen el carné de su formación».

Podemos y sus dirigentes llevan años lanzando su discurso contra Felipe González y varios exministros del PSOE que trabajan o han trabajado en importantes empresas, como las energéticas. Pablo toca un nervio intencionadamente. Está al tanto de que Sánchez no es partidario de las puertas giratorias, pero también sabe que no está en condiciones de exigirle a alguien como Felipe González o a otros exministros que renuncien a esos puestos o al carné de su partido. Es legítimo pedirlo, pero seguramente no es lo más apropiado para quitarle presión a Pedro en este momento.

Cuando el PSOE se debate entre intentar el desalojo inmediato de Sánchez o esperar, cuando varios barones socialistas tantean esta posibilidad, mientras le dicen a su secretario general que permanezca en la oposición, los líderes de Podemos no le dan salidas a Pedro Sánchez. Pablo Iglesias también insiste en la opción de una «figura independiente de prestigio» como presidente que había propuesto Errejón con anterioridad.

En el artículo publicado en *El Huffington Post*, Pablo se pregunta: «¿Dónde está Pedro Sánchez?, ¿cómo es posible que no hayamos hablado todavía?». Terminan haciéndolo ese jueves 24. La llamada, realizada a iniciativa de Sánchez, después de que Iglesias le enviara un mensaje, pone un primer paréntesis a las críticas cruzadas. En Nochebuena, minutos antes de las ocho de la tarde, Pedro llama a Pablo y hablan por primera vez de la posibilidad de trabajar en un Gobierno alternativo a Rajoy. Es la conversación de dos jóvenes que nunca han llegado a fiarse el uno del otro. En gran medida, por las circunstancias que les rodean.

Iglesias cree que Sánchez no tiene el poder de decisión en el PSOE. Sánchez piensa que Podemos aspira a quedarse con el espacio del Partido Socialista. Pablo irá afianzando la idea de que Pedro nunca está cómodo con él. Que no se relaja. Que parece que siempre actúa. Como interpretando un guion. Pedro considera que Pablo solo espera tenerle por debajo. Iglesias, que el PSOE no les trata de tú a tú, con el respeto que merece su escasa diferencia de votos.

Los dos tienen, eso sí, la necesidad de mantener un diálogo político que responda al interés de la gente. Hace tiempo que varias encuestas reflejan que una alianza PSOE-Podemos sería la más deseada por un buen número de

españoles. Y hay otro aspecto en común: los dos tienen dudas, porque pueden estar dejando pasar su tren, su única oportunidad de gobernar. Sánchez tiene mayor urgencia. Sabe que está en el filo de la navaja y quiere alcanzar la Presidencia para huir de la quema en el Partido Socialista. Iglesias disfruta del control de Podemos y de una trayectoria más ascendente, pero sabe que, si no echan ahora a Rajoy, pueden desperdiciar los peores años de crisis, de recortes y de corrupción para lograr desalojarlo de La Moncloa.

Pedro Sánchez y Pablo Iglesias mantienen una conversación telefónica de media hora. Los dos comparten la impresión de que España está en un momento crucial en la historia del país. Con el empuje de políticos de una nueva generación y con el desgaste del bipartidismo. Eso sí, ambos saben que, esa mañana, en la SER, Susana Díaz ha advertido de que «la política de alianzas del PSOE la decide el Comité Federal del partido». Es su respuesta a Sánchez, después de que el secretario general dijera el día anterior que él marcaba la línea de la organización. Susana está enseñándole a Pedro los colmillos que le esperan para ser desgarrado en unos días.

Pedro le traslada a Pablo que es el momento de dejar que Rajoy intente formar Gobierno, porque ha ganado las elecciones, pero se emplazan a seguir en contacto, puesto que está convencido de que Mariano no logrará los apoyos necesarios, y entonces puede llegar la ocasión de sacarlo de La Moncloa con un Gobierno alternativo. El líder del PSOE le dice a Iglesias que votarán «no» al PP y a Rajoy. Iglesias no acaba de creérselo.

En esos días Sánchez está convencido de que Mariano Rajoy fracasará. Sus contactos le vislumbran un escenario en el que nadie quiere pactar con un dirigente marcado por tantos casos de corrupción o con un modelo territorial del que los nacionalistas echan pestes, porque para ellos es como el agua y el aceite. Aislado Mariano, Pedro confía en que el destino le brindará la oportunidad de mostrarse como un joven político capaz de entenderse con una mayoría de partidos suficiente.

El optimismo de Sánchez va más allá del trébol de cuatro hojas plasmado en su estado de WhatsApp. Lo proclama también a los cuatro vientos y lleva meses diciendo en su entorno, y a muchos con los que se encuentra, que va a ser el próximo presidente del Gobierno. Es el optimismo de quien ha pasado de no contar en su partido ni como diputado a convertirse en el secretario general y candidato a La Moncloa, contra pronóstico y en un tiempo meteórico. Para Pablo Iglesias todo ha sucedido también de forma muy rápida. Prácticamente de la nada al todo, pero es mucho más escéptico.

Hablan de hacer del Congreso el centro de la vida política española, de reflejar la pluralidad de los partidos, de abrir cauces a una democracia más participativa,

de reformar el Reglamento del Congreso, pero entre los dos hay al menos un importante escollo de programas: qué hacer con Cataluña. Pablo le traslada su convicción de que un referéndum es la mejor forma de superar este contencioso. Que los catalanes voten. Defender el no a la independencia, pero darle a la gente la oportunidad de expresarse en las urnas como muestra de que se entienden la plurinacionalidad de España y nuevos encajes territoriales que faciliten la unidad dentro de la diversidad. Pedro apuesta por votar, pero una reforma constitucional.

La conversación es cordial, pero se están mascando momentos más trágicos. Pedro Sánchez ha hablado por la mañana con Albert Rivera y le ha trasladado que de ninguna forma permitirá un Gobierno de Rajoy. Sánchez sueña con la carambola Ciudadanos-Podemos o con otra entre los partidos de izquierdas y los nacionalistas. Pero es la misma mañana en la que Susana Díaz le ha advertido en la radio de que «el PSOE no puede sentarse con fuerzas políticas que están planteando el soberanismo, porque eso es romper España». A ella se han sumado Javier Fernández, presidente asturiano; Emiliano García-Page, de Castilla-La Mancha, y Guillermo Fernández Vara, de Extremadura. «No se puede negociar con Podemos nada relativo a la soberanía nacional», advierte Javier Fernández. Vara no es partidario de entrar en vericuetos «con quien no comparte el mismo proyecto de país». Preparan la situación para que Sánchez asuma este mapa porque creen que ha emprendido una huida hacia delante para mantenerse en la Secretaría General del PSOE. Van a llevar a Pedro hasta un callejón de difícil salida.

12

ACTA DE DEFUNCIÓN

El 28 de diciembre de 2015, en el Comité Federal del PSOE, Pedro Sánchez acusa a ciertos «poderes económicos» de conspirar para «condicionar y hasta someter al PSOE» con el fin de permitir que siga gobernando el PP. Su equipo se lamenta en privado de que la gran amistad que mantienen algunos exmandatarios socialistas con el presidente de Telefónica, César Alierta, está influyendo de forma negativa en los planes de Pedro tras las elecciones. Sobre todo, mediáticamente. Los *sanchistas* se quejan de la línea editorial de *El País* y de La Sexta contra Pedro. En el PSOE, hay quien les da la razón y hay quien acusa a Sánchez de estar haciéndose la víctima.

Fuera, en la calle Ferraz de Madrid, decenas de militantes de extrema derecha agitan botes de humo de color azul y banderas de España, mientras cortan la calzada para desplegar una pancarta que reza: «El PSOE ni socialista, ni obrero, ni español». Los fascistas corean: «Nosotros somos la verdadera España» y provocan al personal de seguridad del edificio. El humo azulado se cuele hasta la primera planta de la sede socialista.

Con este panorama, el Día de los Inocentes de 2015 Pedro Sánchez firmará prácticamente su acta de defunción. Tendrán que pasar aún diez meses con el Gobierno de Rajoy en funciones, pero, en realidad, desde las primeras semanas tras las primeras elecciones las cartas ya están muy marcadas. Hasta el punto de que se produce un ensayo de lo que posteriormente serán las dimisiones en bloque que torcerán la voluntad de Pedro..., que aniquilarán finalmente a Sánchez el 28 de septiembre de 2016. Así, nueve meses antes, el 28 de diciembre de 2015, le clavan una daga al secretario general de los socialistas y le hacen saber que algunas federaciones ya se han organizado para recabar un tercio de firmas del Comité Federal para forzarle a dimitir si no atiende a sus razones.

Los críticos con Sánchez filtran la amenaza de que hay quien pretende celebrar un congreso del PSOE para echarle y, mientras eso ocurre o no, esperan que el líder del partido ceda y se comprometa por escrito a aceptar determinadas

líneas rojas sobre los temidos pactos con Podemos y con los nacionalistas. Dicho de otra forma, en apenas unas semanas, nueve meses antes de que suceda, Sánchez firma su acta de muerte ante los barones socialistas. Traga con unas exigencias que le complican tremendamente la vida. Quizá podríamos habernos ahorrado todo ese tiempo en el que el todavía secretario general del PSOE se irá desangrando. El puñal ya lo lleva dentro. Sobre todo, porque se firma una resolución que muestra que los poderes fácticos del PSOE en realidad quieren abstenerse ante Rajoy pero no se atreven a decirlo.

Ese lunes se aprueba la resolución socialista que deja a Sánchez en un laberinto. En él se adentra mientras pesos pesados del partido le dicen que no puede emprender «aventuras» con Podemos, mientras Podemos exige el referéndum en Cataluña, mientras Ciudadanos dice que no se sentará a negociar con Podemos y mientras Mariano Rajoy espera, pasando las Navidades en familia.

El día anterior, el domingo 27, los barones tuvieron a Sánchez más de cinco horas en una reunión celebrada en Madrid. Fue la «preparatoria» del Comité Federal del día siguiente. Una suerte de «calentamiento» que arrancó a las seis de la tarde y terminó pasadas las once de la noche. Allí es donde se jugó el partido. La presidenta de Andalucía, Susana Díaz; el presidente asturiano, Javier Fernández; el de Extremadura, Guillermo Fernández Vara, y el de Castilla-La Mancha, Emiliano García-Page, estaban muy interesados en dejar claros los límites de cualquier negociación que emprendiera Pedro.

Sánchez había dicho, cuando salió de ver a Rajoy, que la línea política del PSOE la marcaba él, pero se la van a marcar y, además, pintada de rojo. El poder del Comité Federal para reventarle los planes al líder en la cara es la amenaza perfecta, porque los barones pueden convocar un congreso para intentar cargárselo. En realidad, Pedro Sánchez quiere tiempo para seguir siendo secretario general y por eso acepta unos límites que hacen prácticamente inviable un acuerdo con los nacionalistas o con Podemos. Al final, durante la tarde de aquel domingo, Sánchez admite incluir dos palabras por escrito: «renuncia» y «reflexión profunda».

Inicialmente, la finalidad del encuentro era estudiar la resolución que había preparado el secretario general con el fin de que los barones la conocieran antes del Comité Federal. Pero Andalucía ha coordinado a otras federaciones críticas para forzar cambios determinantes en los papeles que ha redactado el equipo de Pedro.

En la resolución —de tres folios— que les presenta el líder del PSOE, reconoce que no se ha conseguido el objetivo de ser la primera fuerza política. Los barones le exigen que sea más explícito: «El Partido Socialista no ha

cumplido su objetivo de ganar las elecciones y, por tanto, hemos tenido un mal resultado que debe obligarnos a abrir una reflexión profunda que nos lleve a mejorar nuestro Partido, nuestra estrategia y nuestras políticas».

El punto clave está en exigir a Podemos y a los nacionalistas que renuncien a sus postulados, incluso antes de sentarse a dialogar: «La autodeterminación, el separatismo y las consultas que buscan el enfrentamiento solo traerán mayor fractura a una sociedad ya de por sí dividida. Son innegociables para el Partido Socialista y la renuncia a esos planteamientos es una condición indispensable para que el PSOE inicie un diálogo con el resto de formaciones políticas. El PSOE y el PSC hemos sido los únicos que hemos planteado una solución al problema ocasionado por el independentismo en Cataluña y nuestra alternativa pasa por buscar un nuevo acuerdo que se base en actualizar nuestro marco de convivencia constitucional, que culmine la España autonómica, avanzando hacia un modelo de Estado de estructura federal, y con ello articular mejor la unidad de España gracias al reconocimiento de la diversidad de nuestros territorios, al tiempo que se asegura la igualdad de derechos a todos los españoles y que sea un acuerdo refrendado por toda la ciudadanía española».

Hay otro punto que también se incluye en la resolución pactada entre Sánchez y los barones. Y este sí que no se va a cumplir: «El PSOE votará en contra de la investidura de Rajoy y de un nuevo Gobierno del PP. Porque ese es el mandato de nuestros votantes y de la mayoría de los españoles. Votar en contra del PP y de Rajoy es votar a favor del cambio que expresaron la mayoría de españoles el pasado 20 de diciembre. Votaremos en contra porque el PSOE es la alternativa al PP. El PSOE es lo contrario del PP».

Mariano Rajoy, que está jugando la carta de la caída de Sánchez, pasará olímpicamente de otro punto que incluye la decisiva resolución socialista del 28: «Este es el tiempo en el que Rajoy y el PP, como fuerza más votada, deben asumir su responsabilidad de intentar formar Gobierno. Rajoy y el PP deberán sumar apoyos suficientes para su investidura, teniendo en cuenta que durante los cuatro últimos años han utilizado la crisis para recortar derechos y libertades. Sus políticas han enriquecido a unos pocos y han empobrecido a la mayoría de los españoles. Han utilizado de forma partidaria las instituciones de todos. Han gobernado contra la mayoría, sin escuchar a nadie y sin acordar con nadie».

Mariano no va a presentarse a la investidura y el secretario general del PSOE tan solo ha ganado tiempo. Ya es consciente, porque lo ha visto en sus caras, de que las intenciones de unos cuantos barones pasan por derrocarlo. Y, por si esto fuera poco, al día siguiente, lunes, cuando el Comité Federal debe aprobar la resolución previamente cocinada, se vivirá la primera gran división en este órgano del partido desde que Pedro Sánchez alcanzó el liderazgo en julio de

2014. Sus críticos no atienden la petición de los *sanchistas* de que se aplace el congreso del partido en el que debe elegirse al líder. Se abre una tremenda disputa al exigirle a Pedro que se celebre cuanto antes, entre febrero y marzo, como estaba previsto. Sánchez pide que esa cita no sea una intromisión en las posibles negociaciones para formar Gobierno, porque puede resultar muy extraño que el PSOE esté negociando un Ejecutivo alternativo a Rajoy si en medio del proceso debe resolver quién es su líder.

«O lo convoca o se lo convocamos», se oye decir en los corrillos de la sede de Ferraz. Así puede ocurrir, porque Sánchez no tiene el control del Comité Federal que tiene capacidad para tumbarle, como finalmente ocurrirá nueve meses más tarde. Susana Díaz ya se ve con fuerza para hacerlo, porque Sánchez logró la Secretaría General, pero la influencia de Susana y de los barones en este órgano es determinante. Los mismos que más adelante, cuando Pedro Sánchez dimita y se forme la gestora, pedirán que pasen varios meses hasta que el congreso se celebre, ahora reclaman que sea ya, porque toca. En realidad, la convocatoria del congreso para elegir al líder será exigida antes y después, con adelantos o con retrasos, por unos y otros, según convenga. Transcurrirá mucho tiempo sin que tenga fecha.

El partido está abierto en canal y lleva meses viviendo entre puñaladas traperas. Si la misma noche electoral, al conocerse que Eduardo Madina había perdido su escaño por Madrid, hay miembros del equipo de Sánchez que lo celebraron, Madina aprovecha ahora el Comité Federal para decir que un acuerdo con Podemos no sirve ni aunque renunciara a la consulta en Cataluña: «Imaginemos que al líder de Podemos, al que me jode llamarle por su nombre de pila, le da por decir mañana que echa para atrás esto del referéndum, que no lo va a hacer porque se le parte el partido. ¿Cuánto suman IU, Podemos y el PSOE? ¿Suman más que PP y Ciudadanos? No. Suman menos».

El día anterior, a Sánchez también le han exigido que no «caiga» en el error de aceptar votos a favor o abstenciones que le permitan formar un Gobierno «parrilla». El término —lo lanza García-Page y lo repite Susana Díaz— se refiere a la posibilidad de que otros partidos le permitan gobernar, aunque, según estos barones, solo para quemarse, porque serían formaciones políticas que facilitarían la investidura de Pedro, pero tendrían al PSOE atado de pies y manos para aprobar cualquier ley en el Congreso. Le aseguran que así solo podría chamuscarse en La Moncloa sin sacar nada adelante.

En realidad, antes de que quepa la opción de recibir eso de otros partidos, lo que deja atado a Sánchez es esta resolución del 28 de diciembre. Salvo que la incumpla. Ni siquiera poder dialogar con Podemos parece una exigencia exagerada. El equipo de Pedro Sánchez apela al entendimiento con el partido de

Iglesias y con los nacionalistas, recuerda que otros expresidentes socialistas pactaron con CiU o el PNV, y pone también sobre la mesa que varios barones han logrado ser presidentes o alcaldes con el apoyo de Podemos o sus confluencias, como en Castilla-La Mancha, Aragón, la Comunidad Valenciana, Baleares, Asturias, Extremadura... «No vamos a levantar muros ni cordones sanitarios con otros partidos. Buscaremos lo que nos une como sociedad», dice Sánchez. Pero puede decir lo que quiera, porque ha firmado una resolución que le conduce a un callejón sin salida. Solo le vale incumplirla si quiere dialogar con Podemos o con los nacionalistas. Los que quieren matarle siempre le podrán parar los pies con este documento que ha suscrito.

Rajoy recibe la noticia del PSOE como una buena nueva. Mientras, los casos de corrupción siguen poniendo al PP en el punto de mira. El juez saca a la luz que ha aparecido en un registro un maletín con un millón de euros en casa de los suegros de Francisco Granados. El caso Púnica, la trama ligada al Partido Popular de Madrid, sigue deparando sorpresas. El dinero estaba en el altillo de la vivienda y el suegro cree que puede ser cosa de los trabajadores «de Ikea» que fueron «a poner un armario». El hallazgo se ha producido en la localidad madrileña de Valdemoro, donde el PP ha vuelto a ganar en las pasadas elecciones generales, que cada vez acercan más a Mariano a su reelección como presidente de España.

13

ESCOLTI, NEN

«No es no», proclama el portavoz de los socialistas en el Congreso, Antonio Hernando, el 5 de enero de 2016. Esta frase acabará siendo un eslogan del *sanchismo*. Pedro y los suyos creen que hacía años que no se había conseguido aglutinar a tanta gente en torno a un mensaje sencillo, fácil de entender y de recordar, y basado en una sola idea: negarse a permitir que Mariano Rajoy siga como presidente del Gobierno. El día de la noche de reyes de 2016, Antonio Hernando le exige al presidente en funciones que se deje de «ensoñaciones» y asuma que no facilitarán su reelección. No habrá «ni grandes coaliciones, ni pequeñas, ni mediopensionistas», porque «no es no», afirma Hernando. Ha nacido un lema.

Sin embargo, hay *sanchistas* que creen que en esta Navidad mueren sus opciones de liderar con mayor firmeza la búsqueda de un Gobierno. Cuando Sánchez sea ejecutado en octubre de 2016, algunos reconocerán que fue en estas Navidades cuando deberían haber aceptado un órdago que les habría salvado. Y es que, entre finales de diciembre y la primera semana de enero de 2016, Susana y los barones críticos coquetean con la amenaza velada de celebrar un congreso antes de que se repitan las elecciones o de que se forme un Gobierno. Pedro se asusta porque quiere mantener su puesto, pero más adelante son muchos los que en su círculo más cercano pensarán que fue en ese momento cuando debieron ir a unas elecciones internas. Creen que, entonces, Susana Díaz no se habría atrevido a dar el paso precipitado de dejar de presidir la Junta de Andalucía y presentarse para intentar desbancar a Sánchez.

Aún así, de nuevo, los barones críticos están amagando con dar. Con forzar un Congreso Federal en febrero. Pero, hay una mañana en la que les llega un obús mediático. Iñaki Gabilondo, periodista de referencia de la Cadena SER, emisora de referencia para el PSOE, proclama en horario de máxima audiencia que «el PSOE libra una lucha de miserias», «un catastrófico espectáculo», «una guerra por el poder», «una decadencia galopante». Gabilondo denuncia que «ni Sánchez, ni Susana Díaz, ni ninguno de los barones han demostrado nada en la

lucha contra los dos dramas que padece el PSOE y que le alejan de los motores de futuro: la desafección de los jóvenes y la pérdida de peso en las grandes ciudades». Iñaki lamenta «no compartir la confianza que muchos parecen tener en la capacidad de Susana Díaz para las más altas empresas», por «sus limitaciones para optar al Gobierno de España, al que sin decirlo apunta», ya que «le falta bagaje». Y el periodista sentencia: «Sánchez o Díaz [...]. El mal ya está hecho, porque parece estar planteada casi oficialmente una disyuntiva en la que no pueden ganar los dos ni ir juntos. Uno va a perder y ese desgarrón ya no hay quien lo zurza, y se va a pagar caro».

El *susanismo* considera que la opinión de Iñaki Gabilondo se enmarca en una operación de desprestigio contra la presidenta andaluza promovida por Ferraz. Pero hay quien no ve nada descabellado en lo que Gabilondo y otros medios apuntan: el espectáculo de guerra civil en el PSOE está siendo lamentable, cuando podrían estar peleando por echar a Rajoy de La Moncloa. Conseguido que Sánchez pase por el aro de la resolución «funeral», y con semejantes críticas mediáticas, la amenaza de descabezar en ese momento a Pedro se repliega.

Al mismo tiempo, Sánchez piensa seguir siendo el candidato del PSOE, si se repiten las elecciones o en el triple salto mortal de llegar a La Moncloa con apoyos y abstenciones de ideologías tan difíciles de conjugar como las de Podemos, los nacionalistas o Ciudadanos. A la vuelta de las Navidades, el equipo de comunicación de Pedro decide dar un golpe de efecto. Le preparan al líder del PSOE un viaje a Portugal, que será su primer desplazamiento fuera de España después de las elecciones. Es otro movimiento no exento de polémica interna, porque no lo gestionan con la secretaria de Relaciones Internacionales del partido, Carme Chacón, a la que sitúan en el *susanismo*.

Lo que pretende Sánchez en Lisboa es mostrar que allí ha sido posible un pacto de izquierdas que ha desalojado del poder a la derecha, a pesar de haber vencido en las elecciones. Es una visita de apenas unas horas con la que el secretario general del PSOE quiere que se hable en España de que algo parecido a lo que podría ocurrir en nuestro país se ha materializado ya al otro lado de nuestras fronteras. Pedro se entrevista con el primer ministro portugués, António Costa, en la sede del Partido Socialista luso.

El entorno de Sánchez se aplica en difundir que, en las elecciones legislativas celebradas el 4 de octubre en Portugal, los socialistas sacaron 86 diputados pero lograron después el apoyo de 19 parlamentarios del Bloco de Esquerda —una fuerza semejante a IU— y los 17 del Partido Comunista y Los Verdes, que concurren juntos. La alianza de progreso logró tumbar al Ejecutivo del conservador Passos Coelho, ya que una coalición de centro-derecha quedaba por debajo con 107 escaños. En realidad, la izquierda lusa gobernaba ya desde

noviembre.

Sánchez desliza así la idea de que es posible una alianza del PSOE con Podemos y sus confluencias, con Izquierda Unida, con el apoyo del PNV y la abstención de ERC, o, alternativamente, la abstención de Ciudadanos. En el Gabinete del secretario general, encargado de organizar el viaje, cuentan que en Portugal parecía imposible encontrar puntos en común pero finalmente el acuerdo se logró.

El líder del PSOE se hace la foto con el jefe del Gobierno portugués y le pregunta cómo negoció con el resto de los partidos para gobernar. Costa le recomienda dejar que se haga muy visible que su rival político no cuenta con apoyos para lograr la investidura. Entonces llegará el momento de mostrar que los socialistas pueden entenderse con prácticamente todos los demás partidos y por eso asumen la responsabilidad de gobernar. El portugués reconoce que, desde el punto de vista mediático, el pacto era impensable, porque se hablaba machaconamente de las profundas divergencias entre socialistas y comunistas, pero negociaron con discreción y, al fin, anunciaron un acuerdo que sorprendió a muchos.

Lo cierto es que la izquierda portuguesa, pese a haber perdido los comicios frente a la derecha, ha sido capaz de armar una entente jamás vista en los últimos cuarenta años en el país vecino, desde la caída de la dictadura. Y es también una situación que recuerda a la española. Sánchez sale de Lisboa satisfecho y espera que este sea su año.

Pero los casos no son exactamente iguales y al líder del PSOE le estalla un importante «hecho diferencial» a los tres días de regresar a España. En Cataluña se anuncia un acuerdo de la CUP con Esquerra Republicana y la antigua Convergència, que fueron juntos como Junts pel Sí a las elecciones catalanas de septiembre de 2015. Este pacto permite al fin la gobernabilidad en Cataluña, pero da paso a un Ejecutivo independentista dispuesto a seguir adelante con el «procés».

Otra vez el conflicto catalán, con el que Rajoy contaba para mostrarse como garante de la unidad de España e insistir en que un acuerdo con el PSOE y Ciudadanos es lo mejor para defender los intereses del país. En Ferraz reconocen que esto lo complica todo, porque entre sus hipótesis para gobernar estaba la necesidad de contar al menos con las abstenciones de los partidos catalanes. Esquerra y Convergència suman 17 escaños en el Congreso de los Diputados.

Se antoja difícil ahora lograr esos apoyos sin negociar aspectos relacionados con el proceso independentista y, más aún si cabe, explicar dentro y fuera del partido que el PSOE llega al Gobierno gracias a las facilidades de los que se proponen avanzar hacia la independencia. Podemos, por su parte, insiste en la

propuesta del referéndum como vía para que la gente vote y se resuelva el contencioso catalán.

Los críticos de Sánchez dan por hecho que el acuerdo en Cataluña bloquea la posibilidad de un pacto con el que investirle como presidente. En su equipo reconocen el jarro de agua fría, pero consideran que el pacto catalán era previsible y, pasadas las semanas, será mucho menos grave de lo que se dice sobre una supuesta ruptura de España.

José María Aznar gobernó con el apoyo de los nacionalistas. Rodríguez Zapatero también. Ahora, formar Gobierno con el respaldo del nacionalismo se establece como una barrera para Sánchez. Aznar, con Rajoy en el Gobierno, hablaba catalán «en la intimidad» y se apoyó en el PNV de Xabier Arzalluz cuando ETA mataba y secuestraba. Aquel Partido Popular fue capaz de pactar con el Partido Nacionalista Vasco cuando sus anhelos independentistas eran noticia permanente en los medios de comunicación. De igual modo hubo pacto con la Convergencia i Unió de un Jordi Pujol que ya había aparecido en escándalos de corrupción.

Si Zapatero prometió aprobar «lo que viniera del Parlament» y pactó con la ERC de Carod Rovira, Pedro Sánchez no entiende que, ahora, históricos de su partido e importantes líderes territoriales le hayan trazado en el nacionalismo la línea roja de la búsqueda de pactos. El cordón sanitario llega hasta Podemos si pide la consulta. El referéndum es algo inasumible para destacados hombres fuertes del PSOE, mientras que Sánchez confía en que las aguas que bajan de Cataluña se enfríen. Entre tanto, ya piensa en mantener reuniones secretas con Podemos.

14

SINIESTRA

Para Pablo Iglesias y Pedro Sánchez todo está pasando muy rápido en estos últimos años. Como un contraataque en el baloncesto del que tanto hablaron en sus primeras citas y reuniones en privado. Fue antes de tener la opción de pactar un Gobierno. Los dos son aficionados al básquet y hablan de programas que se emitían en su infancia, como *Cerca de las estrellas*, de Ramón Trecet, pero no acaban de entrenar para ganar juntos un partido. Eso sí, los dos saben que un encuentro de baloncesto se puede resolver al final en milésimas de segundo.

Puede ocurrir, incluso, con grandes dosis de azar. Que también ha jugado su papel para que ambos estén ahí, con posibilidades de formar Gobierno en España. Apenas han pasado dos años y medio desde que coincidieron en un plató de televisión, cuando los dos simplemente buscaban su hueco como contertulios, aunque con pasado y anhelos de futuro político. Uno con argumentario socialista y otro con las tesis de Izquierda Unida, procedente de las Juventudes Comunistas.

A estas alturas de la película, Iglesias y Sánchez ya han tenido sus más y sus menos ante las cámaras de televisión en un tiempo no muy remoto. Han hablado de traiciones a la izquierda, del ideario más puro y, sobre todo, de su puesta en práctica. Les une que los dos son de sangre caliente y considerable ego. Los platós no solo les han llevado, a los dos, a bregar entre ellos, sino también con esos tertulianos que ellos llaman de «la caverna». Sin embargo, ahora no tienen una estrategia clara para desbancar a la derecha.

Claro que la tele es una cosa y la política es algo así como pasar de las palabras a los hechos. Los dos han dado sus primeros pasos en Bruselas, uno como eurodiputado y otro como asesor en el Parlamento Europeo. Iglesias piensa que de la noche a la mañana se ha visto envuelto en un «embolado» de viajes, reuniones para organizar un partido político, círculos, mítines, platós y conexiones de televisión. Sánchez es de los que cree que ha nacido para ser presidente del Gobierno.

Para ambos es una ocasión —quién sabe si *la* ocasión— de plasmar en la

cancha lo que alguna vez soñaron que harían. Para analizar la psicología de los dos personajes hay que pensar en la rapidez de su ascenso y sus reflexiones sobre si será la única oportunidad que tengan de lograr sus ambiciones...

Tienen en común la tele, el baloncesto, Bruselas, Madrid, su origen de clase media... Los dos nacieron en los setenta. Uno tiene cuarenta y tres años y otro treinta y siete. Pedro es del barrio madrileño de Tetuán y Pablo pasó su infancia en Soria y la adolescencia en Vallecas. Ahora, la cuestión será cómo poner de acuerdo a «Pedro el Guapo» con «Pablo el que se viste de Alcampo». A Los Chikos del Maíz con Lori Meyers, al fundador de un partido con quien está en el punto de mira de algunos «abuelos» del suyo... Puede que entre ambos tampoco haya un gran respeto intelectual. El joven de la coleta, de brillante expediente académico, no termina de asumir que él, que se cree un líder, deba ser el secundario de un hombre al que considera poco leído y que lidera un partido sin ser el que manda.

Si la relación entre PSOE y Podemos no empieza bien, con Izquierda Unida ocurre algo parecido. Las negociaciones para formar los grupos parlamentarios enturbian el clima entre los tres partidos que pueden impulsar un pacto de Gobierno de izquierdas. Con la configuración de los grupos se ponen en juego compromisos políticos, visibilidad, mucho dinero y tácticas de presente y futuro. Cada uno mirará fundamentalmente por sus intereses, que a menudo pasan por quitarle protagonismo al otro.

Para formaciones como Izquierda Unida son días de tensión incluso para su supervivencia. Más allá de que pueda haber un acuerdo con Pedro Sánchez y Pablo Iglesias para formar un Ejecutivo, Alberto Garzón se encuentra con una Izquierda Unida en una delicadísima situación monetaria y se está jugando en torno a dos millones de euros, dependiendo de si tiene grupo parlamentario o no. La cosa terminará, más o menos, de la siguiente forma: Alberto culpa a Pablo de no permitirles formar su grupo, Pablo culpa a Pedro de hacer algo parecido con Podemos y Sánchez culpa a Iglesias. No son los mejores inicios para transitar hacia un Gobierno de cambio.

Quizá la situación más dramática la viva Garzón, que se lamenta en privado de que Pablo quiere llevar a Izquierda Unida al límite. Seguramente porque ya está pesando en incorporarla a Podemos en una segunda vuelta electoral. Lo cierto es que, con las cuentas de 2016 en la mano, hay casi 53 millones de euros a repartir entre los grupos parlamentarios, según los votos y los escaños. Entre los criterios de reparto, al mes se asignan 28.597,08 euros por grupo y 1.645,49 por diputado. Aparte van los sueldos, complementos, gastos de alojamiento, manutención y transporte de los parlamentarios, según proceda.

IU pierde casi dos tercios de sus subvenciones (2,18 millones), tras dejarse el

45 % de sus votos y 9 de los 11 escaños que tenía en la anterior legislatura. Sin embargo, la candidatura encabezada por Alberto Garzón ha conseguido casi un millón de votantes y tener grupo parlamentario propio se antoja como decisivo. Tener grupo supone no solo más presupuesto, que es lo más urgente, sino, además, más intervenciones en el Congreso.

Al mismo tiempo, Podemos y sus confluencias aspiran a los cuatro grupos parlamentarios prometidos por Pablo Iglesias antes de las elecciones: el de Podemos, el de En Marea para la confluencia gallega, el de En Comú Podem para la catalana y el de Compromís/Podemos/És el moment para la valenciana.

El reglamento de la Cámara es suficientemente ambiguo para ser manejado casi como un chicle. El Tribunal Constitucional ha dejado reiteradamente la decisión sobre los grupos en manos de la Mesa del Congreso. Por eso, la interpretación de sus normas y los intereses de cada uno terminará en un enfrentamiento público y privado entre PSOE, Podemos, Izquierda Unida y las confluencias. Otra vez la izquierda dividida a las primeras de cambio.

El socialista Patxi López será elegido presidente del Congreso de los Diputados con los votos del PSOE y de Ciudadanos y la renuncia del PP a presentar candidato propio. El Partido Socialista tendrá dos puestos en la Mesa (incluido el presidente); el PP, tres; Ciudadanos, dos, y Podemos, otros dos.

Pablo Iglesias se reúne durante más de una hora con Pedro Sánchez y le dice que es una «vergüenza» que le entregue el control de la Mesa a la derecha al permitirle tener la mayoría. Se niega a formar parte del acuerdo. Sánchez considera que lo importante es tener la presidencia de este órgano y que por primera vez no estará en manos del partido más votado en las urnas, que ha sido el PP. Para Iglesias es aún peor que la Mesa le impida formar los cuatro grupos parlamentarios a los que aspira. La presencia de la marea gallega y el carisma de Ada Colau o Mónica Oltra en las elecciones ha dado un enorme impulso a la fuerza que ya suponía Podemos, pero ahora no se traduce en el Parlamento.

En cuanto a Izquierda Unida, la jugada termina con Alberto Garzón contando que tenía el compromiso verbal de PSOE y de Ciudadanos para formar grupo propio junto a los valencianos de Compromís, el partido de Mónica Oltra, pero que Pablo Iglesias lo impidió. Alberto se lamenta de que Pablo quiera una Izquierda Unida más debilitada.

En medio de este fuego «amigo», Carolina Bescansa, de Podemos, publica en Twitter: «Queremos un Parlamento con todas las voces. Dispuestos a prestar diputados de Podemos a Izquierda Unida para que formen grupo parlamentario». Garzón le responde: «Gracias, pero esa fórmula es ilegal. Va en contra del artículo 23.2. Pero si És el moment quiere, tenemos grupo conjunto». Ese punto del reglamento dice que «en ningún caso pueden constituir grupo parlamentario

separado diputados que pertenezcan a un mismo partido. Tampoco podrán los diputados que, al tiempo de las elecciones, pertenecieran a formaciones políticas que no se hayan enfrentado ante el electorado». Asistimos a una dinámica que se va a producir en numerosas ocasiones en este nuevo tiempo: los enfrentamientos públicos en las redes sociales.

Por otra parte, Garzón considera que el PSOE quiere mostrarse como apoyo de IU en esta causa porque va en detrimento de Iglesias, ya que los socialistas también recurren al reglamento para impedir los cuatro grupos a los que aspiraba Pablo. Es, en definitiva, una manifestación más de un conflicto que no hace sino echar más leña al fuego del posible acuerdo por la izquierda. Más jugadas de ajedrez.

Mientras, el PP reconoce en privado que sí ha habido acuerdo entre populares y socialistas para la configuración de la Mesa del Congreso, con Albert Rivera como puente. Pero Sánchez lo niega y asegura que solo ha sido con Ciudadanos y que Rajoy ha renunciado a presentar un candidato porque iba a quedar en minoría. Ni Pablo ni Pedro se atreven a decir públicamente que el acuerdo de Gobierno es cada vez más difícil, sobre todo cuando, en privado, se ha producido un profundo desencuentro. Iglesias acusa al líder del PSOE de poner tierra de por medio y de formar «un trío del búnker» para que nada cambie. En público dirá que no se fía de Sánchez, «aunque lo fundamental en política no es necesariamente fiarse. Nosotros estamos aquí rodeados de gente de la que no hay que fiarse».

La reunión que Pablo y Pedro tiene lugar un día antes de que comience la legislatura «del cambio», pero los cambios que se están produciendo no van precisamente por la izquierda.

EL NACIMIENTO

Una banda musical avanza por la Carrera de San Jerónimo de Madrid con un ambiente festivo al ritmo de una marcha mora. La Wov Win Orchestra se abre paso entre coches, curiosos, aplausos y algún que otro baile improvisado del gentío.

—¿Quiénes son estos? —pregunta un anciano.

—Músicos que van al Congreso, caballero —le responde una periodista.

El señor le dice a la reportera algo así como «a dónde vamos a llegar», mientras varios políticos de Equo llegan al lugar montados en bicicleta. Los músicos los llevan Baldoví y los suyos de Compromís, con una sonrisa de oreja a oreja, reivindicando a los profesionales de la música en territorio valenciano en una jornada histórica.

Juan Carlos Monedero, de Podemos, accede como invitado y llega también dando pedales. Su conversación con el personal de seguridad para ver dónde aparca la bici se mezcla con curiosos, policías, hombres encorbatados y parlamentarios con rastas. Es un contraste que queda plasmado para la historia en el gesto de Rajoy al ver pasar, desde su escaño, al parlamentario canario Alberto Rodríguez, que introduce el peinado de Bob Marley en las Cortes españolas del siglo XXI. Mariano flipa.

Para disfrute de las audiencias televisivas, lo que está ocurriendo en el Congreso no es lo habitual. Antes de que los contenidos políticos tomen protagonismo, la estética se adueña del debate. Los comentaristas entremezclan el análisis sobre la composición de los grupos parlamentarios con una puesta en escena que no está pasando desapercibida. Sin duda, Podemos y sus confluencias han logrado el objetivo de llamar la atención.

También está entre ellos, en el mismo hemiciclo, el diputado del PP Pedro Gómez de la Serna. Prácticamente pasa desapercibido, aunque ha sido investigado por cobrar comisiones a cambio de contratos. De la Serna se sienta entre otros parlamentarios populares, pero queda reducido a letra minúscula.

Las cámaras, fotográficas y de televisión, se dirigen a un bebé que, sin tener

voz ni voto, se coloca en el centro del debate. Un niño llamado Diego se convierte en el protagonista del arranque de la legislatura del nuevo tiempo político en España. Es «el bebé de Bescansa». Los máximos dirigentes de Podemos han hablado antes de abrir las sesiones parlamentarias y han tomado la decisión de que van a aprovechar la sesión constitutiva de las Cortes para hacer gestos llamativos, como reivindicar algunas políticas de maternidad. Hay quien piensa dentro de la formación morada que se les va de las manos. Los hay que consideran, por el contrario, que han conseguido convertirse en protagonistas del inicio de un nuevo ciclo.

Sea como fuere, el 13 de enero de 2016, el solemne pleno de constitución de las Cortes Generales se convierte en una función política de primer orden. Imágenes variopintas, enfrentamientos agitados, declaraciones polémicas, gestos que no pasan desapercibidos... Para unos, un tiempo político de nuevo cuño. Otros lo enmarcarán en una «teatralización de la política».

Tres de los pesos pesados de Podemos, Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Carolina Bescansa, han tomado asiento y el niño de Carolina pasa a las manos de Iglesias ante la mirada de Errejón, que está en medio de los otros dos. No se trata de la presencia improvisada de un bebé. El gesto está preparado «para reivindicar la dificultad de miles de madres con la conciliación de su trabajo y su vida familiar». El pequeño de seis meses incluso recibe un voto para presidir el Congreso, que será declarado nulo.

Carolina Bescansa da de mamar al pequeño. Y hasta Celia Villalobos se acerca para comentar con la madre la situación. Le dice que podía dejar al niño en la guardería del Congreso, pero Bescansa contesta que muchas mujeres no tienen esa suerte y que por eso quiere hacer este gesto.

Arden las redes sociales, se enardece el debate de los tertulianos... El primer día de la XI Legislatura acaba colocando a Podemos, de nuevo, como protagonista. Entre sus filas hay quien reconoce que lo habrían conseguido igualmente. Los más críticos incluso dicen, en privado, que han montado un circo, pero son mayoría los que piensan que han logrado llevar la iniciativa en una jornada histórica. En cualquier caso, la polémica está servida.

Mientras Carolina Bescansa responde a los medios que «la mayor parte de las mujeres que trabajan como cajeras o dependientas no tienen la posibilidad de mantener la crianza de sus hijos y llevarlos al trabajo», el ministro del Interior en funciones, Jorge Fernández Díaz, lamenta la «instrumentalización de los niños con fines políticos». La diputada popular Beatriz Escudero escribe en su cuenta de Twitter que «se están pasando al niño de mano en mano para la foto», y la exministra socialista Carme Chacón comenta en los pasillos de la Cámara: «Me sabe mal, porque hay muchas trabajadoras en este país que no pueden hacer lo

que acaba de hacer esta chica. Es un mal ejemplo, porque aquí se han hecho esfuerzos para que las diputadas puedan dar de mamar a sus niños. Los diputados no tenemos baja de maternidad, pero aquí se puso en marcha una guardería en 2006. Yo he sido ministra dándole el pecho a mi hijo y el crío se quedaba en el despacho, y si se pasan tres horas, se pide un receso y se sale a darle de mamar».

Los diputados de Podemos, entre los que se han comentado previamente los argumentos que van a dar a la prensa, declaran que quieren llevar al Congreso situaciones de la vida en la calle. En los próximos días van a acaparar horas y horas en los medios con discusiones entre ellos y quienes les acusan de utilizar a un bebé.

Hoy, la intriga por ver quién será el nuevo presidente de España queda en un segundo plano, porque corren ríos de tinta sobre el niño; sobre los abrigos que algunos, como Pablo Iglesias, no han dejado en el guardarropa, sino en el escaño; sobre la indumentaria de los diputados de su partido; sobre el cacheo de la entrada a Rita Maestre «en busca de pancartas», según denuncia Íñigo Errejón en Twitter, o sobre la presencia de la primera diputada negra en la historia de España: Rita Bosaho.

Hay dirigentes de Podemos y de su entorno que hablan en privado de que están frivolizando la política y culpan de ello a Pablo Iglesias. Creen que su afán por captar mayor impacto mediático puede llevar a que pierdan fuerza. Una especie de caldo gordo que le hacen al PP para hablar de esto y no de las posibilidades de echar a Rajoy del poder.

Por el contrario, los partidarios de Iglesias creen que deben mostrarse «diferentes», como también se hace visible en el momento de prometer o jurar sus cargos. Ahí se salen del guion habitual con una fórmula que provoca aún más jaleo en el Congreso, murmullos y reproches, sobre todo procedentes de algunos escaños de otros partidos.

Iglesias, y con él los diputados de Podemos y de las confluencias, acuerdan su juramento: «Nunca más un país sin su gente y sin sus pueblos», y una frase elegida por cada uno de ellos personalmente, con referencias al acatamiento de la Constitución «para cambiarla» y gestos como el puño en alto o el signo de la victoria, señas que más adelante causarán discusiones entre *pablistas* y *errejonistas*. Pablo levanta el puño y Errejón hace una uve con sus dedos índice y corazón.

Iglesias: «Prometo acatar esta Constitución y trabajar para cambiarla». Y añade: «Un país con su gente», haciendo lenguaje de signos.

Íñigo Errejón: «Per la fraternitat entre els pobles», «por la soberanía del pueblo, por una España nueva, porque fueron, somos; porque somos, serán».

Entre que no hay megafonía para los diputados y los abucheos de otros parlamentarios, el ruido traslada la imagen de un ambiente hostil y bronco. Sin duda, no es una apertura de legislatura más en las Cortes. La mezcla de discursos, apariencias, gestos o edades va completando una postal que no deja indiferente a nadie.

Tras el pleno de constitución, diputados de Podemos y seguidores se hacen una foto en la calle a los pies de la escalinata del Congreso y Pablo Iglesias aparece llorando. La jornada ha sido de todo menos carente de emoción. Para bien o para mal. Según se mire.

16

CATENACCIO

—A ti, cuando no te habla de política, ¿de qué te habla Mariano? —le pregunta Pablo Iglesias a Alberto Garzón.

—De fútbol, siempre que puede —le responde Alberto.

—Ya decía yo. Es que ya me estaba mosqueando. Pensaba que el tío no sabía de qué hablar conmigo —continúa el líder de Podemos.

—No, habla de fútbol y saca historias de lo que le digas. A mí me preguntó de qué equipo era, le dije que del Logroñés y se puso a hablarme de no sé qué temporada en Logroño...

—Lo mismo me dijo a mí con el Numancia...

Este es Mariano Rajoy Brey. Puede estar horas y horas de reuniones y seguramente nunca sabrás si va a hacer lo que te ha prometido, pero lo extraño será que no hable de deporte. Sobre todo de fútbol y de ciclismo. Cuenta Josep Antoni Duran i Lleida que en cierta ocasión, en aquellos tiempos en los que Mariano Rajoy era ministro y Aznar hablaba «catalán en la intimidad», Mariano se levantó de una reunión con los nacionalistas y todos pensaron que le había pasado algo porque no aparecía. Como pasaba el tiempo y Rajoy no volvía, salieron a buscarlo. Y encontraron a Mariano delante de una televisión viendo el final de una etapa del Tour de Francia.

Pero con quien no habla ni de fútbol ni de ciclismo es con Pedro Sánchez. Le pide que apoye al PP para formar Gobierno, pero no le traga. Desde que Pedro le llamó «indecente» en el debate televisado que tuvieron a mediados de diciembre, le ha puesto la cruz. Ya no hay química. Prueba de ello es que, después del puñetazo que le dio un joven en Pontevedra, Sánchez le llamó y Mariano ni le cogió el teléfono ni le devolvió la llamada. Sí habló del incidente con Susana Díaz, con quien mantiene buenas relaciones, igual que con Felipe González o Alfredo Pérez Rubalcaba.

Mariano Rajoy anda pidiendo el apoyo del PSOE y de Ciudadanos en nombre de la «unidad de España». El convergente Carles Puigdemont, alcalde de Girona desde 2011, ya ha sido investido presidente de la Generalitat de Cataluña con los

apoyos de Junts pel Sí y la CUP. El PP y Rajoy han intensificado los llamamientos públicos a Sánchez y a Rivera para que formen un Ejecutivo que garantice la «estabilidad territorial». Puigdemont, el sucesor de Artur Mas como *president*, se ha comprometido a pilotar una legislatura de dieciocho meses en la que los independentistas se proponen acabar de construir «estructuras de Estado» e iniciar su «desconexión» de España.

Rajoy presiona al PSOE para que acepte una «gran coalición», por «el bien de España», aunque sea con un entendimiento tácito. El objetivo es que un Gobierno del PP en minoría pueda seguir actuando en lo fundamental, con una gestión económica y políticas de Estado con la abstención socialista, lo que le permitirá a Mariano arrancar la legislatura sumando otro tipo de acuerdos. A cambio, el PSOE podría pactar con el PP algunas reformas de su gusto. Felipe o Pérez Rubalcaba siguen haciéndole llegar a Pedro que se incline por esta opción, pero Sánchez no traga. Aun así, Rubalcaba se verá con él en los próximos días.

Para los *sanchistas* y Ciudadanos, Mariano Rajoy puede dar el abrazo del oso por estas fechas. A mediados de enero, los escándalos de corrupción en el PP se multiplican. La Guardia Civil registra por orden de la Fiscalía Anticorrupción la sede madrileña de la empresa Acuamed, una sociedad estatal dependiente del Ministerio de Agricultura, donde se investiga un presunto fraude en los contratos. Hay trece detenidos en Madrid, Barcelona, Valencia y Alicante, y registros también en Murcia y Tarragona. La trama, que llegó a planear verter ácido clorhídrico al río Ebro para hacer negocio, salpica al exministro de Agricultura Miguel Arias Cañete, cuyo nombre aparece en la declaración ante el juez de un exdirectivo de la empresa, que declara: «Me dijeron que había un acuerdo al máximo nivel con el ministro».

En el caso Bárcenas, la Audiencia Provincial de Madrid ha ordenado la reapertura de la causa de la destrucción de los ordenadores del extesorero del PP. Una jueza la había archivado en octubre de 2013 sin hacer ninguna indagación. El responsable informático del Partido Popular declaró que borró treinta y cinco veces los discos duros usados por el tesorero al que nombró Rajoy, los rayó, los rompió y los tiró a la basura por orden del asesor jurídico del partido.

En la Comunidad Valenciana, el juicio por los contratos entre la Generalitat y la trama Gürtel sentará en el banquillo a veintisiete personas por los acuerdos de varias consejerías, empresas públicas y una fundación con empresas de la red corrupta durante la presidencia de Francisco Camps. Y en la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre es llamada a declarar en la comisión de investigación parlamentaria sobre la trama Púnica.

Pero Mariano ni se inmuta. No solo eso: sigue creyendo que debe acordarse la «gran coalición» en España. Mientras Rajoy no vea que Pedro Sánchez se sienta

a negociar con otros partidos y obtiene resultados, no va a ponerse nervioso. De hecho, en enero ordena explorar la posibilidad de adelantar las segundas elecciones sin necesidad de prolongar los plazos.

Si en su primera ronda de contactos el rey no ve interés en proponer a Mariano como candidato para intentar la investidura, y si en la segunda ronda Rajoy tampoco quisiera y el monarca no viera otra alternativa, se empiezan ya a filtrar a la prensa los «inmediatos acontecimientos que habrán de seguir», dándose especial resonancia a la disolución de las Cortes como consecuencia de esa falta de alternativa. Esta posibilidad se intenta fundamentar con un dictamen del Consejo de Estado de 2003 que afectó a Madrid, una comunidad autónoma, pero varios expertos legales consideran que eso vulneraría la ley.

En definitiva, lo que no quiere Rajoy es que el rey le encargue que busque apoyos para presentarse a la investidura, porque sabe que fracasará y no quiere convertirse en un político derrotado. Por eso, para escurrir el bulto, Mariano maneja todo tipo de posibilidades.

Y mientras, el presidente del Gobierno en funciones va subiendo el tono y acusa públicamente a Pedro Sánchez de «sectarismo», porque «es capaz de sentarse a negociar con todos los demás partidos, menos con el PP, incluidos los independentistas». Cuando en la Feria Internacional de Turismo le preguntan a Rajoy por qué ningún partido quiere apoyarle responde: «Ya he dicho suficiente».

LA SONRISA DEL DESTINO

Llegamos a una curva peligrosa. Un giro decisivo que da emoción al viaje o que provoca una salida de la carretera. Los vehículos vienen acelerados. Enero ha comenzado con Pablo Iglesias distinguiendo públicamente entre un PSOE «sensato, que quiere avanzar», frente a otro que «comparte hoja de ruta con el PP y Ciudadanos y busca el inmovilismo». En la primera reunión del Consejo Ciudadano de Podemos tras las elecciones generales, Iglesias sitúa entre los inmovilistas a Susana Díaz y a Rubalcaba, a la vez que anima a «tender la mano al PSOE para echar a Rajoy».

Dirigentes que se movían en la sombra, como Pérez Rubalcaba, salen a la palestra. Lo hace publicando en su muro de Facebook: «Oigo a Pablo Iglesias decir que he defendido la celebración de una consulta en Cataluña. Es falso. A diferencia de Podemos, yo no estoy de acuerdo con el derecho de autodeterminación para Cataluña». Susana Díaz también elige las redes sociales y el tema catalán para responder. En Twitter escribe: «Lo insensato es querer presidir un país que se está dispuesto a romper con un referéndum de secesión. Lecciones, ninguna, Iglesias».

Se ha llegado a un choque de trenes entre PSOE y Podemos que hace las delicias de Rajoy. Pesos pesados del Partido Socialista han hablado para «no dejarles pasar ni una» a Pablo y a Pedro. Con Sánchez están enfadados porque no les llama. Con Iglesias se coordinan para responderle. No interesa gobernar con él, pero ahora ya solo interesa —o quizás es mucho— el relato del porqué. Sería trascendental en unas segundas elecciones.

Entretanto, se da por controlado el poder de maniobra de Pedro Sánchez. Pero cuando los planes del secretario general parecen estar bajo vigilancia, cunde el nerviosismo. De repente, un viernes que parecía una simple antesala del fin de semana, los cenáculos políticos, económicos y mediáticos se paralizan en España. Los posibles anhelos de Pedro se daban por acotados en el Comité Federal del PSOE, pero entonces tiene lugar un golpe de efecto.

Mientras el secretario general socialista espera como agua de mayo que

Mariano Rajoy acepte tomar la iniciativa de la investidura y se ponga a buscar apoyos, Pablo Iglesias decide dar un giro. Es una jugada que pillará por sorpresa al Partido Socialista, donde esperan que Rajoy se mueva. Unos quieren que Mariano negocie para que quede en evidencia su falta de socios y se queme. Otros desean que gobierne de una vez por todas y libre del «marrón» al PSOE.

Iglesias, muy dado a los golpes mediáticos, va a acaparar las miradas en España en este viernes 22 de enero de 2016. Los teléfonos echarán humo. Tras reunirse con el rey, antes de que Pedro Sánchez entre a ver al monarca, el líder de Podemos comparece ante los periodistas rodeado de pesos pesados de su equipo: su número dos, Íñigo Errejón; su jefa de Gabinete, Irene Montero; la responsable del programa del partido, Carolina Bescansa; el general y ex JEMAD, Julio Rodríguez; la jueza Victoria Rosell, y el líder de la alianza catalana En Comú Podem, Xavier Domènech.

Errejón, Domènech, el general y Montero visten de azul. Bescansa, Rosell e Iglesias, de blanco. Pablo sale de mantener con Felipe VI su primera conversación seria. Hasta ahora solo habían hablado sobre «banalidades», según reconoce el líder de Podemos, pero esta vez han hecho un repaso de la situación y del futuro del país. Han aligerado la charla con algún comentario sobre cine o series de televisión, pero han tocado asuntos que pueden ser decisivos. Pablo Iglesias le traslada al monarca que quiere proponerle a Pedro Sánchez formar un Gobierno de coalición entre el PSOE, Podemos e Izquierda Unida.

Justo cuando sale de ver al rey, envía un mensaje de móvil a Alberto Garzón. Le avisa de que va a hacer un anuncio importante y le dice que después le llama. Sánchez no sabe nada y está ya con Felipe VI. Algunos dirigentes territoriales de Podemos reciben la llamada de Irene Montero avisándoles de lo que Iglesias va a proponer. No todos lo saben.

Y allá va Pablo Iglesias, que ante un gran revuelo de los medios anuncia que «frente a la irresponsabilidad de los partidos tradicionales, que parecen estar cómodos con hacer declaraciones», él quiere ponerse a trabajar «desde ya» con Pedro y Alberto para buscar un «Gobierno de composición proporcional a los resultados electorales de sus tres partidos y de las confluencias». Cree que Sánchez debe ser presidente; él vicepresidente, «porque les separan apenas 300.000 votos», e Izquierda Unida debe tener «al menos un ministerio» en un Ejecutivo «del cambio y paritario».

Convulsión. Los contactos en Ferraz entre barones socialistas y dirigentes históricos del PSOE empiezan a estallar. Algo gordo está diciendo Iglesias. Algo que ninguno de ellos sabía. Hay serias acusaciones a Pedro, al que algunos culpan por no haberles avisado. Temen que haya montado ya un Gobierno con el Coletas. Se llevan las manos a la cabeza, porque creen que Sánchez está

incumpliendo el mandato del Comité Federal. Temen que la situación se les esté yendo de las manos.

Algunos ni siquiera creen lo que Pablo Iglesias afirma ante la prensa: «He entendido que el jefe del Estado debía ser el primero en conocer esta oferta, para evitar filtraciones y especulaciones». De hecho, en La Zarzuela, el rey se lo está contando a Sánchez en ese momento. El líder del PSOE responde al monarca ironizando con que ha entrado siendo oposición y puede salir con un Gobierno hecho.

Iglesias sigue ante los medios. Ocho minutos de discurso preparado y, después, hasta tres cuartos de hora aceptando preguntas. Es ahí, respondiendo a las cuestiones de los reporteros, cuando levantará aún más ampollas. De hecho, durante su intervención escrita no exige el referéndum o una votación solo en Cataluña: «Hay que buscar vías democráticas y nuevos encajes constitucionales y dar la palabra a los ciudadanos para que voten si debe cambiarse la Constitución». Pero después, a la primera pregunta responde que siguen defendiendo esa consulta catalana y que Domènech debería ser «el ministro que defienda la plurinacionalidad, porque En Comú Podem ha sido la fuerza más votada en Cataluña». Se muestra dispuesto a negociar: «Asumimos que estas propuestas se deben poner en discusión, sin líneas rojas de nuestros eventuales socios de Gobierno».

En su intervención escrita, Iglesias tampoco exige ministerios para quienes le rodean en la rueda de prensa. Solo dice que cuenta con ellos para negociar y planificar ese Gobierno con sus socios, «con otros que se vayan incorporando». Pero, minutos después, cuando le preguntan, dice que cuenta «con todas las personas que me acompañan para que puedan formar parte de ese Gabinete de ministros».

Mientras los periodistas lanzan «urgentes» y las noticias llegan a las redacciones nacionales e internacionales, el secretario general de Podemos reconoce que la suma que propone se quedaría a un diputado de PP y C's, por lo que llama a dialogar con PNV o ERC, porque está «seguro de que se podrán lograr apoyos suficientes» para echar a Rajoy.

Iglesias presume de que Podemos ha demostrado que puede alcanzar acuerdos, frente «a los partidos que vienen del inmovilismo y del búnker». No será el único dardo que lance al PSOE al tiempo que le pide pactar: «No tenemos gran confianza en los aparatos del Partido Socialista y en las viejas élites que parece que los dominan, pero Pedro debe demostrar si manda él o Felipe González y Susana Díaz. Creo incluso que la posibilidad histórica de que Sánchez sea presidente es una sonrisa del destino que él siempre tendrá que agradecer», remata ante la risa de Irene Motero, Victoria Rosell y Xavier

Domènech, que mira hacia un lado como intentando contener la carcajada.

O bien Pablo Iglesias pierde los papeles, o bien el que está interpretando no es el mejor para ganarse la confianza de los que quiere sentar a la mesa para pactar un Gobierno. Si en el PSOE hay dirigentes que llaman populistas o aventureros a Podemos, Iglesias está respondiendo con una rueda de prensa que agrieta aún más los puentes de una alternativa a Rajoy. Mariano estará disfrutando en el sofá.

La periodista Ana Romero pregunta a Pablo si sabe que «en el extranjero hay temor a que una coalición de perdedores gobierne España». Iglesias responde: «Precioso abrigo de pieles el que trae usted». Íñigo Errejón y el general Julio Rodríguez están muy serios. Incluso cuando el secretario general de Podemos pide «que los medios de comunicación faciliten que millones de españoles puedan escuchar a sus potenciales presidente y vicepresidente dialogando ante millones de españoles qué quieren hacer, sin preguntas pactadas, porque eso forma parte de la nueva política». Una reportera le pregunta si sería una negociación televisada y Pablo responde: «Televisada, retransmitida, pública y transparente... Para una sociedad muy madura».

Termina la rueda de prensa y el líder de Podemos envía un mensaje de WhatsApp a Pedro Sánchez: «Pedro, tenemos que hablar sobre mi propuesta de Gobierno». Sánchez le emplaza a conversar durante el fin de semana y atiende a los medios de comunicación después de haber visto al rey. En ese momento, en medio del enorme revuelo mediático, Pedro Sánchez debe responder a la prensa sin haber visto la comparecencia de Pablo Iglesias. Su equipo le da algunos titulares y le dicen que ha estado «chulito». Pero Sánchez opta por seguir tendiéndole la mano. El secretario general del PSOE lanza otro aviso a sus críticos dentro del partido: «Hay que dialogar con Podemos. Nuestros votantes no entenderían que no llegásemos a un acuerdo. Es el turno de Rajoy. Si él fracasa, intentaremos un Gobierno progresista».

El PSOE ha entrado en estado de *shock*. Los teléfonos siguen sonando y dirigentes como Rubalcaba deciden volver a salir a la luz pública. Otra vez en Facebook, escribe que para gobernar hay que «tener un proyecto político para los españoles. España es mucho más que la suma de diecisiete comunidades autónomas; es un conjunto de ciudadanos libres e iguales, porque así lo decidimos el día que nos dimos una Constitución». Y acusa a Iglesias de faltar al respeto al PSOE.

Una parte importante de Podemos considera que a Pablo se le ha ido la mano con esta rueda de prensa. Si hasta ahora buena parte de la opinión pública creía que el principal culpable de que no hubiera pacto de izquierdas era el PSOE con su barones, a partir de este momento muchos creerán que Iglesias prioriza la

consecución de poder y «sillones» a la posibilidad de ponerse a negociar.

Pero, para que no falte de nada en un día de nervios, Rajoy está preparado para lanzar la caña en el río revuelto. Por la tarde, tras reunirse con Felipe VI, victimiza su discurso y aplaza presentarse a la investidura. También dice que la unión de España está en peligro y culpa a Sánchez: «No ha querido hablar conmigo. Le gusta hablar con ERC, CiU y demás. Se ha echado en brazos de fuerzas que no son moderadas y de partidos independentistas. Quiere un pacto con Podemos, con los catalanes, con Izquierda Unida. Eso no le conviene a España».

Rajoy opta por una renuncia «momentánea» a intentar la investidura. Su decisión estratégica de declinar el ofrecimiento de Felipe VI para ser candidato a presidente obliga a Pedro Sánchez a tomar una decisión antes de lo que pensaba... Y al rey le deja en una delicada situación. El candidato de la fuerza más votada comienza a driblar en un baile de decisiones y tiempos.

Dos días después, el domingo, Pedro Sánchez llama a Pablo Iglesias, no le responde y publica un tuit que dice: «He intentado contactar con Pablo Iglesias, pero no ha sido posible. Hablaremos en los próximos días de políticas progresistas, no de sillones». Iglesias responde a su llamada, Pedro le reprocha las formas de la rueda de prensa del viernes y vuelven a discrepar sobre los tiempos. Sánchez es partidario de esperar a que Rajoy intente formar Gobierno, e Iglesias pide empezar a negociar porque el líder del PP se está echando a un lado.

Ese mismo fin de semana, el secretario general del PSOE ha hablado con Albert Rivera y da prioridad a sus votos. Pablo Iglesias publica un artículo en *El País* denunciando ciertas presiones empresariales: «Existen enormes presiones de los grupos de poder, en España y en el extranjero, para que las viejas maquinarias sigan manteniendo el Estado en sus manos, en este caso con la connivencia de Ciudadanos, que, una vez desinflada su burbuja, se ha mostrado como el mejor aliado del proyecto gatopardiano de las élites para que todo siga igual mediante un pacto del búnker PP-PSOE-Ciudadanos».

JAQUE PASTOR

Hay algunos puntos en común entre la situación de Pablo Iglesias y la de Pedro Sánchez. Muchos de sus compañeros de partido les acusan de aislarse, de llamar poco a los dirigentes territoriales. Se produce en ellos una tendencia a recogerse en un entorno cada vez más reducido, fruto del estrés y de la desconfianza, hasta el punto de que algunos líderes autonómicos de Podemos reconocen que han tenido una o dos conversaciones breves en su vida con su secretario general. Han visto cómo la frescura del Iglesias televisivo se transformaba en la de un hombre pendiente de una pantalla, de un móvil o un ordenador en mitad de la reunión de un Consejo del partido, o rodeado de una «guardia de corps» cada vez más restringida.

Existe algo más en común sobre sus rencillas internas: tanto en el PSOE como en Podemos hay críticas veladas a la labor de sus secretarios de Organización, César Luenca y Sergio Pascual, respectivamente, que son acusados por algunos sectores de no cerrar, sino de infectar las heridas. De no saber resolver los conflictos, sino de empeorarlos e incluso de crearlos. Ambos tienen su sector crítico y también sus partidarios.

Otro factor va a unir a Pedro y a Pablo: la confrontación interna. Si Sánchez vive su particular lucha por el poder con Susana Díaz, Iglesias ha empezado a vivirla con Íñigo Errejón. Es menos visible, aparentemente no tan cruenta, pero entre Íñigo y Pablo hace meses que ha comenzado a larvarse la desconfianza. El origen de todo es también un punto de unión entre PSOE y Podemos. En el caso socialista, el gran motivo de la batalla no es tanto si apoyar o no al PP, sino el control del partido. Y algo similar ocurre en la formación morada. La causa de las disputas no pasa por apoyar o no al PSOE, sino que se trata verdaderas luchas por el poder. Pablo cree que Íñigo amenaza su corona.

Para entender lo que estallará en Podemos hay que remontarse a sus orígenes. Pablo Iglesias Turrión es la cabeza visible, el candidato, el líder. A su lado se mantiene viva esa pugna iniciada entre dos lugartenientes: Juan Carlos Monedero e Íñigo Errejón. Dicen en Podemos que Íñigo es la estrategia, la

sensatez, la modulación, siempre huyendo de estridencias. Pero Monedero es casi un padre para Iglesias, con quien tiene la máxima confianza y con el que ha compartido viajes y programas de televisión. Es también la pasión, la calle y el rupturismo.

Los puentes estaban rotos entre «Juanqui», el amigo de Iglesias, e Íñigo, que ha empezado a ser menos amigo. La situación salta por los aires antes de las elecciones autonómicas y municipales de mayo de 2015. Juan Carlos Monedero dimite tras criticar duramente y en público el trabajo de Errejón. Ya se habla de *errejonistas* que en privado consideran frívolo a Monedero y políticamente amortizado después de no dejar del todo claro el origen de los 425.000 euros que cobró del régimen chavista y de otros países bolivarianos. La rivalidad entre Íñigo y Juan Carlos es total, porque Juanqui acusa a Íñigo de estar disfrazando a Podemos. Y empeorará cuando Iglesias estalla contra Errejón al ver que le empiezan a saltar varias crisis en distintos territorios. La gota que colme el vaso será Madrid.

Es enero de 2016 y entre los *pablistas* empieza a circular que hay una campaña, descubierta en ordenadores y en el Telegram de los móviles de varios *errejonistas*, para revelarse contra la dirección de Podemos en la comunidad madrileña. Lo consideran una operación contra Pablo. En cambio, el *errejonismo* cree que se trata de una manipulación interesada del *pablismo* para victimizar a Iglesias a partir de una hoja de Excel y unas conversaciones que hablan solo de técnicos y de cuadros medios del partido que temen perder su puesto de trabajo.

Para unos, son conspiraciones contra Iglesias lo que hay en ese registro informático. Para otros, solo charlas y listas de trabajadores de Podemos que piensan que pueden quedarse sin su cargo porque ven movimientos para que Ramón Espinar se haga con el control del partido en la Comunidad de Madrid, y hablan de maniobras para reordenar la dirección del partido en ella «cargándose a *errejonistas*» y acercándose a los anticapitalistas.

A los distintos conflictos que se están viviendo en otras comunidades, como Galicia, Euskadi o Cataluña, se suma la inquietud que esto provoca y que se vive como una guerra soterrada por el control del partido. En Madrid, el *pablismo* habla de la Operación Jaque Pastor —en ajedrez, movimientos rápidos para ganar la partida al comienzo de la misma— del *errejonismo*. Cuenta la leyenda que la jugada se inspira en un rey confiado en tener un poder invencible. Así retó a un pastor:

—Nadie en la Corte me ha derrotado jamás —dijo el rey.

—Entonces no seré rival para su excelencia —respondió el pastor.

Para sorpresa de los suyos, el monarca fue derrotado en cuatro jugadas. A partir de ese momento, el rey desterró a los caballeros y cortesanos por dejarle

ganar siempre.

Podemos, con apenas dos años de vida, está inmerso en la conspiración de una sigilosa lucha interna. Pablo tiene un círculo de confianza cada vez más reducido, mientras Íñigo ha ido aumentando su influencia en diversas parcelas. Entre los miembros de la formación empieza a circular la teoría de que alguien se ha dejado abierta la sesión de un ordenador en la sede de Madrid y constan movimientos para arrebatarse poder al *pablismo*, con nombres de destacados *errejonistas* como intervinientes. Entre ellos, nada menos que el número tres, Sergio Pascual, que es el secretario de Organización. En los mentideros del partido, los *pablistas* acusan a los *errejonistas* de querer desgastar a Pablo Iglesias para tumbarle.

Mientras, el *errejonismo* lamenta que el *pablismo* esté «montándose películas» para lapidarlos, a la vez que se deja llevar por influencias de los procedentes de Juventudes Comunistas, que lo arrastran a «una radicalidad» que está espantando al gran público. Unos creen que los otros son unos «pijos». Los otros que la política del megáfono en la calle no será nada si no se hacen fuertes con propuestas parlamentarias y de gobierno. Hay ruido de sables en varios cuarteles y el secretario general, Pablo Iglesias, desconfía ya gravemente de Errejón y de la mano derecha de este, el secretario de Organización, Sergio Pascual.

No es el único problema. Además, en enero, Iglesias cruza declaraciones públicas con su líder en Galicia, que le acusa de intromisión y defiende concurrir a las elecciones gallegas en solitario. Pablo responde que mantendrá su alianza con En Marea. Esta diferencia de parecer veinte días después le costará al dirigente gallego la destitución, tras una escalada de ceses y dimisiones en su equipo. No augura un buen resultado en los próximos comicios gallegos.

También en enero de 2016 se parte Podemos Cantabria, donde el Consejo Ciudadano retira la confianza a su secretario general. Hay bloques enfrentados y fuertes discrepancias por la designación de cargos orgánicos y asesores. Llegan a acusar a su líder territorial de «claras prácticas de nepotismo» y le exigen su renuncia. En La Rioja, el partido está en manos de una gestora tras destaparse el fraude en la elección de los órganos internos de esta comunidad.

Previamente, en noviembre de 2015, el secretario general de Podemos en Euskadi había dimitido, junto a la mayoría de su equipo, tras acusar a «la Secretaría de Organización estatal» de intromisiones en la confección de las candidaturas para las próximas elecciones generales. Se declaran «leales» a Pablo Iglesias y Monedero, pero creen que Sergio Pascual «ha empezado a desarrollar un aparato de partido y no queremos aparatos como los partidos viejos».

Asimismo, en octubre de 2015, en Cataluña, la secretaria general de Podem

dimitió tras los malos resultados obtenidos con la confluencia junto a Iniciativa per Catalunya en las elecciones del 27S. Podemos ha pasado de un espectacular apogeo con el mitin de Pablo Iglesias en el pabellón de la Vall d'Hebron, a finales de 2014, a atravesar una grave crisis.

Iglesias afronta algunos de estos fiascos buscando confluencias decisivas en Cataluña, Galicia o la Comunidad Valenciana para encarar las elecciones generales. Y, de hecho, la fuerza de la marea gallega, de Ada Colau o de Mónica Oltra le da nuevos bríos. Confluye, pero no ha arreglado con su equipo las crisis internas en varios territorios. Hay una bomba de relojería que puede estallar en cualquier momento.

NO HAY QUÍMICA

Febrero de 2012. Congreso Federal del PSOE. Los socialistas van a elegir a su secretario general. Una joven sevillana se acerca al grupo de apoyo a Carme Chacón y presume del número de delegados que ha conseguido ganar a Alfredo Pérez Rubalcaba: «A ver, ¿cuántos tenéis? Mi chochito trae un montón». Chacón y Rubalcaba compiten por el liderazgo del partido. Susana se ha volcado en la candidatura *chaconista*, aunque algunos compañeros que la acaban de ver entrar de esa manera aún se preguntan quién es.

Susana Díaz es por entonces la secretaria de Organización del PSOE en Andalucía. Ha tomado altura apoyándose en un altillo y desde ahí se dirige y pregunta a los militantes que apoyan a Carme, con un tono que transmite intenciones de liderazgo. Es la mujer fuerte en el aparato de José Antonio Griñán, por entonces presidente andaluz y que aún no ha conocido los peores tiempos del escándalo de los ERE.

Susana hace gala de representar a la federación socialista más nutrida y de contar con el mayor número de delegados. Algunos de los compañeros que también respaldan a Chacón se miran sorprendidos al ver cómo saluda Díaz, que presume de poder de convocatoria y les pregunta si ellos también han llevado tantos respaldos como ella.

Susana ha hecho campaña contra Rubalcaba, que aspira a seguir dirigiendo el partido. La carrera no ha estado exenta de polémica, porque algunos dirigentes socialistas andaluces denuncian «presiones ilícitas, ilegales e inmorales» a quienes querían apoyar a Alfredo. De hecho, una de las claves de este congreso de Sevilla será que la federación andaluza queda prácticamente partida en dos entre los que dan su apoyo a uno u otro aspirante.

El congreso lo gana finalmente el exvicepresidente y exministro del Interior. Por 22 apoyos de entre los 956 delegados. Eso sí, las diferencias entre *rubalcabistas* y *chaconistas* se mantendrán vivas durante un buen tiempo, y ambas «familias» las llevarán incluso al terreno mediático. Unos acusan al *chaconismo* de tener el favor de La Sexta, contra Rubalcaba. Los otros sitúan al

rubalcabismo con el Grupo PRISA (Cadena SER, *El País*...).

Por entonces, Pérez Rubalcaba, como se ve, no es santo de la devoción de Susana Díaz. Y viceversa. Pero eso no impide que ella continúe su carrera política y alcance la Presidencia andaluza como sucesora de Chaves y Griñán. Felipe González había apoyado a Rubalcaba para seguir al frente del PSOE. Zapatero intentó mostrar neutralidad, aunque los *rubalcabistas* pensaban que estaba con Chacón.

Rubalcaba, Chacón, Felipe, Zapatero... Años después todos ellos tendrán un nexo común: quieren desalojar a Pedro Sánchez. Piensan que su derrota electoral lo sitúa en la oposición y que, si Pedro pacta con Podemos, puede llevar a España y al PSOE al abismo. La discrepancia está en los tiempos. Tras el 20D, Alfredo aún habla con Pedro y le insiste en que se quede en la oposición. No es partidario de «matarlo» en ese momento. De hecho, Rubalcaba y otros barones, como el asturiano Javier Fernández y el extremeño Fernández Vara, siguen siendo partidarios de esperar y no ejecutar al líder en ese escenario.

En la salida de Sánchez van a ser decisivos los contactos entre todos estos dirigentes históricos del PSOE, a los que se suman otros con un peso específico muy importante, como José Bono, José Blanco y barones territoriales como el valenciano Ximo Puig o el aragonés Javier Lambán. Todos creen que el tiempo de Pedro Sánchez como líder del Partido Socialista ha terminado y que un Gobierno del PP es una solución menos mala que formar un Gobierno con Sánchez y los apoyos de Podemos y los nacionalistas. Pero siguen sin atreverse a decirlo.

Por encima de todos hay una gran autoridad. Moral y fáctica. Todavía *auctoritas* y *potestas* en el PSOE: Felipe González. El dirigente que llevó al partido a las mayores cuotas de poder sigue siendo el más respetado. A sus contactos políticos, incluida una cultivada cordialidad con Mariano Rajoy —que es recíproca—, se unen sus decisivos lazos con la Corona y el mundo empresarial. Felipe es uno de los que manda en España. Indirectamente, pero tiene mucho poder.

Hay que ser muy tonto para no saberlo. Por eso Pedro Sánchez tiene a González como su principal interlocutor entre los históricos del partido. No se fía de ningún otro. Tampoco es que tenga gran confianza en las directrices de Felipe, pero sabe que es quien puede torcer la voluntad de todos los anteriores..., y la suya, por mucho que sea el actual líder del partido.

La coincidencia de Susana Díaz y Pérez Rubalcaba para acabar con Pedro es trascendental. Por un lado, hablamos de quien controla la mayor federación socialista, la andaluza, que goza de la simpatía de Rodríguez Zapatero y que se ha ido trabajando la de Felipe, la de Bono, la de Blanco y la de los barones

territoriales críticos. Unos porque tienen cuentas pendientes con Sánchez, otros porque no les hace caso, y otros, incluso, porque temen que, si se consolida como secretario general, acabará matándoles a ellos.

Rubalcaba continúa siendo de los que se han ido del aparato del PSOE pero sin irse. Es un yonqui de la política y sigue moviendo hilos. Alfredo se ha mantenido durante tres décadas como uno de los factótum del PSOE. En 1986 ya estaba en el Gobierno de González. Fue un auténtico brazo ejecutor con Felipe, luego con Zapatero y... el que tuvo, retuvo: «En política lo complicado es irse, llegar es relativamente sencillo», expresa una de sus máximas.

El químico Rubalcaba despacha aún asuntos de política y del PSOE en la Universidad Complutense, donde ha vuelto a dar clase tras dejar de ser secretario general. Le consultan y convoca para que le consulten. Puede ser alguno de los miembros de su equipo de seguridad quien flanquea al «invitado» conduciéndole al despacho «de Alfredo», pero puede ocurrir también que reciba en su propio domicilio. Hay política en su cabeza casi las veinticuatro horas del día.

Pedro Sánchez, en su encrucijada entre el «no» a Rajoy y su permanencia al frente del PSOE, cree que ha ido marcando distancias con Rubalcaba, pero tiene como hombres fuertes de su entorno político a Antonio Hernando, César Luena, Óscar López o Rodolfo Ares. Y todos vienen del equipo de Alfredo. En el círculo más íntimo del actual líder del PSOE, hay quien cree en la independencia y en el apoyo de estos hombres pero hay quien piensa que es como tener al enemigo en casa. Aunque Sánchez no lo sepa, Rubalcaba no ha perdido contacto con ellos.

Hernando ha sido una de las personas de confianza de Pérez Rubalcaba, tanto en tareas del Ministerio del Interior como en el partido. Miembro de la comisión de investigación de los atentados del 11M, portavoz de Inmigración, portavoz de la Comisión de Interior del Grupo Parlamentario Socialista, secretario de Relaciones Institucionales y Política Autonómica del PSOE..., Pedro ha contado con él como portavoz en el Congreso de los Diputados, como auténtico coordinador de las labores del partido en el Parlamento y de negociaciones y tareas de oposición clave. No solo eso: está en el círculo reducido de aquellos a los que consulta las materias más importantes.

Hernando, como Sánchez, está entre los que salen a decir públicamente, y desde el primer minuto, que el PSOE no debe permitir que Mariano Rajoy siga en La Moncloa. Consideran que sería tanto como perdonarle sus casos de corrupción, sus recortes o sus incumplimientos electorales. Además, temen que eso se convierta en una decisión que siga dando alas a Podemos en detrimento del futuro del Partido Socialista.

César Luena es el hombre fuerte de Sánchez en el partido, igual que antes fue

aupado por Rubalcaba a formar parte de la dirección del Grupo Parlamentario en el Congreso de los Diputados. Es adversario de Susana Díaz en disputas internas desde sus tiempos en las Juventudes Socialistas. Pero ahora no son pocos los cargos del PSOE que, desde diversos territorios, están «hasta el gorro» de las formas de Luena, al que relacionan con su cuaderno, en el que, según dice, apunta a los que no le obedecen. Así se lo ha hecho saber a Sánchez en varias conversaciones telefónicas. Secretario general en La Rioja desde días después de que Rubalcaba ganara el XXXVIII Congreso del PSOE, fue el coordinador de los equipos de voluntarios de todas las federaciones socialistas en la campaña electoral del 20 de noviembre de 2011, en las que Alfredo resultó derrotado.

Rubalcaba eligió como su secretario de Organización a Óscar López, que después consiguió ser el portavoz de Sánchez en el Senado. Es uno de los dirigentes a los que Pedro conoce desde que empezaron en el partido. A él le consulta las materias trascendentes. A Sánchez y López les unen sus orígenes en el PSOE y su ascenso en política. Los dos se conocieron en Bruselas, donde Óscar trabajaba como asesor en el Parlamento Europeo con la socialista Carmen Cerdeira, mientras Sánchez lo hacía con Bárbara Dürkhop, la viuda de Enrique Casas, el senador asesinado por ETA. Los dos pasaron antes por el Instituto Jaime Vera, la escuela de cuadros del PSOE, por la que también pasó Antonio Hernando. López fue asesor de José Blanco en el Congreso, quien lo «rescató», tras su estancia en Bruselas, como uno de los coordinadores del partido, ya con Zapatero como presidente. Desde 2000, López «vivía» en Ferraz, hasta que se fue al Senado en 2014. Aunque ahora sigue yendo por la sede para tramar estrategias con Sánchez. Es uno de los fontaneros del aparato, y son días en los que deben hacer frente a una decisión tan crucial como contribuir a un gran desatascos.

De fontanería también sabe mucho Rodolfo Ares, ahora hombre de confianza de Sánchez, pero antes de la máxima afinidad con Pérez Rubalcaba en el País Vasco. Ares es uno de los cerebros en la lucha contra ETA y de las negociaciones para poner fin a la violencia de la banda terrorista. Ha sido consejero de Interior y despachaba permanentemente con el ministro Rubalcaba en años delicados.

Pedro Sánchez y Pérez Rubalcaba aparecen muy unidos por varios hombres, pero distanciados en sus posiciones. Rubalcaba es de los que piensa que Sánchez quiere mantener un «cuento» de negociaciones e intentar alcanzar La Moncloa para ganar tiempo y no irse a la oposición, donde será desalojado de Ferraz. Cree que Pedro busca, simplemente, mantenerse en el puesto. Mientras que Sánchez defiende en estas fechas la confianza en que un Gobierno alternativo a Rajoy es posible y que puede llegar a entenderse, de alguna forma, con Ciudadanos, buscando después la abstención de Podemos.

Sánchez sueña con La Moncloa desde una casa donde quieren matarlo. El malestar con él va creciendo, casi al mismo tiempo que han ido aumentando los partidarios de que la andaluza Susana Díaz deje de amagar y dé el salto definitivo a Madrid para dirigir el partido. Entre esos afines, hay ya —a estas alturas— barones territoriales que apoyaron a Rubalcaba frente a Chacón y Susana en otro tiempo. Como el asturiano Javier Fernández, a quien Pérez Rubalcaba nombró presidente del Consejo Territorial, una especie de cónclave de los barones, o el aragonés Javier Lambán. Y también hay ya contra Pedro otros que fueron importantes en el aparato de Pérez Rubalcaba, como la eurodiputada Elena Valenciano.

En 2012, cuando el equipo de Carme Chacón, incluida Susana Díaz, hizo campaña para apartar a Rubalcaba, mostraban al químico de la política como un hombre del pasado y del aparato. Ahora mismo, «Freddy», como algunos le llaman en el PSOE, sigue muy vivo. Y Sánchez lo sabe. Aunque espera que su tándem con Susana para llevárselo por delante sea solo una pesadilla. Pero ahí sigue Freddy, el apodo que unos le pusieron en el PSOE como diminutivo y otros como recuerdo a Krueger, el protagonista de los asesinatos en serie de la saga *Pesadilla en Elm Street*.

Sánchez tiene una cita inmediata con él.

MARIANO SE HACE EL MUERTO

Pocas cosas importantes pasan en el PSOE que no intriguen a Rubalcaba. Procura estar al tanto de todo. Maquina, da consejos, envía mensajes directos e indirectos con llamadas, reuniones, intermediarios... Así que, cuando se da por hecho que Rajoy va a renunciar a presentarse a la investidura, Freddy se reúne con Pedro Sánchez. Los contactos de Pérez Rubalcaba con el líder socialista se han ido reduciendo, pero en el partido consideran que se trata de un momento trascendental y se suceden las llamadas y reuniones que buscan saber qué hará el secretario general. Eso sí, ninguno de los pesos pesados se atreve a decir lisa y llanamente, en público, que el partido debe abstenerse en estos momentos para facilitar el Gobierno de Mariano Rajoy.

Rubalcaba ha hablado por teléfono con Pedro y quedan justo el día después de la rueda de prensa «de los ministerios» de Pablo Iglesias. Es sábado, 23 de enero. Alfredo y Sánchez comentan la situación. El exministro está molesto con la actitud de Iglesias, inquieto por lo que Pedro va a hacer, y le dice que si Mariano da la espantada ante el rey y anuncia que no va a intentar conseguir apoyos para ser investido, él debe hacer lo mismo. «Si Rajoy no da el paso, no des el paso tú». Aduce la peligrosa compañía de Podemos y de los nacionalistas, «que llevan una hoja de ruta hacia el independentismo». Le advierte de la situación de tener que salir a explicar que sus socios de Gobierno, o quienes le mantienen en él, sean los que den cualquier paso hacia la independencia: «¿Cómo les explicas a los españoles que dependes de estos?».

Rubalcaba se despide de Sánchez y espera a ver cómo se suceden los acontecimientos. Inmediatamente después, se filtra al diario *El País* que Pedro Sánchez «aceptará recabar apoyos para ser investido presidente del Gobierno si el rey Felipe VI se lo encarga». Un revés para Freddy, que se siente despreciado. Pilla un cabreo de mil demonios. El periódico avanza que Sánchez «iniciará el diálogo con diversos partidos», tal y como reconoce la dirección socialista con un comunicado de prensa que anuncia que «el PSOE mantiene y mantendrá contactos y diálogo con todas las fuerzas políticas, y lo va a seguir haciendo con

el fin de evaluar la situación y acercar posiciones».

Ya no habrá más contactos de Pedro Sánchez con Rubalcaba. Pedro suma a otro enemigo en casa. Uno más. En el fondo, hay gran incertidumbre en el partido por lo que pueda hacer Sánchez si emprende negociaciones. Si el rey le encarga formar Gobierno, una vez que entre en esa etapa el Comité Federal podría intentar controlarle, pero sería mucho más difícil, ya que existiría el riesgo de abortar bruscamente la misión de quien está intentando alcanzar un Gobierno que desaloje al PP. Para el PSOE, zancadillear o matar entonces a Pedro supondría otro sucio borrón en su imagen. Para otros aspirantes como Susana Díaz incluso es la peor ocasión, porque tampoco ella ha decidido aún dar el paso, ni está dispuesta a emprender ahora semejante «crimen político» arriesgando la Presidencia de Andalucía. Digamos que son varios los hombres y las mujeres fuertes en el partido los que quieren apartar a Sánchez pero no saben cómo. Aunque les horrorice que pueda llegar a ser presidente del Gobierno y, en ese caso, tenga el poder suficiente para tomar represalias contra algunos de ellos.

El rey también está preocupado. Teme estar metiéndose en un callejón sin salida. Así se lo traslada a varios dirigentes políticos con los que despacha. No ve a Rajoy con ganas de presentarse a la investidura y tampoco tiene claro que el PSOE vaya a tomar la iniciativa. Por eso el monarca confiesa a uno de sus interlocutores que su padre, Juan Carlos de Borbón, «lo tenía mucho más fácil» cuando las opciones eran bipartidistas. O uno u otro.

Felipe VI no habla mucho. Sobre todo, pregunta. Evita decir directamente que el presidente del Gobierno en funciones le está poniendo en un compromiso, pero sus gestos le delatan. Tiene la sensación de que Rajoy no está haciendo mucho por buscar apoyos y ser el primero en intentar ser investido, tal como le correspondería como partido más votado.

Los dirigentes que van a las consultas con el rey ven a un monarca que pregunta y vuelve a preguntar, que hace gala de que se ha preparado una gran cantidad de datos. Una sorpresa para los que han despachado años atrás con su padre y recuerdan, incluso, como en alguna ocasión hasta confundía sus nombres y las propuestas de los partidos minoritarios.

Felipe VI se mueve ahora entre la estrategia de agotar al rival iniciada por Rajoy y la incertidumbre de un Gobierno donde pudiera estar Podemos. Aunque empieza a ver a Pedro Sánchez como posible presidente. Al menos, el que le puede quitar de encima el peso de no tener a quién proponerle una investidura.

Así los tiene a todos Mariano. En un mar de inquietudes. Él, a lo suyo. O apoyo del PSOE o nada. Por si había alguna duda sobre su estrategia acomodada, un programa de radio le pilla con las manos en la masa. El imitador de una emisora llama a La Moncloa y pregunta por el presidente. Se trata del

programa de Radio Flaixbac *El matí i la mare que el va parir*. Es un magacín matinal de esta emisora musical donde un locutor se está haciendo pasar por el *president* de la Generalitat, que quiere hablar con Rajoy...

Son días de gran incertidumbre y desconcierto político. No hay Gobierno. Está en funciones. ¿Qué hace estos días el dirigente gallego para tratar de conseguir apoyos?, ¿con quién habla para convencerles?, ¿qué gestiones está haciendo? Si en la noche electoral ha dicho que le corresponde formar un Gobierno por la estabilidad de España, ¿qué esfuerzos está haciendo para ello?

Para gran sorpresa del equipo de radio que ha llamado al Palacio de la Moncloa, finalmente el presidente se pone al otro lado del teléfono.... El locutor, que se hace pasar por Carles Puigdemont, invita a Rajoy a verse, y Mariano, que improvisa despreocupado, responde: «Tengo la agenda muy libre». No es precisamente el calendario de citas de un político que busca desatascar la situación de un país con un Gobierno en funciones.

El resto de los líderes políticos lo está viviendo en sus propias carnes. Rajoy, más allá de anunciar que quiere que le apoyen por la unidad de España, la lucha contra el terrorismo y la salida de la crisis, no ha movido ni un dedo. Se ha limitado a aspirar a la gran coalición con el PSOE, por activa o por pasiva, con su voto favorable o con la abstención. A pesar de que para los socialistas sea ir en contra de su historia y de lo que han prometido reiteradamente.

Pero Mariano está dispuesto a darle la vuelta al socialismo, desde su sillón en La Moncloa: «Tengo la agenda muy libre y lo podríamos fijar para veinticuatro o cuarenta y ocho horas», dice Rajoy en su interlocución con el falso presidente catalán. La broma de un programa de humor ha reflejado perfectamente los meses de intriga política por ver quién se queda con el poder de la Presidencia. Y la estrategia de Mariano está muy clara. No hacer mucho, salvo tener los contactos suficientes que le garanticen que a Sánchez lo van a quitar de en medio, tarde o temprano, los de su propio partido.

En el PP proclaman después, públicamente, que se ha podido apreciar en esa conversación telefónica la «actitud dialogante» de Rajoy. Aseguran, y él también insiste en ello, que está manteniendo otras «conversaciones discretas», pero no desvela con quién, ni cómo, y en las últimas semanas no se han producido contactos con ningún grupo.

El 22 de enero, el portavoz del PP en el Congreso, Rafael Hernando, ha anunciado que Mariano Rajoy se presentará como candidato a la investidura «porque es su obligación» y «la expresión de lo que decidieron los españoles en las urnas», como partido más votado. Al día siguiente, el líder del PP, discreto y desconfiado guardián de su estrategia, agradece al rey «el gesto y el ofrecimiento» para que acuda el primero a un pleno de investidura, pero declina

«la deferencia». Finalmente, el 2 de febrero, se ve con el rey y Felipe VI no le hace el encargo. Ha habido presiones y comentarios públicos suficientes para que el monarca sepa que Rajoy quiere «pasar la bola». El presidente tiene a España en un escenario político inédito y de bloqueo. Eso sí, sabe que sigue gobernando en funciones y que tiene los presupuestos de este año aprobados.

Cuando el rey ni siquiera le plantea a Rajoy que vaya a la investidura lo hace porque sabe que el líder del PSOE ha mordido el anzuelo. Sánchez ya le ha dicho a Felipe VI que está «dispuesto» a dar un paso al frente. Pedro aún sueña con formar Gobierno y, si no lo consiguiera, piensa que tomar la iniciativa de la investidura es la forma de salvarse de la quema en el PSOE. La fórmula para que no le corten el pescuezo los suyos. Mientras esté ocupado en cumplir con el mandato del rey de intentar formar Gobierno, no se atreverán a matarlo.

Empieza a comprobarlo muy pronto. Percibe que las críticas internas se reducen drásticamente. Susana Díaz dirá en público que Pedro y el rey han hecho lo que debían. Las declaraciones públicas de otros barones críticos también se relajarán. Son días de vino y rosas para Sánchez. Su puesta en escena en el Congreso, con el paseíllo triunfal retransmitido hacia una rueda de prensa en la que promete un Gobierno de cambio, es la antesala de los meses en los que se creyó que iba a ser presidente del Gobierno.

Hay periódicos, como *El País*, que hablan de que Rajoy ha firmado «casi un epitafio». El portavoz parlamentario socialista, Antonio Hernando, afirma que es el momento de que el presidente en funciones «se aparte definitivamente de su partido y de la política, si no quiere pasar a la historia como el más irresponsable de la democracia».

Claro que, después de treinta y cuatro años en política, Rajoy está dispuesto a ser de hoja perenne. O algo así como un *Turritopsis nutricula*, ese hidrozoo hidroideo que es el único ser biológicamente inmortal. Un estratega frío y calculador, con apariencia entre ignorante y pasota, pero que por dentro se ríe de sus futuras víctimas. Sin alharacas. Eso sí, muy seguro del hábitat en el que desempeña su plan. Masticando pacientemente el terrible destino de sus adversarios.

Si hay hidrozoo hidroideos a estas alturas en la política española, Rajoy es el primero de todos ellos. Al menos de los que están oficialmente en activo. Y de los que maniobran en la oscuridad, como Felipe y Rubalcaba, Mariano almacena ya suficiente información para saber que a Sánchez se lo van a poner casi imposible. En privado, hay profundo malestar entre los «socialistas históricos». Más aún cuando Pedro Sánchez ha anunciado que hará una consulta a los militantes para preguntar por los posibles acuerdos para formar Gobierno.

La Casa del Rey convoca al presidente del Congreso, Patxi López, para

comunicarle que va para allá Sánchez con el estandarte. Corriendo entre ambos frentes de batalla. Ha pedido entre tres y cuatro semanas para tener preparado un bloque de apoyos, una especie de ejército que tumbe a Mariano. Después, Patxi convocará la Junta de Portavoces para determinar la fecha del pleno de investidura.

Si Pedro se somete al intento de ser investido necesitará mayoría absoluta en la primera votación o simple en la segunda, a las cuarenta y ocho horas. Si no consigue la confianza para la investidura, el rey podrá hacer sucesivas propuestas de nuevos candidatos. Eso sí, la Constitución estipula que «si transcurrido el plazo de dos meses a partir de la primera votación, ningún candidato hubiere obtenido la confianza del Congreso, el rey disolverá ambas Cámaras y convocará nuevas elecciones».

Se habla de un Pedro presidente y de operaciones alternativas para reemplazar a Rajoy. Vuelven los nervios a un sector del PP y se retoman las informaciones sobre la Operación Menina. Mientras, encuestas como la de Metroscopia señalan los deseos de un Gobierno de cambio. Un pacto PSOE-Podemos es la opción favorita de la mayoría de los votantes socialistas (57 %) y de Podemos (72 %).

Algo debe ocurrir todavía para que se trunque.

21

PIOJOS

También hay presiones para que Mariano dé un paso atrás. La legislatura ha echado a andar y Pedro Sánchez se dispone a iniciar contactos para lograr ser investido, pero entre enero y febrero España da unas cuantas pruebas de inestabilidad. Celia Villalobos comenta en la televisión pública que espera que los nuevos «lleven el pelo limpio, aunque lleven rastas, para que no me peguen los piojos». Aunque la suciedad llega por otra vía. Por primera vez en democracia, un partido político es imputado: el PP de Rajoy.

Al partido se le acumulan los escándalos de corrupción que ponen contra las cuerdas a Mariano. Serán sus horas más bajas. La jueza instructora del caso de los ordenadores de Bárcenas decide la imputación del Partido Popular, mientras los medios tratan la situación del presidente en funciones con el tesorero al que nombró, porque amenaza con sacar a la luz un vídeo en el que Rajoy aparecería recibiendo un sobre con dinero negro.

Luis Bárcenas amaga con publicar más pruebas que ponen negro sobre blanco el presunto sistema de financiación irregular del PP. Esta vez se trataría de varios documentos que implican de forma directa, según el extesorero, al presidente del Gobierno en funciones. Bárcenas declara a la periodista Marisa Gallero que tiene en su poder una grabación de Mariano Rajoy, registrada por él mismo, recibiendo un sobre con 4.900 euros de dinero negro en 2010 y una copia de la contabilidad B del partido.

El día en el que se registró la grabación con Rajoy, según cuenta Bárcenas, se estaba liquidando la caja B de la formación. El Partido Popular acababa de recibir 50.000 euros en metálico procedentes de una deuda del gerente de la formación de Pontevedra y se repartió a partes iguales entre Mariano Rajoy y la secretaria general, María Dolores de Cospedal, por indicación de Javier Arenas.

Hay más. Bárcenas asegura que posee también otra grabación, de abril de 2010, en la que está reunido prácticamente con los mismos protagonistas, Mariano Rajoy y Arenas, en el despacho del presidente en la séptima planta de la sede del PP en la calle Génova. Allí habrían pactado que el tesorero dimitiera

como senador por Cantabria por el caso Gürtel, pero que siguiera «en la nómina del partido con coche, despacho, secretaria...».

A Mariano Rajoy las preguntas de la prensa sobre estas acusaciones de Bárcenas y la corrupción le incomodan cada vez más. No está tranquilo. Sigue reclamando que el PSOE le apoye, pero marcando como prioridades del país la unidad nacional, la lucha antiterrorista, la creación de empleo y el modelo europeo. Y eso que el hartazgo por los escándalos corruptos aparece entre las mayores preocupaciones de los españoles en todas las encuestas.

En las últimas ocasiones en que le han hecho preguntas sobre la corrupción, Mariano incluso se ha enfadado: «¿Eso qué tiene que ver con la economía? Si quiere, hablamos de lo que queremos hacer en España y, si no, usted misma», respondió airado en la Cadena SER. Para salvarse, el presidente en funciones espera la ayuda de sus oponentes. Para no morir, cree que antes en el PSOE deben matarse entre ellos y cortarle la cabeza a Pedro. Ese es ahora mismo el manual de supervivencia del *marianismo*.

Por si las amenazas de Bárcenas fueran poco, desde finales de enero está en marcha la Operación Taula en Valencia. La Guardia Civil la había retrasado hasta que pasaran las elecciones. Se trata de un operativo contra la corrupción que vuelve a poner a Rita Barberá en el disparadero. La operación se centra en ayuntamientos de la provincia valenciana que fueron gobernados por el PP, en la Diputación Provincial y en el Gobierno autonómico valenciano.

Algunas televisiones emiten las declaraciones de Rajoy apoyando de forma cerrada a algunos de estos dirigentes sorprendidos ahora en escándalos de este tipo. No en vano, la ayuda del PP de Valencia fue decisiva para que Mariano siguiera como líder del partido en sus horas más bajas a finales de la década pasada. Para Rajoy, Rita era «la mejor» y está «absolutamente limpia»; Rus, que ahora aparece en las teles contando billetes del fraude, era alguien a quien Mariano quería «coño, porque tus éxitos son mis éxitos»; a Camps le ensalzaba diciendo «Paco, yo siempre estaré ahí, delante, detrás o a un lado, me da igual. Y la historia será una historia feliz, frente a los Torquemadas del siglo XXI», y Carlos Fabra era para Rajoy «un político ejemplar».

Los «inquisidores» están siendo los tribunales, que pasan por delante de Rajoy un sinfín de escándalos políticos. Mientras, Rita Barberá habla sobre su «gran amigo Mariano» y dice que «es el mejor y debe continuar gobernando, con un acuerdo con Ciudadanos y el PSOE, evitando pactos sectarios de perdedores de izquierdas que solo buscan echar al PP». Lo proclama Rita, que llegó a alcaldesa sin ganar las elecciones, pero pactando con Unió Valenciana. Con el privilegio de su aforamiento en el Senado para retardar la acción de la justicia, a Barberá le preguntan por los «presuntos chanchullos» y pide hablar «de Irán y de

Venezuela». Gürtel, Taula, Emarsa, Ritaleaks... Financiaciones ilegales, saqueos, comisiones, contratos a dedo, blanqueo, lingotes de oro, viajes de lujo, bolsos, *gin tonics*... Pero Rita pasa y Rajoy resiste.

Cuando ya habíamos oído a Alfonso Rus contar los billetes de las mordidas y Anticorrupción había abierto diligencias contra Barberá, el presidente Rajoy fue a Valencia a pedir el voto para el PP en las elecciones municipales. Allí dijo que Rita volvería a gobernar, porque es «la mejor alcaldesa que merecen los ciudadanos, frente a una sopa de letras que acosa y miente». Se equivocó. Rita sigue pasando sus horas más bajas fuera de la Alcaldía y los *marianistas* temen que su líder lleve el mismo camino. La seguridad del poder es un blindaje para los muchos escándalos que acechan a Rajoy Brey.

El comienzo de año está siendo especialmente movido con la lacra de la corrupción. Los duques de Palma, Iñaki Urdangarin y la infanta Cristina, se sientan ante la justicia y la Abogacía del Estado ha defendido que se archive la acusación contra la hija del rey emérito con el polémico argumento de que el lema «Hacienda somos todos» debe circunscribirse «al ámbito de la publicidad». La representante de la Hacienda Pública en la causa, Dolores Ripoll, se ha alineado así con la defensa de la hermana de Felipe VI, oponiéndose al auto con el que el juez José Castro decidió definitivamente sentar a la infanta en el banquillo. El Estado considera que la hija de Juan Carlos de Borbón debe beneficiarse de la «doctrina Botín», porque la Agencia Tributaria no acusa y entiende que ella no ha cometido ningún delito.

A finales de enero, el domingo 24, a última hora de la tarde, los líderes del PSOE y de Podemos, Pedro Sánchez y Pablo Iglesias, han conversado por teléfono por primera vez después de la oferta lanzada por Pablo para formar un Gobierno «plural y progresista». Los puentes no están rotos y ambos se han emplazado a emprender algún contacto secreto en los próximos días.

Al día siguiente, el expresidente del Gobierno, Felipe González, vuelve a empujar a favor de la «gran coalición», manifestando ante un grupo de embajadores de la Unión Europea en España, reunidos en la legación diplomática francesa, que él entiende que la salida más viable será un Ejecutivo del PP con Ciudadanos, que tendría que salir adelante gracias a la abstención del PSOE. El año ha echado a andar, pero Felipe ya sabe lo que debe ocurrir antes de que termine.

Ese mismo día, la fundación España Constitucional, creada en 2013 por el expresidente del Congreso José Bono y el exministro del PP Eduardo Zaplana, lanza un manifiesto pidiendo un «Gobierno de amplio respaldo con programa pactado», que sea una «gran coalición de dos o más partidos constitucionalistas», firmado «al menos para media legislatura». La entidad, de

la que forman parte una treintena de exministros del PP, del PSOE y de UCD, cree necesario un Gobierno «dada la delicada situación política». Entre los integrantes de la fundación están también Abel Matutes, Josep Piqué, Elena Salgado, Jordi Sevilla o Rodolfo Martín Villa. Todos con importantes vínculos con las grandes empresas cotizadas españolas.

Mientras, justo cuando esto ocurre, Íñigo Errejón tacha de «fraude» y de «cacicada» la decisión de la Mesa del Congreso de ubicar a los 65 diputados de su grupo parlamentario en el «gallinero» de la Cámara. La distribución elegida ha sido propuesta por el PP y por Ciudadanos, que tienen mayoría de miembros en la Mesa, y ha obtenido el respaldo de la vicepresidenta del PSOE, Micaela Navarro. El presidente, el socialista Patxi López, se ha abstenido y habla con Errejón, a quien reconoce su contrariedad. La decisión será recurrida e impugnada por Podemos. La nueva marca de Convergència (DiL) y el PNV han sido los grupos mejor parados en este pacto de asientos, que muestra que siguen produciéndose determinados acuerdos según convengan.

«Cinco millones de votos al gallinero. Esto es lo pactado en la Mesa por PP y Ciudadanos, con apoyo de la vice del PSOE», protesta Pablo Iglesias en su cuenta de Twitter. Varios de los presentes en la reunión aseguran que el diseño para distribuir de ese modo los grupos parlamentarios ha sido de Celia Villalobos. Limpieza y piojos...

SE SIENTEN, COÑO

Los pesos pesados del PSOE no van a estar directamente en las negociaciones de Pedro Sánchez para intentar formar Gobierno, pero tienen a «intermediarios» que les tranquilizan. Los puentes con su joven secretario general están cada vez más rotos, pero disponen de los límites que le marca el Comité Federal y de un equipo negociador que les garantiza «que no hará locuras». ¿Cómo sentar a la mesa con Podemos a alguien que represente a Felipe, Rubalcaba y Zapatero al mismo tiempo? ¿Hay una persona que tenga la máxima confianza de los tres y que pueda estar entre los negociadores de Sánchez? Sí, la hay. Se trata de José Enrique Serrano.

El «fontanero» por excelencia del PSOE estará al tanto de todo aquello que se les ofrezca al resto de los partidos. Serrano es «la garantía del Estado». No es un cualquiera. Tiene las grandes estructuras, conexiones, intrigas y conspiraciones del país en la cabeza. También buena parte de los contactos. José Enrique Serrano ha sido director del Gabinete de la Presidencia del Gobierno tanto con Felipe González como con José Luis Rodríguez Zapatero. Ha trabajado estrechamente con Alfredo Pérez Rubalcaba y con Joaquín Almunia en sus etapas de liderazgo en Ferraz. En Andalucía, ha sido asesor de Manuel Chaves en la Junta. Dicho de otra forma, con Serrano todos ellos están más tranquilos.

Entre los negociadores también estará el vasco Rodolfo Ares, clave en las negociaciones con ETA en la etapa de Rubalcaba como ministro del Interior; Jordi Sevilla, exministro de Zapatero; María Luisa Carcedo, llamada «la sonda» del asturiano Javier Fernández en Madrid; Antonio Hernando, ahora en el equipo de Pedro, pero antes de Rubalcaba, y una *sanchista*, Meritxell Batet. Todo está bajo control. Después, Sánchez quiere que los militantes avalen lo pactado mediante un referéndum.

Como nada garantiza que Sánchez, Iglesias y Rivera vayan a andar siempre a la greña, La Moncloa se moviliza y no se quedará a verlas venir. Mariano espera que se estrellen, pero puede contribuir a que el suelo esté un poco más resbaladizo y, por supuesto, lo hará. El PP ve peligrar el poder y se moviliza. Por

una parte, la posibilidad de presentar a otro candidato que no sea Rajoy vuelve a estar más presente en las conversaciones de los populares. Incluso hay ministros que deslizan la idea con mayor insistencia. Por otro lado, el presidente lanza el discurso del miedo tanto dentro como fuera del país. Y no duda en utilizar, incluso, al Gobierno de España.

En funciones y con un tono propio de la derecha más dura, el ministro del Interior llega a decir que «ETA espera como agua de mayo la formación de un Gobierno de coalición del PSOE y Podemos». Jorge Fernández Díaz hace estas declaraciones en la cadena COPE, donde asegura que hay «una agenda oculta» de negociaciones para formar un Gobierno de coalición entre PSOE y Podemos, con apoyo del PNV. El ministro habla incluso de que la formación morada «ganó con el voto de la izquierda *abertzale* en Euskadi» y dice que la excarcelación de presos está al caer.

Al discurso de la amenaza chavista —si gobierna Podemos— se suma el de la etapa del Gobierno de Zapatero, cuando el PSOE se iba a entregar a los terroristas, según dirigentes del Partido Popular. Como dice Pablo Casado, estamos ante «la vuelta al zapaterismo más radical y pernicioso». Todo en un ambiente enrarecido en el que, en Madrid, unos titiriteros son detenidos y encarcelados por enaltecimiento del terrorismo y atacar derechos y libertades públicas. El ministro del Interior llega a decir, en la misma entrevista en la que alerta de los anhelos de ETA por Podemos, que «esas sátiras y ese humor negro deben acabar por el bien común de todos».

No son las únicas declaraciones que buscan causar pánico en la opinión pública española, en la internacional, en los mercados financieros, y presionar a las cúpulas de partidos políticos como el PSOE y Ciudadanos. Moncloa lanza un despliegue de entrevistas y el Ejecutivo, que había estado de vacaciones o fuera de foco, aparece en sucesivas intervenciones públicas alertando de los riesgos de un Gobierno de izquierdas. Se produce un carrusel de apariciones en directo de ministros y secretarios de Estado en funciones.

Aún más grave, si cabe, es la alerta que hace el jefe de la diplomacia española, el ministro de Exteriores, José Manuel García-Margallo, fuera del país: «Me vi obligado a informar a mis colegas en Roma de que con un posible Gobierno de coalición PSOE-Podemos España podría abandonar la coalición internacional». En términos parecidos, José Manuel Soria, el ministro de Industria que después dimitirá por aparecer en los «papeles de Panamá» y mentir, afirma: «Si viene un Gobierno de esta naturaleza, te dicen: no meto un solo euro en España, no quiero poner en riesgo mis inversiones».

No es casualidad que el discurso alarmista lo trasladen los ministros con mayor proyección internacional. Luis de Guindos, el titular de Economía,

advierte de que «si Podemos entra en el Gobierno, se generará incertidumbre en los mercados que nos tienen que renovar muchísimo dinero. Habría un aumento muy rápido de la prima de riesgo y una caída fuerte de la Bolsa. Se deterioraría la confianza de una forma muy intensa y profunda. Tendría repercusiones en el empleo».

Una de las agencias de calificación de deuda más importantes del mundo, Moody's, ya ha alertado de que el resultado de las elecciones supone un cambio significativo de la «era postFranco en España, con el duopolio político PP-PSOE y de cuatro años de Gobierno de mayoría del PP. Hay dudas sobre la capacidad del Gobierno futuro de continuar con las reformas estructurales y la consolidación fiscal. Se marca el comienzo de un período de incertidumbre».

Entretanto, Rajoy decide colocar a Rita Barberá en la Diputación Permanente del Senado. El puesto permitirá que la exalcaldesa de Valencia conserve el aforamiento, aunque haya nuevas elecciones. De ese modo no puede ser encausada por los tribunales ordinarios. El líder del PP evita sustos judiciales, porque, además, Rita se queja de su situación e incluso presiona con SMS a sus compañeros. Cuando siguen saliendo a la luz pública nuevos datos sobre la presunta financiación irregular del partido, Barberá cobra más de 5.000 euros al mes sin ir por la Cámara.

Con este escenario, los jóvenes de la «nueva política» en España tienen ante sí el reto de intentar ponerse de acuerdo para que haya un Gobierno alternativo al PP. Es lo que los tres han prometido a sus electores en la campaña electoral. Ahora toca pasar de las palabras a los hechos. Además, sucede en un momento en el que la opinión pública comienza a reconocer aún más cansancio sobre la situación política, según recogen varias encuestas.

En sus primeros planes, Pedro Sánchez habla de «un Gobierno de cambio, progresista y reformista». Dicho de otra forma, tiene en su cabeza algún tipo de entendimiento sobre el eje PSOE-Ciudadanos-Podemos. Con apoyos o abstenciones. Promete que va a hablar con todos menos con el Partido Popular. Esto es para algunos dirigentes socialistas un error, porque significa que ni siquiera se va a sentar a escuchar o escenificar que se ve con todos. Pero Sánchez está convencido de que no quiere dar el mínimo impulso a la «gran coalición» de la que tanto se ha hablado. Y también lo hace para evitar que Podemos pueda reprochárselo en la campaña de unas segundas elecciones.

La estrategia de Sánchez se traza con la siguiente idea: por su derecha, negociar públicamente con Ciudadanos antes que con Podemos. Por su izquierda, negociar primero con IU y Compromís antes que con el partido de Pablo Iglesias. El secretario general del PSOE quiere que Mónica Oltra con su partido y Alberto Garzón con el suyo arrastren a Podemos hasta algún acuerdo.

Tanto con Garzón como con Oltra, Pedro tiene buenas relaciones y sabe que están por la labor de tirar del carro. También piensa que si Iglesias se siente aislado, aumentará su inquietud por pactar.

Respecto al problema con Cataluña, el gran escollo con los críticos de Sánchez en el PSOE, Pedro anuncia que se reunirá con los partidos que están pidiendo la independencia para mostrarles que está dispuesto a buscar una solución, pero sin compartir sus planes: «No buscaré su apoyo, pero sí hablaré con ellos para dejar claro que no estoy de acuerdo, que quede claro». Para el líder socialista es el gran muro de las negociaciones y se nota hasta cuando la prensa le pregunta y responde: «¿Cuántas veces voy a tener que repetir que no voy a pedir su apoyo?».

Así comenzarán las negociaciones de Sánchez y, al fin, se sentarán a hablar. El tiempo ha pasado desde el 20D sin pena ni gloria. Como dice un negociador socialista, si Tejero sentó al Congreso a fuerza de pistola, es muy triste que nosotros no seamos capaces de hacerlo a fuerza de que Mariano se esté fumando un puro. De esta manera arranca una larga partida de ajedrez. Los jóvenes líderes de la izquierda ya han discutido duramente sobre sus sillones en la Cámara Baja y ahora deben mostrar si pueden ponerse de acuerdo para sustituir a Rajoy.

No será fácil. De entrada, Albert Rivera considera que en las negociaciones debería estar el PP y que no aceptarían nada con Podemos, mientras que Pablo Iglesias cree que quien no tiene que estar en el pacto es Rivera. El líder de Ciudadanos anuncia que mantendrá contactos abiertos a dos bandas con los populares y con los socialistas: «No es que yo considere que el PP debería estar, es que no se puede avanzar sin que el PP participe». Iglesias, por otro lado, le da un ultimátum a Pedro: «Si los socialistas intentan formar una mayoría con Ciudadanos, no negociarán con Podemos. O uno u otro. Deben elegir de inmediato y yo quiero que nos elija a nosotros». Pablo y Albert también se excluyen mutuamente y esto Iglesias lo elogia como «coherente». Podemos no ha nombrado todavía un equipo de negociación. Antes le pide a Sánchez que elija una pareja de baile. Pedro opta por Ciudadanos, aunque no todo es como parece.

23

¿SE PUEDE?

Madrid Río. El paseo cercano a la Ermita del Santo de la capital marca un proceso circular en los flirteos del PSOE y Podemos para tratar de pactar un Gobierno. Madrid Río será principio y fin. Si hablamos de los comienzos, un hotel de la zona acoge el primer encuentro secreto entre una delegación socialista y otra del partido de Pablo Iglesias. Es una cita secreta porque así pueden avanzar alejados del foco mediático y porque la resolución del Comité Federal del PSOE del 28 de diciembre, teóricamente, prohíbe a Pedro Sánchez no solo sino negociar incluso dialogar con los que piden un referéndum en Cataluña. Aunque luego esos partidos estén dispuestos a renunciar a la propuesta de la consulta una vez que entren en negociaciones. Pero todo en este proceso sigue cargado de medias verdades, recelos, *postureos*, tácticas por la posible repetición electoral y luchas de poder.

Paseo de la Ermita del Santo de Madrid. Un coche avanza por una vía de dirección única, entre árboles y gritos de jóvenes que hacen deporte y pasean, a pesar de los rigores del invierno. Hay una gran mole de metales y cristal, de colores negros y rojos, con un gran cartel que reza NH Ribera del Manzanares. El vehículo entra por el garaje. De él se baja un hombre con barba y gafas de color azul, que sube por el ascensor a una habitación reservada. Le acompaña algún miembro de su equipo.

Los hombres del coche que ha entrado de incógnito esperan agazapados, ya dentro del recinto, a que otro llegue. A la izquierda de la puerta principal hay una zona de sofás decorada con cuadros de arte moderno. Enfrente, una pequeña recepción donde los trabajadores observan con curiosidad, como si no fuera con ellos la cosa. Pasados unos minutos, entra por el acceso de la calle un joven con gafas y pelo corto. También va acompañado. Toma el ascensor y sube. Los hombres que le esperaban van detrás.

—¿Qué tal, Íñigo?

—¿Qué pasa, Antonio?

Errejón y Hernando inician una conversación secreta pensando en la

posibilidad de alcanzar un acuerdo para formar un Gobierno que desaloje a Mariano Rajoy de La Moncloa. La estrategia del PSOE y de Podemos es que haya una vía de contactos paralelos más discreta. Para los socialistas, la presión de los que quieren matar a Sánchez dentro de su partido se multiplicaría si supieran que se están viendo con el partido de Pablo Iglesias. En Podemos aún hay bastantes recelos, porque creen que Sánchez quiere llevarles a aceptar a Ciudadanos o que busca una puesta en escena previa a la repetición electoral.

A estas alturas, la estrategia de Pedro es alcanzar un acuerdo, negociado en el Congreso, con Ciudadanos. Y hacer lo propio con Izquierda Unida, Compromís y partidos nacionalistas en posiciones más moderadas, como el PNV y Coalición Canaria. Y Sánchez piensa que, a partir de aquí, Podemos puede verse aislado y sumarse a algún tipo de acuerdo, aunque sea con su abstención, o renunciar a sus propuestas más exigentes, como el referéndum en Cataluña.

En sus contactos, Podemos hará saber que la consulta catalana no es requisito imprescindible de entrada, pero exige que el PSOE les trate de tú a tú. El partido de Pablo Iglesias pide a los socialistas puntos de negociación a la altura de los 340.000 votos que les separan. Para ellos, entrar en un futuro Gobierno sí que es una premisa clave si se trata de intentar ponerse de acuerdo. Piensan que, para garantizarse lo pactado, lo mejor es estar dentro de los órganos de poder que tomarán esas decisiones. Aducen que en algunas comunidades en las que no forman parte de los Gobiernos a los que apoyaron no se están cumpliendo los acuerdos.

Pedro Sánchez va dando largas. Explora todas las posibilidades de pactos con Podemos sin romper con Ciudadanos. Mantiene abiertas estas vías secretas de diálogo con el partido de Pablo Iglesias, mientras los focos mediáticos se centran en las negociaciones que se celebran en el Congreso de los Diputados. Son, eso sí, contactos esporádicos con la formación morada, con mucho teléfono y muy poco encuentro presencial, sin llegar al fondo de asuntos clave. Conversaciones por mantener líneas abiertas, mientras se profundiza con Ciudadanos y con el resto de los partidos señalados como prioritarios en una hoja de ruta en la que Podemos debe verse finalmente condicionado y con cierta presión para sumarse.

Sánchez incluso piensa que abrir la vía de diálogo socialista con Íñigo Errejón dará resultados diferentes a los que podría obtener con Pablo Iglesias. En el equipo negociador de Pedro creen que con Errejón el acuerdo será más factible, porque con Pablo hay diferencias en las cuestiones de fondo. Sin embargo, esto no se produce. El PSOE avanza en sus negociaciones con Ciudadanos, pero las de Podemos se van quedando atrás. Otros contactos discretos no desatascan la situación, como los de Juanma Serrano e Irene Montero, jefes de Gabinete de Sánchez e Iglesias, respectivamente; las intervenciones de Rodolfo Ares, o los

contactos de Jordi Sevilla y Nacho Álvarez, responsables económicos de ambos partidos.

Más que el referéndum sobre Cataluña, la participación de Podemos en el Gobierno y algunas medidas económicas son los principales escollos. Sobre la consulta catalana, el partido de Pablo Iglesias pide al PSOE que les presenten una propuesta alternativa y están dispuestos a negociarla. No se llegará a insistir en esa vía. La gran discrepancia es que el Partido Socialista no contempla formar un Gobierno con Podemos, que exige «no ver los toros desde la barrera» y «negociar equipos y programas» para trabajar en «áreas de Gobierno».

El partido de Iglesias ofrece también apoyo social a un Gobierno progresista. Creen que si se alcanza un acuerdo PSOE-Podemos, la presión de la derecha en los medios y en la calle será tremenda. El partido morado piensa que habrá que estar fuertes en las plataformas sociales ante esa tesitura, y en su ofrecimiento recuerdan algunas de las campañas que sufrió el Gobierno de Zapatero.

La investidura de Pedro Sánchez no es posible sin la participación de Ciudadanos o de Podemos, ya sea con votos afirmativos o con abstenciones. Sánchez lo sabe y, pese a su optimismo antropológico, emprende un camino hacia delante en el que se encuentra con un Iglesias rocoso. No será fácil convencerle, porque el líder de Podemos piensa que en unas segundas elecciones les irá mejor a ellos que al PSOE, tras llegar a un acuerdo de candidatura con Izquierda Unida.

En la primera reunión de Pedro y Pablo, Iglesias insiste en que el PSOE debe elegir entre Podemos y Ciudadanos, porque son proyectos incompatibles, y Rivera dice públicamente lo mismo. Sánchez rechaza que tenga que elegir, alegando que Pablo no puede pretender una «negociación exclusiva». Le cuenta que negociará con otras «fuerzas de la izquierda» y con Ciudadanos para que haya un «Gobierno reformista del cambio». Iglesias bromea con que antes Pedro llamaba a Albert «representante de las derechas».

Si hay segundas elecciones, Sánchez piensa que podrá decir que Podemos votó «no» a un Gobierno que echara a Rajoy de La Moncloa, mientras que Iglesias cree que el PSOE deberá explicar por qué priorizó un pacto con Ciudadanos antes que con Podemos. Es febrero y no hay acuerdos, pero no cierran la puerta de un portazo. Quedan en volver a hablar.

LA COBRA

Es 12 de febrero de 2016. Mariano Rajoy le hace la cobra a la justicia y a Pedro Sánchez. El PP, citado ante la jueza como partido imputado por destruir los ordenadores de Bárcenas, se niega a responder a las preguntas de la magistrada, del fiscal y de las acusaciones. Hay más, porque el día antes la sede del partido ha vuelto a ser registrada. La Guardia Civil buscaba material relacionado con la Operación Púnica. Esto en Madrid. En Castilla-La Mancha, un juzgado de Toledo reactiva la causa contra el Partido Popular de Cospedal. Según declaró el extesorero de la formación, los populares recibieron una mordida de 200.000 euros tras adjudicar el servicio de recogida de basuras. El dinero se usó presuntamente para financiar la campaña electoral autonómica de la secretaria general y mano derecha de Rajoy en el partido. Para sumar y seguir, en Valencia, la Fiscalía conecta las mordidas de Gürtel con el caso del saqueo en la Fórmula 1, con Camps como imputado. Todavía le falta al presidente en funciones una noticia grave sobre la corrupción para los próximos días.

De momento, es viernes. Mariano Rajoy se reúne con el candidato a ser investido y que quiere desalojarlo del poder. El presidente se ha negado a que fuera el miércoles, como le había pedido Pedro Sánchez, y acepta que sea en el Congreso, pero no en la sala donde se han reunido los demás. La rechaza porque son dependencias del grupo socialista. Es la última reunión de la primera ronda de contactos de Sánchez.

La atención mediática es enorme. Las cámaras acceden al lugar. Son las cinco de la tarde. Hay dos sillones blancos de una plaza, uno a cada lado, y, en medio, una mesa de cristal. Detrás del asiento que ocupará Rajoy, la bandera de España; tras el del dirigente socialista, la enseña europea. Con todos los periodistas y camarógrafos captando el momento, el presidente del Gobierno de España en funciones evita saludar al líder del primer partido de la oposición. Primero, Rajoy hace ademán de sentarse directamente, pero ante la petición de la prensa se levanta. Sánchez se ha quedado de pie. Alarga su mano hacia el líder del PP. Este opta por abrocharse la chaqueta. La imagen da la vuelta al mundo. Los

problemas de España para formar un Gobierno ya tienen un símbolo más. El orgullo de Mariano está herido. El presidente aparece con gesto de indiferencia hacia su opositor, que tiene el encargo del rey de formar Gobierno. Rajoy ni le mira a la cara, mientras Sánchez le observa con sorpresa. Las redes sociales arden. Twitter se llena de memes, con imágenes que hacen todo tipo de bromas sobre semejante momento. Los medios cuentan con un capítulo más para engrosar el espectáculo político que está teniendo lugar en el país.

La reunión va a durar apenas media hora, pero antes de comenzar ya se ha producido lo relevante. De nada servirá que traten algo constructivo en la cita, aunque tampoco lo hacen. Cuando en la opinión pública se va elevando el grado de indignación por la falta de entendimiento en la política, Rajoy echa más leña al fuego. En general es criticado, pero también recibe ciertos elogios. Para muchos simpatizantes del PP es una forma de menospreciar a quien ha dicho que no negociará con su partido. Para Mariano hay algo más. Sigue sin tragar a Pedro desde que le llamó «indecente» por la corrupción, delante de toda España.

Sánchez también sabe que ahí es donde más le duele al presidente. Por eso cuenta después ante los medios que «el PP es un partido muy importante para España, pero debe pasar a la oposición y desde allí limpiarse y regenerarse». Por si fuera poco, el equipo de Comunicación del PSOE ha colgado un tuit que dice: «Sabíamos que no era un político decente. Ahora sabemos que tampoco es educado #MarianoEscondeHastaLaMano». El líder socialista asegura que quienes llevan las redes se han anticipado, pide disculpas e incluso justifica que Rajoy no le diera la mano porque miraba a las cámaras y no la ha visto...

En privado, la reunión de ambos mandatarios ha sido muy fría. Pedro le ha reprochado la «campana del miedo» de su Gobierno ante la posibilidad de que él pueda gobernar. Como respuesta, Mariano llega a decir ante los medios que la fórmula «más democrática» sería un Gobierno formado por PP, PSOE y Ciudadanos. Al mismo tiempo que recuerda que puede volver a presentarse a la investidura si el dirigente del PSOE fracasa.

A estas alturas, Sánchez ya ha trasladado a la vieja guardia del partido su plan de pactar con Ciudadanos e intentar arrastrar a Podemos. Por eso Felipe González está tranquilo. El expresidente ha concedido una entrevista a Canal Sur y ha declarado que el líder de su partido tiene una hoja de ruta «inteligente», «mejor que hace un mes». Es más, Felipe afirma en casa de Susana Díaz, en la televisión autonómica de su tierra, que no es el momento para ella, porque «debe cumplir una responsabilidad en Andalucía».

González no dice nada que no piensen varios pesos pesados del PSOE por estas fechas. Una cosa es condicionar o conducir a Sánchez en sus negociaciones y otra precipitar su caída y meter prisas a Susana, lo que podría hacer que esta

perdiera el feudo andaluz y el PSOE las posibles elecciones generales anticipadas. El *sanchismo* acoge con alivio las declaraciones de Felipe y confirma que, con Pedro como candidato a la investidura, los puñales se han envainado. Es momentáneo. El expresidente cree que el mejor plan ahora es gestionar un Gobierno lo más «centrado» posible y después abordar la salida de Sánchez.

En la entrevista, Felipe González defiende a sus exministros y expresidentes andaluces, Manuel Chaves y José Antonio Griñán, por haber asumido «con supercreces» las responsabilidades políticas del caso de los ERE. Los dos están imputados. También González llega a dar la cara por el expresidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, insistiendo en que no le «pega» que haya tenido «interés personal en enriquecerse».

Han pasado diez días sin que los equipos negociadores de Podemos y PSOE se hayan sentado a la mesa. Iglesias encarga y presenta ante los medios un documento, de más de cien páginas, titulado «Un país para la gente: bases políticas para un gobierno estable y con garantías». Incluye como «imprescindible la convocatoria de un referéndum con garantías en Cataluña para que sus ciudadanos y sus ciudadanas puedan ejercer el derecho a decidir sobre el futuro político de Cataluña. El referéndum contará con todas la garantías democráticas, jurídicas y logísticas que permite y ampara el artículo 92 de la Constitución española. La pregunta debe ser única y clara, y tener como objetivo fijar la posición de la ciudadanía catalana sobre el futuro político de Cataluña».

En esta ocasión, Podemos hace un reparto de ministerios entre fuerzas políticas y evita reclamar la vicepresidencia para Pablo Iglesias. Sí dice que debe ser para ellos, pero no especifica para quién: «El Gobierno que proponemos estará presidido por el candidato de la fuerza política que más votos obtuvo entre los partidos que conforman la coalición, contará con una Vicepresidencia que represente a la segunda fuerza más votada y tendrá una configuración ministerial y subministerial proporcional al apoyo electoral obtenido por las diferentes fuerzas. La Vicepresidencia asumiría la supervisión del Centro Nacional de Inteligencia, del Boletín Oficial del Estado y del Centro de Investigaciones Sociológicas».

¿De qué coalición habla Podemos? Pablo Iglesias anuncia que quiere presentar el documento en una «ronda de contactos» con el resto de los partidos. Para formar Gobierno con PSOE, IU y Compromís; para que apoyen la investidura Ciudadanos, ERC, Democràcia y Libertat, PNV y el resto de formaciones con representación parlamentaria; «por responsabilidad y cortesía», con el PP.

En el PSOE lo interpretan como un «postureo electoralista» para competir con

Sánchez ante las cámaras. La respuesta socialista la da su portavoz en el Congreso, Antonio Hernando: «Pablo, no sabes dónde estás». Los puentes siguen estando rotos. Son fechas en las que los pesos pesados del PSOE y de Podemos esperan la repetición electoral. La vieja guardia socialista no cree que Sánchez vaya a formar Gobierno con solo el apoyo de Ciudadanos, el único que ven factible, mientras que en el círculo de Pablo Iglesias consideran que los socialistas tan solo quieren conseguir su abstención para mantener ese pacto. Al mismo tiempo, Iglesias está emprendiendo una serie de gestos en su estrategia de máximos que muestren que quieren gobernar, pero haciendo casi imposible el acuerdo.

Rajoy sigue parapetado en La Moncloa. Aguanta, a pesar de que los escándalos de corrupción siguen atizando gravemente al PP. Quien cae es Esperanza Aguirre. Dimite como presidenta del partido en Madrid tres días después de que la Guardia Civil buscara documentos en Génova relacionados con la Púnica. En una rueda de prensa, Aguirre envía un recado público envenenado a Mariano Rajoy: «La corrupción nos está matando a todos. No es momento de personalismos, sino de sacrificios y cesiones». Esperanza ha llamado antes al presidente, pero no este le ha cogido el teléfono. Por eso le ha anunciado que deja el cargo con un mensaje de móvil. La respuesta de Mariano ha sido: «Te entiendo». Horas después le devuelve la llamada y conversan. Ella sigue como concejala en Madrid y él en el palacio presidencial.

CUATRO ESQUINITAS

Uno de los jueces de más prestigio en España, José Castro, instructor del caso Urdangarin, insiste en reclamar a «la Presidencia del Partido Popular», que ejerce Mariano Rajoy, un informe sobre las obras de reforma de la primera planta de la sede nacional del partido, en la calle Génova 13 de Madrid. El magistrado sospecha que la empresa OHL, o alguna subcontrata de esta, sufragó con dinero B estos trabajos como contrapartida para obtener la adjudicación de la obra del Hospital Son Espases de Palma de Mallorca, la mayor obra pública de Baleares, con un presupuesto de 635 millones de euros. Estos sobresaltos para Rajoy se unen a las críticas por la reciente presencia de la Guardia Civil en la sede, el blindaje a Rita Barberá en el Senado o la dimisión de Esperanza Aguirre, que está deseando ver que a Mariano se lo lleva la corriente: «No llueve sobre mojado, llueve sobre una inundación», ha declarado la lideresa.

Varios editoriales de prensa exigen que el presidente en funciones dé un paso atrás. Cargos populares confiesan que están «hartos» de salir a defender a Rita Barberá o a los implicados en Gürtel o Púnica. Los jóvenes portavoces mediáticos que Rajoy nombró tras el batacazo en las elecciones autonómicas y municipales hablan en privado de su miedo al «síndrome Floriano». Dicho de otra forma, a quemarse teniendo de que dar la cara continuamente por la corrupción. Cuando el PP sufrió una severa pérdida de votantes en mayo, el presidente decidió hacer un ligero lavado de cara, dando peso en el partido y en los medios a Pablo Casado, Javier Maroto, Andrea Levy o Fernando Martínez-Maíllo. Algunos se lamentan de que su papel sea el de «comerse los marrones ante las cámaras».

Huele tanto a chamusquina en el entorno de La Moncloa que hasta Susana Díaz proclama públicamente: «Parece ser que desde su propio partido quieren sacar a empujones a Rajoy. Él sabrá lo que tiene que hacer. Yo creo que ya va tarde». Y no es todo. Porque esta es la primera vez que la baronesa socialista apoya con rotundidad que Pedro Sánchez sea presidente. Sin duda, también influida por el toque de atención de Felipe González días atrás en Canal Sur. Una

vez más, cuando Felipe marca el camino, la senda se recorre. En un desayuno informativo en Sevilla, Susana afirma: «Lo mejor que le puede pasar a España es que Pedro Sánchez sea presidente de un Gobierno estable y reformista». Palabra de Díaz, que concluye que para ella ahora lo primero es Andalucía. La presidenta andaluza ha pasado de asegurar que no tenía ni pies ni cabeza gobernar con el peor resultado de la historia del PSOE a pedir que Sánchez, al que quiere matar, sea presidente. Sigue el tacticismo.

A Mariano Rajoy y a los que piensan en las segundas elecciones se les va a hacer el camino aún más cuesta arriba. PSOE y Podemos se sientan a la mesa de negociación por primera vez. Es curioso, pero se consigue con mentiras. A los grandes partidos de la supuesta izquierda del tablero hay que llevarlos engañados a negociar, y tirando además de los nuevos instrumentos de los jóvenes de la nueva política: los mensajes de teléfono móvil.

Alberto Garzón lleva un par de semanas negociando con el PSOE, pese a que Sánchez mantiene también conversaciones con Ciudadanos. Esto hace imposibles las negociaciones de Iglesias con el candidato socialista. El PSOE da por cerrado un acuerdo con IU, pero Garzón, antes de firmarlo, hace un movimiento. Quiere que Podemos se sume a la negociación.

Alberto pide quedar con Pablo Iglesias a las diez de la mañana del jueves 18 de febrero y con el Partido Socialista a las doce. Ninguno de los dos sabe de la existencia de la otra reunión. Las anuncia públicamente, y a la vez, durante la mañana anterior. Quiere darles escaso margen para cancelar las citas, lo que les dejaría en mal lugar. La hora elegida tampoco es casualidad. La idea es que se produzca durante los programas informativos de la mañana y antes de los noticiarios de la hora de la comida. Quiere que el encuentro tenga la máxima difusión.

Llega el día señalado y no ha habido ninguna cancelación. Aún así, por asegurarse y no quedar mal, Alberto envía un WhatsApp, a las siete de la mañana, tanto a Pedro Sánchez como a Pablo Iglesias. Sabe que Sánchez está en Bruselas, pero no quiere que le pille por sorpresa y ordene suspender la reunión de sus negociadores. Iglesias responde a Garzón mostrándose de acuerdo prácticamente de manera inmediata. Sánchez responde dando por recibido el mensaje, pero sin aclarar si le parece bien.

La expectación es máxima. Para los medios ya no son reuniones a dos. Saben que los cuatro partidos de izquierdas coincidirán en el Congreso, porque también está avisado Compromís. Aunque, poco antes, el encuentro corre serio peligro. Antonio Hernando, negociador del PSOE, llama preocupado a Garzón y le pide verle media hora antes de su reunión. Alberto le dice que sí, pero no acudirá a esa cita. Alega que se ha retrasado su encuentro con Podemos y que se ha

quedado sin margen...

Los medios dan por hecho que esos encuentros de la izquierda, a cuatro bandas, se están produciendo. Hernando, con escasa capacidad de maniobra, porque suspender la cita sería un duro revés para la imagen del PSOE, le dice a Alberto Garzón que se verán, pero simplemente para que los medios tomen imágenes, e inmediatamente después se levantarán. Acudirá con Rodolfo Ares. Garzón va acompañado de Adolfo Barrena, secretario de Organización de IU.

Efectivamente, a las doce se produce el encuentro. Alberto sale de reunirse con Iglesias, las cámaras toman las imágenes y después se finge la reunión con el PSOE. En cuanto se van los medios, Antonio Hernando se levanta y dice que se marcha. Hay bastante nerviosismo. El dirigente socialista acusa a Garzón de hacerle el juego a Podemos. El diputado de Izquierda Unida le responde que no es verdad y que se trata de que haya, de una vez por todas, una mesa a cuatro con formaciones progresistas. Hernando queda en responderle a esa propuesta.

Pedro Sánchez declara a las puertas del Parlamento Europeo: «Con todas aquellas formaciones políticas con las que nos hemos sentado a dialogar estamos muy cerca del acuerdo. Con Ciudadanos, Compromís, Izquierda Unida, PNV y Coalición Canaria. La única fuerza política que todavía no se ha sentado a dialogar con nosotros es el partido de Pablo Iglesias, y tiene la puerta abierta». Ahora tienen la ocasión de sentarse, pero pasan dos días desde la propuesta de Alberto Garzón y el visto bueno no se produce.

Alberto tiene la sensación de que tanto en el PSOE como en Podemos han entrado en pánico ante una posible negociación. Unos porque aspiran antes a cerrar un acuerdo con Ciudadanos y otros porque no quieren parecer sometidos a los socialistas. Lo cierto es que se está produciendo un cambio de estrategia en Podemos: al mismo tiempo que cae en las encuestas, elude exigir el referéndum catalán en sus declaraciones públicas y ya no se niegan a sentarse con Rivera.

Los que están sentados con Ciudadanos son los socialistas, y en La Moncloa le están viendo las orejas al lobo. El PSOE y el partido de Rivera se han dado una semana para cerrar un pacto. Por eso Rajoy mueve ficha. El PP anuncia públicamente que Mariano estaría dispuesto a dar una vicepresidencia al PSOE y otra a Ciudadanos dentro de una gran coalición de «fuerzas constitucionalistas».

Pedro Sánchez no está en eso. Sigue deshojando la margarita cavilando sobre la oferta de la mesa a cuatro. Llama a Cayo Lara, todavía coordinador general de IU, para decirle que es una estrategia de Pablo Iglesias y de Garzón. Considera que Alberto ha reventado el acuerdo del PSOE con Izquierda Unida. Lara tiene discrepancias con Garzón, pero deciden seguir adelante. Pasan dos días desde la propuesta y Sánchez acepta la mesa: Partido Socialista, Podemos, Izquierda Unida y Compromís. Han transcurrido sesenta y tres días desde las elecciones y

los partidos de izquierdas por fin se sientan, al menos aparentemente, a negociar.

Algunos, como Esperanza Aguirre, ya no creen que el único objetivo que deben batir sea Mariano Rajoy. La portavoz del PP en el Ayuntamiento de Madrid ha pedido, a través de la radio pública, que los partidos que creen en la «democracia occidental» tienen que hacer «todo lo que esté en sus manos» para que «Podemos no esté en el Gobierno de España», ante su pretensión de «tomar el poder y permanecer en él». Aguirre alerta de que el «virus totalitario del comunismo ha mutado en populismo bolivariano» y «no tenemos que tener ningún problema en decir que, si podemos evitarlo, estos señores no entren en el Gobierno». Alerta, centinela.

A DOS BANDAS

Es la hora de la verdad para Pedro Sánchez. Falta poco más de una semana para que se presente a la primera sesión de investidura. Antes consultará a la militancia sobre los acuerdos que cierre. Parece imposible, pero en estos momentos Sánchez cree que va a ser el próximo presidente de España. El PSOE tiene prácticamente cerrado el acuerdo con Ciudadanos. En realidad, Pedro lleva presumiendo en privado, desde antes incluso de las elecciones, de que, si depende del apoyo de Albert Rivera, lo tendrá. Lo que ocurre es que suman solo 130 escaños. Ahora el líder del PSOE confía en algún tipo de acuerdo que, al menos, permita la abstención de los partidos de la izquierda, porque Ciudadanos y Podemos ya se han declarado incompatibles públicamente.

Es ahora cuando se produce la primera reunión anunciada para negociar un supuesto Gobierno progresista. Tarde y mal. Ni Podemos es la prioridad para el PSOE ni el partido de Pablo Iglesias ha querido permitir ese Gobierno con Rivera. Sin embargo, en estas fechas las encuestas castigan a la formación morada y han llegado a la conclusión de que, si los socialistas aceptan la rebaja de algunas de sus exigencias, lo más conveniente es explorar en serio un Gobierno juntos.

Podemos rebaja sus expectativas. Insiste en que el referéndum de Cataluña se puede negociar y ya no exige un número determinado de ministerios, aunque sí entrar en el Gobierno, no dar solo la abstención. Piden la Vicepresidencia y una representación en el Ejecutivo que tenga en cuenta los cinco millones de votos suyos y de sus confluencias. Lo cierto es que los de Pablo Iglesias han bajado el tono sin haberse sentado todavía a la mesa. El aislamiento en las negociaciones del PSOE y los sondeos han contribuido a ello, pero no pasan por gobernar con Ciudadanos.

A la mesa a cuatro Sánchez llega sin creer en ese Gobierno de coalición con la izquierda. Su trabajo ha ido por otro lado. También influido por las líneas rojas y las declaraciones públicas de sus críticos y pesos pesados del partido. Negociar con Ciudadanos le ha permitido avanzar. Casi todos piensan que hacia ninguna

parte. Mónica Oltra, que es vicepresidenta de un Gobierno con el PSOE en la Comunidad Valenciana, habla con Pedro y con Pablo. Después afirma públicamente que «el Gobierno de Pedro Sánchez será plural o no será». Iglesias declara que su formación está dispuesta a ceder «en muchas cosas», menos en la condición de entrar en ese Ejecutivo, porque el PSOE tiene 5.530.693 votos y Podemos 5.189.333.

Sánchez y los suyos no han tenido interés en negociar las propuestas de Podemos, que consideran inasumibles, y Pablo Iglesias se lamenta de que en eso consiste una negociación, en rebajar puntos de partida. Tampoco las formas del secretario general del partido morado han contribuido a que hubiera un diálogo en serio. Él cuenta que le envió un WhatsApp a Pedro pidiéndole un correo electrónico para mandarle su documento de propuestas. Sánchez le pasó el mail y Pablo le escribió con el texto adjunto y una petición: «A ver si nos podemos ver». En público, el líder de Podemos escribe en Twitter: «Ya lo dijo Monedero, somos una fábrica de amor. En las derechas no encontrarás tanto cariño, Pedro». Añadiendo el icono de un beso y un artículo sobre sí mismo dándole un «pico» en la boca a uno de sus compañeros en el Congreso.

Así llega la reunión en la «sala roja» del Congreso. El color de las pinturas de Josep María Sert da nombre a esta estancia, donde una amplia mesa da cabida a veintidós personas. La habitación sustituye al «pisito», el nombre que irónicamente le ha dado el equipo de Sánchez a la sala de reuniones donde se han producido anteriores encuentros, la Martínez Noval. No es *El pisito* de Rafael Azcona, pero los encuentros, que son desencuentros, y el galimatías de los asistentes bien pueden ser un homenaje al autor.

Allí están Antonio Hernando, Rodolfo Ares o Jordi Sevilla por el PSOE; Alberto Garzón, por IU; Joan Baldoví por Compromís, y la delegación de Podemos, que es la más numerosa con ocho miembros. Su número dos, Íñigo Errejón; la responsable del programa, Carolina Bescansa; su jefa de Gabinete, Irene Montero; un economista, Eduardo Gutiérrez; un abogado, Rafael Mayoral; el portavoz de En Comú Podem, Xavier Domènech; Alexandra Fernández y Yolanda Díaz, de En Marea... Así hasta más de veinte negociadores de cuatro partidos en una mesa.

Tiene su punto que el PSOE esté negociando a la vez en dos estancias. En una con Podemos, Izquierda Unida y Compromís. En otra, con Ciudadanos. Hasta el punto de que en la «sala roja» los allí presentes ven cómo los negociadores socialistas se van levantando y desaparecen por un largo tiempo. Inicialmente, con el partido de Rivera solo está José Enrique Serrano, pero llega un día en el que solo Rodolfo Ares permanece en la «sala roja» de las pinturas de Sert. Y como mirando las obras de arte. Esto sí que es un cuadro.

La pretensión compartida de Podemos, IU y Compromís es un acuerdo de Gobierno de coalición, sin Ciudadanos. Los socialistas quieren acordar con ellos solo un pacto de investidura. Pasa por su abstención. Errejón reprocha a los negociadores socialistas que «pueden estar negociando una cosa en esta mesa y la contraria en la otra sala con el partido de Rivera». Podría parecer el salto de camas de una película de Esteso y Pajares.

Realmente, en Podemos sienten que no les toman en serio. Si el partido de Iglesias aspira a un Gobierno de coalición, lo más que llega a ofrecerles el PSOE son algunos cargos institucionales como el de Defensor del Pueblo. Si ven puntos de encuentro en materia de regeneración, en economía se quedan muy lejos. El propio Jordi Sevilla constata que son incompatibles. Los negociadores de Podemos salen de esa reunión con la sensación de que los consideran chavales. Los socialistas, que los podemitas están en otra realidad.

El exconsejero vasco de Interior, Rodolfo Ares, que negoció la paz de ETA, llega a soltar: «Yo he negociado con gente peor, puedo quedarme aquí noches»... No llegará a tanto, porque la mesa a cuatro se ha anunciado un jueves y el domingo la mayor parte de la prensa nacional habla ya de un acuerdo global entre Ciudadanos y PSOE. Hay negociadores de la izquierda que fingen no saber nada, a pesar de ser conscientes de que el acuerdo con Rivera invalida sus pretensiones. Es incompatible. Tanto para ellos como para Albert. Lo que está sucediendo, en realidad, es una representación de cara a la galería. Eso sí, Sánchez mantiene la esperanza de que Iglesias acabe absteniéndose para no quedar como que es el que permite que siga Rajoy.

En realidad, terminan lanzando únicamente las ideas centrales de cada uno para llegar a una repetición electoral. Pablo acusará a Pedro de pactar con la derecha y de no querer pactar con la izquierda. Sánchez culpará a Iglesias de permitir que siga Mariano. Para los millones de votantes que desean un Gobierno de izquierdas las esperanzas se desvanecen. Aunque en la cabeza de Pedro Sánchez Pérez-Castejón todavía no. Sigue viéndose como presidente. Con ese pensamiento anunciará el acuerdo con Ciudadanos. Tiempo después, su equipo reconocerá en privado que se les fue la mano la solemnidad que le dieron, y que eso espantó aún más a Podemos y también a los demás.

La puesta en escena del acuerdo con C's arranca con una rueda de prensa de Rivera exigiendo al PSOE una reforma constitucional exprés de cinco puntos: supresión de los aforamientos, supresión de las diputaciones, limitar los mandatos a ocho años para el presidente del Gobierno, despolitización de la justicia y facilitar iniciativas legislativas populares, bajando de 500.000 a 250.000 las firmas necesarias para impulsarlas. Pedro Sánchez acepta los puntos públicamente.

Claro que esto es inviable si no cuenta con el apoyo del PP. El partido de Rajoy tiene mayoría absoluta en el Senado y, por tanto, capacidad de bloqueo para cualquier reforma constitucional. El equipo negociador de Ciudadanos intenta cerrar primero un acuerdo con el PSOE para después negociar la abstención con el Partido Popular. Es obvio que los populares no se van a abstener para que gobierne Pedro. De nuevo, parecen gestos más que otra cosa.

Por su parte, Sánchez tampoco aclara qué va a ocurrir con las reuniones con Podemos, IU y Compromís. Si Podemos debe abstenerse para que el PSOE gobierne, ¿lo hará? Iglesias decide no seguir en la reunión a cuatro. Pablo acusa a los socialistas de haberles ocultado los avances en las conversaciones con Ciudadanos. Llega a filtrarse a la prensa que Podemos va a aceptar el acuerdo PSOE-C's porque Íñigo es partidario e Iglesias no. Errejón lo desmiente, cree que les han querido dividir y utilizarles como «figurantes de un acuerdo cosmético». Ambos coinciden en que «la mano de Podemos sigue tendida y Pedro debe elegir».

Públicamente, no se descarta que Ciudadanos entre en ese Gobierno. Hoy, varias fuentes aseguran que se acordó que Rivera podría ser vicepresidente. Aunque, en definitiva, Pedro y Albert encaran lo que, a todas luces, va a ser una repetición electoral. Su acuerdo se presenta con una cuidada escenificación. Los dos entran en la Sala Constitucional del Congreso, pisan la alfombra y saludan a los negociadores de ambos partidos. Sánchez lleva corbata roja y Albert, azul. Se sientan en una mesa central y estampan a la vez su firma. Perfectamente sincronizados en todos sus movimientos. Posan dándose la mano y se intercambian las carpetas. Después vuelven a levantarse, se las entregan a sus portavoces y abandonan la sala.

Por ahora, a Sánchez le sirve para mantenerse vivo al frente del PSOE. No ha desobedecido, ni a la vieja guardia ni al mandato que firmó en el Comité Federal. Rivera busca la imagen de político de centro que no apoya que Rajoy siga en el Gobierno porque está gravemente rodeado por la corrupción. El presidente cree que Sánchez se estrellará en la investidura, que la izquierda queda fragmentada y que él se presentará a unas segundas elecciones como la solución sería a varias semanas de idas y venidas. Podrá decirles a los votantes de izquierdas que sus partidos no se ponen de acuerdo y a los de derechas que Rivera se ha dedicado a pactar con los socialistas.

El 18 de febrero, las cámaras pillan a Mariano confesándole al primer ministro británico, David Cameron: «Lo más probable es que haya elecciones el 26 de junio». Las fechas coinciden aproximadamente con las que el líder *tory* ha barajado para su referéndum del Brexit en Reino Unido, y a Rajoy, por cierto, el miedo a la inestabilidad puede venirle hasta bien. «El mismo día, el mismo día»,

le dice Rajoy a Cameron.

CAL VIVA, VÍA MUERTA

Marzo de 2016 es un mes dramático para la oposición a Rajoy. Podemos sufre un desgarró muy serio. Deja una herida abierta que se infectará más adelante. Coincidirá con el fracaso de Sánchez como alternativa a Mariano. La crisis en el partido de Iglesias no tiene tanto que ver con ese «no» al PSOE como con los problemas internos que el partido morado está viviendo en diversos territorios. Sobre todo, en Madrid. Así es como Pablo llega nervioso a la primera sesión de investidura de Pedro. La opinión pública lo desconoce, pero para ninguno de los dos corren buenos tiempos.

Dos líderes políticos y dos minutos. Es el tiempo suficiente para poner en escena la ruptura entre dos partidos. Ciento veinte segundos. A estas alturas de la película, Pablo Iglesias ha pedido a Pedro Sánchez que renuncie a su acuerdo con Ciudadanos y se ponga a negociar en serio un Gobierno de izquierdas con Podemos, las confluencias, IU, Compromís y algunas abstenciones nacionalistas. El problema es que ese planteamiento, que puede ser razonable, lo hace el Iglesias más bronco, convertido en el verdadero protagonista de la sesión de investidura en la que Sánchez fracasa. Será para siempre el debate de la «cal viva».

Dicho de otra forma, es imposible avanzar en una negociación si los que dialogan se acusan gravemente. Los socialistas reconocerán meses después, en privado, que se equivocaron al pisar fuerte el acelerador para pactar con Ciudadanos y tener en punto muerto el diálogo con Podemos. En el partido de Iglesias creen que se les fue la mano con el tono agresivo, como el de este debate, en el que la dulzura de los besos se mezclará con la amargura en la cara de Íñigo Errejón al ver a Iglesias acusando al PSOE de guerra sucia. Todo un despropósito entre las dos formaciones que podrían haber impulsado la caída de Rajoy.

El Pablo Iglesias de la sesión de investidura de Sánchez dice unas cuantas verdades, pero con unas formas y una teatralización de la política nada constructivas. El líder de la coleta acusa a Pedro de no haber permitido un

Gobierno progresista y de someterse a las presiones de «la vieja guardia de su partido, la oligarquía y los poderes fácticos». Lo hace con un discurso beligerante que alcanza el sùmmum en una de las réplicas: «El problema es que a usted le han prohibido gobernar con nosotros. Lo dijeron algunos de los miembros de la vieja guardia de su partido. Lo dijo el señor Felipe González, sí, el que tiene el pasado manchado de cal viva. Cuídese de él, señor Sánchez. Cuídese, porque son malos consejeros».

Ruge la bancada socialista y se oye cómo le gritan «fuera» a Iglesias. Cuando Pablo le dice a Sánchez que le han prohibido pactar, Errejón asiente e incluso levanta los brazos. Pero cuando relaciona a Felipe con los GAL, a Iglesias hay diputados del PSOE que se lo quieren comer, y la cara de Íñigo es un poema. Iglesias trata de abrirse paso entre los gritos y reproches de los parlamentarios socialistas. El presidente del Congreso le tutea. La crispación está a flor de piel. Más allá de los crímenes de Estado de los años ochenta, saltan los puentes de un posible entendimiento entre PSOE y Podemos. Es como hacer oficial la convocatoria de segundas elecciones. Si es que no se daba ya por hecha.

Si en cal viva fueron enterrados Lasa y Zabala en los años ochenta, en cal viva, de manera simbólica, quedan enterradas las opciones de un pacto. Iglesias trata de desmontar el acuerdo del PSOE con Ciudadanos. Considera que está hecho a la medida de los que quieren que parezca que cambia algo para que no cambie nada. Y al mismo tiempo le dice a Pedro Sánchez: «No le extrañe que cualquier día los trabajadores le pidan que entregue la S y la O del PSOE». Sánchez le reprocha ser la coartada perfecta para el PP y tener más simpatía «por dirigentes como Arnaldo Otegi». El ruido y el desencuentro se adueñan del hemiciclo.

Hay algunos diputados socialistas y de Podemos que se gritan y se intercambian reproches. Hay otros que, en los pasillos, se lamentan del espectáculo y dicen que esto tendrán que arreglarlo en algún momento. Unos creen que Pablo Iglesias ha querido liarla y blanquear con cal su escaso interés por pactar con el PSOE y evitar las segundas elecciones. Otros piensan que ha estado valiente y les ha reprochado a los socialistas que no traten de tú a tú a Podemos. Casi todos coinciden en que, si hay repetición electoral, estas intervenciones de Pablo pueden pasarle factura.

Sea como fuere, lo cierto es que el espectáculo se ha vuelto a adueñar del Congreso. Es el debate de la «cal viva» y el del «beso». Ante la atenta mirada de las cámaras y de todos los parlamentarios, Xavier Domènech, de En Comú Podem, termina su intervención desde la tribuna y Pablo Iglesias baja desde su escaño a esperarle, aplaudiendo hasta el semicírculo central del hemiciclo. Lo recibe con un efusivo abrazo, que culmina con un beso en los labios de Iglesias a

Domènech. Este le devuelve el gesto con una palmada en el culo y Luis de Guindos y Alfonso Alonso, del PP, se miran como flipando.

Pablo Iglesias les ha dicho a los socialistas «ustedes no son de fiar», y Sánchez a Podemos que son «la tabla de salvación del PP». Albert Rivera cita continuamente a Winston Churchill y a Adolfo Suárez, mientras que Rajoy acusa a Pedro de haber hecho «el ridículo» en estas semanas. Es una etapa insólita en la política española. Mariano también participa del bloqueo en el que, por primera vez, un candidato ha ido a la investidura y no la logra. Sánchez es el primer político de la España constitucional que ve rechazada su candidatura en el Congreso. El miércoles no llega a la mayoría absoluta necesaria y el viernes tampoco a la mayoría relativa que era precisa.

Si Rivera ha acusado a Podemos de querer destruir la democracia, Iglesias les responde que son hijos del totalitarismo político, defendidos por Alejo Vidal-Quadras, «que es más de derechas que Millán Astray». Mariano Rajoy está cómodo asistiendo a este *show*. Suma ya por estos días otra rémora en su intento de escapar a los escándalos de corrupción, pero ahí sigue. El juez ha abierto juicio oral a la cúpula del PP valenciano de Camps por presunta financiación ilegal. El presidente en funciones pasa de largo y aprovechará esta sesión de investidura para ridiculizar a Pedro Sánchez. Le llama públicamente «bluf» y le acusa de montar una «farsa» de candidatura. Es más: en esta sesión Mariano acusará a Sánchez de «corrupción». ¿Por qué? Por lo que Rajoy también ha hecho: emplear las instituciones para alargar los tiempos hasta una nueva convocatoria electoral y salvar su carrera política. Pedro está en eso, pero Rajoy, también. Es posible que todos. Y eso es «corrupción», según Mariano.

Antes del viernes de la segunda votación, la alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena, lamenta en privado el espectáculo y la teatralización. En público declara que «desearía que saliera un acuerdo con un Gobierno fuerte de cambio. Sería bonito apoyar a quien en este momento está solicitando la investidura, porque daría lugar a un Gobierno de progreso». La alcaldesa, de pasado comunista pero sin actual filiación política, dirige un Gobierno municipal integrado por Podemos, Izquierda Unida, Ganemos y Equo. Al hablar de «las fuerzas del cambio», se podría entender que entre ellas está Ciudadanos, así que rectifica en Twitter: «Un Gobierno fuerte y del cambio es un Gobierno de coalición entre el PSOE y Podemos. Que nadie me malinterprete». A las cinco de la tarde hace una comparecencia exprés improvisada para apuntalar esta misma tesis: «Lo que yo quiero es que haya un Gobierno fuerte, una alianza de izquierdas». El nerviosismo y las llamadas también le han llegado a Carmena.

Varios dirigentes históricos del PSOE acusan a Pedro Sánchez de no haber defendido con contundencia a Felipe González. De hecho, un día después de las

acusaciones de Iglesias sobre la cal viva, Sánchez se ve con el expresidente. Felipe decide hacer declaraciones públicas: «Esa acusación es un magnífico autorretrato de quien la pronunció, porque habla desde la rabia y el odio. Es un buen discípulo de Anguita».

El viernes, en la segunda sesión de investidura, Pablo Iglesias propone un Gobierno «a la valenciana». Es decir, de coalición. Con PSOE, Podemos, Izquierda Unida, Compromís y abstenciones nacionalistas. La bronca del primer día se convierte en la propuesta de lo que Iglesias llama «el acuerdo del beso». Pero sigue la frivolidad: «Fluye el amor, Pedro. Solo quedamos tú y yo». Cuando Pablo dice que «a veces las discusiones más agrias preceden a los momentos más dulces», olvida que, en ocasiones, también es dulce la muerte. Muere el intento de Sánchez de convertirse en presidente del Gobierno. Hay plazo para que se presente un candidato a la investidura, que puede ser el mismo, hasta comienzos de mayo. Pero se van esfumando las opciones de un Consejo de Ministros de izquierdas.

RUEDAN CABEZAS

En el mes en que la izquierda pierde su ocasión de gobernar, vuelven a afilarse los cuchillos contra Sánchez y estalla Podemos. Son varios los territorios del partido morado donde se han vivido conflictos, como Cataluña, Euskadi, Galicia o Cantabria, pero la gota que colma el vaso cae en marzo en Madrid. En el partido de Pablo Iglesias se acusa a la cúpula de dirigir la formación con camarillas excesivamente centradas en la capital. Lo que viene ocurriendo en territorio madrileño va en la línea de esas conspiraciones capitalinas relacionadas con otra lucha por el poder. La conspiración iniciada al descubrirse en enero lo que unos llaman el plan «jaque pastor» y otros «la purga de Pablo» tendrá su continuación tres días después de que Pedro Sánchez fracasase en su segundo intento de ser investido presidente del Gobierno.

Como antesala, el exfiscal Anticorrupción Carlos Jiménez Villarejo anuncia que rompe toda relación con Podemos. Está disconforme con la negativa a apoyar a Sánchez y con las formas del discurso de investidura. Jiménez Villarejo cuenta que le ha escrito una carta a Pablo Iglesias hace unos días y que este no le ha respondido. Le llama «arrogante» por su tono en los debates del Congreso y le acusa de ignorancia, porque «hay que decirle a la gente que si el programa electoral de Podemos habla de que la Generalitat convocará una consulta, eso es legalmente imposible, porque no está amparado en ninguna de las dos leyes catalanas que regulan esa materia, sino que es competencia del Estado».

Lo del jurista escuece, pero se le da por amortizado. Hacía meses que no participaba en el partido, después de que dimitiera como europarlamentario alegando cansancio, tras ser uno de los fichajes estrella para las elecciones del Parlamento Europeo. El verdadero detonante llega cuando el 7 de marzo dimite el secretario de Organización de Podemos en la Comunidad de Madrid. El estallido en la capital se confirma. Emilio Delgado, *errejonista*, anuncia su dimisión cargando públicamente contra el líder de la formación en su comunidad, Luis Alegre, que es *pablista* y uno de los fundadores de Podemos. Le acusa de estar «desaparecido» y de provocar y mantener una «parálisis» en la

organización.

Hay un dardo envenenado más en las declaraciones públicas de Delgado: «Quiero manifestar mi indignación a quienes por vanidad, por torpeza o ignorancia preparan la enésima desilusión de todos y todas». Desde la dirección nacional se recomienda silencio, pero el cabreo de Pablo Iglesias es máximo, porque le estalla esta crisis justo cuando el PSOE le está acusando de facilitar que siga Mariano Rajoy.

El secretario de Organización de Podemos, Sergio Pascual, afirma que «la búsqueda de soluciones tiene que hacerla la dirección de Madrid, porque algún tipo de problema hay». Iglesias pide explicaciones y no le cuadra lo que Pascual dice. Dos días después, el secretario de Organización da a conocer los nombres de los ganadores de las primarias en otros dos territorios en crisis. Nagua Alba será la nueva líder en Euskadi y Francisco Javier Garrido el nuevo secretario general en La Rioja. No son *pablistas*. Por si fuera poco, se confirma que hay dimisiones en bloque en territorio madrileño. Ese mismo día, nueve cargos del Consejo Ciudadano Autonómico en Madrid presentan su dimisión. Son *errejonistas*. También acusan a «la gente de Pablo» de dirigir el partido de una forma que no lleva a ninguna parte. Creen que Alegre no dirige, que está virando hacia los anticapitalistas y que Podemos Madrid va «como pollo sin cabeza».

La desconfianza de Iglesias hacia Errejón es un secreto a voces, aunque los dos principales cargos de Podemos se muestran aparentemente unidos en Twitter. «Hay algo que nunca nos perdonarán, Errejón: no ser como ellos. Es un honor ser secretario general con vosotros a mi lado, compañero», escribe el líder de Podemos. Su número dos le responde: «Malas noticias para los que buscan excusas para la gran coalición de la restauración: con Pablo Iglesias, hombro con hombro».

Pero es solo un brindis al sol. El 15 de marzo la cabeza de Pascual será cortada y Errejón se enterará cuando vea correr la sangre. Iglesias ha enviado una carta a la militancia advirtiendo de que en Podemos «no hay, ni deberá haber corrientes ni facciones». Avisa de que va a depurar responsabilidades. Esa tarde, en el debate que se celebra en el Congreso, se ve a un Íñigo Errejón muy serio y a un Sergio Pascual ofuscado.

Al terminar el pleno en la Cámara Baja, ya entrada la noche, Pascual es llamado al despacho de Pablo. Allí, el líder de Podemos destituye al secretario de Organización por falta de confianza. El despacho de Errejón está al lado, pero Iglesias no ha avisado previamente de lo que va a hacer a su número dos. Sergio sale de ver a Pablo y llama a la puerta de Íñigo para contarle lo que ha ocurrido. Errejón se levanta, va a hablar con Pablo Iglesias y la discusión los hunde en una fractura irreconciliable.

Son las once y media de la noche y Podemos comunica la destitución de su secretario de Organización a los medios. Lo hace con una nota dura que reconoce la realidad. En la cúpula del partido se ha ido perdiendo la confianza: «Los últimos acontecimientos dan muestra de una gestión deficiente, cuyas consecuencias nos han dañado gravemente en un momento tan delicado como es el proceso de negociaciones para conformar un Gobierno del cambio», dice el comunicado. El ya exsecretario de Organización responde en Twitter: «Dos años de dejarme la piel construyendo organización y participación popular. Sigo comprometido con el proyecto de mayorías para el cambio».

La ejecución de Sergio Pascual, mano derecha de Íñigo, abre la peor crisis interna en Podemos desde su nacimiento. La dirección del partido sufre grietas visibles. Se extienden desde la cúpula hasta los cargos intermedios, que son clave para tirar de la organización y que se «alistan» entre las distintas familias. Mientras, Errejón desaparece, se encienden las alarmas y es carne de especulaciones. ¿Dónde se habrá metido?

Es una incógnita qué estará haciendo el número dos de Podemos. En privado reconoce su disgusto con Iglesias por tomar decisiones personalistas, perder las formas, hacer que paguen justos por pecadores y cargarse a quienes han trabajado por controlar los problemas en diferentes territorios. Los *pablistas* consideran que Pablo ha respondido a una conspiración de Íñigo para debilitar al secretario general y hacerse cada vez con más poder.

Iglesias habla con Pablo Echenique y le ofrece ser el nuevo secretario de Organización. Es también un gesto hacia dirigentes como Teresa Rodríguez y Miguel Urbán, que defendieron un modelo distinto al de Pablo en el congreso de Vistalegre. Satisface a los anticapitalistas, a los *pablistas*, pero no tanto a los *errejonistas*, que lamentan la destitución de Pascual, aún con Íñigo desaparecido. El todavía número dos de Podemos se ha ido bien lejos. Viaja a Londres y a Brighton. Allí reflexiona.

El 23 de marzo reaparece. El cargo institucional obliga a Íñigo Errejón a dejarse ver. Participa en un minuto de silencio por los atentados de Bruselas junto a otros portavoces parlamentarios. Es mediodía en la escalinata del Congreso de los Diputados y se ve a un Errejón situado en una esquina de la foto. Ni está dispuesto a quedarse ahí ni el partido es ya exactamente lo que era.

Mientras, Rajoy sigue atrincherado en La Moncloa. Gobierna porque sigue en funciones y, además, elude tareas elementales, como dar explicaciones. El Gobierno está incumpliendo reiteradamente la ley al negarse a comparecer en el Congreso para someterse a las sesiones de control ordinarias o informar del resultado de dos Consejos Europeos. Ni tan mal. La izquierda sigue con sus luchas de poder y sus conflictos internos.

EL PASEÍLLO

No hay salida en la situación política española y a Rajoy son varios los representantes del mundo financiero y empresarial que le hacen llegar su preocupación y que «hay que hacer algo». Mariano sigue esperando, pero estamos en marzo y su estrategia de matar a los rivales de inanición puede llevarnos hasta finales de año sin Gobierno. Rajoy siente las presiones y no es casualidad que la secretaria general del PP, María Dolores de Cospedal, cuente en una reunión con dirigentes nacionales, regionales y provinciales de Nuevas Generaciones que en el PP no mandan los medios de comunicación, ni el IBEX 35, ni las fuerzas empresariales. Cospedal hace una defensa cerrada de Rajoy en este encuentro y asegura que seguirá siendo el candidato popular, pase lo que pase.

Dolores de Cospedal es la antítesis de la Menina, como la bautizó Margallo. De Soraya Sáenz de Santamaría. Cuando crece el runrún para que Mariano dé un paso atrás, el *cospedalismo* cierra filas porque sería letal para ellos que Soraya accediera a la Presidencia aupada por los poderes fácticos, que ven así la posibilidad de que Ciudadanos y el PSOE cambien el sentido de su voto. Hay voces dentro del Partido Popular que también están pidiendo regeneración, pero Cospedal afirma que en el PP los dirigentes «estamos más asqueados que nadie por la corrupción».

Cuando Mariano sigue en el sofá y todo parece roto entre PSOE y Podemos, los equipos de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias acuerdan que van a hacer un último intento el 30 de marzo. Será un encuentro muy mediático y está por ver si da frutos políticos. Ambos líderes quieren que sea muy visual. Hablan de hacerlo en la cafetería del Congreso, pero les dicen que ahí no se puede grabar. Optan por un paseo por las calles aledañas de la Cámara Baja, perfectamente captado por las cámaras.

La reunión se anuncia creando gran expectación. Hasta el punto de que algunos piensan que se puede llegar a un acuerdo que facilite el Gobierno. Iglesias anuncia por Twitter que va a regalarle un libro a Sánchez y Pedro se

plantea con su equipo hacer lo mismo, aunque finalmente renuncia. Tanto en el PSOE como en Podemos tienen dudas de si será un encuentro para descongelar la situación y lograr acuerdos o para que parezca que se buscan y no ser castigados si hay una repetición electoral.

Pasadas las diez de la mañana, Pedro y Pablo llegan juntos caminando por la Carrera de San Jerónimo. Les espera casi un centenar de periodistas. Ante los reporteros, Iglesias obsequia a Sánchez con *Historia del baloncesto en España*, coordinado por Carlos Jiménez Poyato. Lleva una dedicatoria del secretario general del partido morado: «Es bueno empezar por lo que nos une. Un abrazo».

¿Ocurrirá como en Cataluña? Allí se llegó a un acuerdo de investidura *in extremis*. Aquí, se acerca el 2 de mayo y también hay temor a unas nuevas elecciones que pueden venirle bien, sobre todo, a Rajoy. Quizás por eso, en las últimas semanas, PSOE y Podemos han mantenido bastantes contactos discretos. Incluidos los que ya habían puesto en marcha desde hacía tiempo Miquel Iceta, por el PSC, y Xavier Domènech, de En Comú Podem.

Además, Íñigo Errejón reaparece y pide no hablar de discrepancias internas porque ese es el momento de intentar que haya un Gobierno del cambio. Hay medios informativos que piensan que ese Ejecutivo se va a formar. Otros, incluso, insisten en que esta es la verdadera razón de la ruptura entre Iglesias y Errejón: apoyar o no al PSOE. Pero la discrepancia es, sobre todo, por el control del partido. Así lo deja entrever Íñigo al volver tras casi quince días prácticamente desaparecido: «Podemos debe pasar de ser una máquina de guerra electoral a un movimiento popular más sosegado. Ese modelo debe reconvertirse. Necesitaremos un instrumento organizativo para un ciclo político más pausado». El número dos de Podemos reconoce sus discrepancias con el número uno, mientras que en el PSOE Sánchez trata de salvar su cabeza de las garras de Susana Díaz.

También, antes de su reunión con Pablo, la dirección socialista de Pedro ha anunciado que quiere aplazar el congreso sobre el liderazgo del partido. Lo debatirán en el Comité Federal del sábado siguiente, pero realmente les conviene tanto a Sánchez como a sus críticos. Al actual líder, para seguir en su puesto de secretario general y no someterse al riesgo de perderlo. A sus críticos, porque ahora lo ven fortalecido, porque consideran una locura cambiar de secretario general si se repiten las elecciones y, sobre todo, porque Susana Díaz ya no quiere dar el paso ahora. Teme dar la cara en la lucha intestina y contribuir a un grave desgaste, o a perder en Andalucía y quedarse también sin ser candidata a presidir España.

Así comienza una reunión que se antoja decisiva entre Pedro y Pablo. Se desarrolla en «el pisito» habilitado por los socialistas en el Congreso. Se

prolonga durante dos horas. Sánchez da un gran titular. Puede hacer temblar las canillas de Mariano: «Estamos más cerca del Gobierno del cambio y más lejos de la repetición de las elecciones». El secretario general del PSOE agradece la predisposición al diálogo por parte de Iglesias.

El líder de Podemos rebaja sus exigencias. Se muestra dispuesto a negociar con Albert Rivera «por responsabilidad de Estado» y considera oportuno reunirse con el líder de Ciudadanos y con Pedro Sánchez. También anuncia que encabezará las negociaciones, lo que desplaza a Errejón, que ejercía ese papel hasta ahora: «A partir de este momento, me arremango la camisa y encabezaré la negociación». Verdaderamente, lo que mueve a Iglesias es la desconfianza y el reforzar su imagen para volver a ser candidato. Pedro tampoco tiene prácticamente ya otra esperanza que repetir como candidato.

Al final de la partida, Pablo anuncia que «cede» y que no quiere ser el vicepresidente, que se tenga en cuenta el número de votos de Podemos, que no considera condición previa la consulta catalana e insiste en defender el Gobierno de izquierdas como opción: PSOE, Podemos, Izquierda Unida, Compromís, y trabajar por las abstenciones nacionalistas o de Ciudadanos.

No hay acuerdo, por mucho que Sánchez diga que están más cerca. Su reunión con Iglesias viene precedida de otra que Pedro ha tenido con Albert Rivera. Ambos han acordado que su pacto seguirá vigente. Sánchez trata de que Iglesias se sume a ese acuerdo que Ciudadanos no está dispuesto a tocar. Es más, ante la propuesta del líder de Podemos de reunirse con Pedro y Albert, la respuesta del partido naranja es que debe ser entre equipos negociadores, porque Iglesias «busca cámaras y focos, al sentirse desplazado de la actualidad mediática, para satisfacer su ego mediático».

Además, Ciudadanos solo está dispuesto a hablar con Podemos sobre cómo «ampliar y mejorar» el pacto que les une con el PSOE. Cualquier otra opción la consideran incompatible con su presencia en las conversaciones: «Para eso no hace falta que nos reunamos. Mensaje recibido y contestación dada. No lo apoyaremos ni por activa ni por pasiva». Al mismo tiempo, Rivera sigue considerando que el PP es un compañero de viaje más deseable que el partido de Iglesias, aunque cree que esa opción está cerrada por culpa de Mariano Rajoy.

Así, con una puesta en escena muy televisiva, puede darse prácticamente por terminado el periplo en el que Pedro Sánchez y Pablo Iglesias tuvieron posibilidades de negociar. El cruce de reproches de cada partido es la constatación de que ni en esto han estado de acuerdo. Unos se culparán a otros y así llegarán a las segundas elecciones, donde seguirá la guerra por cada cuota de poder. Solo falta dar un último coletazo en una mesa a tres con escasos visos de salir adelante.

La tregua se le acaba a Pedro Sánchez en su propio partido. Si no hay congreso para intentar derrocarlo es porque no les conviene a sus críticos, pero cuatro días después de su encuentro «esperanzador» con Iglesias, Sánchez vuelve a recibir un repaso en el Comité Federal socialista. Susana Díaz le reprocha que no esté contando con los barones territoriales. No llama. No les pide opinión y eso molesta. Es una cita a la que no asisten el asturiano, Javier Fernández, y el extremeño, Fernández Vara, aunque alegan otros motivos.

También molesta la consulta a la militancia sobre el pacto con Ciudadanos, que las bases han refrendado con una participación superior al 50 % y un respaldo del 80 %. Algunos consideran que Pedro lo ha hecho para puentear el poder orgánico y hacerse valer como quien pregunta al pueblo frente a los demás.

La presidenta andaluza afirma que «hay muchos errores sobre los que deberíamos reflexionar para reconducirnos en el futuro», defiende su pacto con Ciudadanos en Andalucía y le reprocha a Pablo Iglesias que «haya estado durante meses diciendo barbaridades de los socialistas, insultando a muchos». El presidente de Aragón, Javier Lambán, señala que «cada vez hay más presiones internacionales y problemas domésticos sin resolver» porque no hay Gobierno.

Al día siguiente, se emite una entrevista a Mariano Rajoy de Jordi Évole en La Sexta. Se ha grabado el mismo día en el que Pablo Iglesias y Pedro Sánchez se reunían en el Congreso. No obstante, el presidente ha seguido sus contactos con Felipe González, Zapatero o Rubalcaba y sabe que las negociaciones de Sánchez no le llevarán a La Moncloa. Ante las cámaras afirma: «No voy a dar un paso al lado. Yo no soy Artur Mas», en una clara alusión a la Operación Menina. De hecho, Mas ha renunciado para lograr el apoyo de la CUP y que haya Gobierno en Cataluña. Rajoy niega que acepte presiones de entidades como los grandes bancos para dar un paso atrás.

Al mismo tiempo, vuelve a hablar con gran frivolidad de los escándalos que le rodean: «Sería responsable por la corrupción si la cometiera yo o alguien nombrado por mí (...). El presidente del Gobierno puede lo que puede, que no es demasiado (...). No es noticia que una persona que se dedica a la política no es corrupta y hay muchas». Preguntado por los mensajes de apoyo al tesorero al que nombró, Luis Bárcenas, cuando ya se había publicado que tenía millones en Suiza, Rajoy responde: «No se acierta siempre en la vida».

Fue el 18 de enero de 2013 cuando Mariano le escribió a Bárcenas: «Luis, sé fuerte. Mañana te llamaré. Un abrazo». Apenas unos días más tarde, el 25 de enero, Rajoy, preguntado en una entrevista en Punto Radio sobre la última vez que había hablado con el tesorero respondió: «La verdad es que no me acuerdo». Tres años después, a Évole le dice: «No voy a estar aquí volviendo a recordar si

lo llamé un día del año 2011, 2012 o 2013... Las cosas son como son y están explicadas».

Mariano Rajoy Brey hace este día, ante toda España, un postulado claro de su estilo de hacer política: «Si hay alguna persona que no me gusta, yo no me enfrento a ella. Procuro ir en paralelo. Así se es más feliz. Créame».

En paralelo, Pedro Sánchez.

OPERACIÓN MONTI

Dos movimientos importantes en la recta final hacia la repetición electoral. Los ministros contrarios a Soraya Sáenz de Santamaría la van a acusar, en sus contactos secretos y en corrillos, de intentar desestabilizar a Rajoy «favoreciendo» las informaciones comprometidas sobre el ministro José Manuel Soria y los «papeles de Panamá» que salen a la luz el 11 de abril a través de *La Sexta* y *El Confidencial*. El escándalo estalla a la vez que Rivera propone que haya un candidato independiente para firmar un pacto PP-PSOE-C's, que pasaría por desalojar a Mariano. La parte del Consejo de Ministros nada proclive a «la vice» echa humo.

La publicación de los «papeles» de Soria tendrá lugar en la traca final, cuando el intento de Pedro Sánchez de que Podemos apoye o acepte abstenerse ante el pacto del PSOE con Ciudadanos se tantea *in extremis*. Sánchez se queda sin tiempo para la investidura y se incrementa la presión sobre el partido de Pablo Iglesias. A las discrepancias internas de Podemos se une la caída morada en las encuestas. En ese escenario, ni las reuniones con los socialistas y con el partido naranja salvan lo que parecía insalvable. Iglesias encabeza la delegación que se sienta a dialogar, pero es partidario de que haya un Gobierno de izquierdas, no de negociar sobre el pacto ya cerrado entre Sánchez y Rivera.

La reunión a tres bandas se celebra en una sala neutral del Congreso de los Diputados: la Lázaro Dou. Se abandona «el pisito», pero no la sensación de postureo de cara a unas nuevas elecciones. Cada uno intenta eludir su responsabilidad. La única novedad parece ser la presencia en la mesa de Pablo Iglesias acompañado de Errejón. Los socialistas y Ciudadanos optan por los equipos de negociación habituales.

El encuentro viene precedido de un duro debate en el Congreso que auguraba todo menos un acuerdo de Gobierno. Iglesias ha acusado a Rivera de «cuñadismo» y este le ha respondido que eso es «colocar a la novia». Pablo Iglesias ha afeado a Pedro Sánchez el pacto con Ciudadanos porque considera mejor «un Gobierno progresista» y Sánchez ha evitado enfrentarse con Iglesias y

Rivera. Pero la mesa será inviable.

Finalmente, en estas últimas reuniones, Podemos entrega a PSOE y Ciudadanos un documento con veinte propuestas. La definitiva propone un Gobierno de coalición entre el PSOE, Podemos y sus confluencias, IU y Compromís. Podría haber independientes a propuesta de los anteriores. Nunca de Ciudadanos. Y el partido de Rivera insiste en no moverse del acuerdo con los socialistas y en que no se van a abstener frente a esa coalición.

Las negociaciones se rompen. El 10 de abril, Pablo Echenique escribe con ironía en Twitter: «Estimados: Traíamos paripé para más días. Lamentamos os hayáis cansado del teatro. Atentamente, Albert y Pedro». Después, el PSOE envía una carta a Pablo Iglesias asegurando que hubiera habido muchos puntos de encuentro, pero le acusan de «romper unilateralmente la negociación». Podemos replica a la carta socialista que «había muchos elementos de acuerdo» con el PSOE, pero «en la reunión quedó acreditado que Ciudadanos solo permitiría retoques al pacto con el Partido Socialista, que el PSOE renunciaba a explorar la vía de un Gobierno progresista y que Ciudadanos jamás aceptaría un Gobierno que incluyera a representantes de Podemos».

La consulta a las bases del partido morado rechazará por un 88 % el pacto con Sánchez y Rivera. El 91 % quiere un Gobierno de coalición con el PSOE, un pacto por la izquierda, que pasa por el acuerdo PSOE-Podemos-IU, apoyado, por acción u omisión, por el bloque secesionista de la antigua Convergència y ERC. Ni la reunión de Sánchez con Oriol Junqueras en Barcelona ni las negociaciones discretas entre el PSC y En Comú Podem llevan a que Sánchez opte finalmente por un camino que está cerrado por la resolución del Comité Federal del PSOE. Según ese texto, estos partidos «deben renunciar a planteamientos de autodeterminación o consultas como una condición indispensable para que el PSOE inicie un diálogo».

Parece que se acabó. La cuadratura del círculo que perseguía Pedro Sánchez poniendo de acuerdo a Podemos y Ciudadanos es inviable. Termina la función en el circo de tres pistas sobre el que ha girado la política española desde enero. En este momento, solo Rivera sigue apostando por explorar el pacto a tres, pero no con Podemos, sino con el PP y el PSOE; negociando un Gobierno sin él, ni Mariano Rajoy, ni Pedro Sánchez, sino encabezado por esa figura independiente...

La Operación Monti entra en escena. Se trata de apostar, como ha ocurrido en Italia, por un Mario Monti, por una persona de reconocido prestigio. En los cenáculos se habla de Javier Solana, Joaquín Almunia, Josep Piqué o Josu Jon Imaz. Los contactos del «negociador» del PSOE, José Enrique Serrano, con el jefe de Gabinete de Rajoy, Jorge Moragas, no han dado sus frutos para lograr la

abstención de ninguno de los dos partidos, pero en importantes empresas del IBEX se tantea la opción de un Gobierno técnico, que vería muy bien Bruselas.

En este escenario, la corrupción estalla en el Gobierno en funciones de Rajoy. El ministro de Industria, José Manuel Soria, dirigió una empresa *offshore* creada por el bufete de abogados Mossack Fonseca en el paraíso fiscal de Bahamas. Hasta ahora, Mariano se defendía de los escándalos diciendo que ninguno de los miembros de su Gabinete nombrados directamente por él se había visto salpicado por asuntos corruptos. El caso Soria es calificado por el entorno del presidente como una batalla más por la sucesión dentro del Ejecutivo y del PP. En privado, Soria señala directamente a Sáenz de Santamaría como una de las personas que está maniobrando en su contra, amplificando además el escándalo mediante sus buenas relaciones con los medios de comunicación.

Una partidaria del ministro de Industria, Cospedal, enemiga de Soraya, sale enseguida a defenderle. Dice que ve muy convincentes las explicaciones de Soria. Lo mismo hace Rajoy, pero el ministro en funciones dimite tras caer en numerosas contradicciones y con la aparición de noticias que afloran sobre él en cascada. Hay material de sobra para sacarlo. Eldiario.es revela que una empresa familiar de los Soria estaba participada en un 80 % por una sociedad instrumental con sede en Jersey. Poco después, *El Mundo* suma un documento firmado por Soria en su condición de secretario de una de las empresas. El ministro dimite después de mentir reiteradamente. Su amigo Mariano Rajoy participará en una cena de ministros convocada con motivo de la despedida del extitular de Industria. Allí está también García-Margallo, el más activo entre los que forman el llamado G-8, el núcleo de oposición interna a la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría.

Mariano vive días con un continuo goteo de imágenes que vinculan al PP con la corrupción; este caso de Soria; las declaraciones de Rita Barberá y González Pons ante la justicia por sus relaciones con Urdangarin; la del expresidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio González, como imputado por el caso de su ático; la detención del alcalde y el concejal de Urbanismo de Granada...

Entre varios dirigentes socialistas, de Ciudadanos e incluso algunos del PP, se comenta que la estrategia de Pedro Sánchez ha sido la equivocada. Que lo mejor hubiera sido presionar exigiendo la caída de Mariano Rajoy a cambio de apoyar a otro candidato del Partido Popular. Lo que inicialmente se planteó como Operación Menina no fue una exigencia de Sánchez, que se ha opuesto de inicio a dar su apoyo al Partido Popular de ninguna de las maneras. Ahora, la repetición electoral está cerca y Rajoy será el candidato... Si nada lo impide.

31

LA FERIA

Sánchez viaja a «territorio comanche». Así lo considera su equipo cuando el líder del PSOE visita la Feria de Abril de Sevilla, donde la «reina» es Susana Díaz. Sánchez coge el AVE de las once de la mañana en Madrid y traspasa la portada con 25.000 bombillas que da acceso al Real de la capital andaluza. Con la repetición de elecciones a la vuelta de la esquina, Pedro puede estar cerca de los electores andaluces, los más numerosos del PSOE, ofrecer unas imágenes de cordialidad con su gran rival en el partido o todo lo contrario. La operación es arriesgada.

No contará con la compañía de Susana para darse el paseo por el ferial. La presidenta andaluza no lo recibe. El *sanchismo* se considera despreciado por Díaz. Pedro se hace fotos con admiradores y curiosos y parece un feriante más, pero la procesión va por dentro. Parece que se ha equivocado y está de Semana Santa. Rostro serio, cariacontecido. Ha visto alejarse las opciones de ser presidente y ahora maldice que Susana le haya dado un plantón delante de toda España, porque las cámaras están ahí para no perder un detalle.

El secretario general del PSOE está haciendo tiempo. Ni Díaz ni ningún miembro de su Gobierno han ido a recibirle. La plana mayor del socialismo andaluz y del Ejecutivo regional se encuentra en esos momentos en la caseta municipal. Sánchez avanza hacia la de la Cadena SER. Le guía un socialista andaluz, Alfonso Gómez de Celis, uno de los adversarios de Susana en casa. Decisivo para que ella entrase en política, pero con discordancias desde los tiempos de ambos en las Juventudes Socialistas, que se fueron agravando. Ahora Gómez de Celis es responsable de la Empresa Pública de Puertos de Andalucía.

Pasa el tiempo y la presidenta andaluza no aparece. Sentado en un extremo de la caseta de la radio, donde lo ven y lo saludan algunos paseantes, Pedro brinda con Teresa Rodríguez, de Podemos, y también se sienta con él Juan Marín, el líder andaluz de Ciudadanos. Fino y tapas de jamón, queso y tortilla. Se le atragantan a Sánchez al ver aparecer a Susana, casi una hora y media después, vestida de flamenca, con traje de color agua marina, y con su hijo en brazos

vestido «de corto», como mandan los cánones de la Feria.

Con una gran sonrisa, la presidenta andaluza saluda como si no pasara nada y Pedro le hace alguna carantoña al niño, mientras comenta lo majo que es, lo buenas que están las tapas y lo bonita que es la fiesta. Susana y Sánchez no brindan. La aparente tregua que le dio para intentar la investidura se ha terminado. Evidentemente, Díaz quería que perdiera esa guerra. Ahora, la proximidad de unas segundas elecciones acerca el calvario del líder del PSOE, que entrega un clavel blanco a Susana, después de cogérselo a una vendedora. La presidenta lo deja encima de la mesa. Ya no hay camelos que valgan. Ella se irá a seguir el festejo con los suyos, y Sánchez a Madrid con el rabo entre las piernas.

Susana no se pierde una feria de Sevilla. Practica la relación social desde las más arraigadas costumbres. Cograde de la Esperanza de Triana, también ha hecho desde esta hermandad varias veces el camino completo al Rocío. Dice que es del Betis y defiende la tauromaquia, con Morante de la Puebla como torero referente. A Sánchez acaba de ponerle otro par de banderillas. Aunque sea delante de toda la plaza. No ha hecho ascos. La hija del fontanero del Ayuntamiento de Sevilla le está poniendo unos cuantos tapones en las cañerías. Marca el territorio.

Susana Díaz le ha enseñado los dientes a su secretario general, como antes lo hizo con otros. Ella es una constante lucha por el poder. Desde Juventudes Socialistas hasta en los innumerables cargos ejercidos en Andalucía y Madrid. No se le ha resistido nada. Su vida es la política y su ambición no es el dinero, sino mandar cada vez más. Lo hace porque se siente llamada a gobernar, a dirigir. Esa es su vocación. Su adrenalina. Los suyos dicen que se trata de una inclinación por prestar ese servicio a la sociedad, mientras sus detractores la tachan de trepa. Eso sí, Pedro Sánchez puede ser su próxima víctima y entonces se marcará el objetivo de matar a Rajoy y a quien se le ponga por delante. Otra cosa será que lo consiga, pero cuenta con ese impulso que tienen los que rara vez han perdido y a los que nunca les han parado los pies.

A Susana no le gusta perder y no entra en batallas hasta que cree que puede ganar la guerra. Aunque queden unos cuantos cadáveres en el camino. Hay que prestar atención a algunos nombres para comprender su trayectoria. Los adversarios de Susana dicen que hablamos de cadáveres en su armario, mientras sus partidarios creen que son simplemente políticos con los que ha ido coincidiendo y se han quedado en el camino. En la universidad empieza Derecho en 1992, el año de la Expo, pero no se licencia en 1997, cinco años después, sino en 2009. Está volcada en la política y pronto destaca como una asistente negociadora, con un gran poder de convicción. Que lo mismo ha sido catequista

que cierra negociaciones a altas horas de la madrugada.

A los diecisiete años, Susana Díaz ya estaba afiliada a Juventudes Socialistas, esa escuela donde puedes aprender lo peor de la política. Entre codazos, enfrentamientos y alianzas fieles, por allí pasó también su «socio» Mario Jiménez. Seis años después llega a secretaria de Organización de Juventudes en Andalucía. Es el ascenso que más le costó, porque a partir de entonces su carrera es meteórica. Comienza a manejar censos, militancias, estatutos..., que llegará a dominar a lo largo de su trayectoria «aparatera». En las Juventudes andaluzas el líder era Rafael Velasco. Alfonso Rodríguez Gómez de Celis es un dirigente clave en aquellos tiempos, que la anima a avanzar en política, aunque mantienen claras discrepancias.

Susana tiene veinticuatro años cuando la ficha como delegada de Juventud en el Ayuntamiento de Sevilla su alcalde, Alfredo Sánchez Monteseirín. Gómez de Celis es delegado de Presidencia y Urbanismo. Hay desavenencias en el equipo de Gobierno y Díaz va en las listas al Congreso de 2004. Sale elegida diputada y llega a Madrid. Tendrá escaño hasta 2008.

Pero mantiene otro pie en Sevilla, donde Antonio Viera se convierte en nuevo secretario general del PSOE provincial y el histórico alcalde de Dos Hermanas, Francisco Toscano, propone a Viera que nombre a Díaz secretaria de Organización para la provincia sevillana, de 2004 a 2008.

Aquí hace más callo todavía, en una agrupación con numerosas broncas y divisiones internas. Se involucra y sigue dejando unas cuantas bajas en su «parte de guerra». Se enfrenta hasta a quienes le echaron una mano decisiva en su ascenso, como Luis Pizarro y José Caballos, que fue fundamental en su trayectoria. La secretaria de Organización es implacable, en Sevilla y cuando siga ascendiendo para serlo en Andalucía.

Cuando se abre una pugna por la Alcaldía de la capital andaluza, Monteseirín, el alcalde que le dio la oportunidad de ser delegada, quiere que Gómez de Celis sea su sustituto. Susana apuesta por Juan Espadas, consejero de Vivienda. El aparato socialista vence y se impone Espadas. De Celis pasa entonces de compañero en los primeros tiempos a enemigo a muerte.

Lo mismo ocurrirá con Viera, que la había aupado a otro puesto pero acaba enfrentado a ella en el PSOE sevillano. Susana apoya a Chacón para liderar a los socialistas de toda España y Antonio Viera, a Rubalcaba. Tras el Congreso Federal que gana el exministro, Díaz y una serie de seguidores arrebatan a Viera la mayoría de su Ejecutiva provincial. Hay gritos de tongo y, sobre todo, se produce la dimisión del viejo amigo Antonio. Una gestora pasa a dirigir el PSOE de Sevilla.

¿Se acuerdan de Rafael Velasco? Con él Susana fue número dos en

Juventudes. Griñán lo nombra vicesecretario general del PSOE en Andalucía. Hasta que la edición andaluza de *El Mundo* publica que su mujer ha recibido 730.000 euros en subvenciones de la Junta de Andalucía para impartir cursos de formación. Dimite. El puesto lo ocupa Susana Díaz, de quien los partidarios de Velasco sospechan como filtradora de la información.

La secretaria de Organización andaluza desestabiliza direcciones provinciales y lo que haga falta para que avance el «griñanismo» y poder desalojar a los que no son de fiar por haber estado demasiado con Chaves, o ser de lo que Díaz llama del «Antiguo Testamento», de los inicios en tiempos de Felipe González. Si Manuel Chaves cayó cuando Griñán forzó un congreso extraordinario en 2010, no van a ser ellos menos.

La joven de la guardia pretoriana griñanista sigue volando alto. Desde ahí controla hasta las relaciones con sus socios de Gobierno de Izquierda Unida. Realmente, sin prejuicios ideológicos, siempre que puedas serle útil y no le pongas obstáculos en el camino.

A Susana le falta un peldaño para alcanzar el trono andaluz. Ocurrirá cuando Griñán dimita presionado por el caso de los ERE. Díaz alcanza la Presidencia de la Junta de Andalucía. Cuentan que cuando Susana compareció ante los medios para pedir la dimisión de Pepe Griñán y Manuel Chaves como senadores por su imputación en los ERE, Chaves le dijo a Pepe que Susana les había apuñalado. Ella lo achacó a presiones que había recibido del secretario general, Pedro Sánchez.

Las primarias en Andalucía las ganó sin rival, porque sus adversarios no reunieron los avales para concurrir como aspirantes a candidatos a la Presidencia de la Junta. Sus adversarios se quejaron de falta de limpieza porque no tuvieron acceso al censo y por el escaso tiempo existente entre la convocatoria y las votaciones en pleno verano.

Cuando Susana Díaz pone su punto de mira en el liderazgo nacional del PSOE, sabe que Rubalcaba está de salida, pero quiere llegar a través de un congreso por aclamación, también sin rivales en primarias. Ahí se retira Chacón, a quien ella apoyó años atrás. Pero Eduardo Madina pide que se vote. En ese contexto es cuando negocia con Pedro Sánchez para apoyarle, ganar a Madina y dejar abiertas sus opciones como candidata. Y en ese escenario rompe después con Sánchez, porque no se conforma con ser monaguillo; ella quiere ser obispo. Ahora Susana desea dejar a Pedro sin sotana.

«La fuerza que viene del sur» es de lealtades fuertes y determinación por imponerse a sus rivales. Si estás con ella, hace equipo y procura tener a todos los suyos contentos. Llama, adula, da cariño, presta atenciones. También puede asesinarte si te conviertes en un obstáculo. Pero si cree que puedes ayudarla, te

colma de atenciones, aunque hayas sido su rival. Por eso, puedes ser su enemigo, como Rubalcaba, pero luego convertirte en aliado si la diferencia pasa de ser el secretario general que tiene delante al dirigente que se pone de tu parte para derribar al que se ha colocado ante ellos: Pedro Sánchez.

Entre los históricos, su exlíder más fiel es Zapatero. La respalda dentro y fuera del partido. Hablan, se lamentan por las acciones de Sánchez, planifican estrategias, le abre camino a contactos... Otro que confía firmemente en Susana es José Bono. Pero también José Blanco, Chacón... y una buena parte de los barones de más peso. En cuanto a Felipe González, estuvo con Madina y ahora habla con Pedro, pero ha pasado de decir en público que no sabía quién era Susana Díaz a guiarla y hacer que se la vea con buenos ojos entre las altas esferas del Estado, tanto políticas como empresariales. Susana es la preferida como aspirante a dirigir el PSOE para los Botín en la banca, César Alierta en Telefónica o Isidro Fainé en las energéticas. Cultiva bien esos contactos. En los medios, es la opción, antes que Sánchez, para *El País* o *La Sexta*.

Máximo Díaz-Cano es un cerebro en su operación Cruzar Despeñaperros. Exconsejero de la Presidencia y portavoz de los Gobiernos de José Bono y José María Barreda, también ha preparado las reuniones relevantes de Susana con el mundo de las finanzas y los pesos pesados de la historia política española. Así es «la fuerza que viene del Sur», y quiere arrasar como un vendaval al actual líder socialista.

OPERACIÓN MAQUILLAJE

La Operación Monti, con un candidato independiente, ha sido lanzada a la opinión pública y también comentada por el rey. Felipe VI, en alguna de sus consultas con los candidatos, pregunta: «¿Y esto de que haya un independiente?». Da la impresión de que no le preocupa especialmente, aunque llega a manifestar sus dudas sobre que nuestro sistema político y la sociedad española estén «suficientemente maduros para eso».

El PSOE se suma con una fórmula parecida, pero no igual. Propone un Gobierno presidido por Sánchez que incorporaría a independientes de diferentes sensibilidades. En una rueda de prensa extraordinaria en el Congreso de los Diputados, Antonio Hernando explica que este acuerdo «debe ser plural y tiene que ser aprobado de forma amplia», de manera que «las organizaciones que firmen el pacto deberían apoyar dos Presupuestos Generales del Estado y Pedro Sánchez se compromete a someterse a una cuestión de confianza en junio de 2018».

Son ofertas a la desesperada y, sobre todo, de cara a la galería. Pensando ya en la repetición electoral. Los socialistas llegan a anunciar que tienen un acuerdo con Compromís, porque de las treinta propuestas planteadas por el partido valenciano han aceptado veintisiete. Lo consideran «compatible» con el pacto alcanzado con Ciudadanos, aunque hay discrepancias en lo referente a la reforma laboral, la protección social y los desahucios.

Es una Operación Maquillaje que queda desmontada por el ofrecimiento que también le hacen a Izquierda Unida y que Alberto Garzón rechaza. Juegos políticos de apariencias. Coletazos previos a la repetición electoral que confirman una puesta en escena. Pedro Sánchez le ha pedido a IU que le haga una serie de propuestas para alcanzar un hipotético acuerdo de Gobierno. Les dice que él aceptará un porcentaje elevado de ellas, aunque sabe que eso no es suficiente para lograr la investidura. El objetivo es que Podemos quede señalado como el partido que ha evitado unirse. Se trata de maquillar el fiasco. Preséntame algo, que digo que te lo apruebo casi todo y muestro mi disposición a pactar.

A Alberto Garzón le pide que examine si es capaz de hacerles una oferta que ellos puedan acoger, pero sin visos de fructificar, porque los votos de IU no bastarían para formar Gobierno. Eso sí, Podemos quedará como el responsable final de que no haya habido acuerdo. Garzón no lo acepta. El PSOE anuncia el pacto con el partido de Mónica Oltra con un resultado similar: aceptación de casi todos los puntos, pero insuficiente.

En la pelea entre todos los partidos por ver quién carga con la culpa de que al final no haya acuerdo, la dirección del PSOE intenta poner toda la presión sobre Pablo Iglesias, aunque como reitera Antonio Hernando «el acuerdo con Ciudadanos sigue vigente». Así que, como el partido de Rivera ha dicho que con Podemos no quiere saber nada, todo es un paripé. Se echan las culpas unos a otros.

La auténtica inquietud de todos ya es la repetición electoral, y el PSOE teme que el partido de Garzón y el de Pablo Iglesias vayan juntos a los próximos comicios. Es un rumor cada vez más fuerte. Podría ser definitivo para que el PSOE quede en tercer lugar. Por eso Pedro llama al coordinador general de IU, Cayo Lara, y le tantea sobre su estrategia de última hora para presentarse en coalición con el partido morado.

Por su parte, el secretario de Organización del PSOE, César Luena, se pone en contacto con el candidato de Izquierda Unida, Alberto Garzón, y le propone un encuentro. Luena le enseña varias encuestas en las que Izquierda Unida aparece bien situada si va en solitario a la siguiente cita con las urnas y le alerta de que desaparecerían si se presentan con Podemos. Garzón le comenta que es curioso que quieran protegerles quienes han hecho lo posible por terminar con ellos en otras ocasiones. El encuentro termina cordialmente.

El PSOE tiene información. Xavi Domènech, el representante de En Comú Podem que ha estado viéndose con el PSC para sopesar el encaje del asunto catalán en un posible acuerdo de Gobierno, ha empezado a reunirse ya con IU para ver las opciones de una coalición. Por encargo de Pablo Iglesias, Domènech comienza a lanzar el anzuelo. De hecho, se ve con Alberto Garzón y tantea el escenario para proponerse como mediador en el inicio de las conversaciones.

Todos estos movimientos no hacen más que confirmar que los partidos estaban ya más preocupados por el relato sobre quién era el responsable de la repetición electoral y cómo afrontarla. Si hablamos de Podemos, no es casual que ahora opten por el pacto con Izquierda Unida que rechazaron antes del 20D. Encuestas como la de Metroscopia reflejan que, de celebrarse elecciones en este momento, la unión de las fuerzas de Pablo Iglesias y Alberto Garzón obtendría el 22,3 % de los electores, dos puntos por encima de los socialistas. Podemos se situaría como la fuerza hegemónica de la izquierda. Además, durante los cuatros

meses que ha durado el bloqueo político, los sondeos han reflejado que el apoyo al partido de Iglesias está en descenso. Por el contrario, la imagen de Garzón ha mejorado ostensiblemente. Hay otro dato: cerca de un 84 % de los seguidores de Podemos se muestra convencido de la necesidad de que estas dos fuerzas acudan juntas a las urnas a finales de junio.

Iglesias es consciente de su desgaste y ha ordenado movimientos. A pesar de que es una estrategia que empeorará las relaciones con su número dos, Íñigo Errejón, que no es partidario de ese acuerdo. Íñigo cree que Podemos debe optar por la «transversalidad», por ser atractivos para los votantes disconformes de la izquierda y también para los del centro o la derecha. Defiende que hay un caladero de votos importante en los descontentos del PSOE y del centro político, pero pactar con IU lleva a Podemos más hacia la izquierda y los viejos partidos. Pablo y su equipo no están de acuerdo y llevan semanas trabajando por la coalición. Errejón avisa de que no funcionará.

¿Y Rajoy? Mariano ve más cerca la posibilidad de librarse de la situación en la que más fácilmente le habrían podido cortar la cabeza. Si, en la noche electoral, Sánchez miraba la figura de don Quijote y Sancho que tiene en su despacho, hoy, 21 de abril, Mariano Rajoy decide visitar el Toboso. Allí declara que las únicas opciones de Gobierno son una gran coalición PP-PSOE o un pacto de socialistas con «radicales y extremistas». Rajoy tuitea desde la tierra de doña Dulcinea: «Pedro Sánchez puede evitar las elecciones. Le invito una vez más a trabajar por un Gobierno de gran coalición que dé estabilidad a España. MR».

En esa situación «estable» de la que habla Mariano, el exsecretario general del PP valenciano, Ricardo Costa, acusa a la dirección nacional del partido de la financiación irregular de campañas electorales y pide al juez que cite como testigos al propio Rajoy, a Cospedal y a Bárcenas. Ante la justicia, varios constructores siguen reconociendo la veracidad de esa financiación al margen de la ley a cambio de concesiones de obra pública. Esto en el caso Gürtel. En la Operación Taula, el PP anuncia la suspensión cautelar de militancia de hasta dieciocho concejales y asesores de su grupo municipal en Valencia implicados en el caso. Rita Barberá está gravemente señalada en la causa, pero sigue protegida en el Senado.

En este escenario, el 3 mayo de 2016 el rey firma el decreto de convocatoria automática de nuevas elecciones para el 26 de junio tras el fracaso de las negociaciones para formar Gobierno. La nueva campaña electoral se iniciará el 10 de junio. Mariano Rajoy ha sido fuerte, ha declinado la propuesta del monarca de intentar buscar un acuerdo, pese a liderar al partido más votado, y continúa una situación insólita de bloqueo institucional en España.

En el Comité Federal del PSOE, Pedro Sánchez pregunta a viva voz:

«Nosotros no vamos a pactar con el PP. ¿Estamos o no estamos de acuerdo con esto?».

«PACTO DE LOS BOTELLINES»

Traca final, por ahora. Todos juntos. El 5 de mayo de 2016 se ven, en un mismo sitio, Pablo Iglesias, Felipe González, Pedro Sánchez y Susana Díaz. Después del plantón en la Feria de Abril o del discurso de la «cal viva». Es en los actos del 40.º aniversario del diario *El País*, celebrados en el Palacio de Cibeles de Madrid. La relación entre Susana y Pedro sigue rota. Así se aprecia en esta cita, en la que Felipe y Pablo se saludan. Solo cordialmente. Iglesias hace lo propio con el consejero delegado de PRISA, Juan Luis Cebrián, con quien habla de verse otro día, aunque ese encuentro no se produce. El enconamiento entre el líder de Podemos y la línea editorial de la SER o de *El País* viene de atrás e irá en aumento.

Durante la tarde y la noche, la cordialidad de los corrillos es la nota dominante, pero hay dardos en el tono empleado por Susana Díaz y González contra Podemos. En el ambiente se habla de la posible alianza del partido de Iglesias con Izquierda Unida para acudir a las próximas elecciones. Susana proclama que «suena a que será una broma de los que siempre han pretendido el *sorpasso* y que han llevado a sus fuerzas políticas a una representación irrisoria, como pasó con Julio Anguita». Felipe González acusa a Iglesias de tener «desdoblamiento de personalidad» y afirma que no hay que preocuparse si pacta con IU, «porque los dirigentes tienen el mismo origen y vuelven a la misma matriz. Todo lo que nos parece nuevo ya se ha repetido. Es exactamente lo mismo que ocurrió a partir de 1981-1982, cuando el PCE se convierte en IU y empiezan con esta especie de alianza entre distintos grupos para aumentar el número de votantes». En estos días, González también compara a Iglesias con Marine Le Pen, líder de la extrema derecha francesa, acusándoles de ser «exactamente iguales por su discurso populista». El acuerdo de Podemos con IU inquieta, aunque también hay quienes creen que es una manera de que el joven partido parezca más viejo y encasillado en la izquierda del tablero.

Años atrás, cuando Pablo Iglesias se convirtió en un fenómeno televisivo, su posición en las tertulias era cercana a Izquierda Unida. No existía Podemos. De

hecho, cuando Pablo quiso dar el gran salto a la política pensó en hacerlo con IU, pero no encontró el hueco que quería. Desde entonces, no olvida que no le abrieron las puertas para el proyecto que deseaba emprender en aquella formación que entonces coordinaba Cayo Lara. Lo cierto es que Iglesias, empujado por su gran tirón mediático y por su inquietud, aspiraba a competir por un puesto visible que en Izquierda Unida decidieron no darle.

Son las Navidades de 2013 y Pablo viaja a ver a su padre a Zamora. Respeta inmensamente su opinión política. Además, Javier Iglesias es militante de IU. El hijo le cuenta que quiere dar el paso. El padre le pregunta con escepticismo cómo piensa hacerlo. Pablo le dice que pretende que en Izquierda Unida se haga «un proceso de primarias» previo a las elecciones europeas y presentarse para competir con los otros candidatos. Pablo se ha movido y tiene buena parte de los apoyos del núcleo que después fundará Podemos, junto a otros que están en IU, y un gran tirón de los medios.

Con aquello ocurrió lo que su padre pensó que ocurriría. La idea no fue aceptada por Izquierda Unida. Desde entonces, la relación y el discurso de Pablo Iglesias con IU han ido fluctuando. Desde unos orígenes que están ahí, puesto que tanto su padre como su madre han pertenecido al PCE, e incluso Javier Iglesias ha sido candidato varias veces por Soria y Zamora, hasta que Pablo Iglesias Turrión estuviera en las Juventudes Comunistas de España, desde los catorce a los veintiún años. Sin embargo, en enero de 2014 presenta el movimiento Podemos con la intención de concurrir a las elecciones europeas.

Ha habido un recorrido de amor y odio, pero, años después —estamos en las semanas previas a la nueva convocatoria electoral del 26 de junio de 2016—, Pablo está moviéndose para que su partido vaya con IU a las próximas generales. Lo hace incluso con la resistencia de su número dos, Íñigo Errejón, con quien las diferencias son cada vez más acentuadas. Pero a Iglesias le gusta ganar. No quiere perder ni a las chapas. Y piensa que con Izquierda Unida dará el golpe. En las elecciones del 20 de diciembre de 2015, sumar los 5,2 millones de votos de Podemos y los más de 900.000 conseguidos por IU habría supuesto el *sorpasso* al PSOE. Es una idea que se instala con fuerza en su carrera hacia el 26J.

Antes de llegar al «pacto de los botellines» de mayo de 2016, hay que pensar inevitablemente en los intereses de uno y otro. Antes de las primeras elecciones generales, ese acuerdo no fue posible. El mismo Cayo Lara que no dio las facilidades que Iglesias quería en 2014 tiende la mano en 2015. Pero entonces no se logró. Es más, a Iglesias se le va la cabeza y en junio de 2015 llega a referirse a IU de esta manera: «Consideráis que la gente es idiota, que ve televisión basura y que vosotros sois muy cultos y os encanta recocerlos en esa especie de cultura de la derrota. El típico izquierdista tristón, aburrido, amargado... La

lucidez del pesimismo. No se puede cambiar nada, aquí la gente es imbécil y va a votar a Ciudadanos, pero yo prefiero estar con mi cinco por ciento y mi bandera roja. Me parece súper respetable, pero a mí dejadme en paz. Nosotros no queremos hacer eso. Queremos ganar. Cuécete en tu salsa llena de estrellas rojas y de cosas, pero no te acerques, porque sois precisamente vosotros los responsables de que en este país no cambie nada. Sois unos cenizos».

Es una entrevista publicada simultáneamente en los diarios *Público* y *Crític*, un día después de la reunión de Pablo con el candidato de IU a la Presidencia del Gobierno, Alberto Garzón. Refleja lo que a Iglesias le gustaría hacer con Izquierda Unida en ese momento: «No quiero cenizos políticos que en veinticinco años han sido incapaces de hacer nada. No quiero que dirigentes políticos de IU, y yo trabajé para ellos, que son incapaces de leer la situación política del país, se acerquen a nosotros. Habéis sido incapaces en muchísimos años de entender lo que estaba pasando, de hacer una lectura coherente. Quedaos en vuestro sitio. Podéis cantar *La Internacional*, tener vuestras estrellas rojas... Otra cosa es que nuestra mano esté tendida a todos aquellos que vengan de muchos sitios. Yo encantado de que gente que viene de IU se incorpore a nuestro proyecto y trabaje. Pero lo que nos están proponiendo, después de llevar un año diciendo que lo hemos hecho todo mal... Si repasas todo lo que ha dicho Alberto Garzón en el último año, es que Podemos lo hacía mal. ¿Por qué te quieres presentar a unas elecciones con alguien que lo ha hecho todo mal? Porque os ha ido mal a vosotros en las autonómicas... Bueno, pues entonces no tratéis de proyectar el problema que tenéis vosotros sobre nosotros. Al final, los resultados van ubicando los nuevos terrenos. Nosotros diseñamos una hoja de ruta de cara a las generales y vamos a seguir con esa hoja de ruta. Los que diseñaron otra, que sean coherentes. Lo que no tiene mucho sentido es plantear, ahora que a mí electoralmente me va muy mal, lo que tenemos que hacer. Nos están proponiendo: renunciad vosotros a vuestro nombre, renunciemos nosotros al nuestro y ya tenemos un frente de izquierdas. Y lo plantean así, cuando les hemos dicho por activa y por pasiva que el eje izquierda y derecha no es la clave para cambiar las cosas en este país. Si tenemos proyectos políticos distintos, presentémonos con opciones políticas distintas».

Lo cierto es que en las elecciones de un año después, Podemos e Izquierda Unida concurren juntos a las generales del 26J como Unidos Podemos, por iniciativa de Pablo. En ambas formaciones reconocen en privado que hay intereses electorales por sumar votos. Sus máximos dirigentes no creen que les pueda restar. No todos lo ven así. La decisión distancia fuertemente a Iglesias, más partidario de la alianza, de Íñigo Errejón, su número dos, defensor de mantener la esencia original, de defender la «transversalidad» y la frescura, que

ve amenazadas con IU. Insiste en ser atractivos para votantes que en el pasado votaron a unos y a otros, tanto a la izquierda como a la derecha, términos que considera de otro tiempo.

Dos almas de Podemos chocan de nuevo. *Pablistas* contra *errejonistas*. Pablo cree que los votantes de Izquierda Unida son como primos hermanos, mientras que Íñigo le asegura que los cinco millones de Podemos y el millón de IU no tienen por qué sumar más de seis, y que incluso la coalición les puede perjudicar. Iglesias y Garzón consideran un desperdicio que Izquierda Unida lograra casi un millón de votos y que, por culpa de la circunscripción provincial y de la Ley D'Hondt, solo logaran 2 diputados. A IU le ha costado cada escaño más de 450.000 papeletas, lo que corrobora que es la formación más penalizada por el sistema electoral.

En la consulta a las bases de Podemos, el 98 % votará a favor de un pregunta que incluye a IU en un conjunto de confluencias: «¿Estás de acuerdo con que Podemos concorra a esta segunda vuelta de las elecciones que se celebrará el 26J en alianza electoral con Izquierda Unida, Equo y otras fuerzas que apuestan por un cambio real en este momento histórico y que repita en los mismos términos que el pasado 20D las confluencias En Comú Podem en Cataluña, En Marea en Galicia y Compromís-Podemos-#ÉsElMoment en Valencia?».

La consulta se celebra después de la puesta de escena de lo que llaman «preacuerdo». En la Puerta del Sol se abrazan Pablo Iglesias y Alberto Garzón cinco años después del 15M. Los *errejonistas* están en contra y, en IU, sectores como Izquierda Abierta, de Gaspar Llamazares, denuncian «falta de transparencia y pluralidad en las negociaciones». Los secretarios de Organización de IU y Podemos, Adolfo Barrena y Pablo Echenique, han llevado el peso del pacto. Alberto y Pablo han hablado de las cuestiones fundamentales y para cerrar.

Iglesias, muy dado a cuidar los detalles mediáticos, pide a los equipos de comunicación de ambos partidos que hagan una puesta en escena llamativa y distinta. Así que lo organizan para emitirlo en directo a través de aplicaciones de móvil y redes sociales. Puede verse cómo Pablo y Alberto avanzan hacia Sol desde distintos puntos mientras van abriendo boca sobre la posible sorpresa.

El encuentro entre ambos se observa desde dos perspectivas. Al pacto de Pedro Sánchez con Albert Rivera, PSOE y Ciudadanos lo habían llamado el de «El abrazo». Se escenificó ante el cuadro del mismo nombre de Juan Genovés, icono de la Transición, ya que fue utilizado como cartel de la Junta Democrática en favor de la amnistía y cuya escultura rinde homenaje en la Plaza de Antón Martín a los abogados laboristas de Atocha. Al pacto de Iglesias con Garzón se le llamará «de los botellines». No es el nombre elegido por Podemos e Izquierda

Unida, sino por el diario *El Mundo*.

Desde Sol, Pablo y Alberto salen hacia la Sala Mirador, un pequeño y coqueto teatro de Lavapiés donde han convocado una rueda de prensa. El camino es jaleado por gritos de «¡Sí, se puede!» y algunos viandantes se acercan a saludarles. Los equipos de ambos políticos comentan que hasta ha salido el arco iris para dar la bienvenida a la buena nueva. En la sala está también Juan Carlos Monedero, que no ha perdido detalle. Monedero o Julio Anguita llevan tiempo influyendo para llegar a este acuerdo.

Hay un mural que recibe a los asistentes de la Sala Mirador. Reza así: «Cuando el Parlamento es un teatro, los teatros deben ser Parlamentos». Allí han entrado Pablo Iglesias y Alberto Garzón, que hablan de un antes y un después ante la prensa. «No os oculto mi felicidad; hoy es un día histórico. Estamos mucho más cerca de ganarle las elecciones al PP», señala Iglesias, que añade: «Quiero darle las gracias a Alberto Garzón y a IU por este acuerdo que nos acerca a una necesidad histórica: el 20 de diciembre hubo gente que votó con ilusión. En esta segunda vuelta, esa ilusión se va a convertir en el motor de un cambio político». «Ha sido una tarea por la que hemos luchado mucho tiempo», afirma Garzón, que se muestra exultante: «Con este preacuerdo estamos sentando las bases de la victoria sobre el PP y Ciudadanos».

Tras insistir en lo «histórico» de la alianza, junto a la voluntad de ganar las elecciones y de tender la mano al PSOE, Iglesias mira a Garzón y le dice: «¿Qué, Alberto, una cerveza?». Y se la toman. Así nace «el pacto de los botellines», nombre que ellos rechazan alegando, entre otras cosas, que bebieron algo más porque eran tercios. De hecho, prefieren llamarlo «el abrazo de Sol».

El pacto garantiza para ambos partidos una proporción de uno a seis en el previsible resultado final de escaños; que IU no desaparece, que habrá propuestas mínimas garantizadas que añadirán a sus respectivos programas, y la visualización de las imágenes y logos de cada organización en los materiales de comunicación, campaña y papeletas de votación.

Lo cierto es que ese «preacuerdo electoral», que Podemos someterá después al voto de sus militantes y simpatizantes, levanta ampollas entre los *errejonistas*. Es visto como una amenaza por sectores del PSOE, aunque también hay quienes lo ven como una oportunidad de decir que Pablo Iglesias vira hacia el comunismo. Así lo van hacer tanto los socialistas como el Partido Popular y Ciudadanos. Rafael Henando, del PP, afirma: «Son los asesores áulicos del comunismo en Venezuela, del chavismo y el madurismo».

El número dos del PSOE, César Luena, le hace llegar a Alberto Garzón estudios internos que los socialistas han realizado para frenar el pacto con Podemos. Indican que Iglesias es un candidato que genera gran rechazo entre

muchos votantes de IU por sus ataques en el pasado o porque consideran que ha ocupado su espacio; que muchos simpatizantes de Izquierda Unida no irían a votar por considerar que sus siglas son fagocitadas; que una parte de los votantes de Podemos en el 20D no se reconocía de izquierdas, sino partidarios de una formación nueva... Posteriormente, el PSOE esgrimirá también la baja participación en la consulta a la militancia que Izquierda Unida ha hecho días atrás: «Que haya votado menos de un 30 % pone de manifiesto el escaso entusiasmo que despierta el acuerdo».

Es en estas fechas cuando otro supuesto escándalo sacude a Podemos. La jueza y diputada de Iglesias, Victoria Rosell, renuncia a repetir en las listas del 26J. Ha sido denunciada por el exministro José Manuel Soria por un presunto caso de prevaricación y cohecho, y espera declarar como imputada. El Tribunal Superior de Justicia de Canarias archivará la causa meses después. Un juez se reunió con un imputado para fabricar una declaración contra la parlamentaria de Podemos. El periódico digital eldiario.es publicará las escuchas: «Lo hacemos así, lo llevamos al procedimiento y entonces ponemos en marcha la maquinaria». No era un imputado cualquiera quien preparó la operación con el juez. Se trata de un indultado por el Gobierno de Rajoy e íntimo amigo de Soria: Miguel Ángel Ramírez, empresario y presidente de la Unión Deportiva Las Palmas. Pero Rosell ha caído y se quedará sin escaño.

TRIPLE YUGOSLAVO

Pedro Sánchez arranca la campaña de las nuevas elecciones muy tocado anímicamente. Pablo Iglesias, con la imagen bastante deteriorada en las encuestas, y Mariano Rajoy, con nuevos escándalos de corrupción, pero resistiendo. En La Moncloa y en el PP dan la orden de centrar los mensajes electorales en la idea de que Rajoy es la estabilidad frente a la radicalidad si gobierna la izquierda.

Por estas fechas, algunos partidos disponen de encuestas cualitativas que prefieren no dar a conocer. Los medios solo publican las cuantitativas. Hay sondeos ocultos que muestran que, en este momento, el punto débil de Sánchez es que no se le ve como quien manda en su partido. El de Iglesias, que le ha perdido su deseo de conseguir «sillones» de mando. El de Rivera, que es la marca blanca del PP. El de Rajoy sigue siendo la corrupción, pero también se le ve como la garantía de lo conocido frente al gran temor a lo que está por conocer.

Con estos estudios —los que no salen a la luz pública— trabaja buena parte de los asesores políticos en el arranque de campaña. En cuanto a las encuestas cuantitativas, la alianza de Podemos con Izquierda Unida vuelve a poner al partido de Pablo Iglesias por encima del PSOE. Datos como estos le hacen el camino muy cuesta arriba a Sánchez. Realmente, el líder socialista ha creído que podía ser presidente sin llegar a la repetición electoral y, ahora, aterrizar en las segundas elecciones se le hace muy duro. En el partido se siente cada vez más solo. Sabe que su cabeza es muy codiciada.

Con Podemos por delante y con Pablo Iglesias insistiendo públicamente en que el PSOE debe decir ya si pactará con ellos o con el PP tras las elecciones, se decreta un armisticio en las filas socialistas. Se organizan mítines de Pedro con la «vieja guardia» y con los barones críticos, incluida Susana Díaz. La federación andaluza mueve diversas participaciones de la presidenta, que incluso será la anfitriona en el acto de presentación de Sánchez para esta segunda vuelta.

Le están viendo las orejas al lobo, y una cosa es que termine de una vez el

mandato de Sánchez y otra que el PSOE pueda tener unos resultados tan malos que les pasen factura a todos. A nadie le interesa un partido débil con una representación electoral exigua. Desde Felipe hasta Zapatero, pasando por Rubalcaba o Susana, todos participan en los primeros actos de esta campaña, aunque, en el fondo, hace unas semanas ninguno quería que Pedro fuera presidente. Tampoco quieren que lo sea en las próximas si es a costa de pactar con Podemos.

Hay un falso cierre de filas en una atmósfera de calma tensa en el partido, pero la falta de entusiasmo se percibe con claridad. Digamos que se trata de salvar los muebles, y con escasa convicción. Para muchos pesos pesados se trata de mantener el equilibrio entre matar a Sánchez y no matar al partido. Por eso la maquinaria electoral sigue fría en bastantes territorios críticos, con escasa o ninguna participación de los barones, aunque con la apariencia de que están con el líder del partido.

Susana Díaz declara: «El PSOE no puede ir con el PP a ningún sitio, porque ha hecho mucho daño en este país. Si quedaba alguna duda, en el Consejo de Ministros del pasado viernes se vio con claridad su programa económico: ese plan de estabilidad que ha mandado a Europa en el que dice nítidamente que va a bajar el gasto en educación y en sanidad. Y al mismo tiempo se ve una reforma laboral que ha sido cruel e infame, que también pone en riesgo el futuro de nuestras pensiones». Además, la presidenta andaluza y principal rival de Pedro Sánchez por hacerse con el poder en el partido llama a cerrar filas: «Lo que no puede ser es que en estos dos meses nos dediquemos a lo mismo que los cuatro pasados, a decir lo mismo, a echarnos la culpa los unos a los otros, porque eso provocará mayor desconcierto y crispación en los ciudadanos».

Es una de cal y otra de arena. Una cosa es lo que ocurre públicamente y otra de puertas adentro. Ese difícil equilibrio. Sánchez tiene otro frente territorial con una grave crisis, ya que el PSOE valenciano es partidario de una lista conjunta para el Senado con Podemos y Compromís. Esto abre otra grieta con Ximo Puig, presidente de la Generalitat Valenciana y partidario de Susana. De hecho, ella le defiende públicamente: «Es un hombre bueno, noble, entrañable, que quiere al partido. Le tengo un cariño tan grande y todo lo que hace está cargado de buenas intenciones, que comprendo y sé que lo hace pensando en la tierra que preside». Los *sanchistas* alucinan: a ellos les atacan por sus contactos con Podemos, pero en este caso cambian las tornas.

Sánchez ha entrado en una etapa de debilidad emocional en la que considera que todo lo hacen para desestabilizarle. En sus contactos con Felipe González, que se mantienen, dan por bueno celebrar una serie de actos en los que parezca que el partido está unido. Será fundamental contar con la presencia de barones y

de exsecretarios generales socialistas.

El pistoletazo de salida lo da Susana Díaz en el Pabellón Los Rosales de la localidad madrileña de Móstoles. Presenta a Pedro en el acto de proclamación de su candidatura en lo que parece ser un gesto de conciliación. Pero no hay acto de Susana que no tenga mensaje. En el mitin dice: «Para que el PSOE gobierne tiene que ganar las elecciones, y si ganamos, Pedro Sánchez será presidente en una semana». Pero ganar es imposible. Se trata de saber si le dejarán pactar o no, pero ya tiene la respuesta, por si quedaban dudas.

En las nuevas listas de Sánchez ya no está Carme Chacón, que ha renunciado. En su día compitió con Rubalcaba, apoyó a Susana y ahora se siente ninguneada por el líder del partido. También decide irse Irene Lozano. La exdiputada de UPyD también ha renunciado. Su nombramiento por sorpresa supuso otra de las grandes fracturas de Pedro con los barones. El extremeño Guillermo Fernández Vara, presidente del Comité de Listas del Partido, empezó a distanciarse de Pedro porque no fue consultado para ese fichaje. El mismo malestar provocó en otros críticos, incluida la federación andaluza. Ahora Lozano ha dado un paso atrás. El nuevo fichaje es la jurista Margarita Robles, mucho mejor vista por su currículum y por haber formado parte del Gobierno de Felipe González. Sigue habiendo pegas importantes, como la insistencia de Sánchez en que Madina vaya en el puesto séptimo de la lista por Madrid. En los anteriores comicios eso supuso que su rival en primarias no saliera elegido diputado y esta vez vuelve a ponerlo en el filo de la navaja.

Que Sánchez continúa sin ser el elegido se muestra con poco que rasquen los periodistas. Fernández Vara, al ser preguntado por el futuro de Susana Díaz, dice públicamente que cree que la presidenta andaluza se presentará a liderar el PSOE en el próximo congreso del partido porque «comunica como nadie, ha sido capaz de ganar elecciones de manera reiterada en Andalucía y eso tiene mucho mérito». Es una afirmación que refleja la realidad. Todos creen y esperan que finalmente Susana dé el paso.

Entretanto, en Podemos, Pablo Iglesias se ha marcado el objetivo de lo que llama «el triple yugoslavo». Recurre a su afición al baloncesto para explicarles a los suyos que se puede ganar el partido metiendo una canasta espectacular en el último minuto. Los yugoslavos, expertos en encestar desde la línea donde las canastas valen tres puntos, inspiran a Iglesias para creer que pueden llevarse el encuentro en el final de esta segunda parte. Para Pablo, el rival sigue siendo el Partido Socialista. Su primer objetivo es el *sorpasso* al PSOE, y para ganar este partido, su jugada más relevante es la alianza con Izquierda Unida, por lo que Julio Anguita sale a la cancha.

Un pabellón abarrotado en Córdoba escucha a Pablo Echenique hablar de la

feminización de la política. Hay camisetas reivindicativas contra los recortes y otras causas, algunas de Podemos y alguna bandera republicana. Pablo Iglesias pone la mano encima de la silla de Echenique y exclama: «¡Julio!». En ese momento, Anguita aparece por una puerta perpendicular al escenario improvisado en la cancha del recinto deportivo. El Califa lleva una chaqueta de lana sintética abierta, pantalón de pana y una camisa de pequeños cuadros rojos y blancos. Atraviesa el polideportivo, que ha empezado a rugir: «¡Sí, se puede! ¡Sí, se puede!».

Iglesias sale al encuentro de Anguita, quien, al fundirse en un abrazo, susurra entre los cabellos que tejen la coleta del líder morado:

—¡Este es el año 77, el año 77, Pablo!

El líder de Podemos muestra cómo se le saltan las lágrimas y se mesa los cabellos.

—¡Compañero! —le dice Echenique a Julio, que se acerca a saludarle.

—¡Encantado! Este es el año 77. Ya le digo a Pablo que es el año 77 — responde Anguita.

El público empieza a corear: «¡El pueblo unido jamás será vencido!». Pablo Iglesias llora y Anguita no puede empezar su intervención. Ondeada alguna bandera tricolor y una mujer se acerca espontáneamente hasta Pablo y le dice nerviosa: «Yo estoy contigo y te apoyo, me llamo Lola».

El acto se ha paralizado por la visita de Julio Anguita, que ha sido una sorpresa para los asistentes. Es el espaldarazo público al acuerdo entre Pablo Iglesias y Alberto Garzón. La bendición de una autoridad moral para ambos. Iglesias mantiene desde hace años contactos con Anguita, aunque uno fuese de Podemos y otro de Izquierda Unida. El propio Pablo ha situado hace tiempo al viejo dirigente andaluz como uno de los referentes ideológicos para el partido.

El Califa apela al entusiasmo de la gente para hacer algo histórico en las próximas elecciones generales, llama a la unidad de los movimientos cívicos y avisa de que habrá resistencias externas y algunas internas. Sabe que tanto en Podemos como en IU no todos son partidarios de la alianza. Por fin explica el porqué de sus alusiones a 1977. Es su apelación al espíritu de cambio de régimen, de transición, de periodo constituyente:

—Esto va a terminar siendo una fuerza política y social tremenda, actuando con firmeza, serenidad y con un lenguaje dulce, pero penetrante como un bisturí. Estamos —concluye Anguita— para intentar construir el Gobierno de los populares, el de las capas y estratos del pueblo. Ahora o nunca.

Es mayo y Pablo Iglesias apela a la victoria épica de David contra Goliat. Habla de que tendería la mano al PSOE para un Gobierno progresista y combina la alianza con Izquierda Unida con la insistencia en conceptos como «patria» y

«socialdemocracia». Un cóctel atractivo para unos, explosivo para otros. Aunque, visualmente, tras el «pacto de los botellines», el gran golpe de efecto mediático ha sido el apoyo de Julio Anguita.

Los partidos rivales lo ven como un filón. Como una forma de insistir en que Podemos se ha radicalizado. Como la oportunidad de colocar al partido de Pablo Iglesias en el imaginario comunista. Curiosamente, Pedro Sánchez también opta por aparecer junto a dirigentes ya retirados de la primera línea, como Felipe Zapatero o Rubalcaba. En el pabellón de la ONCE de Madrid, el PSOE aparentemente cierra filas en torno a Sánchez. Rubalcaba dice que «ha aparecido Julio Anguita, que decía “dadme una pinza y me cargaré al Partido Socialista”». Zapatero llega de un viaje a Venezuela y reivindica al PSOE como «el partido que garantiza el cambio y la cohesión de España». González aparece en un mensaje grabado y afirma: «No podemos seguir en esta situación. Cuatro años más de Gobierno de Rajoy son una tortura inmerecida...».

Días después, Pedro Sánchez saldrá en defensa pública del expresidente cuando el periódico *El Mundo* publique que Felipe intercedió ante un dictador africano, condenado por crímenes contra la humanidad por la Corte Penal Internacional, para promocionar a Massoud Zandi, un empresario iraní socio del consejero delegado de PRISA, Juan Luis Cebrián, en una petrolera. La dirección del PSOE defiende a González, aunque en privado reconozcan que determinados negocios dañan la imagen del partido.

El que no se rodea de dirigentes históricos, sino que está en guerra soterrada con Aznar, es Mariano Rajoy. El presidente en funciones presenta a los cabeza de lista del PP para las elecciones generales en el Parque del Retiro de Madrid. Son los jardines de Cecilio Rodríguez y un espontáneo aparece gritando a apenas tres metros del jefe del Gobierno. Se trata de un activista, Lagardier Danciu, que exclama a través de un megáfono: «¡Sois la mafia y la corrupción, nos matáis en vida!». El hombre es reducido por los servicios de seguridad de La Moncloa. La línea de discurso posterior de Rajoy está clara: «La radicalidad es real en España y está instalada. Ofrecemos moderación y coherencia».

En los tribunales, el juez pide al PP 1,2 millones de euros como fianza por el caso Bárcenas y la caja B de la formación. Si no entrega esta cantidad, el magistrado de la Audiencia Nacional anuncia que embargará los bienes del partido del Gobierno en España. El PP será juzgado como persona jurídica. Los fondos opacos procedían en su mayor parte de empresarios de la obra pública adjudicada por la Administración. El dinero se dedicó a pagar sobresueldos a cargos, reformar la sede de Génova y financiar campañas electorales. El Partido Popular responde, primero a través de Andrea Levy, que pagará la fianza, pero después vuelve a presentar un recurso y gana tiempo. Es la misma estrategia de

Mariano para seguir en La Moncloa.

BOLIVARIANOS Y SOCIALDEMÓCRATAS

«Esto de Venezuela interesa mucho». La «sugerencia» de Moncloa a los grandes directivos de los medios de comunicación se hace notar en el año de las dos campañas electorales en España. Hasta el ascenso de Podemos, nunca se había hablado tanto, y durante tanto tiempo, de la situación venezolana. En el periodo previo a las segundas elecciones, se incrementará aún más en los grandes medios informativos.

El 2 de junio, Felipe González da dos claves fundamentales en el coloquio «Venezuela: una reflexión sobre el presente», moderado por Juan Luis Cebrián, presidente del Grupo PRISA, en el que también participa José Manuel García-Margallo, ministro de Exteriores en funciones. Felipe dice que hay que evitar «que España tenga una situación política como la venezolana», que él vincula a Podemos, clavando lo que ocurrirá en España meses después. González cuenta que habrá que investir a un presidente sin «gran coalición» PP-PSOE, con el objetivo de que se forme un Gobierno en minoría. Felipe prevé que, tras la repetición electoral, existirá tal presión para que no se repita el bloqueo y volver a las urnas que tendrá que permitirse que alguien gobierne. Evidentemente, a estas alturas se sabe que el ganador será el PP. No se espera la sorpresa de una victoria de Pedro Sánchez. Así que blanco y en botella.

Felipe, Cebrián y Margallo comentan lo mal que está Venezuela y los últimos acontecimientos en territorio venezolano, que han impregnado la precampaña y la campaña electoral española. Es el primer acto público de González desde que *El Mundo* revelara unos días atrás esa ayuda del expresidente del Gobierno al empresario iraní Farshad Zandi para instalar su petrolera Star Petroleum en Sudán del Sur. Más tarde, Zandi, investigado por Hacienda por evasión fiscal, donó a Cebrián un paquete de acciones de la petrolera por valor de seis millones de euros. Ni González ni Cebrián se refieren a este asunto.

Definitivamente, la gran preocupación mediática es Venezuela. Incluso ha llevado al Gobierno de Rajoy a convocar, a finales de mayo, al Consejo de Seguridad Nacional para abordar la situación del país caribeño. Se trata del

órgano encargado de asistir al presidente del Gobierno en la dirección de la política de seguridad del Estado español. Forman parte del mismo la vicepresidenta del Gobierno y los ministros de Asuntos Exteriores y Cooperación, Defensa, Interior, Justicia, Economía, Hacienda, Fomento, Industria y Sanidad, así como el director del Gabinete de Presidencia, el jefe del Estado Mayor de la Defensa, el secretario de Estado de Seguridad, el director del servicio secreto CNI y el director del Departamento de Seguridad Nacional. Toda una escenificación de primer nivel.

La crisis política y económica en el país americano está en las portadas de los grandes periódicos españoles y en los informativos y espacios de actualidad televisivos. Los momentos de mayor presencia mediática coinciden con los procesos electorales en España. Del mismo modo que Venezuela aparece en los grandes medios cuando se acercan las elecciones, desaparece después. La vicepresidenta del Gobierno en funciones, Soraya Sáenz de Santamaría, afirma que esta convocatoria del Consejo no se debe a motivos electorales. Pero sí hace referencia a Albert Rivera, que ha viajado a Caracas: «Nosotros no hemos descubierto Venezuela en campaña».

En su visita a territorio venezolano, el candidato de Ciudadanos dice que «Podemos está absolutamente vinculado ideológica y políticamente a Venezuela». Rivera ha hablado con Felipe González, que tiene contactos y visita frecuentemente el país, se reúne con opositores y afirma que ha viajado para reivindicar la libertad, porque hay presos políticos y recortes en la libertad de expresión.

La polémica está en el primer plano del debate electoral. En Podemos responden al líder de C's que ha ido a buscar votos con las desgracias venezolanas y le instan a presentar ante los tribunales sus acusaciones contra la financiación del partido morado: «Las cinco veces que se ha denunciado a Podemos por financiación ilegal, el Supremo ha dicho que eso no se sostenía. A nosotros, cuando se nos denuncia, damos las explicaciones en los tribunales españoles», responde Pablo Iglesias.

Lo cierto es que las colaboraciones de algunos dirigentes de Podemos con Venezuela años atrás regresan a la actualidad. Igual que pasan al primer plano, suelen bajar al segundo cuando se superan las citas con las urnas, pero sus partidos rivales retoman ahora el conflicto venezolano. En el PSOE, Pedro Sánchez no está nada cómodo con esta polémica. De hecho, critica el viaje de Rivera. Hay otros dirigentes, como González, que sí inciden en el tema.

Pablo Iglesias elogia el papel de Zapatero en Venezuela y desprecia el de Felipe. Considera que al expresidente le mueven los negocios con magnates como Carlos Slim y Gustavo Cisneros más que el deseo de luchar por las

libertades. Por el contrario, Iglesias alaba a Rodríguez Zapatero, que en diciembre visitó Caracas durante las elecciones parlamentarias para seguir el proceso electoral. Zapatero, a diferencia de Felipe o Rajoy, es respetado por todas las partes del conflicto. Tras la derrota del chavismo, el enfrentamiento entre los partidarios de Maduro y la oposición fue empeorando. Los opositores buscando un referéndum revocatorio que destituyera al presidente y los chavistas enfrentándose al Parlamento, valiéndose de su influencia sobre el Supremo o el Consejo Electoral. La tensión se elevó cuando el Gobierno declaró el estado de excepción o puso trabas al referéndum con el Consejo Nacional Electoral. Zapatero sigue intentando mediar.

Uno de los motivos más simbólicos del contencioso venezolano es el encarcelamiento del opositor Leopoldo López, en prisión desde febrero de 2014. El líder de Izquierda Unida, Alberto Garzón, se refiere al viaje de Albert Rivera en una entrevista en La Sexta y pide analizar detenidamente el papel de los miembros de la Asamblea Nacional que han invitado al candidato de Ciudadanos para defender a López: «Tenemos que examinar el proceso de Leopoldo López, que estaba fomentando golpes de Estado. Si hay alguien que es un golpista, que está diciendo o insinuando que los militares tienen que dar un golpe, evidentemente en cualquier país estaría en la cárcel. Aquí lo que está pasando es que se está instrumentalizando Venezuela».

Pablo Iglesias declara que rechaza «con toda claridad y sin ningún espacio para la ambigüedad» que haya presos políticos en Venezuela y en cualquier otro país: «No es razonable. Ojalá el señor López pueda ser noticia porque compita en un proceso electoral. A mí no me gusta que alguien que es conocido por ser representante de una fuerza política pueda acabar en la cárcel. En cualquier caso, hay que respetar la legalidad de los países, porque hubo un juicio en el que a este señor se le condenó por esto».

Coincidiendo con la polémica, el diario *El País* publica un editorial en el que acusa al partido de Iglesias: «Unidos Podemos ha apoyado al régimen de Nicolás Maduro». El Gobierno no es ajeno a este interés informativo con sus peticiones a los grandes medios y con decisiones políticas que responden a las salidas de tono del presidente venezolano. El 8 de abril, cuando se daba por hecho que habría repetición electoral, el Ejecutivo de Rajoy retira al embajador de España en Caracas. Maduro había llamado a Rajoy «basura corrupta». Zapatero media en la zona y Pablo Echenique, secretario de Organización de Podemos, declara: «Yo creo que el señor Maduro está haciendo lo mismo que hace el señor Mariano Rajoy, que es hablar de otro país para no hablar del suyo. Vemos a Rajoy hablando mucho de Venezuela, cuando yo creo que debería estar hablando más de España, que es donde la gente que él gobierna está teniendo problemas muy

reales. Y el señor Maduro, cuando hace eso, creo que está utilizando la misma táctica y es igual de censurable. No puede declararse víctima de una conspiración internacional».

Las acusaciones de «chavismo» a Pablo Iglesias y Podemos se producen en un momento de confusión ideológica en su partido. La misma formación que ha pactado con Izquierda Unida y que organiza actos con comunistas insiste en que es «socialdemócrata» y «patriota». Esto sucede mientras los *errejonistas* llaman a «bajar el pistón» en los halagos a Julio Anguita e insisten en la conocida «transversalidad»; es decir, ser capaces de resultar atractivos para los disconformes, en general, no solo para los votantes de izquierdas.

Pero la confusión de etiquetas se le va de las manos a Unidos Podemos. Hay un mejunje de términos ideológicos y una clara falta de coordinación en la campaña. Las relaciones de Iglesias con Errejón están muy deterioradas, y los dos no solo hacen campañas diferentes, sino que se llevan la contraria en público. En el diario *20 minutos*, Íñigo concede una entrevista que aparece con este titular: «Los comunistas y los socialdemócratas son especies del pasado». El número dos de Podemos declara que cree que «el comunismo no existe en el imaginario como un proceso de transformación colectiva para un mundo más justo, porque se convirtió en una pesadilla burocrática en muchos casos y para la mayor parte de la gente es una antigualla, creo que no es hoy una referencia. Y la socialdemocracia ha fracasado o ha abjurado de su tarea de garantizar transformaciones que permitiesen países más justos y democráticos. Hoy día la frontera principal que marca el cambio político tiene que ver con la transversalidad, no con las etiquetas viejas de izquierda y derecha, sino entre democracia y oligarquía, entre si manda el pueblo o mandan unos pocos privilegiados que se ponen a sí mismos por encima de la ley. Eso creo que es lo que mejor describe cuál es hoy el combate político».

Poco después, Pablo Iglesias y Alberto Garzón celebran un desayuno informativo en el Hotel Ritz de Madrid y Pablo llama a «ocupar el nuevo espacio de la socialdemocracia como principal alternativa al Gobierno del PP». Y añade que «Marx y Engels eran socialdemócratas». Aún hay una tercera fórmula que Garzón explica así: «El comunismo es una tradición política que nace como una escisión teórica y práctica de la socialdemocracia. Por eso, Lenin, Marx y todos los comunistas del siglo XIX eran de partidos socialdemócratas y hablaban en sus textos como socialdemócratas. Solo que entonces socialdemócrata significaba lo que hoy es comunismo». Pablo llama a un espacio de «cuarta socialdemocracia».

Además, Podemos lanza el lema «La patria eres tú». Iglesias defiende que su candidatura es patriótica y a un tiempo plurinacional, porque quiere «trabajar por los intereses de un país plural». En realidad, Pablo siempre ha dicho que se

siente español: «Claro que me siento español y entiendo que hay que arrebatarse el término a los patriotas de pulserita rojigualda que luego venden la soberanía y cierran escuelas y hospitales», aunque esto servirá para que desde el PSOE les acusen de querer competir con el PP en «patrioterismo». También es cierto que hace escasos meses Pedro Sánchez ha presentado su candidatura con una gran bandera de España de fondo.

Las diversas etiquetas ideológicas en el discurso de Unidos Podemos hacen acto de presencia cuando la intención es reclamar el voto de los espectros más variados. Garzón no oculta que es comunista, Iglesias habla ahora de socialdemocracia y Errejón apela a la «transversalidad». Otra cosa será que de esta manera logren convencer a tantos votantes como desean. El resultado puede ser marearlos o parecer oportunistas.

Para Rajoy, simplemente se cierne una amenaza de «radicales» que ponen en peligro «la estabilidad de España». Es el mantra que repite el presidente en funciones y los suyos con la intención de aglutinar el voto del miedo y polarizar la campaña. Mientras, el caso Bárcenas avanza conforme a sus intereses. Un juez del sector conservador de la Audiencia Nacional será finalmente quien redacte la sentencia sobre la caja B del PP. La letrada de la Administración de Justicia de la Sección Segunda de lo Penal ha rechazado los recursos contra esta designación por parte de varias acusaciones populares, que consideran que el nombramiento del juez vulneró las normas de reparto de asuntos en la Audiencia. Entretanto, en el caso de los ERE, un día antes de que Felipe González y Margallo llamen a evitar que España sea como Venezuela, Manuel Chaves y José Antonio Griñán, exministros de Felipe y expresidentes andaluces, son procesados por el caso de presunta corrupción en Andalucía.

PEDRO, PABLO Y ZP

Y en estas, Zapatero unió y dividió a Pablo Iglesias y a Pedro Sánchez. Sorprendentemente, el expresidente de «la ceja» pasa a ser un icono para Iglesias y un talismán electoral para Sánchez. La cruda realidad es que Pedro y Rodríguez Zapatero hace tiempo que no se tragan, y para Pablo, el expresidente del Gobierno es como un simple recurso electoral, aunque exista el respeto mutuo. El papel de Zapatero explica bien la nueva compañía de Iglesias y la situación actual de Pedro Sánchez.

En la estrategia de Podemos para superar al PSOE en las siguientes elecciones, Pablo elogia la figura de José Luis Rodríguez Zapatero como el «mejor presidente» de la democracia española. Incluso por encima de otros como Felipe González o Adolfo Suárez. El mensaje busca situarse en una izquierda más centrada y, al mismo tiempo, hurgar en la herida socialista, porque Iglesias conoce a la perfección el desencuentro entre Zapatero y Pedro Sánchez. Prácticamente no se hablan. De hecho, estamos, una vez más, ante la estrategia de meter el dedo en la llaga de las tensiones entre Pedro y la «vieja guardia» del Partido Socialista.

El secretario general de Podemos llega a afirmar en campaña: «De Zapatero he aprendido muchísimo y le consulto dudas sobre temas importantes». Más allá de sus contactos, de sus afinidades e intereses televisivos por canales como La Sexta, de que a los dos les gusta correr, de que se conocieron cenando en casa de José Bono, de que Pablo Iglesias busca un guiño que le permita captar a algunos de esos electores que hicieron presidente a Rodríguez Zapatero en dos ocasiones..., Podemos sigue en la idea de hacer una campaña muy variada ideológicamente, y se nota mucho.

Sin embargo, para Pedro Sánchez, el símbolo de ZP refleja su conflicto con el pasado. Sánchez es el candidato del PSOE, pero prácticamente ha roto con buena parte de los dirigentes históricos socialistas, Zapatero entre ellos, que siguen teniendo gran influencia. El expresidente es de los que se reunieron con Pedro en aquella cita del AC Hotel La Finca, pero los puentes entre ambos se

resquebrajaron muy pronto. ZP es otro de los asistentes a aquella reunión que se considera «traicionado» y que no se lo perdona a Sánchez: por sus críticas e intentos de revisión de la reforma urgente de la Constitución que hizo ZP, por cuestionar la política fiscal de su etapa de Gobierno y por la forma en la que Pedro ejecutó a Tomás Gómez a los siete meses de prometerle fidelidad en el encuentro del AC Hotel.

Zapatero guarda estas cuentas pendientes, pero en el PSOE ahora están en época de enseñar los dientes todos juntos y sonreír, como diría la Pantoja. En el partido tienen estudios que cuestionan su división interna como uno de los lastres que el electorado peor valora de los socialistas, por lo que ahora están poniendo manos a la obra para revertirlo. Así que Pedro Sánchez y José Luis Rodríguez Zapatero aparecen juntos y hacen un mitin en Valladolid, que es la localidad natal de este último.

A Sánchez le acompañan, pero no le ocultan que le quieren matar. En el escenario, el expresidente agradece «sinceramente» las «amables» palabras de Pablo Iglesias, afirma que son un elogio «para todo el PSOE» y envía un recado público a Sánchez: «Conviene ser humilde, saber escuchar y lucir con orgullo, Pedro, la tarea hecha, con dignidad, por los socialistas». Todo un dardo envenenado a un Pedro Sánchez que encaja la indirecta con la procesión por dentro.

En plena ebullición de la crisis económica en España, el presidente del Banco Central Europeo llegó a escribir una carta al entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero. El dirigente socialista no la hizo pública entonces, pero ahora sabemos que el BCE reclamaba a España «medidas urgentes encaminadas a hacer creíble» que nuestro país pagaría su deuda. Se exigían disposiciones que afectaran a los sueldos y al mercado de trabajo. Zapatero convocó al Parlamento en agosto y lideró una reforma constitucional sin debate público ni referéndum. Fue una continuación del «cueste lo que me cueste», la histórica frase del entonces presidente, en mayo de 2010, con la que anunció los primeros grandes recortes de la crisis económica española que había negado durante un buen tiempo.

Se hizo aquella reforma de la Constitución que consagraba el cumplimiento del déficit y el principio de estabilidad presupuestaria, y también Pedro Sánchez votó a favor, como la mayoría de los socialistas. Hubo excepciones, como Antonio Gutiérrez o José Antonio Pérez Tapias. Izquierda Unida llegó a ausentarse del pleno, mientras que el Movimiento 15M se manifestó ante el Congreso y organizó una cadena humana entre la Plaza de Callao y la Puerta del Sol, al grito de «Ahora no es Tejero, son Rajoy y Zapatero».

Cuando Sánchez llegó a la Secretaría General del PSOE, cuestionó esa

reforma impulsada por un Gobierno de su partido, que es uno de los caballos de batalla de la izquierda contra un PSOE al que tachan de traidor. Ya como líder, Pedro apoyó la propuesta de modificación de esa reforma «exprés» planteada por Izquierda Plural para garantizar que se diera prioridad absoluta a los servicios públicos sobre el déficit cero y el pago de la deuda. El PP, con su mayoría absoluta, tumbó la iniciativa y Rafael Hernando, portavoz popular en el Congreso, se lanzó contra el cambio de posición de los socialistas acusándoles de sufrir «el síndrome de la coleta».

Cuando en esas fechas le preguntaron a Zapatero por la decisión de Sánchez, el expresidente respondió: «Pondré una sonrisa». Pero la ruptura ya era un hecho. Desde entonces, en ocasiones guardaron la compostura y, en otras, ni eso. El expresidente se reunió poco después con Iglesias y Errejón sin avisar a Sánchez y esto irritó profundamente al secretario general. Al poco tiempo, Pedro y Zapatero no tuvieron reparo en escenificar esa fractura delante de las cámaras, de una manera como pocas veces se ha visto entre dos dirigentes del mismo partido en España.

En enero de 2015, ambos políticos coincidieron en un acto en Madrid y pusieron cara a la brecha existente. Fue en la presentación de un libro del exministro Jordi Sevilla. La expectación por la coincidencia de Sánchez y Zapatero era máxima. Desde Ferraz habían considerado «inoportuna» y un «sinsentido político» la velada de Pablo, Íñigo, Bono y el expresidente en su cena de Toledo unas semanas antes. El secretario general del PSOE evitó hacer declaraciones al llegar al Ateneo madrileño. El exministro del PP Josep Piqué, Jordi Sevilla, el editor del libro, Sánchez y Zapatero posaron juntos ante los fotógrafos. Los reporteros les preguntaron a viva voz si podían darse la mano para la instantánea. La petición de los cámaras era constante. Cuanto más veían que no querían estrecharse la mano, más se lo pedían. Cada uno miraba a un lado.

Fue, indudablemente, la escenificación de la ruptura en un partido que sigue abierto en canal años después. A buen seguro, por una crisis de liderazgo tras la etapa de Zapatero. La crisis económica se ha llevado por delante unas cuantas cosas, pero también a un Partido Socialista al que esa crisis financiera le sorprendió y fue desalojado de La Moncloa sin haber preparado la sucesión de su líder. Se pasó de las mieles de la mayoría absoluta a la travesía del desierto, acompañada de espejismos por una persistente lucha por el poder.

Zapatero está ahora con Susana. Igual que Tomás Gómez. Eso explica que el líder socialista se cargara fulminantemente al que era secretario general del PSOE en Madrid, sustituyéndolo por una gestora y cambiándole la cerradura del despacho. En julio de 2014, Pedro Sánchez se convertía en líder del PSOE. En

febrero de 2015 fulminaba a Gómez, que cuenta que le prometió lealtad en la reunión del AC Hotel La Finca, pero lo eliminó de inmediato. Las informaciones de *El País* sobre presuntas irregularidades en la puesta en marcha del tranvía de Parla, cuando Tomás era alcalde, fueron el motivo. Desde entonces, Gómez saliva por devolverle a Pedro la puñalada.

En política, hay intrigas que se fraguan durante años, plagadas de planes sesudamente diseñados, pero también de curiosas casualidades. Las luchas por el poder convierten a enemigos íntimos en extraños compañeros de cama. Y viceversa. En cierta forma, lo que está ocurriendo en España en estos momentos es el episodio de una comedia de enredo que se entenderá algo mejor si atendemos a estos orígenes de sus protagonistas.

De hecho, cuando en 2003 se cocinó en Ferraz una candidatura a la Alcaldía de Madrid encabezada por Trinidad Jiménez —de la máxima confianza de Zapatero y su equipo—, «la política de la chupa de cuero» llevó en su lista al joven Sánchez, impulsado por José Blanco. Ya le llamaban Pedro el Guapo. Perdieron, pero el joven político se convirtió en concejal. De hecho, estuvo en el consistorio hasta 2009. Dicen que, por entonces, iba prometiendo que llegaría a ser presidente del Gobierno. Incluso se mostró muy interesado en aceptar consejos gestuales y de telegenia del director de cine José Luis García Sánchez, marido de la cantante Rosa León, por entonces también concejala socialista.

En 2009, Pedro dio el salto. Entró en el Congreso de los Diputados curiosamente en sustitución de Pedro Solbes, el ministro de Economía que abandonó el Gobierno de Zapatero con la crisis económica instalada de lleno en España. Como un parlamentario más, el economista Sánchez cumplió el papel de defender las políticas «anticrisis» del PSOE, que no estaban frenando la caída financiera en el país. Eso sí, Pedro obtuvo reconocimientos prometedores, como el de ser elegido «diputado revelación» de 2010 por la Asociación de Periodistas Parlamentarios.

Claro que ese año Sánchez apareció en escena con uno de sus grandes adversarios. Un hombre que será decisivo en su deriva de amor y odio muchos años después: Tomás Gómez. A Pedro lo escogieron como uno de los principales hombres del equipo de Trinidad Jiménez en las primarias del 2010, en las que el aparato de Ferraz quería desalojar a Tomás de la Secretaría General de los socialistas madrileños. Gómez, el alcalde que barría electoralmente en Parla, «el alcalde más votado» que gustó a Zapatero al verlo en una entrevista en *El País*, estaba obteniendo malos resultados desde que lo pusieron al frente del PSM en 2007. José Blanco y Rodríguez Zapatero tomaron la iniciativa de intentar derrotarle. Pero Tomás ganó esas primarias. Y una de sus reacciones fue aupar a su gente y relegar a Pedro Sánchez al puesto once en la lista de Madrid al

Congreso de los Diputados de 2011. Un año después, el «parlamentario revelación» ya no tenía escaño.

Fue un tiempo en el que Pedro decidió acudir a algunas tertulias televisivas para no desaparecer y desde allí moverse y esperar tiempos mejores. También logró que le echaran «una mano» para dar clases en la Universidad Camilo José Cela de Madrid. Su vínculo con José Blanco y Ferraz se mantuvo vivo, aunque esperaba volver a la primera línea.

Llegó 2012 y Alfredo Pérez Rubalcaba le ganó el Congreso del PSOE a Carme Chacón. Entre los apoyos de Carme se encontraba una tal Susana Díaz. Con Pérez Rubalcaba estaba Pedro, que había acudido a la cita celebrada en Sevilla con sus eternos compañeros de batallas, Óscar López y Antonio Hernando. Allí mismo, Rubalcaba escogió a su Ejecutiva y Sánchez también quedó fuera de los elegidos. Antonio siguió como secretario de Política Autonómica, Óscar fue elegido nuevo secretario de Organización y Sánchez se quedó sin nada. Entre los vocales de esa Ejecutiva estaba Eduardo Madina. Pedro abandonó la cita con visible malestar y antes que los demás.

Pero en 2013, Sánchez logró volver al Congreso. Esta vez ocupando el escaño que dejaba Cristina Narbona, que se fue al Consejo de Seguridad Nuclear. Es más, siguieron buscándole huecos al joven Pedro, y Rubalcaba y su número dos, Elena Valenciano, le eligieron para coordinar la siguiente Conferencia Política del PSOE. Querían dar una imagen de renovación en mitad de cierta decadencia, y este fue el momento en el que Pedro Sánchez cogió su coche y empezó a moverse por España con la excusa de preparar esa conferencia. En realidad, aspiraba a ser el nuevo líder socialista.

Años más tarde, Blanco, Tomás Gómez, Rubalcaba, Valenciano, Zapatero... son viejos enemigos conjurados en que hay que acabar con Pedro.

TELEMARIANO

Mariano Rajoy gana buena parte de las elecciones generales con la política de medios informativos del Partido Popular. Los candidatos de la izquierda pican al seguirla. Rajoy logrará estar presente en las grandes televisiones, pero con entrevistas cómodas: de niños, de ciudadanos, paseos por la ciudad... Al presidente en funciones le conviene mucho más eso que enfrentarse a periodistas que le pregunten y le repregunten sobre asuntos delicados como la corrupción. Se entiende que Mariano apueste por estos formatos televisivos. Lo que se comprende menos es que el resto de los candidatos le siga.

Ver a Rajoy con chavalines o tomando unas cañas en la pantalla le viene bien. Le hace más cercano, más amable. Ver a Pablo Iglesias tocando los timbales, la guitarra o jugando a los dados no está mal, pero puede producir rechazo en un sector fiel de su electorado, que quizá le ve fuera de lugar. Pero, sobre todo, cuando se apuesta por estos formatos «amables», que tan bien le vienen al candidato del PP, se renuncia a otros de mayor profundidad sobre temas espinosos que podrían convenir más a sus adversarios.

Dicho de otra forma, a Mariano un niño no le va a repreguntar sobre los escándalos de corrupción. Ni se da pie a que lo haga un ciudadano en un plató. Aquellos tiempos en los que un periodista preguntaba y repreguntaba, con respeto, pero con interés por poner al candidato delante de sus contradicciones, parecen ya propios de otra época. Se ajustan perfectamente a los deseos de Rajoy, que desprecia las preguntas de la prensa y considera que plantearle asuntos que no le agradan es hablar mal de España.

El año de las dos elecciones generales también pasa a la historia por imponer en nuestro país el encuentro en televisión con el candidato y su lado más amable. No es algo que no se haya visto en países tan importantes como, por ejemplo, Estados Unidos, pero allí los presidentes también admiten entrevistas profundas... Salvo excepciones como la de Trump, claro.

Que Iglesias aparezca en una entrevista con el humorista Joaquín Reyes, en un seguimiento de dos días con Susanna Griso, rodeado de niños que preguntan

junto Ana Rosa Quintana, con Pablo Motos y las hormigas... es normal en estos meses en los que el líder de Podemos apuesta decididamente por la presencia televisiva como forma de captar indecisos o nuevos votantes.

Así que vemos a un niño comentar con Rajoy que por qué tanta gente se mete con él, o a una niña declararse como su «mayor fan». Él les explica la corrupción, porque «hemos tenido casos, nadie es perfecto, pero la inmensa mayoría de los políticos y de las personas son honradas, la mayor parte de la gente es buena». Vemos a Pablo Iglesias jugando a los dados eróticos con Susanna Griso y descubriendo que tiene la opción de «besar» y «chupar». También le toca una nana con la guitarra a María Teresa Campos y los timbales con Pablo Motos...

Otra clave mediática son los debates electorales. Rajoy ya ha reconocido, hasta con declaraciones públicas, que no le apetecen, que no le resultan cómodos y que suponen un esfuerzo. En charlas más informales incluso argumenta que le parecen solo un espectáculo. En los comicios del 20D, el presidente aceptó un cara a cara con Sánchez. Para los del 26J, opta por un único debate a cuatro. A Rajoy no le gustó que el candidato del PSOE le echara en cara los asuntos de corrupción. Jamás le perdonará. En la segunda campaña electoral, el Partido Socialista no lo hace público, pero intenta que ese debate a dos se repita. Rajoy lo rechaza.

Jorge Moragas, el jefe de campaña y de Gabinete de Rajoy, habla con el responsable del PSOE, Óscar López, y quedan en analizar las opciones dándose un tiempo de reflexión. En La Moncloa tardan en decidirse, pero, tras casi un mes de espera, acuerdan que habrá un debate con todos los candidatos. El PP esgrime que el duelo que se había impuesto desde el primer cara a cara de Felipe González y José María Aznar en 1993 ya no tiene sentido. Ahora los populares quieren defender «la pluralidad». Parece lógico y hasta más democrático debatir con todos los principales candidatos, aunque el motivo no es ese. El equipo electoral del PP considera que debatir a solas con Pedro Sánchez solo refuerza el perfil del candidato del PSOE. Hacerlo entre cuatro diluye protagonismos, reparte tiempos y Mariano espera que sus adversarios se enzarcen entre sí.

El debate cara a cara que enfrentó a Mariano Rajoy y Pedro Sánchez el 14 de diciembre, con 9,7 millones de espectadores y un 48,6 %, fue el último del bipartidismo. Pasará a la historia como el debate en el que a Rajoy le llamaron a la cara «indecente» y él respondió diciéndole a Sánchez «ruiz, ruin». En la segunda campaña, el PSOE no logra repetir la experiencia, Podemos está dispuesto a ir a todos los debates, Ciudadanos también quiere explotar la vena televisiva de Rivera y el PP lo fía todo a que se vea por primera vez a Rajoy con los nuevos candidatos.

El debate se presenta como histórico. En contra de lo esperado, los principales ataques al líder del PP los protagoniza el candidato de Ciudadanos. Una prueba de que lo que ocurre en un debate a veces no tiene nada que ver con lo que luego pasa tras las elecciones. Uno puede ganar esa contienda televisiva, pero luego quedar el cuarto en las urnas. O hacerle duras acusaciones al contrincante, pero luego pactar con él. Así puede ser la televisión.

Efectivamente, Albert Rivera asegura ante Mariano Rajoy que no apoyaría un Gobierno con él como presidente por los casos de corrupción. También le reprocha, periódico en mano, que enviaba mensajes a Bárcenas cuando estaba imputado «diciéndole que fuera fuerte». «La nueva política de España merece un nuevo Gobierno», sentencia Rivera. Puede que esa dureza con Rajoy ante el electorado de derechas y haber negociado con el PSOE castigue electoralmente a Ciudadanos más adelante.

Aunque aquel debate a cuatro tiene un punto determinante en la campaña electoral que apenas se destaca. Hay millones de españoles viéndolo y Pablo Iglesias renuncia a explicarles por qué no hubo acuerdo con el PSOE para gobernar. Pedro Sánchez le acusa insistentemente de haber evitado, junto a Rajoy, un Gobierno del cambio, e Iglesias, sorprendentemente, no responde. Es el debate en el que Podemos confunde no enfrentarse descaradamente con los socialistas con no dar explicaciones a la audiencia sobre lo ocurrido para que no gobernara la izquierda. Es un fallo garrafal.

Pablo Iglesias le dice a Sánchez: «Usted se equivoca de adversario [...], no soy yo, es Rajoy», o «estoy seguro de que los votantes nos quieren ver entendernos». No es casualidad. Hay una estrategia hablada con su jefe de campaña, Íñigo Errejón, por la que acuerdan no responder a lo que consideran una campaña del PSOE para confrontar con ellos. Podemos equivoca confrontación con explicación. Máxime cuando hay millones de espectadores delante. No puedes darles la callada por respuesta.

Mariano Rajoy sale vivo y coleando del debate. Como mucho, se ha perdido algún partido de la Eurocopa. Se estrena en la contienda a cuatro diciéndoles a los demás que habían ido «a hacer prácticas» y que «no estudian los temas». Y eso que, hace unos meses, el presidente en funciones reconocía que rechazaba estos formatos, porque «hay que prepararlos».

Rajoy afirma que la corrupción en España es «alguna noticia en algún medio de comunicación», que «se persigue y se castiga», pero pasa de puntillas por el blindaje a Rita Barberá, a su tesorero o al presidente de Murcia, vinculado a la Púnica, pero con quien acaba de arrancar oficialmente la campaña en un mitin. Niega que haya subido impuestos, tras la mayor subida de la democracia, o que haya habido rescate, a pesar del multimillonario «préstamo en buenas

condiciones» para la banca. La estrategia de medios del PP le sale redonda, con el beneplácito de los formatos televisivos y con la astucia de Mariano, que ha vuelto a demostrar que una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace. Él puede permitirse negar sus principales puntos negros ante toda España sin que ni siquiera le tiemble el pulso. Si acaso, le aparece ese tic que hace que mueva un poco más un párpado.

MADRID RÍO

La gota que colma el vaso para el voto del miedo en la repetición electoral llega de Reino Unido. Se produce la victoria del Brexit en el referéndum sobre la salida de los británicos de la Unión Europea. La opinión pública se empapa de mensajes que hacen creer que su dinero está en peligro, que el euro entra en zona de riesgo, que se encienden las alarmas para el futuro de Europa y, por tanto, para los españoles.

Ya se lo dijo Mariano a Cameron en aquella conversación que las cámaras pillaron a hurtadillas: convocarían a españoles y británicos a las urnas prácticamente en las mismas fechas. No hay mal que por bien no venga y los gurús electorales de Rajoy apuntan que todo lo que suponga temor a la inestabilidad favorece el orden establecido en España. No es casual que el presidente en funciones y Felipe González sean dos de los dirigentes más activos para relacionar el Brexit con el peligro del populismo y de Unidos Podemos. Rajoy y Felipe se muestran muy beligerantes en mítines e intervenciones de prensa.

Para Rajoy, la recta final de la campaña está marcada por el miedo al enemigo «exterior». Ya sea en forma del voto británico, que pone en peligro la estabilidad económica, ya sea por la lucha contra el independentismo catalán, ya sea por el miedo a la influencia venezolana... Los tres factores se hacen presentes antes de que los españoles vayan a votar. El equipo de campaña del PP ha remarcado que Mariano es la garantía de orden frente al peligro de caos.

Por eso el presidente en funciones entra de lleno en el debate sobre el referéndum británico. Es curioso, porque García-Margallo, su ministro de Exteriores, le quita hierro al asunto: «Se está exagerando enormemente el peligro económico que supone la salida de Reino Unido de la UE». Margallo limita las consecuencias a que «habrá volatilidad en los mercados los primeros días». Pero una cosa es lo que diga un ministro de Exteriores ya amortizado para Mariano — no le perdona la Operación Menina y que hablara de posibles alternativas a Rajoy como presidente—, y otra que no convenga agitar el miedo al Brexit.

Rajoy, poco a dado a estridencias si no convienen, pone el grito en el cielo por la visita de David Cameron, primer ministro británico, a Gibraltar. Es un breve paso por el Peñón con motivo del referéndum, pero el presidente en funciones aprovecha para entrar en la harina del Brexit y alertar de las consecuencias, como hace Felipe González escribiendo en *El País* o en un mitin junto a Pedro Sánchez en Madrid.

Felipe asegura que «lo que ha ocurrido en Reino Unido es la confluencia entre una derecha irresponsable y el populismo. Por eso no me van a encontrar apoyando a rupturistas de pseudoizquierda que lo que quieren es dividir. Ya estoy oyendo a los populismos de extrema derecha y extrema izquierda hablar de salirse de la Unión Europea». Abandonar la UE no está en los planes de Podemos, pero los mensajes de González en la Plaza Mayor de Villaverde, un distrito del sur de la capital tradicionalmente de izquierdas, coinciden con otros que se vierten en tertulias televisivas y diversos artículos de opinión. El propio Felipe escribe: «El populismo y el nacionalismo galopan y contaminan. Podría ser una vacuna, pero es más probable que suponga un contagio en otros países de la Unión Europea. Depende de nosotros».

Junto al miedo al Brexit, rebrota el tema del independentismo catalán con una exclusiva periodística en la recta final de la campaña. Si en otro país aparecieran unas grabaciones del ministro del Interior conspirando para fabricar escándalos que perjudiquen a las instituciones y políticos catalanes, dimitiría o sería destituido *ipso facto*. En España, no. Como llega a decir en privado algún asesor del PP, a muchos de nuestros votantes les parece bien que hagamos lo que sea para «joder» a los independentistas.

Lo cierto es que el diario *Público* saca a la luz que Jorge Fernández Díaz se reunía en su despacho con el jefe de la Oficina Antifraude en Cataluña, Daniel de Alfonso, y hablaban de buscar casos y acusaciones polémicas contra los dirigentes políticos nacionalistas. En esas grabaciones, lo mismo se comentaba como un éxito dañar la sanidad pública catalana que forzar informaciones no verídicas. Son «conspiraciones» en toda regla, empleando el aparato del Estado.

El ministro del Interior llega a comentar lo siguiente en los audios difundidos: «El presidente del Gobierno lo sabe, pero es un hombre discreto donde los haya. Por supuesto, su mano derecha no sabe lo que hace su mano izquierda. Yo le conozco muy bien, de muchos años». Fernández presume de tener la situación bajo control y pregunta a su interlocutor qué hay para que la operación siga en marcha. El jefe Antifraude le va desgranando posibles difamaciones.

Televisión Española es la única cadena española que no emite en sus informativos el audio de estas conversaciones. El férreo control mediático de la radiotelevisión pública sigue cumpliendo su función. Aunque, para Rajoy, todo

lo que se hable de Cataluña le viene bien. Se siente mucho más cómodo con esto que si le hubieran destapado novedades sobre la caja B de su partido o las andanzas de Bárcenas. Cree que el rechazo al independentismo silencia un escándalo de «policía política» como este.

En *El Hormiguero*, el presidente en funciones anuncia que «el ministro está muy tranquilo» y él «también», y que «no habrá dimisiones». En Onda Cero le asegura a Carlos Alsina que no conoce las conversaciones: «No me parece prudente opinar sobre lo que no conozco». Respuesta al más puro estilo Mariano, que pasa de contestar. Y eso que, en las grabaciones, Fernández Díaz comentaba que Rajoy estaba al tanto de todo... El asunto quedará por el momento en eso. No daña electoralmente a Rajoy. Hay gente en su equipo que piensa que hasta le beneficia por el «anticatalanismo» de una parte de la sociedad.

En la recta final de la campaña, Francisco Granados declara por videoconferencia desde la cárcel. Otro de los iconos de la corrupción en el PP. Desde la prisión de Estremera, que él mismo inauguró, el exconsejero madrileño de Interior y exsenador niega todas las acusaciones sobre el saqueo de las arcas públicas, el dinero en Suiza o los «volquetes de putas» con los que presuntamente celebraban los desmanes. Rajoy ha logrado imponerse a una campaña marcada por nuevas informaciones sobre las tramas Gürtel o Púnica. La declaración de Granados no cobra mediáticamente especial relevancia.

Así llega un cierre de campaña en el que Sáenz de Santamaría hace de *Dj* pinchando música en la Plaza de Colón de Madrid, Albert Rivera emplaza a Rajoy y a Pedro Sánchez a sentarse a hablar al día siguiente de las elecciones, Sánchez hace un mitin más aparentando lo mucho que se quieren Susana Díaz y él, y Pablo Iglesias promete ser la segunda fuerza en un acto en Madrid Río. Sí, la zona de Madrid en la que empezaron aquellas reuniones secretas con el PSOE. El punto donde culmina el tránsito circular entre lo que podría haber sido y no fue. La posibilidad de formar un Gobierno es ahora la expectativa ante el nuevo dictamen de las urnas. Puede irles bien a todos, o a unos pocos, o mal en general, a quienes pudieron desalojar a Rajoy de La Moncloa.

En el mitin de Madrid Río el líder de Podemos elige la canción *El Malo*, de Barón Rojo, para salir al escenario. La letra dice así: «El malo del guion era su tipo a imitar. Castigador y animal, peleón perverso y audaz. Él siempre tuvo claro lo que iba a ser de mayor: Malo, seré el malo. Por más que lo intentó y puso empeño en aprender, al fin reconoció que el mal no se le daba bien. Y vio que, con la maldad, no es cuestión de bromear. Porque es un juego sucio y hay quien te puede ganar».

Iglesias protagoniza uno de los mítines de Unidos Podemos más concurridos

hasta la fecha. El partido morado vive el espejismo de unos actos electorales en los que la gran cantidad de asistentes augura grandes resultados en las urnas y de unos sondeos que les hacen prometérselas muy felices. Con esa euforia llegan a las urnas el 26J. Pablo está convencido de que va a superar al PSOE. No solo eso: habla de vencer a Rajoy: «Las encuestas no suelen ser generosas con nosotros y en este caso da la impresión de que todas apuntan en la misma dirección. Somos los únicos que podemos ganar al PP».

Iglesias y Errejón culminan una campaña en la que no han hecho ruta codo con codo, en la que Íñigo se ha lamentado de la presencia «hasta de banderas cubanas» en los mítines, mientras Pablo daba públicamente las gracias al Partido Comunista. Los dos han optado por un discurso «blando» en las televisiones, sin entrar a explicar por qué no fue posible un Gobierno alternativo a Rajoy. Ya no habrá más actos de gloria para Iglesias y Errejón en amor y compañía. Al menos, por un tiempo.

Mientras, Pedro y Susana hacen su último mitin juntos. Los cuchillos esperan al resultado electoral. Por más que Díaz hable de haberse dejado «la piel» por Sánchez y él le agradezca el apoyo «de estos dos años». Ella lleva una enorme rosa roja en su camiseta y él viste camisa de cuadros negros. En Sevilla, la presidenta andaluza se refiera a Sánchez como «este hombre», con continuas alusiones a Felipe González, al que cita una docena de veces, y con comparaciones entre el Brexit, Donald Trump, Marine Le Pen y Podemos: «Porque ellos no querían a España dentro de Europa y, si Iglesias no lo dice, es porque piensa que le puede ir mal. Si no, lo verbalizaría, como lo ha verbalizado siempre». Y sentencia: «Si espera contar con los votos del PSOE, que ni lo sueñe». Termina la campaña con «este hombre» y afila los cuchillos.

HOSTIA BÍBLICA

Dos amplios ventanales oscurecen un amplio despacho con libros apilados con cierto desorden. No hay estanterías. Cae la luz natural y se hace de noche en una estancia con sillas blancas y cables por el suelo del mismo color. Es un lugar improvisado, con una mesa amplia sobre la que emerge un flexo que parece el de un estudiante. Hay objetos esparcidos. Aquí unas zapatillas como adorno, allá un cuadro sin colgar, por otro lado una camiseta de recuerdo... Es el despacho de Pablo Iglesias en la sede de Podemos, donde destacan los colores de una ilustración de Khaleesi, una de las principales protagonistas de *Juego de tronos*.

Esta noche la victoria puede esperar. La hegemonía de la izquierda que pronosticaban tantas encuestas ha quedado en agua de borrajas. Un varapalo. Es 26 de junio y avanza el escrutinio de una repetición electoral sorprendente. Hubo un día en el que Pedro Sánchez, en privado, comentó a miembros de su equipo más cercano que hasta comprendía que Iglesias no se conformara con permitir un Gobierno del PSOE, si podía esperar a unas segundas elecciones para ver si Podemos se situaba por encima y eran los socialistas los que quedaban en disposición de apoyarle. Hubo un día en el que Pablo también pensó que, tras conseguir las confluencias con otros partidos, solo le faltaba sumar a Izquierda Unida, que suponía casi un millón de votos más, y eso podría dar la puntilla al Partido Socialista. Pero ha llegado el día en el que esos castillos en el aire se han desplomado.

En esta noche electoral, Iglesias envía un mensaje de teléfono a Pedro Sánchez, que no le responde. El líder del PSOE sí habla con Rajoy. Para felicitarle. Mariano ha logrado cuadrar el círculo. No solo ha vuelto a ganar sin mover un dedo para intentar formar Gobierno tras los primeros comicios, sino que, además, ha aumentado el apoyo electoral mejorando los resultados en los territorios más marcados por casos de corrupción. Rajoy está más eufórico que nunca. Los socialistas han perdido esta vez hasta en la Andalucía de Susana Díaz. A Podemos la alianza con Izquierda Unida no le ha servido para mejorar los resultados.

La estrategia de Mariano ha funcionado. No hacer nada y dejar que sus rivales se quemem. El discurso del miedo también ha movilizadado a más votantes del Partido Popular. El temor a un Gobierno de izquierdas les ha llevado a las urnas. La inquietud ante un Ejecutivo con el Coletas, lo de Venezuela, el comunismo, el Brexit, la abstención de esos electores de izquierdas decepcionados... Rajoy ha pescado también entre quienes votaron en diciembre a Ciudadanos. Han creído que ahora tocaba agrupar el voto en el PP y no han aceptado que Rivera pactara con el PSOE. Es el balance de daños en el cuartel general del *marianismo*. Eso sí, ha corrido la sangre, hay heridos, pero Mariano aún necesita que haya algún muerto para seguir en La Moncloa.

Pablo Iglesias repasa los datos con su equipo más cercano. Los sondeos a pie de urna habían anticipado que superaban al Partido Socialista y hasta Alberto Garzón había salido al caer la tarde para dar la bienvenida públicamente a esos indicios de *sorpasso*. Pero, finalmente, la euforia inicial se torna en pesadilla y en sentimientos de incomprensión por lo ocurrido.

Se han celebrado las segundas elecciones en seis meses y el PP sube hasta los 7,9 millones de votos. Son 700.000 más que en diciembre. Logra 137 diputados, catorce más que en los anteriores comicios. El PSOE se queda como segunda fuerza, pero vuelve a conseguir su peor resultado histórico, con 5,4 millones de votos y 85 escaños. Pierde 120.000 papeletas y cinco diputados. No ha ganado en ninguna comunidad. La unión de Podemos, las confluencias e Izquierda Unida no ha conseguido finalmente superar a los socialistas. Con 5 millones de votos, se queda en 71 diputados, los mismos que ambas fuerzas consiguieron por separado en diciembre. Han perdido un millón de votantes. Ciudadanos retrocede casi medio millón de votos y ocho escaños. Se queda con 32. El bloque de centroderecha suma 169 y el de izquierda, 156, sin tener en cuenta a los nacionalistas. Ninguno alcanza la mayoría absoluta.

Mariano, con camisa azul claro y gesto de victoria, recibe a su esposa, Viri, y a algunos familiares. Lleva desde los veintidós años en política, casi cuatro décadas, y lo considera un triunfo personal. España ha querido que en la Comunidad Valenciana, a pesar de los escándalos de corrupción de la Gürtel, Rita Barberá, Carlos Fabra o Sonia Castedo, el PP suba dos diputados. Son los mismos que sube en Madrid, con el caso Púnica, Bárcenas y hasta el registro de la sede del partido. En Barcelona, con las escuchas del ministro del Interior, han subido casi tres puntos. En Murcia, suben seis, a pesar de que la Guardia Civil vincula al presidente autonómico con la trama Púnica. El PP logra un escaño más en Tenerife, a pesar de que José Manuel Soria estaba en los «papeles de Panamá». En Castilla-La Mancha, donde se investiga la presunta financiación irregular de la campaña electoral de Cospedal, el PP sube dos escaños. En

Granada, donde el alcalde fue detenido por un escándalo de corrupción urbanística, el Partido Popular sube en porcentaje de votos...

Son las doce y diez de la noche y Mariano aparece en el despacho de la primera planta de Génova 13, que da acceso al balcón para saludar a los simpatizantes concentrados en la calle.

—¿Cómo no te voy a querer? ¿Cómo no te voy a querer? —corean los presentes sobre el asfalto—. Yo soy español, español...

Rajoy accede a la plataforma y da un beso en los labios a su mujer. Bota en cuanto se lo piden y dice que es el discurso más difícil de su vida, «y algunos he echado». Hay quien dice que lo que Mariano «ha echado» esta noche es «algún traguillo», porque está «especialmente contento». Cuando lleva ya un buen rato hablando, alguien de su equipo le advierte de que todavía no ha dicho nada sobre el triunfo del PP.

Lo más importante para Rajoy es que sabe que a Pedro Sánchez se le acaba el tiempo. Tanto en el PSOE como en Podemos se masca una lucha por el poder. En el Partido Socialista, Sánchez saca pecho porque «ha logrado mantener su condición de partido hegemónico de la izquierda, frente a veinte partidos coaligados». Pero Susana Díaz vuelve a enseñarle la puerta de salida. La presidenta de la Junta de Andalucía vuelve a marcarle el camino y proclama que Pedro no debe intentar la formación de Gobierno: «Si con 90 escaños no fuimos capaces de hacer Gobierno, con 85 donde nos han mandado es a la oposición».

Sánchez acaba de sumar otra fuerte derrota y Susana sale del 26J más debilitada. El PP ha ganado en Andalucía. El Partido Popular ha subido cuatro puntos y medio en esta comunidad y se ha impuesto a los socialistas por tres escaños de diferencia. De los 120.606 votos perdidos por el PSOE respecto al 20D, 77.651 pertenecen a Andalucía. Dicho de otra forma, seis de cada diez votantes que le han dado la espalda al partido lo han hecho en esta comunidad.

Díaz llega a atribuir a Pedro Sánchez el haber espantado a sus votantes por no descartar nítidamente en campaña la posibilidad de un pacto con Unidos Podemos. Exige responsabilidades al secretario general y habla con los barones críticos para precipitar su caída. Eso sí, continúa sin atreverse a decir públicamente que hay que abstenerse para que gobierne Rajoy. No está dispuesta a asumir esa carga antes de un congreso en el que aspira a hacerse con el liderazgo del partido. Sigue queriendo que el paso de la abstención lo dé Sánchez.

Es tal el mosqueo de Susana que se presenta ante la prensa con un mapa. Explica que el PSOE solo ha ganado en tres de las cincuenta y dos provincias españolas, y las tres son andaluzas, que ha obtenido «más de 500.000 votos por encima de Podemos en Andalucía», con los que «se ha salvado a la izquierda

española del peligro del populismo», y «eran elecciones generales, por lo que los ciudadanos han votado en esa clave». Dicho de otra forma, para lo bueno el mérito es suyo, y para lo malo, de Sánchez. Las espadas siguen en alto. Los hombres del secretario general, César Luena, Antonio Hernando y Óscar López, aseguran públicamente que el Partido Socialista no apoyará al PP «ni por acción ni por omisión». Ni votando a favor ni absteniéndose.

En Podemos, los tiempos de las noches electorales con discursos victoriosos en las plazas quedan para mejor ocasión. Se abre un periodo de discrepancias en el que Pablo Echenique, secretario de Organización, llega a escribir en Telegram: «Para que crezca el amor no solo hay que regarlo, sino también extirpar las malas hierbas». Otros han escrito anteriormente en la misma red comentarios como: «Un resultado desolador para comprobar que 5+1 no eran 6, sino que eran 5, e incluso menos. Pablo Iglesias, de manera precipitada, nos dijo que el camino, ese camino que no ha permitido desbancar al Partido Popular, ni al PSOE, es el correcto. ¿Por qué?». Son afines a Íñigo Errejón, que también se preguntan: «¿Queremos seguir siendo Podemos?».

Son días de decepción electoral en los que el partido de Iglesias hace circular un documento entre su estructura territorial preguntando por las causas de los malos datos. Se apuntan como opciones la alianza con IU, la gestión de las conversaciones de investidura después del 20D, el derecho a decidir, el Brexit, el discurso socialdemócrata, los debates electorales, la mano tendida al PSOE, los audios de Fernández Díaz, Venezuela, el miedo a que Podemos pueda gobernar...

Básicamente hay dos almas. Los *errejonistas* consideran que la alianza con Izquierda Unida les ha perjudicado. Errejón lamenta que «dos más dos han sumado menos» y «sobre el eje izquierda-derecha es más difícil construir una mayoría nueva». Por el contrario, hay *pablistas* que culpan a Íñigo por el diseño de la campaña que él ha dirigido. Juan Carlos Monedero sigue siendo el enemigo acérrimo de Errejón y considera que ha llevado a Pablo a hacer discursos electorales blandos y ambiguos. Monedero vuelve a lanzarse públicamente contra el *errejonismo*: «No basta hacer un discurso hueco, adornado con una labia simpar y embellecido con el oropel de las televisiones, si no planteas una alternativa clara», escribe en su blog. El cofundador de Podemos, todavía hombre de enorme influencia en Iglesias, dice que han sido rehenes «del infantilismo» y de creerse las encuestas.

Errejón pide replantearse la estrategia de la alianza con Izquierda Unida, mientras Iglesias defiende el pacto alcanzado con Alberto Garzón: «Creo que actuamos correctamente con IU. A lo mejor, si no lo hubiéramos hecho, el resultado sería peor. No es serio que uno intente arrimar el ascua a su sardina a

toro pasado. Si alguien pensaba que la alianza con Izquierda Unida no iba a funcionar, eso hay que decirlo cuando hay que decirlo». En realidad, Íñigo Errejón y los suyos sí lo dijeron.

De puertas adentro, consideran que han perdido un millón de votantes que fundamentalmente se han abstenido. Y que se han perdido proclamando, todo a la vez, que son socialdemócratas, procedentes del 15M, alagando a Zapatero, acogiendo en su seno al viejo izquierdismo, y también apostando por la «transversalidad» y no por el eje derecha-izquierda...

Podemos ya no es el mismo. Las diferencias se han ido agravando, primero entre dirigentes como Monedero y Errejón y ahora entre Íñigo e Iglesias... Lo que tuvo un importante empuje en los medios para darse a conocer puede estar siendo destruido por los propios medios. Y no solo por las manipulaciones o las campañas mediáticas de las que tanto se quejan, sino también por una cierta sobreexposición o por resultar menos frescos y haber teatralizado excesivamente su política.

En un curso de verano de la Universidad Complutense en El Escorial, Pablo Iglesias reconoce algo inquietante: «Hemos sobrevivido gracias a que teníamos *sex appeal*, pero nuestra capacidad para mantenerlo se ha reducido. Puede ser que ganemos las elecciones en cuatro años o que nos demos una hostia de proporciones bíblicas. Entramos en una fase en la que nos tenemos que convertir en un partido normal y eso tiene enormes riesgos. El desafío me impresiona, incluso me acojona, porque pasar de ser partisano a ser un ejército regular no va a ser fácil y nadie garantiza que nos vaya a salir bien. Después de cuatro años de oposición parlamentaria, o de tres o de dos, puede pasar que nos consolidemos como alternativa de Gobierno o que Unidos Podemos no funcione como ejército regular. El trabajo parlamentario puede ser maravilloso y puede ser el camino al cretinismo político».

Mientras tanto, la Fiscalía suiza pregunta por carta a la Audiencia Nacional española si mantiene el bloqueo de los casi 47 millones de euros en cuentas bancarias de Francisco Correa, Luis Bárcenas y otros implicados en la trama de contabilidad irregular en el PP: «Les agradeceríamos nos comuniquen si el bloqueo sigue siendo necesario para su investigación. Asimismo les agradeceríamos nos den una estimación del plazo en el que puede dictarse una resolución relativa a dichos activos», reza la carta. El tiempo sigue pasando. Antes de que haya una condena por el caso Gürtel, el PP continúa siendo imputado, pero Rajoy espera seguir siendo presidente del Gobierno de España.

PEDRO PIENSA EN ABSTENERSE

Pedro Sánchez, que más adelante terminará enarbolando la bandera del «no es no» a Rajoy, piensa en abstenerse después de las segundas elecciones. A finales de junio y comienzos de julio, el líder del PSOE guarda un silencio cargado de incertidumbre y se pasa días consultando qué hacer, pues tiene grandes dudas. Una vez más, su principal consejero entre la «vieja guardia» socialista será Felipe González. Con el resto apenas hay contactos íntimos. A Felipe le pide verle y se reúnen en casa del expresidente tres días después de que los españoles hayan votado.

Es 29 de junio y Felipe González recomienda a Sánchez no intentar formar un Gobierno alternativo a Rajoy y abstenerse. El líder del PSOE asiente. Hablan incluso de decantarse por el «no» en la primera votación de investidura y por la «abstención» en la segunda. Felipe le dice que ni se le ocurra tratar de alcanzar la Presidencia con ochenta y cinco diputados, porque sería un infierno gobernar, aunque lograra que le eligieran presidente. González se muestra preocupado por esa opción y Pedro también.

En esta reunión, Felipe González y Pedro Sánchez comentan además que el PSOE no tiene por qué abstenerse y pasar a la oposición sin ningún tipo de contrapartida. Sánchez cree que esto evitaría que se hable de una «gran coalición PP-PSOE», que es algo que le inquieta sobremanera. González es partidario de influir y hacer ver a los españoles que, a cambio de esa abstención, se logran medidas sobre el mercado laboral, las pensiones, el sistema educativo, la regeneración democrática, la política territorial o la lucha antiterrorista.

El gesto de Sánchez no oculta que es un mar de dudas, pero ambos hablan de que Felipe escribirá un artículo en los próximos días y de que es bueno preparar algunos documentos y tomar la temperatura de Moncloa para que Mariano Rajoy se mueva. Los dos están de acuerdo en que Mariano espera alcanzar pactos con el Partido Socialista y que va a ser muy difícil moverlo de ahí.

Así transcurre la última reunión entre Felipe González y Pedro Sánchez. Desde entonces intercambiarán algún mensaje de móvil, pero no habrá más.

Pedro incluso pide a su equipo en Ferraz que prepare también por escrito algunas propuestas por si hay que sentarse con Mariano Rajoy. Una vez más, José Enrique Serrano, el gran «fontanero» de Felipe, Rubalcaba, Zapatero, y ahora Sánchez, desarrolla algunos puntos y mantiene contactos con Jorge Moragas, jefe de Gabinete de Rajoy.

Son los días en los que Pedro duda y Mariano sigue oliendo la sangre en el PSOE. En el discurso público del Partido Socialista se instala el mensaje de que Rajoy debe intentar primero buscar apoyos entre Ciudadanos, Coalición Canaria, Democràcia i Llibertat y el PNV. Pero Mariano no va a mover un dedo. Para él lo más cómodo es el «sí» o la «abstención» de los socialistas, y sabe que lo puede obtener. Por sus contactos con Felipe, con Zapatero, con Rubalcaba, con Susana Díaz..., que vienen desde meses atrás, y porque sabe que a Pedro Sánchez no le queda otra salida. De hecho, es muy difícil convencer a Rajoy de que negocie con otros cuando, públicamente, figuras como Felipe González están pidiendo la abstención del PSOE. Para Mariano es mejor esperar a que llegue esa abstención. Mala forma de presionarle es enseñarle que tarde o temprano le vas a abrir la puerta. Simplemente, Rajoy se sienta a esperar a que se la abran.

En los días en los que Pedro Sánchez piensa en abstenerse, Mariano Rajoy ordena bajar la presión mediática sobre el PSOE. Sabe que su rival está «madurando» la idea y conviene que parezca que los socialistas no ceden a sus presiones. Así se ordena desde Moncloa y desde Génova: bajar el listón en las exigencias públicas a Pedro para que les permita gobernar.

Al mismo tiempo, Sánchez se mantiene en silencio. No niega en público que se vaya a abstener. Su equipo más cercano, que ha salido a decir públicamente tras las elecciones que el PSOE no permitirá que gobierne el PP, modula su discurso en cuestión de horas. «Cada cosa en su momento», responde el número dos del partido, César Luena, sobre la posible abstención. «No se puede tropezar dos veces en la misma piedra», afirma Óscar López sobre la probabilidad de buscar un Gobierno alternativo a Rajoy. «Pudo ser, pero hoy ya no es posible», contesta Antonio Hernando sobre la opción de un pacto transversal con Podemos y Ciudadanos.

Una de las diputadas más cercanas a Pedro Sánchez, la responsable federal de Administraciones Públicas, Susana Sumelzo, recibe toques de atención de Ferraz por escribir en Twitter que no hay que abstenerse: «El PSOE pidió el voto para cambiar al PP, no para mantenerlo en el Gobierno. Yo NO me abstendré para facilitarlo, traicionaría a los votantes». Esta opción ya no se ve tan fácil. A Sumelzo la llaman al orden.

En efecto, son los días en los que Pedro Sánchez piensa en abstenerse. El

mismo Pedro del «no es no», que se ha reunido con Antonio Hernando, con Óscar López, con César Luena, con su jefe de Gabinete, Juanma Serrano, y han hablado de votar abstención en la segunda vuelta de la investidura de Rajoy. Hernando llegará a verse con Ciudadanos y les traslada que, si ellos pactan con el PP, el PSOE se abstendrá.

Pedro lo ha hablado con Felipe y con otros dirigentes históricos como Josep Borrell, al que respeta enormemente. En la misma fecha en la que Sumelzo publica ese comentario en las redes sociales, el exministro Borrell, uno de los miembros del llamado «Gobierno en la sombra» nombrado por Pedro, publica un artículo emplazando a la abstención que se adelanta al que firmará Felipe González. Josep Borrell afirma que hay que abstenerse «poniendo el precio de un conjunto de medidas de tipo económico, social e institucional que el Gobierno minoritario se comprometa a impulsar [...]. Creo que lo apreciarían muchos de los ciudadanos entre los que están los votos que nos han faltado».

El artículo, publicado en *El Periódico de Cataluña*, descarta un Gobierno progresista con Podemos o de centro-izquierda con Ciudadanos. Por insuficiente y porque el rechazo mutuo de los partidos de Iglesias y Rivera «lo imposibilita». Por eso Borrell escribe textualmente que «Descartada (¿?) la gran coalición PP-PSOE, solo hay dos soluciones: un Gobierno de coalición minoritario PP-C's, con o sin Rajoy, o un Gobierno muy minoritario del PP. Y en ambos casos, aun contando con el apoyo de algunos nacionalistas, haría falta una abstención del PSOE».

Y, mientras tanto, Mariano sigue en La Moncloa. Continúa siendo el presidente en funciones, no se somete al control del Parlamento y mantiene su plan de que los socialistas le entreguen la llave del palacio para otra legislatura. Rajoy no se mueve, pero su mente sigue activa. No hay que redoblar la presión directa a Sánchez, sino meter miedo a unas terceras elecciones. Si las segundas han reducido los votos del PSOE y han aumentado los del PP, seguro que los socialistas tienen pavor a que haya otras.

Además, el Partido Popular insiste en que la «recuperación económica» de España está en peligro. Por eso el PP advierte de que hay que aprobar cuanto antes el techo de gasto, con el límite en términos de deuda y del déficit público. Albert Rivera se lamenta de que nadie le llama y Pablo Iglesias de que tampoco tienen en cuenta sus ofrecimientos para buscar un Gobierno alternativo. Rajoy asedia al PSOE sin necesidad de ir al cuerpo a cuerpo y sin necesidad de salir de su castillo.

Mientras tanto, Pedro Sánchez y Pablo Iglesias asumen una rectificación de errores del pasado. Si tras la primera cita con las urnas Iglesias puso alto el listón a la primera de cambio, con intervenciones públicas en las que exigía el

referéndum catalán o puestos en el Gobierno, ahora opta por esperar a que el Partido Socialista sea el que mueva ficha. Esta vez Pablo Iglesias recula hasta decir: «Estamos esperando a que nos hagan alguna propuesta y la estudiaremos. El propio programa del PSOE es una buena base para empezar».

Iglesias, que tiene estudios de valoración que indican que caló negativamente la petición de «sillones» tras el 20D, deja ahora que el PSOE dé el primer paso: «La otra vez intentamos llevar la iniciativa para un Gobierno de coalición, parece que no les sentó muy bien y ahora les toca a ellos. Me encantaría un diálogo con el Partido Socialista y los números siguen dando. Si el PSOE decide dar un paso adelante y decide hablar con nosotros y con fuerzas políticas vascas y catalanas, nuestra disponibilidad es plena para hablar». Pablo mantiene que el acuerdo con Ciudadanos es incompatible «por mandato de nuestras bases en votación», aunque se muestra dispuesto «a escuchar cualquier propuesta».

Pero esta no llega. La opción de intentar un acuerdo con Podemos y las fuerzas nacionalistas no está en las conversaciones que Sánchez mantiene con los barones de su partido. Es más, alguno de ellos le indica expresamente que ni hable con el partido de Pablo Iglesias. Y hay propuestas variopintas. El presidente de Extremadura, Guillermo Fernández Vara, aboga por que algunos diputados del PSOE se ausenten de la votación de investidura para permitir la elección de Rajoy.

El 7 de julio, día de San Fermín, Felipe González publica en *El País* el artículo que había comentado con Pedro Sánchez. El expresidente también enarbola el mantra del temor a las terceras elecciones y exige rapidez: «Puede y debe haber investidura antes de que acabe el mes de julio o en los primeros días de agosto». Felipe lo quiere pronto: «Cuanto antes se llegue al final, mejor será para todos o, al menos, menos costoso». González pide que gobierne el PP: «La solución de que haya una investidura para España, teniendo en cuenta que no hay mayoría alternativa coherente para hacerlo, pasa por un Gobierno del PP o encabezado por el PP». Y emplaza públicamente a Sánchez a «aceptar el diálogo que le ofrece el candidato del PP», y a Rajoy a «salir definitiva e irreversiblemente del modo reposo».

Felipe González tiene buena relación con Mariano, pero no cuenta con que Rajoy salga de la madriguera hasta que no lo tenga del todo claro. Quiere ver a Sánchez entregado o moribundo. Y es que, por ahora, casi todos los dirigentes socialistas en activo que defienden la abstención no se atreven a cargar con el peso de decirlo abiertamente. En esta guerra psicológica de ver quién carga con el muerto, Pedro ha convocado a los barones socialistas para que pasen uno a uno por Ferraz y abordar qué hacer. Si antes le acusaron de no consultarles, ahora el líder del PSOE abre una ronda de contactos y quiere que todos se

retraten. Tampoco lo harán. Es más, en privado echan pestes, porque aseguran que es una estrategia de Sánchez para que se mojen ellos y dejarles en mal lugar. Así está la casa de los líos en la que se ha convertido el PSOE.

En el Comité Federal del 9 de julio, Sánchez hablará en público por primera vez desde las elecciones generales. Han pasado trece días de silencio. Solo compareció en la noche electoral y no admitió preguntas. A puerta cerrada, Susana Díaz también agarra el estandarte del miedo a las terceras: «En este país no puede haber terceras elecciones. Sería una catástrofe para España», al tiempo que exige no apoyar al PP «ni por activa ni por pasiva». También quiere que el PSOE no busque un Gobierno de cambio, porque «los debates que se han abierto con ese sueño de poder formar un Gobierno alternativo se nos pueden volver en una pesadilla». ¿Qué quiere entonces? Que caiga Sánchez, sin pedirlo directamente, aunque le restriega que no ha recuperado «ni un solo voto del millón que ha perdido Unidos Podemos, Podemos Unidos o como se llame. No digamos que somos el partido hegemónico de la izquierda, porque los tenemos pegados a la espalda».

La abstención es sugerida por los críticos con Sánchez en el Comité, pero no la piden expresamente. Todos saben el trago que supondría frente a sus bases y sus votantes admitir ese apoyo a Rajoy. Máxime cuando después habrá un Congreso Federal en el que el líder será elegido con el voto de los militantes. Susana quiere que el papelón lo haga Pedro: «Le corresponde al secretario general gestionar esta decisión». Ante esta tesitura Sánchez se asegura de que el Partido Socialista hará oposición, y lo declara de este modo: «Los socialistas nos comprometemos hoy a liderar la oposición, pero para que haya oposición tiene que haber un Gobierno». La idea general que traslada el PSOE es la de ganar tiempo. Que Rajoy lleve la iniciativa y que intente antes lograr apoyos entre Ciudadanos y los nacionalistas. El sentir mayoritario de los críticos con Sánchez es que el PSOE revise su veto si Rajoy logra armar un acuerdo con otras formaciones que le permita llegar hasta los 169-170 escaños, o sea, sumando sus 137 escaños a los 32 de Ciudadanos y el de Coalición Canaria.

Los *sanchistas* consideran una torpeza haber puesto públicamente sobre la mesa la posible abstención socialista. Creen que eso propicia que el resto de partidos políticos no se esfuercen en negociar y esperen a que finalmente el PSOE pase por el aro. Cuando Susana Díaz dice en el Comité Federal «ni por activa ni por pasiva apoyaremos al PP», Mariano ya tiene en la cabeza que será así. Y el porqué lo da ella misma al afirmar que no puede haber terceras elecciones porque sería «una catástrofe». Para evitar esos daños catastróficos, Rajoy solo tiene que esperar y poner al PSOE ante la situación de evitarlos dándole su apoyo. Al borde de las terceras, Mariano sabe que los socialistas

caerán en sus brazos.

Así que, tras casi seis horas de debate y casi cincuenta intervenciones, la reunión del máximo órgano de dirección del PSOE acaba sin haber dicho lo que realmente se piensa y dejando vigente la resolución de diciembre que impide abstenerse ante el PP. Si ha habido barones partidarios de elaborar una alternativa de Gobierno, como los de Baleares y Cataluña, el presidente aragonés, Javier Lambán los ha despreciado públicamente por estar afectados de alguna ventolera: «Creo que esa propuesta es producto de la tramontana que de vez en cuando aparece en esas zonas», escribe Lambán en Twitter.

No hay viento de cambio y, además, para Mariano Rajoy es como si viera llover.

EL ABRAZO DEL OSO

No solo dirigentes como Felipe González llaman a abstenerse para que gobierne Rajoy. El mundo de los negocios traslada en estos días suficientes presiones como para hacer ver que no debe haber terceras elecciones. A Pedro Sánchez le tiemblan las piernas y Albert Rivera va a ser el primero en ceder. Esto, sin duda, aumenta la presión sobre Sánchez, que se va a sentir aún más solo. Ocurrirá cuando vaya a ver a Rajoy el 13 de julio.

Antes, Mariano, Pedro y Albert han viajado a Bruselas. Allí también hay deseos de que en España no vuelva a haber otros comicios. Como ocurrió tras las primeras elecciones, Rajoy se ve con Angela Merkel y traslada a la canciller alemana que esta vez logrará formar Gobierno, pero le pide tiempo. Ambos comentan el precedente de la coalición germana entre el partido de Merkel, CDU/CSU, y los socialdemócratas del SPD.

Mariano ha viajado a la capital comunitaria para asistir al Consejo Europeo que analiza el Brexit y a la reunión del Partido Popular del continente. Allí, el presidente español en funciones afirma que está convencido de que en esta ocasión habrá un Gobierno popular con respaldo socialista «directo o indirecto». Rajoy lleva siete meses en funciones y le hace llegar a Merkel que el joven Pedro Sánchez no soportará la presión de votar «no» en una primera y en una segunda sesión de investidura. No se atreverá a abocar al país a unas terceras elecciones.

Sánchez comienza a digerir estas presiones. Por eso también viaja a Bruselas para reunirse con sus compañeros del Grupo Socialista europeo, pero no hace declaraciones públicas. Considera que cuando la presión es tan fuerte lo mejor es no decir nada que pueda utilizarse para echar más leña al fuego. Es tal el agobio que Albert Rivera, que ha viajado para verse con sus correligionarios del grupo liberal, responde muy incómodo cuando los periodistas le piden que diga claramente si se mantiene en no apoyar un Gobierno de Rajoy: «Ya lo he dicho muchas veces, no hace falta que lo repita. Soy una persona, no un mono de feria. No es ambiguo. Lo ha entendido toda España».

Pero, a los pocos días, Rivera empieza a cambiar de opinión. Durante el debate electoral a cuatro, el líder de Ciudadanos dijo que no permitiría que Mariano siguiera gobernando y le pidió que diera un paso atrás. Pocos días antes de las segundas elecciones, el 17 de junio, le preguntaron en un desayuno informativo: «¿Descarta la abstención para que gobierne Mariano Rajoy?». A lo que Albert contestó: «Sí. No queremos que Rajoy siga gobernando, queremos cambio de entrenador, de Gobierno, de personas». Al día siguiente de que los españoles votaran, el 27 de junio, Rivera insistió: «No vamos a apoyar ningún Gobierno de Mariano Rajoy».

Se aproxima la primera ronda de contactos con el presidente en funciones. Es el 12 de julio y el líder de Ciudadanos acude a la Carrera de San Jerónimo de Madrid para presentar sus credenciales como diputado en el Congreso. Allí rectifica ante los medios: «No hay veto a Mariano Rajoy». Al día siguiente, tras reunirse durante una hora y media con el presidente en funciones, dice: «Todos tenemos que ceder. Al PSOE le gustaría no tener que mojarse en esa votación de investidura, pero seguramente tendrá que acabar haciéndolo». Albert Rivera cambia su «no» al «presidente de la corrupción» por la «prioridad de no llevar a España a nuevas elecciones». A cambio, promete ahora no formar parte de un Gobierno junto al PP ni votar a favor de su candidato. También lo incumplirá.

La presión sobre Pedro Sánchez se multiplica. Pedro sabe que, después de abstenerse en la investidura de Rajoy, llegará un Congreso del PSOE en el que su cabeza correrá más que un serio peligro. Piensa que la abstención sería el «último servicio» que prestaría al partido.

Con esta idea bastante clara en la cabeza, el encuentro del líder del PSOE con Rajoy, el 13 de julio, transcurre de un modo mucho más cordial que los que habían tenido lugar antes de las segundas elecciones.

Ocurre, eso sí, algo que despeja las dudas del líder del PSOE. Sánchez esperaba a un Mariano más entregado, pero se encuentra con que Rajoy quiere más. No se conforma con que se abstenga y le permita formar un Gobierno en minoría, sino que, además, Rajoy le traslada también la necesidad de tener un apoyo parlamentario sólido, que le permita ser investido, pero no para tumbarle sus principales propuestas en el Congreso. Le pide apoyo a los Presupuestos y a una serie de medidas clave que le garanticen una legislatura «sólida». Cuando Pedro lo comenta con su equipo más cercano, dice: «Nos quiere dar el abrazo del oso».

El Pedro Sánchez que sale de reunirse con Rajoy no se atreve a decir ni sí, ni no, ni bien, ni mal, pero siente el pánico a una «abducción mariana». Albert Rivera ha cedido. Y ahora hay cuatro palabras que demuestran públicamente que Sánchez también está reculando, aunque teme el gran dolor que Mariano puede

causarle. Pedro cambia el «no es no» por estas cuatro palabras clave: «A día de hoy». El líder del PSOE repite esa coletilla varias veces. Sostiene que sus 85 diputados votarán en contra de la investidura de Rajoy, pero deja en el aire si lo harán también en una segunda votación.

Eso sí, después de reunirse con el presidente en funciones durante una hora y veinte minutos, Pedro también afirma que «el PSOE estará en la solución» para «desbloquear», aunque expresa públicamente lo que más le aterra: «El señor Rajoy no puede contar con el Partido Socialista para un Gobierno de gran coalición ni para pactar un programa de legislatura». Es la constatación de que Mariano le ha pedido más porque piensa que, a estas alturas, puede hacerlo. Está seguro de que Sánchez caerá como fruta madura y se entregará. Vivo o muerto.

Mientras, la «vieja guardia» socialista sigue presionando a Sánchez. Alfredo Pérez Rubalcaba es uno de los más activos en la sombra. Sin hacer tantas declaraciones públicas como contactos mantiene en privado y sin hablar con el secretario general, ya que dejó de conversar con él desde que no cumplió su consejo de no presentarse a la investidura. Ahora, Pérez Rubalcaba aprovecha su presencia en los cursos de verano de El Escorial para bautizar como «Gobierno Frankenstein» un posible acuerdo del PSOE con otras fuerzas como Unidos Podemos.

Rubalcaba, el químico, está ya con Susana Díaz y quiere aplicarle a Sánchez una fórmula que le haga desaparecer de Ferraz. No ve alternativa a un Gobierno de Rajoy: «Pablo Iglesias no puede seguir jugando con la gente y decir que hay posibilidad de un Gobierno de izquierda cuando no es verdad. El PNV y Convergència no son de izquierdas y Esquerra Republicana de Catalunya es independentista. Unidos Podemos integra a separatistas, anticapitalistas, ecosocialistas o confederalistas». El marchamo «Gobierno Frankenstein» para referirse a la alternativa a Mariano se convierte en una expresión que hace historia en estos meses.

Alfonso Guerra se suma al coro público de los «históricos» que presionan al líder del PSOE. En los mismos cursos de verano, Guerra considera «contradictorio» que Pedro se mantenga firme en su «no» a Rajoy y, al mismo tiempo, descarte una repetición de las elecciones generales. Dentro de esa «contradicción», el exvicepresidente de Felipe González comenta que él solo analiza, no dice lo que hay que hacer, «pero un acuerdo con Podemos es inviable, por mucho que ahora lloren para hacer lo que no quisieron tras el 20D».

Lo que Guerra no considera viable es «aritméticamente posible», según declara Alberto Garzón en una rueda de prensa. El líder de Izquierda Unida plantea formar un Ejecutivo con los votos del PSOE (85 diputados), Unidos Podemos (71), Esquerra Republicana (9) y el Partido Nacionalista Vasco (5). Es

una fórmula que lograría superar por un diputado los 169 «noes» de PP y Ciudadanos. Garzón acusa a los socialistas de estar atrapados en «contradicciones internas» y espera «que no sea la voz de Felipe González la que gane».

Son días en los que no se produce ninguna conversación entre Pedro Sánchez y Pablo Iglesias. El líder de Podemos se encuentra con Rajoy y pide ante los medios que el secretario general del PSOE elija entre el PP, una alternativa de izquierda o terceras elecciones. No hay respuesta pública, pero en Ferraz, a estas alturas, ya ni siquiera barajan la posibilidad de un Gobierno de cambio. Los contactos entre José Enrique Serrano y Jorge Moragas van por otro lado. Ni se sondea ni se sondeará a los partidos de izquierda y a los nacionalistas para intentar una investidura de Sánchez. Al menos, «a día de hoy».

Mientras, en Podemos siguen preguntándose qué ha ocurrido para perder un millón de votos. Carolina Bescansa, Íñigo Errejón y Pablo Echenique presentan varios informes ante el Consejo Ciudadano, el máximo órgano de decisión del partido entre asambleas. Los tres destacan la llamada «campaña del miedo». Eso sí, Errejón apunta a una desmovilización de votantes de Izquierda Unida, muy clamorosa en comunidades como la Asturias de Gaspar Llamazares, que no era proclive al pacto. También considera que el trabajo de Podemos en instituciones como el Congreso debe mejorar para conseguir unas valoraciones más positivas. Echenique recoge «cierta confusión» entre las bases del partido que no entendieron por qué «la breve legislatura se planteó de una manera confrontativa con el PSOE», mientras que en la campaña prevaleció el discurso de la «mano tendida». Bescansa señala que la mayor parte de los votantes perdidos «se quedaron en casa», mientras el PP aumentaba considerablemente el número de votos porque muchos fueron a las urnas tapándose la nariz por la corrupción pero con temor a que gobernara Unidos Podemos.

LAS DE CAÍN

Dos hombres atraviesan a paso ligero la Ruta da Pedra e da Auga. A primera hora de la mañana, pisotean el sendero entre Ribadumia y Meis. Es verano en Pontevedra, Mariano suda, pero disfruta de la temperatura de estas horas. Rajoy no corre, camina. Le acompaña, como siempre, su amigo José Benito. Mariano no cambia fácilmente de acompañante. Es de costumbres arraigadas. Así emerge al final de cada cuesta, al trantrán. Paso ligero, pero seguro. Con apariencia absolutamente feísta: Rajoy lleva calcetines negros, zapatillas grises, bermudas azules y polo verde oscuro.

Andando, sin correr, Rajoy ha conseguido que Albert Rivera se ponga ya a su rueda. Ahora Mariano tiene otro plan y necesita a la mujer de su amigo José Benito. Hay que ganar tiempo en el Congreso de los Diputados antes de convocar la sesión de investidura. Para que pasen los días, las semanas y los meses, si es preciso, hay que controlar la Cámara, y Rajoy busca aliados para esa tarea: su fiel Ana Pastor y Albert Rivera, compañero de viaje de nueva hora. El mismo que hace unos días le dijo que no le apoyaría. Conseguir el control de la Mesa del Congreso de los Diputados es el próximo objetivo. La norma dice que debe ser alguien que garantice la independencia, pero Mariano quiere forzar la máquina y que se amolde a sus tiempos.

Han pasado siete meses y Rajoy sigue siendo el jefe del Ejecutivo. Gobernando en funciones, acaba de inaugurar el mes de julio metiéndole un buen pellizco a la hucha de las pensiones. Viernes, tarde, en plena operación salida de vacaciones, una nota de prensa anuncia la mayor retirada de liquidez en el Fondo de Reserva. Son 8.700 millones de euros. Cuando Mariano llegó al palacio presidencial, en 2011, había casi 67.000. La previsión indica que, a este ritmo, la hucha puede durar algo más de un año. Pero todo está controlado para Rajoy. No hay revuelo mediático durante el fin de semana y tiene el apoyo masivo de los votantes pensionistas. No les ha explicado cómo garantizará la paga de sus jubilaciones con un modelo actual que se agota. No lo saben, pero le han votado a cascoporro.

Los días transcurren con calma para Mariano. Ahora con algunas conversaciones telefónicas con Albert Rivera. Rajoy está dispuesto a cuadrar el círculo. Para controlar la Mesa del Congreso quiere tener el apoyo del PP, de Ciudadanos, de los nacionalistas catalanes y de los vascos. Como no se entiende con Pedro Sánchez, busca que le apoyen los que enarbolan distintas banderas con antagónico fervor. Pero la enseña de Rajoy es la supervivencia y está dispuesto a seguir plantándola en La Moncloa.

Hace unos días, Ciudadanos decía públicamente que ni se abstendrían ni votarían a favor de un Gobierno con Mariano Rajoy al frente, y hasta daban nombres de los políticos del PP que podrían sustituirle para presidir el Gobierno: Cristina Cifuentes, Alberto Núñez Feijóo, Alfonso Alonso, Ana Pastor y Pablo Casado. Ahora, Albert Rivera ya no le niega el apoyo a Rajoy para seguir en La Moncloa y negocia que el PP presida el Congreso de los Diputados. C's tendría así dos puestos en la Mesa que, por el número de votos logrados en las urnas, no le corresponderían.

Este acuerdo dependerá de que no haya pacto entre el resto de los partidos, pero PSOE y Podemos van a terminar a voces en el Congreso. Qué raro. La XII Legislatura comienza con José Zaragoza, diputado socialista, y Manolo Monereo, parlamentario del partido de Pablo Iglesias, a voz en grito en el hemiciclo. Monereo promete su cargo pidiendo cambiar la Constitución «para que el pueblo decida su destino» y es interrumpido desde la bancada socialista. El parlamentario de Podemos termina su promesa girándose hacia ellos. Alguien ha preguntado en alto quién es ese y Zaragoza ha mencionado: «El de la pinza con Anguita». «Vosotros los del GAL, los de Barrionuevo y la corrupción», contesta Monereo. Allí se oye desde «sinvergüenza» a «hijo de puta». El alboroto continúa mientras Irene Montero, de Podemos, está prometiendo su cargo varias tribunas más abajo.

Zaragoza y Monereo simbolizan un drama más. Los dos votarán meses después en contra de la investidura de Mariano Rajoy, pues el diputado socialista del PSC decidirá que de ninguna forma cambia su voto. Pero los dos representan a dos partidos incapaces de ponerse de acuerdo. Son viejos conocidos de la política, pero el espectáculo que se muestra en la Cámara Baja es otro fracaso. Manuel Monereo perteneció al círculo más cercano de Julio Anguita cuando estaba en la oposición a Felipe González junto al PP de Aznar. José Zaragoza fue secretario de Organización del PSC y fue acusado por estar detrás de escuchas y espionaje político. Lo que se oye ahora en el Congreso es un tumulto que refleja a dos partidos enfrentados, y algunos de muy mala manera.

Mientras tanto, Mariano acaba de lograr el apoyo de una formación que defiende su «españolismo» —Ciudadanos— y de dos nacionalistas. PSOE y

Podemos lamentan que una decena de votos obtenidos por el PP proceden de la antigua *Convergència*, hoy Partido Demócrata Catalán, y del PNV, además de Coalición Canaria. La suma es 179, cuando populares y C's habrían sumado solo 169.

—Ninguno de los 85 del PSOE ha sido —declara a la prensa Antonio Hernando.

Pablo Iglesias acusa al portavoz de la antigua *Convergència* de Pujol, Francesc Homs, de apoyar al partido «que os quiere encarcelar» por la consulta soberanista del 9N de 2014 «y que tal vez lo consiga en unos meses».

—Mariano es un genio —dice un diputado socialista en los pasillos.

—Y todo esto es un circo y un camelo —le responde otro de Unidos Podemos.

Monereo y Zaragoza, uno andaluz y el otro catalán, siguen discutiendo desde lejos al salir del hemiciclo. La distancia entre el PSOE y Podemos se acrecienta día a día. Tras las segundas elecciones no hay puntos de encuentro. El Partido Socialista había explorado la posibilidad de contar con los apoyos necesarios para que Patxi López siguiera como presidente del Congreso, pero interpretó como una deslealtad que Podemos ya hubiera consultado a los nacionalistas si apoyarían a Xavier Domènech para ocupar ese cargo. Ahí terminó todo. Cada partido defendió finalmente a su candidato en la primera votación y, aunque el partido de Iglesias votó a López en la segunda cuando se quedó fuera Domènech, Patxi habría necesitado los votos nacionalistas.

Se trata de un nuevo desencuentro entre el PSOE y Podemos, mientras Rajoy se ha puesto de acuerdo con Ciudadanos para que Ana Pastor presida la Cámara y tener la mayoría de la Mesa con la abstención en segunda vuelta de la antigua *Convergència* y del PNV. PP y Ciudadanos tienen ya la mayoría en el órgano rector del Parlamento, una llave maestra para bloquear iniciativas y que Rajoy siga haciendo malabares con el tiempo.

Pastor será determinante para Mariano. Con su gran amiga presidiendo la Cámara, no habrá problemas para que el líder del PP cuente con los plazos que le resulten más apropiados para presentarse al debate de investidura. Mariano quiere que el PSOE le ceda la abstención y antes esperará a que Sánchez se cueza. Hasta entonces, Ana no debe convocar la votación para elegir al nuevo presidente, aunque se fuercen las normas, si es preciso.

Por su parte, Pablo Iglesias da por enterradas las posibilidades de un Gobierno de cambio con el PSOE: «La votación de la Mesa lo ha revelado como imposible», y pronostica lo que tantos ven venir: «Mi quiniela es que si Mariano Rajoy no lo consigue la primera vez, en la siguiente investidura el PSOE se abstendrá». A estas alturas, Albert Rivera también sigue tirando del carro. Habla de una abstención de Ciudadanos, pero, a mediados de julio, Mariano Rajoy le

envía informes económicos para negociar el techo de gasto de las Administraciones y los Presupuestos de 2017. Rivera coincide con el PP en la «urgencia» de tramitar las cuentas públicas y de cumplir con los compromisos de déficit adquiridos con Bruselas.

A Rajoy, la amenaza del «yo o terceras elecciones» le está funcionando a la perfección. Hasta seis exministros socialistas publican un manifiesto en contra de la repetición electoral, y defienden que «lo prioritario» es investir un nuevo Gobierno. Javier Solana, Joaquín Almunia, Mercedes Cabrera, José María Maravall, César Antonio Molina y Tomás de la Quadra-Salcedo estampan su firma. «Es momento de buscar acuerdos y soluciones, en vez de proseguir obsesionados por identificar culpables sobre los que centrifugar responsabilidades indeclinables», reza el escrito rubricado por cuarenta y siete expolíticos e intelectuales, entre los que también está Irene Lozano, el flamante fichaje de Sánchez hasta que renunció a repetir; Cayetana Álvarez de Toledo, exdiputada del PP, o Félix de Azúa, vinculado a Ciudadanos.

Mientras tanto, en el Tribunal Supremo se ha anunciado que el extesorero de Rajoy en el PP, Luis Bárcenas, deberá pagar 50.000 euros a Cospedal. Los magistrados consideran que es una intromisión en el honor de la secretaria general de los populares lo que aparece en la contabilidad B de los llamados «papeles de Bárcenas», la contabilidad secreta en el PP entre 1990 y 2008, con aportaciones de constructoras adjudicatarias de obra pública y políticos populares receptores de dinero negro.

El horizonte de Rajoy para seguir en La Moncloa es cada vez más claro. Solo el miedo a que Sánchez esté tramando un plan B con Podemos y los nacionalistas puede truncarlo.

AUNQUE NO SE LO MEREZCA

Albert Rivera quiere abstenerse, pero espera que también lo haga Pedro Sánchez. Rivera espera a Sánchez y Pedro espera a que Rajoy logre apoyos entre los nacionalistas. Esperar a Mariano puede matarte de desesperación. Lo siguiente que trama es forzar el papel del rey, del Congreso de los Diputados y hasta de la Constitución. Ahí es nada. El 28 de julio tiene cita con Felipe VI y debe decirle si se presenta a la investidura. Rechazar el ofrecimiento del monarca llevaría a un vacío de consecuencias imprevisibles. Por eso Mariano convoca a la vicepresidenta, Soraya Sáenz de Santamaría, y al equipo jurídico de La Moncloa y les pide que le cuenten qué puede hacer para seguir ganando tiempo.

Si el rey le ofrece que se presente para ser investido, Rajoy le dirá que sí, pero dilatará la fecha para someterse a la primera votación de investidura. Para ello cuenta con la complicidad de la presidenta del Congreso. Pedro Sánchez espera que Mariano logre esos otros apoyos que le libren del trance de una abstención socialista, pero Rajoy no mueve ni un dedo. Tiene los 123 escaños del PP y no suma ni uno más. Los expertos constitucionalistas le dicen que con el artículo 99.2 de la Carta Magna puede aceptar el encargo del rey, pero no está obligado a presentar su programa ante el Congreso en un tiempo determinado. Rajoy se aferra a esa ambigüedad, y mientras tanto espera que la presión siga cayendo sobre Sánchez para abstenerse.

Mariano ha hablado con Felipe González y han comentado que lo más «sensato» es lo que el expresidente propone en su artículo de *El País*. Así va Mariano Rajoy a reunirse con el rey. Es jueves. Además, se dirige a La Zarzuela tras haber visto la rueda de prensa que ha dado Pedro Sánchez después de su entrevista con el monarca. El líder del PSOE no saca pecho en esta legislatura, pero tampoco niega que vaya a intentar un Gobierno alternativo si Rajoy fracasa. Mariano calcula que Pedro espera que su investidura sea rechazada para después intentar bailar sobre su tumba y presentarse con un Gobierno alternativo.

Así llega Rajoy a palacio. Se ve con Felipe VI, recibe el encargo del monarca, habla con Jorge Moragas, con Soraya, con Cospedal, y comparece ante los

medios. Acepta, esta vez sí, el envite de intentar formar Gobierno. Cuando Pedro Sánchez hizo lo mismo en la pasada legislatura, convino con el presidente del Congreso, Patxi López, que necesitaría en torno a un mes para buscar apoyos. Ahora ni Rajoy ni Ana Pastor dan un plazo. Será otra larga etapa *marianista*. Se sabe cuándo empieza, pero nunca cuándo acaba.

Para Rajoy son los días del Tour de Francia, uno de sus deleites deportivos preferidos. Pasará las tardes viendo a otros sufrir a través del plasma, y días sabiendo que Sánchez y Rivera sufren para mantenerle el ritmo con un periodo de incertidumbre que nunca termina. Acaba de dejar en el aire si se someterá a la investidura después de aceptar el mandato del rey de España. Es una situación sin precedentes en la democracia española. Nunca antes se había vivido algo así, pues se trata de una aceptación condicionada: «Acepto el encargo, pero veré si me presento», trama ahora el bueno de Mariano.

En el PSOE se tiran de los pelos, porque hace escasos meses, en febrero, cuando Rafael Hernando, el portavoz del PP en el Congreso, entregó un escrito a Patxi López quejándose porque le había dado a Sánchez un plazo de un mes. Por entonces, al Partido Popular le pareció mucho y exigió inmediatez. Ahora Rajoy no solo no cumple lo que les exigía a otros, sino que aplaza *sine die* la posible investidura de otro candidato. Por mucho que los periodistas le pregunten a Ana Pastor, esta no puede aclararlo. Toca esperar. *Marianismo* impera.

La amenaza de las terceras elecciones se cierne sobre los candidatos, pero es un papelón apoyar o abstenerse para que siga gobernando Rajoy. Hay sobradas razones para temerle. No es la mejor compañía. El PP, el partido del Gobierno de España, acaba de ser procesado. La eliminación de los discos duros del extesorero Luis Bárcenas vuelve a ser noticia en los tribunales. Una jueza procesa al Partido Popular como persona jurídica por la destrucción de los ordenadores en la sede nacional de la calle Génova. Las computadoras estaban en la sala que aún tenía Bárcenas cuando todavía cobraba 21.300 euros al mes y disponía de chófer y secretaria, aunque había dimitido. Además, en el Tribunal Supremo, la Fiscalía pide investigar a Rita Barberá, todavía senadora del PP, por el presunto blanqueo de capitales del PP del Ayuntamiento de Valencia.

Con Rajoy flotando en semejante cochambre de escándalos de corrupción, sus incipientes negociaciones con Albert Rivera no avanzan. El cortejo va a ser largo y doloroso. Pero más para Albert. Si hay otra repetición electoral, las encuestas auguran que Ciudadanos tiene mucho más que perder. Y eso lo saben los dos. Cuando Rivera fue a ver al rey, volvió a pedir «un Gobierno limpio» con una fórmula contradictoria en su discurso: que todos se abstengan para que gobierne Mariano. Pero siguen saltando noticias sobre escándalos corruptos.

Hay otra fórmula que Rajoy y Rivera han hablado y en la que confían más. Se

trata del que siguen llamando «pacto constitucionalista»: PP-PSOE-Ciudadanos, con votos a favor y abstenciones. A Albert Rivera le ha incomodado que Mariano lograra su apoyo y después el de los nacionalistas para sacar adelante la Mesa del Congreso, pero hay noticias que vienen de Cataluña que favorecerán que se retome la fórmula del «constitucionalismo». El Parlamento catalán aprueba las conclusiones de la comisión de estudio del proceso constituyente. La votación supone un aval para abrir la vía unilateral de independencia. La mayoría absoluta del bloque secesionista, entre Junts pel Sí y la CUP, saca adelante el desafío al Tribunal Constitucional.

Rajoy ha hablado con Sánchez y con Rivera. El Gobierno en funciones pide al Constitucional que abra la vía penal contra la presidenta del Parlament catalán, Carme Forcadell, por desobediencia. La vicepresidenta ha comparecido de urgencia para hacer una declaración institucional y anuncia que el presidente está en contacto con los líderes de los partidos «constitucionalistas». El latiguillo se repite.

Va terminando julio y Felipe González vuelve a pedir públicamente que el PSOE se abstenga para que siga gobernando Rajoy. El expresidente del Gobierno no se ha visto con Sánchez y, de hecho, no volverán a reunirse, pero ahora está en Argentina y desde allí intercambia con el actual líder del Partido Socialista sus últimos mensajes de móvil. Felipe concede una entrevista al diario argentino *Clarín*, donde insiste sin descanso en que hay que «dejar formar Gobierno a Rajoy». Esta vez González añade: «Incluso si no se lo merece». El expresidente también remarca la amenaza de las terceras elecciones: «Hay que votar en contra en la primera votación y abstenerse en la segunda. Si no es posible formar Gobierno, hay que dejar formarlo y eso lleva a la abstención». Aunque lo que marca un cambio en las relaciones con Pedro es el aviso que Felipe le lanza entre líneas por desobedecerle: «Hay una crisis de liderazgo. Es muy serio».

Como Sánchez, esta vez, apenas habla en el periodo postelectoral, en el PSOE hay gran inquietud por lo que puedan estar tramando él y Pablo Iglesias. Durante las semanas posteriores a las primeras elecciones, estuvo muy claro, pues todo lo mostraban en declaraciones públicas. Incluidos sus errores. Ahora Pedro y Pablo han optado por un perfil más prudente y eso también intriga a los críticos en el Partido Socialista. Iglesias insiste en que esta vez no hará exigencias en público. Ha ido a ver al rey y ha comparecido con tono moderado y solo. Nada que ver con la rueda de prensa en grupo que hizo en enero pidiendo ministerios. En esta ocasión ha asegurado que no le corresponde en ningún caso tomar la iniciativa, que pertenece a Sánchez: «Estamos dispuestos a escuchar ofertas». Pedro ni acepta ni rechaza. No ha aclarado públicamente si descarta intentar un Gobierno

alternativo si Rajoy fracasa.

VOCES AISLADAS

En julio muchos dan por hecho que Sánchez se abstendrá, pero ya no está tan claro. Dos escenas definen sus planes. Un antes y un después. Las dos transcurren en el Mediterráneo. Una tiene lugar antes de las segundas elecciones y otra se produce ya pasados los comicios y avanzado el verano. La primera transcurre en un vehículo de campaña, a primera hora del día. Un alicaído Pedro Sánchez escucha cómo alguien de su equipo trata de subirle el ánimo y le lee en alto un titular sobre encuestas que publica la prensa del día.

—¡Anda, mira, subimos! —exclaman en el coche del candidato.

—¿Cuánto? ¿Dos décimas? —responde sin interesarse por el dato un Sánchez que se siente derrotado.

Por aquel entonces, el líder del PSOE daba por hecho que sufriría el *sorpasso* de Unidos Podemos y sería el candidato socialista que viviría el mal trago de convertirse en la tercera fuerza de España. Ahora ha vuelto a la misma zona y Pedro Sánchez se las promete más felices. Ha pasado de asumir la derrota ante Podemos a pensar en la abstención, para finalmente asegurar en privado que aún puede ser presidente del Gobierno. Sánchez le revela a un dirigente local del PSOE que «Podemos está entregado; Rivera se abstendrá, porque tiene pánico a las terceras elecciones; con el PNV, no habrá problema para que nos apoyen; de la antigua Convergència, ya tenemos el sí y de Esquerra, pasando».

Efectivamente, a finales de junio Pedro pensaba en abstenerse, pero cuando termina julio se plantea ganarle el pulso a Mariano. Lo comentará con su círculo más cercano: Antonio Hernando, Óscar López, César Luena, Juanma Serrano... Les sube la moral que la gente por la calle les arengue para que no permitan que siga gobernando Rajoy. Sucede que dirigentes que pasaban inadvertidos por ser de un PSOE que parecía anticuado, ahora se encuentran con que en la calle les animan a mantener el «no es no». Han encontrado un grito de guerra. Algo que parece que une a la tropa.

Mientras tanto, los contactos de Mariano son, fundamentalmente, para lamentarse de que «este tío» no cambia. Hay otra expresión que Rajoy repite sin

parar: «Esto es un lío». Aunque sabe bien que cuanto más tiempo pase más cerca de la guillotina estará la cabeza de Pedro Sánchez. Así lo percibe al otro lado del teléfono, y así se lo han dejado entrever destacados socialistas.

Sánchez se lamenta de que es el secretario general de dos partidos: uno está en activo y otro aparenta que se ha ido sin irse. Este último es el de Felipe, Rubalcaba, Zapatero, Bono... Todos apoyan a Susana y todos tienen la particularidad de que dicen en público lo que ella diría pero no le conviene decir por coste electoral. Por ejemplo, para un peso pesado del PSOE que ya no se presenta a las elecciones no supone un desgaste decir públicamente que hay que abstenerse y que gobierne Rajoy. En cambio, los dirigentes que están en activo, empezando por Susana Díaz, lo piensan pero no lo dicen porque no quieren cargar con ese peso en su currículum.

En vista de que Sánchez no cambia, José Luis Rodríguez Zapatero sale a la palestra a reconocer algo que remueve ciertas hipocresías. Es 4 de agosto y, en un acto en León, el expresidente pide abrir «un proceso de diálogo interno» sobre la formación de Gobierno, porque «sería negativo e inconveniente celebrar unas terceras elecciones». Dicho de otra forma, el diálogo ha sido posible en varios Comités Federales del PSOE, pero allí no se han atrevido a pedir la abstención. Zapatero anima a que ese «diálogo» se lleve a cabo. Que no se lo callen.

Entre los socialistas que no están en activo y que tanto influyen sin estar, sigue la catarata de declaraciones públicas para abstenerse. José Bono concede una entrevista a La Sexta, el 23 de julio, y le enseña la puerta de salida a un Pedro Sánchez al que tanto ayudó para llegar a la Secretaría General: «Si finalmente hay unas terceras elecciones, los líderes de los cuatro partidos, Mariano Rajoy, Pedro Sánchez, Pablo Iglesias y Albert Rivera, deberán retirarse». Bono se suma a la tesis de pedir la abstención para que gobierne Rajoy, «aunque no merezca gobernar desde el punto de vista moral». El exministro alega razones de Estado para permitirlo: «España merece tener Gobierno y, si fuera necesario que el PSOE se abstuviera, yo creo que, por responsabilidad de país, sin nada a cambio, debe pasar a la oposición, liderarla y acabar con la teatralidad de una izquierda populista, para volver a ser lo que fuimos».

No es casualidad. Entre Felipe, Rubalcaba, Zapatero o Bono hay una línea de transmisión permanente. Unos hablan con otros y mantienen una gran autoridad entre los cuadros del partido. Además, curiosamente, a estas alturas mantienen mejores relaciones con Mariano Rajoy que con Pedro Sánchez. Todos ellos le acusan de haberles engañado, de no hacerles caso, de no consultar...

Después de que José Bono fuera tan directo en la televisión, Pérez Rubalcaba vuelve a la carga y escribe, también en *El País*, el 28 de julio, tal y como tres

semanas antes lo hizo Felipe González. Rubalcaba es de un estilo más sibilino. Sigue moviéndose sin que parezca que está, pero de una manera constante. Sin desengancharse de la droga del poder y de la política. Escribe sobre «la solución que los partidos encuentren para desbloquear la actual situación política, tema que no he querido abordar en este artículo [...]». Lo aborda, pero entre líneas. Se le entiende perfectamente. Del PSOE dice que debe «recuperar la credibilidad haciendo una oposición útil». Del PP, «un partido que está en minoría y que, por tanto, debería pensar en un posible programa de Gobierno [...]». El químico Rubalcaba llama así a la fórmula del acuerdo: «Los principales problemas exigen una legislatura abierta al conjunto de los partidos [...]. Una política grande que como tal esté abierta al conjunto de las fuerzas políticas. Para reforzar nuestros acuerdos en política antiterrorista [...], formulando políticas económicas y sociales que piensen en una España competitiva, innovadora y justa; haciendo frente a nuestros problemas territoriales con una reforma de la Constitución medida y acordada; reformando, asimismo, nuestras instituciones políticas, dotándolas de la transparencia y la eficacia que exigen los ciudadanos para, entre otras cosas, erradicar cualquier tipo de corrupción».

Felipe, Rubalcaba, Guerra, Bono, Zapatero... Han ido apareciendo públicamente por este orden y algunos hasta varias veces en pocos días. A Sánchez ya no le enseñan la navaja por debajo de la mesa. Le están mostrando las espadas en alto. Así que la tensión es tal en la calle Ferraz de Madrid que Pedro ordena salir a responder públicamente a uno de los hombres más fieles a Pérez Rubalcaba, Antonio Hernando. Es verano y el portavoz parlamentario del PSOE comparece desde la sede socialista en Almería. Con un tono serio, grave, solemne, casi de escenario bélico, Hernando dice: «Vamos a defender la autonomía del PSOE, pese a quien pese. Todos los socialistas vamos a estar unidos en el no; no vamos a apoyar a Mariano Rajoy; no vamos a abstenernos». La guerra no ha terminado, solo se aproxima a su etapa más cruenta.

Y es que, por si fuera poco, Pedro Sánchez ha encontrado un nuevo motivo que lo cambia definitivamente todo y retrasa su decisión. Acaban de convocarse nuevas elecciones: las vascas y las gallegas. Serán el 25 de septiembre. Hasta entonces, Pedro ya tenía en la cabeza que le tocaba esperar. ¿Por qué? Sigue en la Secretaría General, cuenta a los suyos que abstenerse ahora para que gobierne Rajoy les pasaría una gran factura en las elecciones autonómicas y espera que, en función de los resultados de esos comicios, pueda tejerse la política de pactos autonómicos y nacionales. Sánchez cree, por ejemplo, que el PNV puede verse en la necesidad de recibir el apoyo del PP o del Partido Socialista de Euskadi para formar Gobierno después de las elecciones vascas. Pedro estaría dispuesto a apoyar al Partido Nacionalista Vasco a cambio de que este «se coma el marrón»

de respaldar a Mariano en Madrid. En Galicia, los buenos resultados en los comicios municipales de las mareas le hacen soñar con un posible pacto tras las autonómicas que tenga contrapartidas en Madrid, pero esto es un sueño de primera fase, porque Feijóo está muy fuerte en territorio gallego.

El lehendakari, Iñigo Urkullu, ha anunciado las elecciones vascas, ha avisado por mensaje de móvil a Rajoy y lo ha comentado con el presidente de la Xunta de Galicia, partidario de que los gallegos voten el mismo día, como ya hicieron en 2009 y 2012. Urkullu afirma que habría preferido no interferir en el periodo de búsqueda de Gobierno en el Estado, pero cambia los planes que tenía previstos por «la incapacidad de los partidos políticos para llegar a acuerdos».

La convocatoria de las elecciones vascas sirve, además, para que Mariano Rajoy resista con un nuevo récord. Envía a Alfonso Alonso como candidato del PP, deja de ser ministro de Sanidad y España pasa a tener un Gobierno de diez miembros. Mariano suma nuevas bajas y aguanta con un ejército cada vez más mermado. Ha perdido a tres ministros desde abril. Al estar en funciones, no ha podido nombrar a un sustituto en el Ministerio de Industria tras la marcha de José Manuel Soria, dimitido por los «papeles de Panamá»; ni para Ana Pastor, que ha dejado Fomento para proteger a Rajoy en la Presidencia del Congreso; ni para Alonso, que se desplaza a defender el frente vasco. Así resiste Mariano, también como el presidente que más tiempo ha estado en funciones. Ya va camino de los 250 días. Muy por detrás, Felipe González estuvo 62.

Pasa el tiempo y Rajoy, que aceptó la encomienda del rey para intentar formar Gobierno, aún no ha aclarado si se presentará a la investidura. No fija una fecha con la presidenta del Congreso ni marca un plazo para someterse a ese debate. No se ha movido de su intención de que PSOE y Ciudadanos le apoyen. Ni siquiera ha entablado negociaciones con los partidos nacionalistas más moderados. No permite que el Parlamento le controle mientras sigue en funciones. No ha comparecido para explicarse tras el procesamiento del PP en los tribunales ni acepta las investigaciones parlamentarias que le piden por las conspiraciones del ministro del Interior. Tampoco ha aclarado cómo hará frente a los 6.000 millones de ajustes que pide Bruselas... Así aguanta Rajoy.

En su primera ronda de consultas tras recibir el encargo del rey, decide abrir «un canal de comunicación permanente» con Albert Rivera y los dos insistirán en que el PSOE se sume a un pacto de los partidos «constitucionalistas». Pero esa suma no llega. En la reunión de Rajoy con Pedro, la segunda tras las elecciones del 26 de junio, la primera tras el encargo de Felipe VI a Mariano, el presidente en funciones ni siquiera le entrega a Sánchez lo previsto y anunciado en la prensa: «125 posibles puntos de acuerdo, basados en el pacto del PSOE con Ciudadanos en marzo». Los *sanchistas* recuerdan que por entonces Rajoy

ridiculizó ese pacto como un «curalotodo», el «bálsamo de Fierabrás», «un paso histórico que los niños estudiarán en las escuelas con el Compromiso de Caspe y los Pactos de La Moncloa», «una página histórica comparable al Tratado de los Toros de Guisando», «unas cuantas ideas que suenan bien, como quien adorna un escaparate o un árbol de Navidad»... Al final, el PP no le entrega a Sánchez nada. Cincuenta y cinco minutos de reunión y Mariano y Pedro pasan al modo de espera.

Cuando sale, Sánchez dice algo que sienta como un tiro a los barones, que están en un no parar en la prensa porque quieren cortarle la cabellera: «Salvo algunas voces aisladas, los militantes del PSOE no quieren que apoyemos al PP». Esas «voces aisladas» han pasado de decirle en privado que se abstuviera a hacerlo públicamente. Ahora piensan que si no quiere hacerlo «por las buenas», tendrá que ser «por las malas».

DONDE DIJE DIEGO

Por fin le llega a Felipe González una alegría política sobre la situación que vive España. El expresidente sigue sin hablar con Pedro Sánchez, pero ve más cercana la hora de quitárselo de encima. De momento, Felipe anuncia que la buena nueva no se la ha dado un dirigente del PSOE, sino de otro partido. ¿Quién será? El caso es que tiene lugar un giro político en la línea de lo que González ya está pidiendo abiertamente: que gobierne Rajoy, «aunque no se lo merezca». Antes de que el 10 de agosto Felipe González haga pública su satisfacción, los hechos se van a desencadenar con una suerte de contradicciones.

El 26 de julio, Ciudadanos se plantea públicamente volver atrás y cambiar su abstención por un «no» a Mariano. Una semana después, el partido de Albert Rivera la cambia por un «sí». Ciertamente: del no, a la abstención, a considerar volver al no, para terminar en un voto afirmativo a Rajoy. En un tiempo récord. Presiones apremian. Antes de las vacaciones de agosto, los toques de atención del mundo empresarial y de las encuestas son constantes. Hay sondeos que auguran que, si se celebraran terceras elecciones, el partido de Rivera caería aún más, y junto a esto, las altas esferas del IBEX comunican que quieren tener el panorama despejado a la vuelta del verano.

El 26 de julio, la dirección de Ciudadanos hace fuertes declaraciones públicas desmarcándose de Mariano, tras conocer el auto judicial que pide procesar al PP por la destrucción de los ordenadores de Bárcenas. Se desarrolla un debate interno en la formación de Rivera y algunos dirigentes proponen replantearse la abstención a la que se habían comprometido y votar en contra de la investidura de Rajoy. De hecho, el vicesecretario general de Ciudadanos, José Manuel Villegas, explicó: «Esto ratifica nuestra posición de que en España hace falta que se regeneren, se renueven y se limpien». Fueron declaraciones al diario *El País*, que tendrían continuación una semana después. El portavoz parlamentario de C's, Juan Carlos Girauta, declaró en Radio Nacional de España que votar a favor de Rajoy sería autodestruirse: «Pégate al Partido Popular, de manera que a ti se

te perciba como un apéndice del PP, que te absorba, que te abduzca [...]. Nadie le puede exigir a uno que se autodestruya. Sería un disparate».

Hay debate en el partido de Rivera antes de decantarse por ser la primera formación que da un giro de ciento ochenta grados y apoya al actual presidente en funciones. Algunos dirigentes consideran que respaldar a un Mariano perseguido por «una avalancha de corrupción» es como «pegarse un tiro» y cargarse la «coherencia política». Otros creen que es el momento de apoyarle, porque, si hay otra repetición electoral, les irá mucho peor. Consideran que demasiados electores no entenderían que hubieran apoyado al PSOE y no al PP.

La Operación Menina está en coma. La estrategia de que haya otro candidato popular que sustituya a Mariano va a saltar por los aires... Ciudadanos, que nació hace diez años repitiendo machaconamente la necesidad de regenerar la política española, está a punto de torcer el brazo ante Rajoy. Albert Rivera, que fue el principal azote de Mariano en el debate televisivo a cuatro, sucumbe a la presión de todos los que claman contra las terceras elecciones. Sánchez va a quedarse más solo.

El mismo día en el que Girauta alertaba del peligro de «autodestrucción» en su partido —esto solo afectará al mensaje, como los del Inspector Gadget—, Rivera se reúne con Rajoy y el presidente en funciones queda «muy contento», porque «hoy me voy de aquí sabiendo que puedo negociar algo. El martes no había negociación», declara sonriente ante los medios. «Le he dicho que no le vamos a apoyar, pero que sí hay un espacio común, de una oposición responsable, para una abstención», responde Rivera.

Cuatro días después, el líder de Ciudadanos convoca una rueda de prensa por sorpresa y todo cambia. Albert y Mariano llevan días hablando. Rivera anuncia que negociará el apoyo de sus treinta y dos diputados a la investidura de Mariano Rajoy, a cambio se seis medidas «irrenunciables»: expulsar a todo cargo público imputado por corrupción, que tampoco puedan ser indultados, eliminar los aforamientos, cambiar la ley electoral, limitar el mandato presidencial y crear una comisión parlamentaria del caso Bárcenas. El líder de Ciudadanos pone una condición previa: anunciar ya la fecha de la investidura, antes de sentarse a negociar.

Mariano se tomará su tiempo para responder. Tiene a favor que ya ha conseguido «un amigo». Ahora tardará en contestarle para que sufra un poco y le desee más. Además, el desconfiado Rajoy piensa que Rivera puede estar tramando llevarle al precipicio. Una vez que la presidenta del Congreso dé una fecha para debatir la investidura, la cuenta atrás se pondrá en marcha. Y siguen sin salirle las cuentas al PP. Incluso pactando con Ciudadanos, Rajoy quiere la abstención del PSOE, porque los 169 votos que el PP sumaría con el partido de

Rivera no bastan. Necesita 176 apoyos para conseguir la mayoría absoluta en primera vuelta o más «síes» que «noes» en la segunda.

Mariano no solo se toma su tiempo para reflexionar, sino que ha tramado una nueva jugada. Hasta el 18 de agosto la presidenta del Congreso no anuncia la fecha del debate de investidura. Ese día el PP informa que Rajoy acepta sentarse a negociar con Rivera. No es casualidad. Ana Pastor decide que el debate para investir a Mariano sea el 30 de agosto, y aquí llega la gran sorpresa: si la investidura no sale adelante y no se forma Gobierno en el plazo de dos meses tras la primera votación, las terceras elecciones tendrían lugar el 25 de diciembre, día de Navidad. Un regalo *marianista*, envuelto y atado con lazo.

Previamente a establecer estos plazos, la presidenta del Congreso ha hablado con Rajoy y con el rey, y Albert Rivera reconoce que él ya sabía la fecha tras reunirse con el candidato del PP. Se desmiente así que Pastor hubiera tomado esta decisión después de ese encuentro, aunque debería haber sido ella quien fijara el día como presidenta de la Cámara, una de las instituciones «neutrales» más importantes del Estado. El plan es de Mariano y cuenta con la complicidad de su íntima amiga.

La amenaza de votar en Navidad es un nuevo órdago de Rajoy a Sánchez. Una artimaña jaleada por dirigentes del PP. El líder de la formación en Cataluña, Xavier García Albiol, lo escribe así en Twitter: «El 30 debate investidura. A ver si @sanchezcastejon tiene “narices” d enviar a 36.000.000 d españoles a repetir elecciones el día d Navidad». La tardanza en convocar la sesión de investidura no ha sido azarosa. Mariano ha dejado correr el tiempo y opta por acorrallar aún más a Pedro con esa posible fecha para celebrar los terceros comicios.

La presión se multiplica contra el líder del PSOE. Aquellos dirigentes socialistas críticos que también dijeron que si Rajoy iba a la investidura con el apoyo de Ciudadanos habría que pensárselo, tienen ahora más razones para hacerlo. Albert Rivera lo sabe y ha cargado duramente contra el mismo Pedro al que apoyó hace escasos meses. Del pacto firmado entre ambos con tanto boato, Rivera pasa a acusarle de «desentenderse de España», estar «desaparecido políticamente» y ser un líder «con el que no se puede contar para los asuntos de Estado».

La política hace extraños compañeros de cama. Rivera era hace poco «pichón», «naranjito» o un «producto de marketing» para varios dirigentes del Partido Popular. Ahora ya es, según ellos, «un hombre de Estado». Albert decía de Rajoy hace un par de meses: «Al margen de las leyes que quiera poner en marcha, ¿usted cree que la gente va a confiar en un nuevo Gobierno si existe la sospecha, un juicio abierto y han imputado a su partido? No puede haber un nuevo Gobierno en el que su presidente no tenga autoridad moral para liderar la

lucha contra la corrupción». Ese 13 de junio, en el debate de candidatos ante toda España, el líder de Ciudadanos también afirmó: «Usted miente y cobra sobres y dinero negro de las mordidas; usted recibió 343.000 euros de las cuentas de los papeles de Bárcenas, según información judicial; usted le enviaba al señor Bárcenas mensajes de “sé fuerte” después de saber el dinero que tenía en Suiza y estar imputado. Le estaba diciendo que le iba a proteger. Para que la gente confíe en la política es necesario abrir una nueva etapa y un presidente con autoridad moral».

Rajoy sigue siendo el mismo: el del partido imputado, el del apoyo al tesorero con dinero en Suiza, el que aparece en la contabilidad del dinero sucio, el que ha protegido a Rita Barberá... Ahora tendrá el apoyo de Rivera y lo que queda de agosto transcurrirá mientras el PP y Ciudadanos negocian. Los líderes de ambos partidos mantienen el contacto, pero dejan el día a día en manos de sus negociadores.

Hay puntos que son un brindis al sol si no cuentan con el apoyo de otros partidos, porque eliminar los aforamientos requiere tocar el blindaje de la Constitución de 1978. Habría que reformar la Ley Fundamental y, por tanto, serían imprescindibles los votos del PSOE para tener una mayoría de tres quintos en el Congreso y en el Senado. El 24 de agosto, el PP y Ciudadanos también retocan otro de sus puntos de acuerdo: el de suspender a los cargos públicos imputados por corrupción. Ambos consideran que no es necesario suspender al diputado popular Óscar Clavell, imputado por prevaricación, malversación y fraude. Alegan que en su caso no ha habido enriquecimiento ilícito o financiación ilegal.

Así transcurre agosto, hasta que el día 29, domingo, Mariano Rajoy y Albert Rivera escenifican su acuerdo. Se reúnen con sus equipos negociadores, se levantan y se dan un apretón de manos ante las cámaras. Es la imagen de un nuevo pacto. Rivera ha firmado dos en escasos meses. Del anterior, con Pedro Sánchez, se burló Mariano. Ahora, el presidente en funciones ha pedido una presentación «más discreta». El texto lo firman los portavoces de ambos partidos en el Congreso. Lleva fecha de caducidad: «El presente acuerdo compromete a las formaciones firmantes una vez que el Congreso otorgue su confianza al candidato en la próxima sesión de investidura». Dicho de otra forma, si el resto de los partidos no cambia de posición y Rajoy no es investido presidente, el pacto morirá sin entrar en vigor. Comienza la cuenta atrás.

PORTEADORES

El Grupo Parlamentario Socialista celebra una de esas tensas reuniones a puerta cerrada en el Congreso de los Diputados. Sigue el debate interno sobre si abstenerse o intentar formar Gobierno. El exalcalde de San Sebastián, Odón Elorza, se pregunta a viva voz dónde está el partido: «¿Dónde estamos?, ¿dónde estamos?», clama Elorza ante el silencio de sus compañeros. Entonces, una voz robótica sale de su teléfono móvil y le responde: «Carrera de San Jerónimo, número 40, Madrid...». La aplicación telefónica provoca la carcajada del personal.

Hay datos que están memorizados. No se olvidan. Aligeran el debate. Ese teléfono móvil tiene muy clara la orientación. En el PSOE no está tan claro. Pero, básicamente, la división se produce porque hay un sector que está con Pedro y otro con Susana. Aunque ninguno de ellos haya acudido a la reunión y muchos no reconozcan lo que les mueve. Lo que se mueve entre los *sanchistas* es que el líder no dice claramente qué quiere. Lo que ocurre en realidad es que cada vez se fía de menos gente y no lo comparte.

Pedro Sánchez tiene ya un plan. Se trata de esperar a que Rajoy fracase en la investidura y, después, intentar formar un Gobierno alternativo durante el mes que quede hasta las terceras elecciones. No es una aventura fácil y sabe que el primer rival lo tiene en casa. Ni la vieja guardia socialista ni los barones críticos, encabezados por Susana Díaz, se lo van a permitir. Pero Sánchez también sabe que para él es una cuestión de supervivencia. Es un ahora o nunca. Existe un pulso entre Susana y Pedro que, tarde o temprano, deberá resolverse. Eso sí, los dos saben que será antes de que haya unas terceras elecciones.

Susana Díaz puede forzar la convocatoria de los órganos del partido para, si es preciso, intentar derrocar al secretario general. Pedro Sánchez piensa en consultar a las bases para respaldar el giro con un Gobierno de izquierdas. Los críticos con el líder del PSOE se lamentan de no haberlo «matado» antes. Creen que deberían haberlo hecho tras el fracaso de las elecciones generales de diciembre. Ahora están inquietos, pero mantienen contactos abiertos y líneas

fluidas como para poner en marcha un plan de urgencia en cualquier momento. No permitirán que Pedro se salga con la suya.

Los *susanistas* consideran que Sánchez quiere mantenerse en la poltrona a pesar de sus fracasos electorales. Los *sanchistas* creen que no está en juego abstenerse para que gobierne Rajoy, sino eliminar a Pedro cuanto antes para que Susana se haga con el poder del PSOE. El *susanismo* ve como una locura que Sánchez quiera gobernar con 85 diputados y los apoyos de Podemos y de partidos independentistas. El *sanchismo* considera letal para el partido apoyar al PP. Ambos bandos se están metiendo en un túnel y van hacia un choque de trenes.

Sánchez tiene en frente una guardia pretoriana unida en torno a Díaz. Se trata del equipo de la presidenta de Andalucía, muy pendiente de lo que se cuece en Madrid: Cornejo, Pradas, Heredia, Pérez, Jiménez... Sumados a barones autonómicos como Ximo Puig, Vara, Page, Javier Fernández o Javier Lambán. Hay también otros que lo fueron, como Tomás Gómez, y exdirigentes históricos como Zapatero, Rubalcaba y Bono. Pedro incluso ha perdido el apoyo de Felipe González. Y eso puede ser decisivo. El secretario general del PSOE se enfrenta a gigantes.

La conexión de dos «arietes» socialistas, antes antagónicos, como Susana y Rubalcaba, puede ser mortal. Hay habilidad y poder de influencia suficientes en cuadros y «familias» del partido como para tumbarle. Y tener en contra a Felipe puede ser la puntilla, porque es el «ser supremo», la máxima autoridad moral, el hombre que llevó al partido a las mayores cotas de poder y que puede poner al ejército detrás solo con mover un dedo.

Pedro Sánchez confía en su capacidad de supervivencia. Ha ido salvándose de todas las quemaduras. Ahora tiene el apoyo de barones territoriales en Madrid, Cataluña, Castilla y León, País Vasco o Baleares. En su equipo más cercano y con mayor influencia pesa sobre todo su jefe de Gabinete, Juanma Serrano, y su guardia de corps con César Luena, Óscar López y Antonio Hernando. Pero cada vez comparte sus intenciones con menos actores. Esta vez, el plan de Pedro pasa por hacer pocas declaraciones a los medios, no volver a llamar públicamente a un acuerdo con Podemos y esperar.

En el silencio de Sánchez también le acompaña un Pablo Iglesias más calmado. Los dos hablan en verano para intentarlo después del fracaso de Rajoy. Iglesias evita esta vez las ruedas de prensa pidiendo ministerios o el referéndum catalán. Y hay otro elemento importante: «porteadores» de ambos partidos hablan a menudo y mantienen las líneas abiertas con el objetivo de ir tanteando un pacto. Se trata de algunos dirigentes de la máxima confianza de Sánchez e Iglesias que, por encargo de estos, están haciendo de enlaces entre las posiciones

de uno y otro. Hablan sobre todo por teléfono y vía Telegram. Juanma Serrano con Irene Montero, Susana Sumelzo con Pablo Echenique, Hernando con Errejón, Iceta con Domènech...

Podemos sigue apostando por un Gobierno de coalición con el PSOE. Le hacen saber a Sánchez que siguen sin fiarse de un Ejecutivo en el que no estén presentes. Su experiencia autonómica les lleva a pensar que no se cumple lo que se habla si no estás dentro del Gobierno. Eso sí, los 85 escaños de los socialistas y los 71 de Unidos Podemos suman trece diputados menos que el total de los partidos de centro-derecha. Necesitarían votos a favor y abstenciones de los nacionalistas. En Podemos se ofrecen para conseguirlos.

Cuando Iglesias reaparece el 18 de agosto tras permanecer durante veinte días ausente de la vida pública, declara que está en contacto con Pedro Sánchez y anuncia que buscarán una alternativa a Rajoy si este fracasa en su investidura. Entonces cunde el nerviosismo por unas revelaciones que a Sánchez lo colocan en una situación delicada con sus críticos. Hay una maraña de reporteros ante los cuales Pablo afirma: «Pedro Sánchez y yo hemos hablado por teléfono y coincidimos en que hay que esperar a ver qué apoyos consigue Rajoy. Me ha trasladado que ellos van a votar que no. Cuando Rajoy se presente, si efectivamente fracasa, porque felizmente el PSOE mantiene su palabra y el no a Rajoy, habrá que explorar otras alternativas».

Se arma el revuelo. La federación socialista andaluza está muy inquieta. Ferraz trata de quitar hierro a las declaraciones del líder de Podemos. El PSOE niega primero que Sánchez hubiera hablado con Iglesias de poner en marcha ningún tipo de negociación. Lo circunscriben a los contactos «habituales, como con todos los responsables del resto de formaciones políticas». Pero lo que ha desvelado Iglesias cuestiona el discurso público del Partido Socialista sobre mantenerse en la oposición.

Hay tal estado de nervios que el PSOE desmiente las declaraciones de Pablo con un comunicado oficial: «En ningún caso el secretario general [...] ha abordado con ninguna otra formación política la negociación para la formación de un Gobierno alternativo ante el hipotético fracaso del señor Rajoy». Podemos responde que no hay ningún diálogo abierto con los socialistas para un acuerdo, sino que han hablado de que «hay que dialogar» si fracasa Mariano.

Lo cierto es que Sánchez e Iglesias parecían haber roto sus puentes tras el fracaso previo a la repetición electoral, pero ahora esas vías se han restablecido. Siguen sin fiarse el uno del otro, pero saben que puede haber una última oportunidad si Rajoy no es investido presidente. Aún así, Pablo no cree que a Pedro le dejen y Sánchez no confía en que Iglesias facilite las cosas.

Por ahora, eso sí, Íñigo Errejón y Antonio Hernando, los portavoces

parlamentarios de Unidos Podemos y del PSOE, han pactado la Mesa de la Diputación Permanente del Congreso. Esto ha permitido que el partido de Pablo Iglesias no sea excluido, como sí ocurrió en la legislatura pasada. Sánchez sigue esperando jugar la última partida y, dos días después de sacar un comunicado sobre lo que hablaba con Iglesias, publica un tuit diciendo que su negativa a un Gobierno del PP es un «sí al cambio». Es 20 de agosto.

Hasta saber el resultado de las elecciones vascas y gallegas, *sanchistas* y *susanistas* aplazan la batalla final. El PSOE solo se plantearía convocar un Comité Extraordinario en octubre para debatir la posición del partido. Según los estatutos del PSOE, están facultados para hacerlo o bien la Ejecutiva o bien un tercio de los 295 miembros del Comité Federal. Y antes deben tener lugar las dos votaciones en las que Rajoy pueda fracasar en su investidura. Sánchez está en una ratonera. Le dicen que no puede haber terceras elecciones y tiene vigente una resolución de su partido que le indica que no forme un Gobierno alternativo con Podemos y que tampoco apoye a Rajoy.

Mientras, Mariano abre el curso en la Carballeira de San Xusto, en Cotobade. Es un entorno ubicado en una loma sobre el río Lérez, donde Rajoy reaparece entre robles centenarios y junto a una capilla. Desde allí lanza graves profecías para España. El presidente del Gobierno en funciones alerta de que, si el PSOE vota en su contra, «sería muy peligroso para nuestro país. Las cosas van bien, pero pueden empezar a ir peor. Sería tremendo que, tras los esfuerzos de los españoles, la irresponsabilidad de algunos nos volviera a una situación de crisis». Es el Rajoy más dramático, que acusa a Sánchez de «jugar con la vida de millones de españoles que no son culpables». Eso sí, para Mariano, estar hoy en este lugar supone un aviso. Este año no ha podido hacer su tradicional apertura del curso en el castillo de Soutomaioir. ¿Por qué? Porque un acuerdo de sus opositores hizo que el PP ya no gobierne la Diputación de Pontevedra. El Gobierno de coalición ha impedido «que el PP utilice lo público a su antojo», y esta vez no pueden utilizar los jardines del edificio histórico de Soutomaioir porque «no van a hacer mítines donde no los hace nadie más».

DESAFÍO

Mariano ha presionado, ha alargado plazos, ha forzado la ley, pero, como nada es eterno, no le queda más remedio que someterse a un primer debate de investidura. Deberá quemar una bala y tiene la fecha puesta: entre el 30 de agosto y el 2 de septiembre. Cuatro días para convencer a los demás de aquello de lo que no ha conseguido mentalizarles en todo este tiempo.

Ya son casi nueve meses sin lograr los apoyos suficientes para gobernar. Al final deberá pasar el mal trago de intentar ser investido, pero suma 170 diputados: los suyos, los de Ciudadanos, los de Coalición Canaria, que prácticamente los daba por hechos, y los de los partidos socios en Navarra y Asturias. Así vuelve Rajoy de Galicia para someterse al veredicto del Parlamento.

Hay abanicos en el Congreso de los Diputados. En Madrid hace un calor de mil demonios y sus señorías han tomado asiento en el hemiciclo. Algunos buscan algo de aire fresco. Abanicarse no es suficiente para la que está cayendo fuera. Termina agosto. Va subiendo la temperatura en España, pero más subirá «el acaloro» cuando se sepa oficialmente que Pedro Sánchez está dispuesto a intentar un Gobierno alternativo a Rajoy y a responder veladamente a Felipe González. Todo para mayor congoja de los que quieren la cabeza de Pedro. Es más, el líder del PSOE incluso cruzará mensajes —que son carantoñas— con Pablo Iglesias. Los ánimos de quienes quieren acabar con él en el Partido Socialista van a echar humo.

Mariano Rajoy Brey, por fin, se somete al debate de investidura. Hay rostros bronceados en la Cámara Baja, pero Mariano sube a la tribuna con un tono más pálido. De caminante que ha optado por el trote constante en la Ruta da Pedra e da Auga para intentar no quemarse. Rajoy sabe que estos cuatro días toca perder, pero quiere resistir. Encara una sesión para no ser investido presidente, aunque confía en que, al final, sea Sánchez el que quede tirado en la cuneta. Aunque, eso sí, Mariano encontrará baches y unas cuantas piedras en el camino.

Hasta ahora, el líder del PSOE ha sido muy discreto cuando la prensa le ha

preguntado si intentaría un Gobierno de cambio. En el debate de investidura de Rajoy, Pablo Iglesias se soltará la melena y Pedro dejará de contenerse: «España necesita con urgencia un Gobierno, no un mal Gobierno. El cambio, según el señor Rajoy, es que todos cambien menos él. Si cediéramos a sus presiones, esta sería la legislatura del chantaje», afirma Sánchez, que anuncia: «Rajoy no es lo que necesitamos en los próximos cuatro años. Lo que necesita el país es un Gobierno que recupere las libertades, deshaga la amputación de derechos, entienda la diversidad de España y combata la corrupción. Los socialistas decimos sí a otra forma de hacer política».

El líder de Podemos recoge el guante de Pedro Sánchez y, en la réplica a Rajoy, da las gracias al líder socialista, metiendo el miedo en el cuerpo a los pesos pesados del PSOE, al mundo empresarial y a las altas esferas del país en general: «Comprendo que no ha tenido que ser fácil y le agradezco que no haya facilitado un Gobierno del PP. A pesar de nuestras enormes diferencias, de los agravios y de los recelos mutuos, creo que la realidad política y electoral nos debe empujar a buscar un acuerdo. Lo hemos logrado en muchos ayuntamientos y comunidades autónomas».

El plan se desarrolla conforme a lo previsto. Atrás quedan las exigencias públicas, por parte de Iglesias, tras las primeras elecciones. No es este un debate de investidura en el que esparza «la cal viva de Felipe González y los GAL». Pablo y Pedro han sido más discretos, están midiendo mejor los tiempos y se están lanzando flores ante los ojos de toda España. En privado continúan sus contactos y los de sus equipos. aguardan a que Rajoy fracase en la investidura y, entonces, podría tener lugar la negociación para alcanzar un acuerdo de Gobierno.

Si el líder del PSOE enseña la patita sobre la posibilidad de un Ejecutivo alternativo, Pablo Iglesias es incluso más claro. De hecho, cuatro días antes del debate de investidura de Mariano, el líder de Podemos ha contado en la Cadena SER que están respetando los tiempos: «Los dos estamos de acuerdo en esperar a Mariano Rajoy. Si el secretario general de la segunda fuerza política habla con el de la tercera, creo que es evidente que en algún momento hablarán del escenario subsiguiente al de una investidura fallida. Los dos compartimos que en España es preferible un Gobierno progresista a uno de Rajoy. No quiero que mis declaraciones se vuelvan un problema para nadie en el PSOE. Dan los números para un Ejecutivo progresista, con el concurso del Partido Socialista y de Unidos Podemos». Esa coalición es la que el partido de Iglesias busca en sus conversaciones privadas con el PSOE, comprometiéndose a recabar después el apoyo y las abstenciones necesarias de lo que Pablo llama en esta entrevista radiofónica «las fuerzas políticas del ámbito catalán y vasco». Se refiere a la

antigua Convergència, a Esquerra Republicana y al PNV. Esta es la propuesta de Podemos que el *sanchismo* no termina de contestar en sus charlas privadas. Íñigo Errejón sigue en contacto con Antonio Hernando, y los jefes de Gabinete de ambos partidos, Irene Montero y Juanma Serrano, hacen lo mismo. Y también Pablo Echenique y Susana Sumelzo. Continúa la puerta abierta a que las llamadas y los mensajes telefónicos cristalicen en una negociación.

Antes del debate de investidura, Errejón ha contado a la prensa que una vez que la sesión quede «felizmente fracasada» para Rajoy, «se abre una segunda oportunidad». A Sánchez también le preguntan los periodistas si descarta liderar un Gobierno de cambio y deja abierto el camino: «Los procesos de investidura son vivos y dinámicos». Con estas palabras enigmáticas, el líder del PSOE tiene al *susanismo* de los nervios. Si sigue adelante, tendrán que matarlo.

Porque los socialistas están cada vez más divididos. En el debate de investidura, algunos parlamentarios del grupo aplauden poco o nada las alocuciones de su líder. Tampoco es casual que Mariano evite en su discurso aludir directamente a Pedro Sánchez cuando ofrece acuerdos al PSOE. Rajoy quiere ningunearle y confía en la rebelión interna de los socialistas para negociar la abstención con otros dirigentes que acaben con Sánchez. Cuenta con que la tensión y las presiones en el PSOE desembocarán en la revuelta de los partidarios de Susana contra Pedro, aprovechando su posible mayoría en los órganos oficiales del partido. Entonces estallará el conflicto.

Ninguna otra cosa puede ocurrir cuando Pedro Sánchez se dirige en su discurso a Felipe González sin nombrarlo. Como el expresidente ha considerado que la decisión de Albert Rivera de apoyar al PP ha sido «el primer acto de responsabilidad política desde las elecciones», Sánchez le contesta con el último párrafo de su intervención: «Lo que España realmente necesita no son cuatro años más de Rajoy. Colaborar con ello es uno de los actos de más irresponsabilidad que un político puede hacer en nuestros días». Con este mensaje en el Parlamento, Pedro queda sentenciado. Falta menos de un mes para que Felipe pronuncie las palabras que abrirán fuego para abatir al joven secretario general del PSOE.

Sánchez está haciendo desde la tribuna una intervención cargada de reproches a los que quieren derribarlo dentro de su propio partido. Afirma que el PSOE vota «no» a la investidura «por el compromiso» adquirido con sus votantes: «El Partido Socialista y su grupo parlamentario son coherentes con su historia, con su programa, con la palabra dada a los españoles. Lo que nadie puede pedirnos es que apoyemos aquello que aspiramos a cambiar, que reforcemos aquello a lo que nos enfrentamos».

Esta misma semana, Guillermo Fernández Vara, presidente de Extremadura,

ha pedido un comité federal para analizar qué va a hacer el PSOE para evitar unas terceras elecciones, y ha asegurado que «abstenerse no es apoyar al PP bajo ningún concepto». Ximo Puig, presidente valenciano, ha solicitado abrir una «reflexión» y un «debate» para buscar la «mejor solución» y evitar una nueva repetición electoral. Otros barones partidarios de Susana Díaz, como los de Castilla-La Mancha y Aragón, han hecho declaraciones en la misma línea. Se afilan los cuchillos.

Mariano Rajoy gana tiempo y hasta presume en su discurso de que «la corrupción se persigue más que nunca y los castigos son los más elevados que se han conocido. En España, hoy, no queda ningún resquicio para la impunidad. Otro Gobierno ni será estable, ni podrá gobernar, ni sembrará confianza». Ciudadanos ha pedido que dimita Rita Barberá, pero esta se niega a hacerlo, a pesar de que los tribunales investigan el presunto blanqueo de capitales cometido por el PP en el Ayuntamiento de Valencia en la etapa de gobierno de la exalcaldesa, que sigue como senadora.

Iglesias acusa a Rivera de ser el «chicle de MacGyver», por prestarse a arreglar los problemas de Mariano, y Sánchez le enumera al presidente en funciones una amplia lista de delitos por los que están siendo investigados varios miembros del PP: «¡Pero si es todo el Código Penal, señor Rajoy! Hay una cosa que se llama responsabilidad política, y lo grave es que no se la pidan. El PSOE no puede colocar en La Moncloa al representante de la corrupción y la desigualdad».

Albert Rivera apela a la «responsabilidad de Estado para evitar las terceras elecciones» y Coalición Canaria, UPN y Foro Asturias también dan su apoyo al PP. Rajoy Brey, con cara de quien ya lo veía venir, pero herido en su disimulado orgullo, fracasa en los dos días de votaciones. 170 votos a favor y 180 en contra. El resto de los partidos le han tumbado y las últimas palabras de Pedro Sánchez dan un aldabonazo: «Las fuerzas políticas del cambio debemos actuar con altura de miras para solucionar el atasco político. Si actuamos todos, no les quepa duda de que el Grupo Parlamentario Socialista formará parte de la solución».

Sánchez confirma que no está dispuesto a hacer lo que le piden sus críticos. Así comienza a correr el plazo. El 31 de octubre deben disolverse las Cortes. Hasta entonces puede haber nuevas investiduras solo si el rey tiene la certeza de que el candidato propuesto cuenta con apoyos. De lo contrario, las terceras elecciones serán el 25 de diciembre. Mariano resiste. Los hechos siguen sin tener precedentes en la historia de España.

Nada más terminar la sesión de investidura, el presidente en funciones ofrece una nueva prueba de su forma de entender la lucha contra la corrupción. El Gobierno anuncia en una nota oficial que envía como representante español en el

Banco Mundial al exministro José Manuel Soria. Han pasado cuatro meses y medio desde que dimitiera por el escándalo de los «papeles de Panamá». Rajoy quiere que Soria, uno de sus amigos en política, sea nombrado director ejecutivo de este organismo internacional. El salario es de unos 225.000 euros al año, libres de impuestos.

Si aún cabía alguna duda para encontrar el camino, estos gestos de Mariano pueden ser más orientativos que el teléfono de Odón Elorza. Una decisión así, en la cara de Rivera, puede ubicarte más que el Google Maps, decenas de llamadas de presión al despacho, portadas o editoriales. Rajoy va a lo suyo. Por si no ha quedado claro. Es capaz de premiar a su amigo después de dimitir por un escándalo y nada más terminar un debate de investidura en el que ha prometido medidas de regeneración para que le permitan gobernar. Como me dice un viejo parlamentario a la salida del hemiciclo: «Mariano es así y ya no va a cambiar».

NO SÉ DE QUÉ ME HABLA

Fracasada la primera oportunidad de Rajoy, PSOE y Podemos esperan a que pasen las elecciones vascas y gallegas. Sin embargo, cuando la izquierda tiene ante sí otra ocasión de pactar un Gobierno de cambio, vuelve a dividirse. Ya no solo entre socialistas y morados, también dentro de cada uno de estos partidos. Curiosamente, el fracaso de Mariano en la investidura da paso, de inmediato, a una escenificación del enfrentamiento interno tanto en el partido de Sánchez como en el de Pablo Iglesias.

Otra vez las luchas intestinas, lo peor de la tradición de la izquierda española, aunque en esta ocasión trufado de lo más moderno: las redes sociales. Habrá de todo. Twitter, televisión, prensa, conferencias, filtraciones... Se abre paso un enardecimiento del «navajeo» que dejará tocadas a ambas formaciones. En el caso del PSOE, el partido será arrastrado a uno de los momentos más dramáticos de la historia de la política española. Los protagonistas perfilan sus escaramuzas, que darán paso a una trágica lucha por el poder. Lo más drástico que pasa por las cabezas más destacadas del *susanismo* es forzar la caída de Sánchez con dimisiones en bloque dentro de su Ejecutiva Federal. El golpe de mano será un guantazo letal para cortarle las alas al líder.

Mientras, lo primero que hace el PP al no lograr la investidura es convocar de urgencia, al día siguiente, a su Comité Ejecutivo Nacional. Allí cierran filas con Rajoy. El presidente en funciones está tranquilo. Maneja información suficiente como para saber que a Pedro Sánchez lo sacrificarán los suyos. Mariano llama a Albert Rivera y hablan de verse para preservar el acuerdo de sus dos partidos. Le dice que hay que dejar que pasen las elecciones vascas y gallegas. Después, Sánchez será historia.

Así arranca un mes de septiembre que vivirá tremendos sobresaltos judiciales que van a mantener a Rajoy ante el espejo de la corrupción. Sin embargo, conservará el apoyo de Ciudadanos, su azote hasta hace nada en estos asuntos, y verá cómo el PSOE se desangra y Podemos reabre sus heridas. Se mantienen los contactos entre socialistas y miembros del partido morado, pero no terminan de

sentarse a negociar un Gobierno. Bastante tendrá Sánchez con intentar mantenerse en pie.

Felipe, Zapatero, Rubalcaba, Bono... Todos los históricos que han roto con Sánchez están en contacto con importantes barones territoriales para evitar tanto las terceras elecciones como que el secretario general intente un Gobierno alternativo, que es lo que ha dejado caer en el debate de investidura. Los que quieren derribarlo consideran que Pedro solo intenta perder el tiempo para mantenerse como líder del PSOE. Enfrente, los *sanchistas* están seguros de que sus críticos quieren que Sánchez acepte la abstención para después cargárselo.

Los que van a matar a Pedro se mueven para convocar el órgano del partido en el que se pueda debatir el «no es no» del *sanchismo*. O convoca un Comité Federal o le fuerzan a convocarlo. Estas son las filtraciones que comienzan a aparecer en la prensa. Promover la convocatoria corresponde al secretario general, pero también a un tercio de los 295 miembros de este órgano de dirección. Esta segunda posibilidad implica adoptar una medida que va en contra de la Ejecutiva que dirige Sánchez.

Ni Pedro les llama ni ellos llaman a Pedro, pero los puentes con Susana y su círculo de apoyos están rotos. Ahí está su equipo en Andalucía, que se mueve sin cesar para empujar a Sánchez, y en esta órbita siguen los líderes socialistas de Castilla-La Mancha, la Comunidad Valenciana, Extremadura, Aragón y Asturias. Susana, Page, Ximo, Vara, Lambán y Fernández han decidido ya que no van a dejarle pasar ni una más. Consideran una pérdida de tiempo que establezca contactos para lograr apoyos en Podemos y Ciudadanos, y le han prohibido dialogar con los nacionalistas.

Pedro Sánchez emprende una huida hacia delante. Inicia una ronda de conversaciones «con todos» los partidos y tiene pensado no rehuir el choque de trenes con sus críticos. Cuanta más presión siente, más dispuesto está a mantenerse en sus trece. Cree, además, que los suyos no se atreverán a matarle mientras negocia o cuando puede haber otras elecciones a la vuelta de la esquina.

«No distraigamos ni llevemos a pensar a los ciudadanos que estamos en un camino que pueda dar frutos cuando es inviable», le encarga decir Susana Díaz a Juan Cornejo, su hombre de confianza. Lo que pretende Pedro es «inviable», afirma, y la misma palabra usa el presidente de Aragón, Javier Lambán. Hay una catarata de declaraciones de dirigentes socialistas que cuestionan públicamente la estrategia de Sánchez. El presidente de Extremadura, Guillermo Fernández Vara, añade un elemento más: «Antes en el PSOE se intentaba convencer al que discrepa, ahora se le acalla».

Pedro piensa que solo quieren desestabilizarle y emprende su arrancada como un toro cada vez más herido. Comienza su ronda de contactos el 6 de septiembre

llamando por teléfono a Rajoy. Hablan durante apenas diez minutos y siguen en las mismas. Con Pablo Iglesias habla durante casi media hora y el líder de Podemos se muestra dispuesto a intentar un Gobierno de coalición, sumando apoyos y abstenciones de los nacionalistas catalanes y vascos. Sánchez le emplaza a seguir hablando.

Compromís presenta ese mismo martes una propuesta para un acuerdo de Gobierno progresista. Joan Baldoví llama al PSOE, a Podemos, a En Comú Podem, a En Marea y a Izquierda Unida con el objetivo de intentar entenderse con un programa de reformas y buscar la abstención o los apoyos de otras formaciones. En el partido de Mónica Oltra quieren que la fórmula del Gobierno valenciano sea la base de un acuerdo entre partidos de izquierdas, aunque se necesite contar con otros respaldos.

Los planes contra Pedro Sánchez se aceleran porque los que quieren cargárselo creen que puede ir en serio. Quienes conspiran para frenarle piensan que, cuanto más tiempo le den, peor será. Toda la presión recaerá sobre el secretario general del PSOE, gota a gota, en un momento en el que las actuaciones de Rajoy respecto a la corrupción están en todos los medios. Este mismo 6 de septiembre, José Manuel Soria renuncia como aspirante al cargo de director ejecutivo del Banco Mundial. La denuncia en los medios ha hecho efecto después de que el presidente en funciones hubiera defendido a su amigo alegando que le correspondía esa plaza por «concurso» como funcionario. No existe tal concurso. Ese puesto se otorga por una decisión del Ministerio de Economía. Soria también es amigo del ministro Luis de Guindos.

Pero el vendaval para Mariano pasará rápido. De nuevo, su connivencia con un alto cargo dimisionario por mentir y aparecer en «los papeles de Panamá» quedará como brisa marina para Rajoy. Como ese viento ligero de la mañana que a menudo le acompaña cuando camina a su ritmo por las veredas de Pontevedra. Para allá se irá inmediatamente Rajoy Brey, al refugio de la campaña electoral gallega que arranca el 9 de septiembre.

Todos los partidos confían resolver «el año sin Gobierno» cuando pasen las elecciones en Galicia y País Vasco. Lo dramático será que, justo en ese momento, jugándose de nuevo en las urnas, PSOE y Podemos sacarán los puñales para arrojárselos dentro de su propio partido. No es la mejor estrategia electoral, pero la lucha por el poder manda y les pierde. Un día antes, el jueves 8, Susana Díaz ha lanzado un aviso a navegantes. Es como un pistoletazo de salida que abre el fuego para los constantes disparos que vendrán después. Susana Díaz avisa: «Quiero un Gobierno cuanto antes y haré lo que esté en mi mano». Sus manos irán a por el cuello de Pedro y, sí, más pronto que tarde.

Hay escenas que definen a la perfección lo que sucederá. Guillermo

Fernández Vara, en Antena 3, pide a Pedro Sánchez que convoque un Comité Federal, porque «no es posible el no a todo», y «si esto lo vamos a resolver pidiendo firmas para reunirnos, no tengan duda de que se conseguirían».

El PSOE viaja hacia su guerra civil. Mariano, a Ourense. Allí se dejará ver caminando rápido junto a un imputado de su partido. Es el *marianismo* en esencia. Acaba de cerrar un nuevo escándalo con su amigo José Manuel Soria, pero ya ha elegido a otro José Manuel, a Baltar, imputado por prevaricación y cohecho, para que vaya con él. El presidente de la Diputación ourensana será el compañero de campaña de Rajoy, a pesar de estar acusado de ofrecer trabajo público a cambio de sexo.

Ahí está Mariano, haciéndose *selfies* con las señoras, repartiendo besos o firmado en el libro de honor junto al investigado. Se paran a contemplar las vistas del mirador que da al río Avia y un lugareño dice: «Non sei para que ven, se aquí xa lle votamos todos». Más que votos, Rajoy busca reforzarse. Sabe que, en Galicia, Núñez Feijóo ganará holgadamente. Cuanto más esté allí Mariano, más podrá presumir de que está fuerte y de que la victoria también es suya.

Baltar padre instauró una red clientelar en Ourense que fue un buen caldo de cultivo para que su hijo «heredara» la Diputación. El padre fue condenado por prevaricación por tanto enchufismo y el hijo lleva un camino parecido. Pero camina junto al presidente en funciones del Gobierno de España. Los dos van tan orgullosos. «Tenemos un gran presidente», les dice Rajoy a los paisanos sobre su amigo José Manuel.

Todo muy grande, sí. Es martes y 13, y es un día para enmarcar. El Tribunal Supremo abre causa contra Rita Barberá por presunto blanqueo, el exministro Jaime Matas negocia con la Fiscalía para evitar la prisión y el extesorero del PP, Álvaro Lapuerta, se libra del juicio del caso Gürtel porque han pasado tantos años que ya tiene ochenta y ocho y los forenses certifican que padece «demencia sobrevenida».

Lo que es el paso del tiempo. Si lo sabrá Mariano. En Galicia, Núñez Feijóo declara en *El País* que desbloquear la situación política es un problema que «si estuvieran Rubalcaba, Zapatero o González, no tendríamos». Lo mismo que «si estuviese Vara, o el presidente del Principado de Asturias o el presidente de Castilla-La Mancha o de Andalucía». Bien sabe Feijóo que son los que se están moviendo para mover a Sánchez.

Y llega la explosión. El 14 de septiembre, Susana emplaza públicamente a Pedro a pasar a una «oposición útil». Ese día, los críticos con Sánchez se han organizado en una campaña que lleva su malestar a las redes sociales. Les mueve la convicción de que desde Ferraz están alentando ataques en Twitter contra el extremeño Fernández Vara por llevar la contraria a la dirección del partido

cuando pide abstenerse. Vara, que cuando era árbitro de fútbol en su juventud supo lo que es que te insulten a la cara, lleva un tiempo convencido de que los insultos que le llegan a través de las redes están orquestados, en muchos casos, desde el *sanchismo*. Hay *susanistas* que directamente los atribuyen al «comando Luena», a los hilos que mueve el secretario de Organización, que ha llamado varias veces al extremeño para que se callase, aunque el presidente autonómico no le ha hecho caso. Vara lleva dos meses sin hablar con Pedro Sánchez.

Así que, con este escenario y cuando los socialistas se la están jugando en las elecciones vascas y gallegas, ahí va el follón. Susana Díaz Pacheco publica en Twitter: «Todo mi cariño a mi compañero @GFVara. A los socialistas nos une la fraternidad y el respeto a la expresión libre de nuestras ideas». Eduardo Madina enlaza el mensaje de Susana y añade: «El honor de ser del mismo partido que Guillermo Fernández Vara». Carme Chacón: «Hoy más que nunca mi afecto y apoyo a @GFVara. El respeto a la libertad de opiniones es fundamental en democracia y debe serlo en el @PSOE».

Reaparece públicamente Rubalcaba. Lo hace en Facebook y con declaraciones a *El País*. Considera «asfixiante el clima que se está creando en el partido, donde el que discrepa es tachado de antisocialista en las redes sociales». El presidente valenciano, Ximo Puig, afirma que «la libertad de expresión siempre ha estado amparada y ahora debe haber propuestas que sumen y ofrezcan una alternativa para España». Y hay también mensajes de Page desde Castilla-La Mancha, o de Lambán desde Aragón.

El *sanchismo* pone el grito en el cielo, pues creen que este era el día adecuado para denunciar el caso de Rita Barberá y su pacto con el PP para mantener el escaño en el Senado. Los socialistas gallegos están que trinan porque les están enturbiando la campaña electoral. Otro lío más allí, después de que uno de los pesos fuertes, el alcalde de Vigo, la primera ciudad gallega, se haya enfrentado con Sánchez. Abel Caballero anuncia que no respalda al candidato del PSOE porque Ferraz ha modificado las listas. Por si queda alguna duda del mensaje, Caballero lo repetirá tres días antes de las elecciones. ¿Qué puede ir mal?

Hay amenazas aún más gordas para los que quieren apartar a Pedro. Corre como la pólvora que él y miembros de su equipo están contactando con Podemos y que el partido de Pablo Iglesias se ofrece para recabar el apoyo de los nacionalistas y sacar adelante un Gobierno que eche a Rajoy. Es más, la idea es que los independentistas aparquen temporalmente la reivindicación del derecho de autodeterminación. Todo por sacar al PP de La Moncloa. El plan es solo una hipótesis, pero los críticos con Sánchez se lo toman como algo posible que no piensan asumir, aunque los nacionalistas dejen de lado sus intereses de soberanía. Miquel Iceta, el primer secretario de los socialistas catalanes, está

manteniendo contactos secretos para lograr este fin. En Onda Cero asegura que es «una obligación política y moral intentar una alternativa sin un referéndum como condición para apoyar a un Gobierno progresista». La proclama de Iceta en la Fiesta de la Rosa ante Pedro Sánchez es como poner el grito en el cielo: «¡Pedro, resiste, por Dios, líbranos de Rajoy, líbranos de él!», exclama el líder socialista catalán. El expresidente extremeño, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, responde: «Si gobernamos con Podemos y los independentistas, me doy de baja en el partido». Al que quieren bajar del coche es a Sánchez.

Pero existe un temor más. Que Pedro les rete a someter los acuerdos con otros partidos a la votación inmediata de la militancia. El secretario general y su equipo se lo plantean seriamente, aunque no terminarán de anunciarlo. Sería una forma de sortear el poder de los que quieren derrotarles en los órganos del partido. El detonante llega cuando empieza a filtrarse a la prensa que Sánchez quiere convocar el Congreso del PSOE antes de que termine el plazo para formar Gobierno. De ese modo los militantes votarían y a Pedro, una vez reforzado, si es que ganara, le quedaría tiempo para intentar alcanzar la Presidencia. Es más, Sánchez concurriría a esas elecciones internas enarbolando la bandera del «no es no» a Rajoy y prometiendo un posible Gobierno del cambio. Este es el plan que horroriza al *susanismo*, y no están dispuestos a permitirlo. Los críticos empiezan a telefonar ya a miembros de la Ejecutiva de Pedro para tantearlos sobre lo que puede ocurrir y tomar medidas. La propia Susana está haciendo llamadas. Tampoco esto les extraña a muchos de quienes las reciben, porque ella sí suele telefonar con cierta asiduidad.

Por el momento, Pedro Sánchez anuncia que el lunes 26, después de que los gallegos y los vascos voten, quiere que su fiel Comisión Permanente del PSOE convoque para el 1 de octubre el Comité Federal que están pidiendo sus críticos. Prefiere que se reúna la Permanente y no los treinta y seis miembros de la Ejecutiva en pleno, donde hay varios miembros que le son hostiles. Eso sí, queda una semana para las elecciones en Galicia y Euskadi y ya circula entre los mentideros socialistas que Pedro estudia celebrar un congreso a finales de octubre para que los militantes decidan a quién quieren como líder y dirimir así el conflicto entre él y los que desean matarle, encabezados por Susana.

Los pesos pesados y los barones críticos están coordinados para echar abajo los planes de Sánchez y, con ellos, su carrera como líder del PSOE. Solo esperan a que pasen las elecciones vascas y gallegas del domingo. Traman un plan más drástico: la dimisión de diecisiete miembros de la Ejecutiva, que daría por disuelto este órgano de dirección, tumbaría al secretario general y pondría el PSOE en manos de una gestora. Es un golpe de mano ensayado a nivel territorial, pero jamás utilizado para cargarse la dirección del partido de toda

España. Quieren que Pedro siga huyendo hacia delante, pero ya tienen pensado tenderle esta trampa. En la federación andaluza están haciendo el recuento de los que podrían dimitir.

Mientras, Soraya Sáenz de Santamaría, la vicepresidenta, pone nombre a lo que las altas esferas del Estado quieren evitar. Soraya utiliza las palabras que Rubalcaba empleó meses atrás y se refiere a la amenaza de un «Gobierno Frankenstein». Desde la misma mesa de las ruedas de prensa del Gobierno de España, Sáenz de Santamaría descalifica así a los partidos de la oposición y asegura que, aunque Pedro Sánchez obtuviera los votos, su proyecto alternativo no tendría ni «lógica», ni «razón», ni «sentido común», y va contra los intereses de los españoles.

Entretanto, el Partido Popular acaba de recusar a la jueza que instruye la causa de los ordenadores de Bárcenas, por la que el PP está imputado. Además, en Andalucía, la Fiscalía Anticorrupción ha solicitado seis años de cárcel para el expresidente andaluz, José Antonio Griñán, y diez de inhabilitación para otro antecesor de Susana Díaz, Manuel Chaves. El ministerio público quiere juzgarlos por el caso de los ERE y el descontrol en las ayudas del fondo para empresas en crisis, dotado con 855 millones entre 2000 y 2010. Susana declara: «Creo firmemente en la honradez y honestidad tanto de Pepe Griñán como de Manolo Chaves», y asegura que saldrán de esta. Cuando le preguntan si existe una operación contra Pedro Sánchez, responde: «No sé de qué me habla».

PODEMOS ECHARLO A PERDER

Septiembre es también el mes en el que Podemos muestra públicamente heridas sin cicatrizar. Escuecen aún más cuando se ve claramente el enfrentamiento entre Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y algunos de sus partidarios. Con estas tensiones indisimuladas, la campaña electoral de las segundas elecciones generales ha sido peor, los resultados electorales siguen en una digestión complicada y buscar ahora un pacto que desbanque a Mariano Rajoy se antoja difícil.

En el partido de Iglesias hay ya familias políticas con intereses distintos, desavenencias y decepciones personales, con tensiones aireadas en los medios de comunicación. Hay, sí, una lucha de poder. Vuelve a tener su epicentro en Madrid. Es la comunidad donde ha surgido Podemos y donde el partido acusa una crisis interna larvada desde hace meses. Su principal derivada es que la relación entre Pablo y Errejón ya no es la misma y quizá no vuelva a serlo jamás.

Es miércoles, 7 septiembre, y Rita Maestre, Tania Sánchez y José Manuel López encabezan la presentación de un nuevo proyecto para renovar Podemos en la Comunidad de Madrid. Los tres son *errejonistas*. Llama la atención de los medios la presencia de Tania, expareja de Pablo y ahora en el sector de su «rival» dentro del partido. Iglesias no tarda en saltar como un secretario general herido: «Estoy convencido de que compañeros como Ramón y otros serán capaces de hacer propuestas que lleven hacia un debate mucho más interesante con la gente de los círculos en Madrid. Creo que se equivocan los que ponen el acento en nombres y caras y no en propuestas», dice el líder de Podemos en los pasillos del Congreso. Errejón evita valorar estas declaraciones y afirma que no debe pronunciarse, puesto que es el portavoz parlamentario de toda la formación.

Cuando Pablo habla de Ramón se refiere a Espinar. Con él prepara una candidatura distinta que finalmente contará también con el apoyo de los anticapitalistas. Eso sí, previamente, el hecho de que Iglesias haya dicho que habrá mejores propuestas causa especial malestar entre los que consideran que no ha sido neutral y que se ha precipitado. Pablo también alega que no le avisaron de la presentación de esta candidatura. La crisis interna de la

organización continúa y la elección interna de Madrid será un ensayo general del Congreso Nacional que Pablo Iglesias quiere celebrar a principios del próximo año para reafirmar su liderazgo. Antes, la lucha por Madrid escenifica el pulso entre *pablistas* y *errejonistas*.

Las intrigas entre unos y otros continúan. La lucha de poder va acompañada de un debate estratégico e ideológico, que también mostrará fracturas en mitad de la campaña electoral de Euskadi y Galicia. El 20 de septiembre, durante un mitin en A Coruña, no es casualidad que Iglesias arengue a los suyos diciendo: «El día que dejemos de dar miedo a los sinvergüenzas, a los corruptos, a los responsables de la desigualdad, a los que se enriquecen a costa del sufrimiento de la gente, ese día seremos uno más y no tendremos ningún sentido como fuerza política».

Íñigo escribe después en Twitter: «A los poderosos ya les damos miedo, ese no es el reto. Lo es seducir a la parte de nuestro pueblo que sufre pero aún no confía en nosotros». Pablo Iglesias le responde: «Sí compañero @ierrejon, pero en junio dejamos de seducir a un millón de personas. Hablando claro y siendo diferentes seducimos más». Las redes sociales vuelven a ser campo de batalla de los dirigentes de la izquierda. Y también sobre este hecho hay discrepancias. Algunos consideran que es bueno que se muestren estos debates con transparencia, pero también los hay que creen que hacerlo así debilita al partido, y más en periodo electoral.

Destacados dirigentes afines a Iglesias se unen en la respuesta a Errejón. Como Irene Montero, Ramón Espinar, Rafa Mayoral y Juan Carlos Monedero, que escribe: «Podemos no se hizo un hueco riéndole las gracias al 1 %. Siendo plata en desigualdad por culpa del PP y el PSOE. ¿Seguimos sonriendo?». El *errejonista* Jorge Moruno escribe: «Ya sabemos que no somos como ellos. El debate está en ver qué somos nosotros para conseguir que ellos sean menos y nosotros más».

Existe entre Iglesias y Errejón un deterioro en sus relaciones que estalló con el inicio de la crisis en Madrid al producirse las dimisiones en bloque, y llegó a un punto especialmente álgido con la destitución del secretario de Organización, Sergio Pascual. Ahora la pugna se refleja entre dos formas de concebir la estrategia que debe seguir Podemos. Íñigo continúa apostando por la «transversalidad», por convencer a aquellos que aún los miran con dudas o recelos. Se trata de resultar atractivos a una importante masa de indecisos entre los nuevos votantes, los disconformes con el PSOE u otros partidos y las personas de más edad que por ahora no se atreven a votarles. Por el contrario, Pablo cree que ese tipo de estrategia les resta credibilidad y puede distanciarles de las bases y de electores que ya tienen ganados. Hay que ser más duros.

Iglesias lleva el enfrentamiento a otro mitin en Vigo: «Hay quien se pregunta de dónde vienen los votos. Muchos votos que llegan al cambio político vienen de gente que se abstenía o votaba a partidos tradicionales, y entonces podemos construir un torpe silogismo según el cual hay que parecerse un poco a los partidos tradicionales para que te vote la gente que en el pasado votaba a los partidos tradicionales».

Se dan, incluso, golpes bajos con reproches a momentos vividos por ambos cuando se llevaban mejor. Pablo dice: «La política es otra cosa que no tiene que ver con camisas, ni con si sudas o no sudas, ni con el tono. La política tiene que ver con elegir con quién estás, porque no se puede estar con todos a la vez». Hubo un tiempo, en la campaña de las primeras elecciones generales, en el que Iglesias y Errejón eran inseparables. Iban juntos a actos como el primer debate de candidatos televisado. Aquel día empezó a verse muy pronto el sudor que traspasaba la camisa de Iglesias a la altura de los sobacos. Íñigo preguntó en privado qué podía hacer y después le trasladó a Pablo la inquietud por la imagen que estaba dando cuando levantaba los brazos. Comentaron el color más idóneo para su camisa, igual que comentaban el tono de discurso empleado en algunas intervenciones. Iglesias se refiere ahora a este tipo de detalles, incluso a la manera de vestir, como forma de diferenciarse.

En el fondo, como reconocerá públicamente Juan Carlos Monedero, hay «discusiones de poder». Vienen de atrás. Incluso desde que este perdió su puesto orgánico en el partido por fuertes desavenencias con Errejón. Desde entonces, Juan Carlos Monedero, que sigue siendo muy influyente en Iglesias, va directo contra Íñigo, como en estas declaraciones que hace a *El País*, donde le culpa de la pérdida de votos: «Han sido dos años electorales con seis procesos en los que ha habido mucha táctica y poca estrategia, donde Íñigo, como responsable de campaña, ha sido muy rehén de la lógica del corto plazo, de la táctica, y no ha estado tan atento a la estrategia».

Y lanza ataques más personales: «Expresarse con un tuit ha sido infantil, como cuando desapareció dos semanas tras una discusión interna». Se refiere al tiempo en el que Errejón se ausentó después de que Iglesias destituyera a Pascual sin avisarle. Los reproches van en aumento. Iglesias también cuenta en un acto en la Universidad Complutense que su número dos no le ha informado de otros asuntos: «Hubiera preferido no enterarme por los medios de comunicación de que hay una lista que se presenta a través de una rueda de prensa».

Con el Gobierno de España aún en el aire, con la oportunidad de disputarle la presidencia a Mariano Rajoy, Podemos y PSOE aparecen inmersos en enfrentamientos internos que dificultan que se entiendan entre sí. En la

formación de Pablo Iglesias hay un liderazgo mucho más fuerte que en la de Pedro Sánchez, pero también existe una pugna por el poder abierta a nivel nacional, hasta que se celebre su asamblea, a comienzos de 2017, y a nivel autonómico con varias asambleas territoriales pendientes.

El choque de posiciones es evidente en el partido, entre sus máximos dirigentes y también entre los cuadros intermedios afines a uno u otro sector. El 25 de septiembre, en plena jornada electoral en Galicia y País Vasco, Pablo Iglesias envía un aviso a navegantes desde las jornadas de la Universidad de Podemos en la Complutense madrileña: «Esto puede condicionar en última instancia quiénes ocupan los órganos y quiénes van en listas». Las maniobras soterradas por el poder en Podemos están en marcha y se muestran con movimientos sísmicos de ligera magnitud. Mientras tanto, en el PSOE están a punto de entrar en erupción.

A LAS ARMAS

Toda guerra tiene un *casus belli*, un pretexto para que empiece a correr la sangre. Es una gota que colma el vaso, un detonante. Suele aparecer cuando el vaso ya está lleno. Y muy caliente. La temperatura a sido subiendo y solo falta un estallido final. Llega cuando las armas ya están preparadas. Cuando se ha ido acumulando un arsenal y solo falta que arranque el conflicto. Que los íntimos enemigos choquen, de una vez, en el campo de batalla.

Los que quieren matar a Sánchez esperan el resultado de las elecciones vascas y gallegas. Entonces entrarán a degüello. El plan para provocar dimisiones en su Ejecutiva está preparado, no va a surgir de manera improvisada. Si toca activarlo, se activará. Solo falta que los actores principales den los últimos pasos hacia el abismo y que alguien dé la orden de abrir fuego.

En el Paseo del Pintor Rosales de Madrid, muy cercano a la sede socialista de Ferraz, un Audi A-6 con las lunas tintadas frena cerca de la terraza de un bar. Es domingo y los vascos y los gallegos están votando. Del coche de alta gama baja un hombre de pelo ondulado. Llega, saluda y se sienta tranquilo en esta zona noble de la capital. Hay un grupo de diplomáticos que han quedado con él. Se trata de Jorge Moragas, jefe de Gabinete de Mariano Rajoy. Cuenta a sus compañeros de mesa que el resultado electoral de ese día irá bien, pero que en el PSOE se va a desencadenar una crisis muy grave a partir del día siguiente.

Mariano espera. El escrutinio en Galicia y País Vasco comienza a encajar las últimas piezas. El PSOE fracasa en las elecciones del 25S con los peores resultados de su historia. *Sorpasso* incluido. En Marea supera a los socialistas gallegos y Elkarrekin Podemos, al PSE. El socialismo es la tercera fuerza en Galicia y la cuarta en Euskadi. Otro duro batacazo.

Rajoy rentabiliza la mayoría absoluta del PP con Alberto Núñez Feijóo y amortigua el mal resultado obtenido en el País Vasco. Sin duda, las autonómicas gallegas y vascas son otro revés para Pedro y darán un empujón a Mariano para justificar sus opciones de investidura. No hay datos que avalen pactos con nacionalistas, sino certezas en Rajoy de que Sánchez no sale vivo de esta.

No es casualidad que el lunes 26 amanezca con un editorial en *El País* pidiendo la cabeza de Pedro: «Los electores de Galicia y del País Vasco castigaron la intransigencia y la frivolidad de la dirección del PSOE. El fracaso de los socialistas deja en situación imposible a Pedro Sánchez, cuya intransigencia como valladar frente a la posibilidad de un Gobierno del PP perjudica electoralmente a su partido. El PSOE está obligado a cambiar urgentemente de rumbo».

Hace escasos días se convertía en noticia que Alfredo Pérez Rubalcaba había entrado a formar parte del Consejo Editorial del periódico de PRISA, un órgano consultivo en el que se debate la línea editorial del diario y del que ya forma parte Felipe González. La dirección socialista de Sánchez aseguró que desconocía ese nombramiento, que se produjo en medio de las críticas que el periódico había comenzado a lanzar contra Sánchez por su negativa a facilitar la investidura de Rajoy con la abstención de su grupo parlamentario.

La tensión crece y vamos directos al cuerpo a cuerpo. Los que quieren matar a Pedro lo tienen claro, pero el líder del PSOE también cuenta con un plan. El lunes postelectoral, convocada la Comisión Permanente del partido, hay quien considera que Sánchez dará un paso al frente. Otros creen que va a quemarse a lo bonzo. Susana, Rubalcaba, Javier Fernández, Tomás Gómez... Algunos de sus críticos han ido llamando en los últimos días a miembros de la Ejecutiva para prepararse ante lo que puede ocurrir. Pedro está dispuesto a activar lo que llaman «el botón nuclear».

A la entrada de la reunión, en la sede de Ferraz en Madrid, la dentellada de los partidarios de Susana Díaz queda clara: «Hay que cambiar el rumbo», dice el socialista andaluz Antonio Pradas. Dentro esperan cuatro horas de encuentro que comienzan con la declaración de guerra. Sánchez anuncia que quiere que los militantes elijan a quién prefieren como líder del PSOE antes de que acabe el plazo para intentar formar un Gobierno alternativo. Pedro lanza así su órdago: marca primarias para el 23 de octubre. La recogida de avales para los que quieran ser candidatos a liderar el partido terminaría el día 11. Así pues, una semana antes de que se agote el tiempo para presentarle al rey un posible candidato a presidir el Gobierno, el Partido Socialista votaría sobre su liderazgo.

Sánchez busca reforzarse para negociar contra reloj con otros partidos y, si la negociación no sale adelante, para ser el candidato en unas terceras elecciones. Les dice a los suyos que hay que eliminar líneas rojas que impidan dialogar con otras formaciones y se muestra partidario de un Gobierno de izquierdas. Con este posicionamiento quiere que los 190.000 militantes elijan a su secretario general el próximo día 23. Después, el proceso interno se interrumpiría hasta la primera semana de diciembre, cuando debía celebrarse el congreso y los

delegados, escogidos por las federaciones, elegirían a los miembros de los órganos de dirección y aprobarían el proyecto político e ideológico del PSOE.

Pedro también busca salvarse. Ya sabe que lo quieren matar con dimisiones en bloque en su Ejecutiva. Por eso reta a sus críticos con este último pulso, sabiendo que es probable que el tiempo se le esté acabando. Plantea esta lucha a muerte siendo consciente de que puede provocar una rebelión de los partidarios de Susana y de que esas primarias deben aprobarse antes en el Comité Federal del próximo sábado.

Sánchez está muy serio. Es una reunión a puerta cerrada del órgano de dirección más reducido y con más miembros leales al líder, pero se abre una dura discusión. En contra de ese calendario se muestra la presidenta del PSOE, la andaluza Micaela Navarro, antes fiel a Pedro pero ya alineada con los intereses de Susana Díaz. Lo hacen todos los miembros andaluces de la dirección, encabezados por Antonio Pradas, el hombre de máxima confianza de Susana en Madrid. Previamente, los turnos en contra de los planes de Sánchez los ha abierto Carme Chacón, que le dice al secretario general que lo que quiere llevar a cabo es una «ilegalidad». En la misma línea se manifiestan otros *susanistas*, como la madrileña Eva Matarín, muy cercana al defenestrado Tomás Gómez, o el líder de Juventudes Socialistas, el asturiano Nino Torre, próximo al presidente del Principado, Javier Fernández...

Pedro Sánchez afirma que ha llegado el momento de «hablar claro de una vez», porque «no se puede decir no a Rajoy, no a las terceras elecciones y no a un Gobierno alternativo». Hay que decantarse por una opción y se queja de que le están «cerrando el camino» con la intención de que abandone el liderazgo del partido. Por eso considera que «lo mejor es que los militantes voten y decidan». Sánchez está convencido de que sus bases le apoyan por negarse a investir a Rajoy.

La reunión termina pasadas las tres de la tarde. Son casi las cuatro cuando Pedro Sánchez comparece ante los medios. Premonitoriamente, vestido de azul. Chaqueta oscura y camisa clara. Es la misma vestimenta que mostrará más adelante, esa misma semana, en otra comparecencia mucho más dramática. Hoy, en Ferraz, han reformado la sala de prensa. Han forrado los muros blancos de la estancia con materiales nobles, dando una presencia destacada a la madera, y afirman que quieren transmitir una imagen de «solidez y entereza».

La mudanza estética augura otro tipo de designios. Sánchez entra a matar. Abre cuarenta minutos que escaldan como agua hirviendo a los que quieren eliminarle. Anuncia oficialmente ante España, a través de los medios, su fecha de primarias y de congreso y se postula para presidir un Gobierno alternativo a Mariano. Propone competir en esas primarias porque quiere «un PSOE de

izquierdas», no ser un partido «subalterno del PP», absteniéndose «para que gobierne Rajoy». Y no solo eso: por primera vez afirma sin tapujos que se puede hablar «con todas las fuerzas» y se muestra flexible a hacerlo con ERC y la antigua Convergència, a pesar de la prohibición que le marcaron en el partido hace casi un año. El secretario general Sánchez propone contar con «la variable de las fuerzas catalanas» y ofrece «un proyecto de izquierda, autónomo de los poderes económicos y del PP».

Pedro saca pecho mientras señala a sus críticos como los que quieren abstenerse, y les reta: «Que me digan qué quieren, porque yo no voy a cruzarme de brazos». Sin nombrarla, es un mensaje para Susana Díaz: «Quien considere que tiene un proyecto mejor, que dé un paso al frente y lo defienda». Sánchez sigue enviando mensajes velados a la presidenta andaluza. La responsabiliza también cuando afirma: «Necesitamos que el partido tenga una única voz, no lo que ha ocurrido hasta ahora». Por eso, dice, «el formato más leal y honesto es la convocatoria de un congreso para zanjar la división que tanto daño está haciendo al PSOE».

Es el golpe en la mesa de Pedro Sánchez Pérez-Castejón como líder socialista. Puede ser el último. Y puede que la mesa esté rota desde hace tiempo. O puede ser que vayan a hacer de ella astillas. El secretario general del PSOE acaba de reconocer que el partido acusa una profunda división y ha trazado la línea entre dos bandos. Frente a él y a los suyos ha colocado a los que quieren abstenerse para que gobierne Rajoy. La convocatoria del 23 es una maniobra arriesgada. Valiente para los *sanchistas*, suicida para los que esperan hace años que Pedro se estrelle. En cualquier caso, puede ser la última maniobra. Un todo o nada.

El PSOE está en llamas. Arden los teléfonos. Los críticos se ponen en marcha. Como dice el asturiano Javier Fernández en una de sus llamadas: «Nos ha desafiado». Susana Díaz comienza a ordenar movimientos y toma posiciones. Convoca para el jueves siguiente a su Ejecutiva andaluza y al Comité Director del partido en Andalucía, la mayor federación socialista de España. Ambas reuniones tendrán lugar en Sevilla apenas cuarenta y ocho horas antes de que se celebre en Madrid el Comité Federal del PSOE en el que Sánchez pretende recabar el apoyo del máximo órgano del partido para la convocatoria del XXXIX Congreso. Susana habla con Pradas, que está en la capital, y comienzan a preparar una maniobra que resultará mucho más letal para Sánchez. El secretario de Organización en Andalucía, Juan Cornejo, anuncia que Pedro debe «asumir responsabilidades políticas».

Las declaraciones en las redes sociales y en los medios de comunicación en general muestran a un Partido Socialista abierto en canal. Eduardo Madina, el principal rival de Pedro en las primarias de las que salió líder, escribe en Twitter:

«Hundimiento electoral inmenso. Deben asumir sus responsabilidades y el PSOE cambiar el rumbo. Un congreso ahora nos lleva a otras elecciones». La cuenta oficial del Partido Popular responde con la ilustración de unas palomitas. Sin duda, los de Mariano saben que empieza un largo espectáculo.

Entre la «vieja guardia», el expresidente Zapatero pide «un rumbo distinto en el partido». Salen también al campo de batalla los *rubalcabistas*. Soraya Rodríguez escribe: «Ni rehenes de la derecha independentista, ni subalternos del populismo de izquierdas. El PSOE debe ganar para ser alternativa al PP. No hay atajos». También los barones territoriales contrarios a Sánchez están tan coordinados como rabiosos por la deriva que acaba de decidir el líder. Les ha dado donde duele al acusarles de ser subalternos de la derecha, mientras Pedro se sitúa como el líder de izquierdas que cuenta con el apoyo de las bases. De nuevo, el extremeño Guillermo Fernández Vara declara: «Lo que hay es un debate creado por Sánchez en torno a su propia supervivencia y para ello lo ha reducido a la militancia. Quiere vencer al PP radicalizándonos como Podemos».

Para que no falte de nada en este lunes frenético, el partido de Pablo Iglesias anuncia que rompe su pacto de investidura con el PSOE en Extremadura y en Castilla-La Mancha. Pablo Echenique, secretario de Organización, avisa además de que todos los acuerdos territoriales son revisables, incluido el de Aragón, donde él apoya a Lambán. También queda avisado el valenciano Ximo Puig. La tensión va en aumento. Rajoy no cabe en sí de gozo. Es 26 septiembre, comienza el juicio de las tarjetas *black* y Blesa y Rodrigo Rato se enfrentan a nuevas peticiones de cárcel. Sin embargo, el que parece que será ajusticiado antes que ningún otro es Pedro Sánchez.

El PSOE castellano-manchego atribuye la ruptura a una estrategia de la dirección nacional de Podemos para elevar la presión a los socialistas, con un Sánchez amenazado y la investidura de un presidente del Gobierno pendiente. En cambio, la dirección del partido morado en esta autonomía y el propio Iglesias lo atribuyen a incumplimientos del acuerdo en el ámbito territorial.

Sea como fuere, la ruptura se anuncia justo cuando Pedro Sánchez está al borde del precipicio. En Podemos quieren mostrarle a los barones que van a matarle que también dependen del partido morado y que se necesitan mutuamente. Pablo Iglesias hace un emplazamiento público: «Sería razonable que el PSOE reconozca que ellos solos no pueden y que debe existir una relación de igual a igual». Por el momento, el pulso de Sánchez a Susana ya está lanzado y no parece que las fuerzas estén muy igualadas. A Pedro pueden pasarlo por la piedra. Es cuestión de horas que se produzca una catarsis que puede llevar a la izquierda ante el reto de entenderse y echar a Rajoy, o ante una fractura aún más pronunciada que afiance a Mariano en el poder.

PASANDO LISTA

Mientras se declara la guerra en el PSOE, la cuenta atrás para formar Gobierno sigue su marcha. El tiempo se agota. Dirigentes socialistas y de Podemos mantienen contactos, pero no se sientan a negociar. Íñigo Errejón tiene una charla privada con Antonio Hernando. El número dos del partido de Iglesias quiere saber si van a intentarlo o no. Si hay posibilidades o si Pedro Sánchez solo quiere mantenerse como candidato para unas terceras elecciones. Hernando le responde: «Si todos salimos vivos de esta, hablaremos». Se trata de sobrevivir a «la semana trágica en el PSOE», que ha comenzado con el desafío de Sánchez, pero que no ha hecho más que arrancar.

Errejón le insiste a Hernando en la idea de que Podemos podría buscar apoyos y abstenciones entre los nacionalistas. Antonio le dice a Íñigo que la determinación de Pedro es no abstenerse ante Mariano Rajoy, pues ha decidido que antes lo echarán. Así es como los portavoces parlamentarios del PSOE y de Podemos quedan en volver a hablar tras el Comité Federal del fin de semana, «si sobrevivimos... todos». La respuesta deja mosqueado a Errejón.

El plan que Pedro ha compartido con el propio Hernando, con su jefe de Gabinete, Juanma Serrano, con Óscar López y con Rodolfo Ares es que, si es necesario, irán a terceras elecciones. Pero no quiere abstenerse. Es la estrategia de Sánchez para sobrevivir y está convencido de que le avala el apoyo de la militancia. Ha dado ya la orden de que hablen con la agencia de publicidad por si se produjera la repetición electoral y, si se llegara a terceras, quiere que el «no es no» sea su primer acto electoral.

Pero ya está abierta una guerra sin cuartel. Los miembros de la Ejecutiva del PSOE reciben la llamada de la propia Susana, de miembros de su equipo en Andalucía, de Javier Fernández, de Tomás Gómez..., en definitiva, de varios dirigentes críticos que consideran insostenible la situación y buscan firmas para presentar las dimisiones en bloque y tumbar a Pedro. No es que quieran ganar el Comité Federal del sábado; en realidad, lo que pretenden es que esa reunión quede condicionada, porque si dimite la mitad más uno de los miembros de la

dirección, esta queda extinguida. Algunos de los que reciben la llamada aceptan. Otros responden que no están de acuerdo. Los hay también que contestan que no comparten el reto de Sánchez, pero tampoco las formas de dimitir en bloque. Consideran más limpio y menos estridente que el conflicto se resuelva el sábado en el Comité Federal. Pero la propia Susana responde por teléfono que hay que hacer algo ya. Las federaciones socialistas críticas se han puesto en marcha y el movimiento es frenético para hacer que Sánchez muerda el polvo cuanto antes.

Los que matarán al secretario general buscan diecisiete dimisiones. Diecisiete miembros de la Ejecutiva Federal. Son suficientes, puesto que, anteriormente, se produjeron tres bajas con el fallecimiento de Pedro Zerolo y las dimisiones de José Ramón Gómez Besteiro y Javier Abreu, que renunciaron tiempo atrás. Los críticos buscan diecisiete como mínimo, pero les gustaría conseguir alguna más. Al otro lado del teléfono, Susana intenta convencer a algunos que se resisten a dimitir prometiéndoles incluso que les envía la lista para que vean los nombres de los que ya se han comprometido a renunciar.

Sánchez conoce desde hace tiempo el plan de este golpe de primera mano. No lo dice públicamente, pero su estrategia sigue en marcha al mantener el pulso e intentar erigirse en el máximo representante de la militancia. Sabe que quieren eliminarle y sustituirle por una gestora. Que la disolución de su Ejecutiva busca extinguir el poder de la dirección del PSOE, incluido su secretario general. «Se ha puesto chulito y morirá con dolor»... Es el pulgar hacia abajo impulsado por los que quieren que Pedro se vaya de una vez.

Aún no se dice en público, pero del mismo modo que lo sabe Pedro, el plan del crimen lo conocen no solo Susana, sino también Rubalcaba, Zapatero, la «vieja guardia», en definitiva, junto a los barones críticos. Su paciencia se ha agotado. Sánchez llegará muerto o moribundo al Comité Federal. Bastaba esperar al resultado de las elecciones vascas y gallegas. A partir de aquí, piensan que lo único que está haciendo Pedro es intentar sobrevivir.

A primera hora del martes 27 de septiembre, el líder del PSOE concede una entrevista a la Cadena SER, donde asegura que no se plantea dimitir aunque el Comité Federal del sábado no apruebe su propuesta de congreso y primarias. También reconoce públicamente su estrategia: «No quiero terceras elecciones, pero unas elecciones nunca son una mala solución. Una mala solución es que desde la izquierda, con el voto, se indulte a Rajoy».

Pedro toca la fibra de Felipe González al comparar este momento con otro decisivo en la historia del PSOE, «como cuando se planteó abandonar el marxismo o no». Sánchez asegura que «se está llamando a una abstención técnica o abstención mínima para facilitar un Gobierno del PP y eso es una cuestión esencial para el futuro de la socialdemocracia». También lo plantea

como una forma de reforzar un liderazgo en torno al que se cierran filas: «La sensación es que no hay una autoridad en el PSOE».

Lo que no sabe Sánchez es que una entrevista grabada en la misma emisora, que se emitirá al día siguiente, será la antesala de su descabezamiento. Felipe le ha sentenciado a muerte, como lo han hecho tantos otros pesos pesados del socialismo y barones territoriales con los que ya no habla. Por si fuera poco, le espera una nueva puñalada en la reunión del Grupo Parlamentario Socialista, que comienza a la una de la tarde. Va a ser el teatro de operaciones de la ofensiva final programada para el sábado.

Susana Díaz ha movilizado a sus afines en el Congreso de los Diputados para dejar en evidencia a Sánchez. Quiere que en sede parlamentaria quede claro que las tropas que vienen del sur avanzan, tienen aliados clave y están dispuestas a reducirlo a cenizas. El portavoz del PSOE en el Congreso, Antonio Hernando, acepta que tomen la palabra los parlamentarios andaluces y varios críticos de peso que quieren tumbar los planes de Pedro.

La reunión es a puerta cerrada, en la Sala Clara Campoamor de la Cámara Baja. Al encuentro no acuden ni Sánchez ni Luen. Hablan en contra del secretario general once de los quince intervinientes. Antes de que den las cuatro de la tarde, la herida del líder del partido es aún más grande. A esa hora hay que terminar porque comienza el pleno en el hemiciclo, y ni siquiera ha habido comida en la reunión. Susana ha ordenado «entregarle» a Pedro el mensaje de que está dispuesta a robarle hasta la merienda.

Allí han hablado cinco diputados andaluces, Antonio Pradas, Miguel Ángel Heredia, José Andrés Torres Mora, Elvira Ramón y Salvador de la Encina; dos de la Castilla-La Mancha de García Page, el expresidente regional José María Barreda y Pablo Bellido; el extremeño Nacho Sánchez Amor, en representación de los intereses de Vara, y el valenciano Ciprià Císcar, de la federación de Ximo Puig. También Eduardo Madina.

Es toda una demostración de fuerza y un aviso a Pedro de que van a por él. El orden del día del pleno del Congreso, que suele ser el motivo de estas reuniones, se ha repasado durante un cuarto de hora. El resto del tiempo se ha empleado en poner a caldo al secretario general, que no está de cuerpo presente pero le esperan. La reunión la cierra Patxi López diciendo que él, ante la duda, siempre estará con su líder en el partido. Sánchez después le reprochará a Antonio Hernando haber permitido ese cónclave lleno de reproches. Pedro se siente acorralado y cada vez se fía de menos gente.

Las conspiraciones para derribarlo avanzan. El *sanchismo* se resquebraja mientras el *susanismo* suma adeptos y quiere tenerlo todo atado y bien atado. Susana no se conforma con tener segura la dimisión de diecisiete miembros de la

Ejecutiva y está preparando conseguir la mayoría en el Comité Federal para darle la puntilla a Sánchez. La presidenta andaluza, los barones afines y los pesos históricos influyentes en el PSOE están alistando efectivos entre los 290 miembros del comité que votarán el sábado.

En la relación de los casi trescientos miembros del Comité Federal, los *susanistas* quieren tener claro quiénes pueden tumbar la propuesta de Pedro de celebrar las primarias del 23 de octubre. Se multiplican las llamadas para votar con Susana o para ausentarse de la reunión del sábado. De todo hay. La «fuerza que viene del sur» sigue avanzando para cruzar Despeñaperros. No está sola. Al norte, al este y al oeste también bombardean contra el cuartel general donde Pedro Sánchez aún resiste.

Desde Puerto Real (Cádiz), Susana Díaz envía un mensaje público a sus enemigos y a sus aliados: «No voy a entrar en ninguna maniobra. Primero es el país. Nuestra obligación con España es ofrecerle un partido unido y cohesionado. Yo voy a estar donde me pongan mis compañeros, en la cabeza o en la cola». Repite esta última frase un par de veces y añade: «Lo ocurrido ayer es muy grave», pero se refiere a Podemos, partido al que acusa de «entrometerse en cuestiones internas chantajeando al PSOE», tras romper los acuerdos en Castilla-La Mancha y Extremadura.

Divididos los frentes de la izquierda, Mariano Rajoy mantiene un sospechoso silencio en la Jefatura del Gobierno. Sabe que la caída del soldado Sánchez está cerca. Será la humillación del hombre que le llamó «indecente» a la cara en horario de máxima audiencia televisiva. Es cuestión de días, tal vez de horas. Rajoy solo espera caminar sobre su cadáver. Sabe que la posibilidad de mantenerse otros cuatro años en La Moncloa está más cerca que nunca.

Todo en orden, Mariano. En España, las miradas están puestas en el crimen de Ferraz, mientras la Guardia Civil ha entrado hoy en la Asamblea de Madrid buscando documentos sobre la corrupción del PP en la trama Púnica. El juez Velasco ha requerido documentación a través de la Unidad Central Operativa. Sigue investigando la financiación irregular del Partido Popular. Las investigaciones se han llevado por delante a otra de las rivales de Rajoy, Esperanza Aguirre, que ya dimitió como lideresa del PP madrileño. Mariano resiste triunfal en el palacio presidencial mientras sus adversarios siguen cayendo.

También en este martes 27, justo cuando el PSOE recuenta efectivos para su catarsis del próximo sábado, Rita Barberá reaparece en el Senado. Es una mujer derrotada. Más delgada, triste, cabizbaja. Ruega a los periodistas que la dejen avanzar. Se sienta en la última fila del hemiciclo. Ya no está en el PP. Antes era «la mejor» para Mariano, pero ahora deambula por una Cámara Alta que nunca

se le había hecho tan cuesta arriba. Allí se ha atrincherado Rita, en el grupo mixto, imputada por blanqueo, para conservar su aforamiento y ser juzgada por el Tribunal Supremo.

La que fue alcaldesa de Valencia durante casi veinticinco años hoy pasa desapercibida para muchos de los que eran sus aduladores compañeros. «Ni la he visto», comenta un senador del PP. La vida es más sombría para Rita en el escaño 301. Habla por el móvil, mira el techo, parpadea, se relaja y se queda dormida. Sí, da unas cuantas cabezaditas. Que la graben así las cámaras ya no le importa a quien fuera «la gran alcaldesa de España».

Rita duerme, pero Rajoy Brey mantiene al PP despierto. El mismo 27, cuando se reclutan soldados para la masacre socialista del fin de semana, el Partido Popular, imputado, apela a la llamada «doctrina Botín» para evitar que lo juzguen por destruir los ordenadores de Luis Bárcenas. El PP alega que no le acusa la Fiscalía y tampoco ya su extesorero, que es el perjudicado directo en la causa. Bárcenas sigue siendo fuerte y demostrando que ha cambiado de estrategia: ya no va contra Mariano. Rajoy sigue salvando la espalda. Pedro y Susana se han citado para apuñalarse.

52

EL DÍA D

Los hechos se precipitan. El 28 de septiembre, Felipe González anuncia a la nación lo que lleva meses diciendo en privado. Comparte la tesis reconocida por Pérez Rubalcaba y Soraya Sáenz de Santamaría, y con sus mismas palabras: «Un Gobierno Frankenstein, que diría Rubalcaba, no es bueno, ni es posible», afirma Felipe. El mensaje de González en la Cadena SER, emitido a primera hora de la mañana, da inicio al «día D». Si ha de producirse un golpe de mano, tendrá lugar hoy. La entrevista, que estaba grabada previamente, será algo así como el sonido de la radio que anticipó la «revolución de los claveles». Las palabras del expresidente se convierten en la antesala de una jornada en la que a Sánchez se le levanta media Ejecutiva.

Ni estamos ante la revolución portuguesa, ni suenan *E depois do Adeus y Grândola, Vila Morena*, pero el malestar transmitido por Felipe a través de las ondas inicia un día aún más convulso. González alerta de que «unas terceras elecciones nos podrían llevar a una crisis del sistema» y así justifica que lleve meses hilvanando contactos para que el Partido Socialista se abstenga: «El PSOE se debe abstener. Hoy lo opino con más fuerza». Felipe apuesta por un Gobierno en minoría de Rajoy —«Yo no coincido con Sánchez en satanizar al PP»—, insiste en no obstaculizar que la fuerza más votada intente ser investida y considera un peligro que el socialismo pacte un Ejecutivo alternativo: «¿Es que se puede hablar de un Gobierno de coalición para ofrecer un proyecto a España cuando hay dentro de él muchos componentes que ni siquiera creen que España sea un espacio público compartido y están dispuestos a cuestionarla? [...]. Eso no es un proyecto de país, es un proyecto de reino de taifas [...]. Creo que el fondo del problema es que Pedro está peleando para ser un poco más grande que Podemos y Podemos para ser más grande que el PSOE».

Pero lo que levanta al *susanismo* contra los *sanchistas* es que Felipe González, el gran factótum del PSOE, rebela en esta entrevista que se siente «engañado por Pedro Sánchez». Pedro mintió al gran líder: «Él me pidió que nos reuniéramos después de las elecciones del 26 de junio y allí me explicó que pasaba a la

oposición, que no intentaría ningún Gobierno alternativo y que votaría contra la investidura del Gobierno del PP, pero que en segunda votación pasarían a la abstención para no impedir la formación de Gobierno [...]. Me dijo que iban a hacer una cosa y luego fue otra [...]. No he vuelto a sentarme a hablar con él. Si ha hablado con los secretarios territoriales tantas veces como conmigo, entiendo que la situación en el partido sea complicada». De esta forma, Felipe llama a la dimisión de Sánchez: «Alguno tendrá que asumir responsabilidad política por ir de derrota en derrota, se supone que hasta la victoria final». González sentencia a muerte al secretario general del PSOE cuando le preguntan si Pedro puede negarse a dimitir en caso de que el Comité Federal del sábado le pida que se abstenga y no se abstiene. La respuesta de Felipe es tajante: «Eso no ocurrirá».

La suerte de Sánchez como líder socialista está echada. Pedro llevaba días, semanas, meses... con el temor de que González hiciera unas declaraciones como esas. El «va a hablar Felipe» es un comentario temeroso habitual en los mentideros del PSOE, entre *sanchistas* y *susanistas*, como el de esos niños malos que dicen eso de «va a venir papá a casa y verás la que nos cae». Al final, González Márquez, el hombre que nunca ha dejado de estar al corriente de lo que se cuece en el partido, acaba de darle a Pedro la extremaunción.

Felipe está de viaje por América y Sánchez viaja al final de su larga agonía. Pero lo peor del miércoles está aún por llegar. Entretanto, la dirección de Ferraz publica un comunicado respondiendo al expresidente y concierta una entrevista con eldiario.es en la que dará su respuesta. La nota de prensa no desmiente que Pedro engañara a González. Simplemente, afirma que el secretario general no revela el contenido de sus «conversaciones habituales con dirigentes y exdirigentes del Partido Socialista».

Una gran foto de Felipe sigue decorando el despacho en el que Pedro Sánchez graba la entrevista con los periodistas del diario de Ignacio Escolar. Sánchez reta a Susana: «Felipe González está en el bando de la abstención, yo estoy en el bando del voto en contra a Mariano Rajoy para crear un Gobierno alternativo. A mí me gustaría saber en qué bando está Susana Díaz [...]. Yo he dudado sobre cuál debía ser la posición del PSOE, pero creo que ante un partido procesado por corrupción, ante un presidente como Rajoy, que ha hecho retroceder en derechos, libertades, el Partido Socialista no se puede permitir ser un facilitador de aquello que combate [...]. Aquellos que dicen que hoy podrían estar derogadas la LOMCE, la reforma laboral, la ley mordaza... con un Gobierno de Rajoy, creo que son unos ilusos».

Si Sánchez espera una respuesta directa de Susana, nunca la obtendrá. En ningún caso pronuncia la palabra «abstención». A lo más que llega la presidenta andaluza es a decir que el PSOE debe mantenerse en la oposición. Es evidente

que los dos están dispuestos a batirse en duelo, aunque antes emplearán a sus tropas para dejar el campo de batalla despejado. Sánchez declara: «Felipe ha vuelto a poner encima de la mesa por qué es necesario un congreso en nuestro partido, porque hay dos posturas que tienen que ser sustanciadas en un debate y, en consecuencia, decididas por la militancia. Lo que se discute es si permitimos con nuestra abstención la investidura de Rajoy o votamos en contra y, en consecuencia, intentamos formar un Gobierno alternativo».

Pedro Sánchez sigue soñando con el llamado Gobierno del cambio o con ser el candidato en unas terceras elecciones. Ha intercambiado mensajes con Pablo Iglesias y Albert Rivera y sigue aspirando a reunirse con ellos en este mes. Incluso quiere integrar a las fuerzas nacionalistas porque «cuantos más seamos, más potente será [el Gobierno alternativo]». Claro que, a estas alturas, ya solo falta saber qué ocurrirá con lo que Antonio Hernando presagiaba ante Errejón: antes deben sobrevivir todos a la matanza de Ferraz.

El líder socialista se lamenta de que se está ocultando la verdad: «Lo que no puede ser es que yo vaya a un Comité Federal en julio, hable con todos los líderes territoriales la semana previa, ahormemos una posición política que es el voto contrario a Rajoy en la investidura, que es algo que yo he cumplido... Es importante que nos digamos las verdades». En definitiva, nadie o muy pocos han querido cargar con el peso de pedir públicamente la abstención para que gobierne Mariano. El tiempo mareando la perdiz ha llevado a un punto que no tiene retorno en condiciones pacíficas.

Cuando el periodista Gonzalo Cortizo le pregunta a Pedro Sánchez si espera dimisiones en su Ejecutiva Federal que intenten tumbarle, el Partido Socialista Andaluz ya tiene previsto llevar esas renunciaciones inmediatamente a la sede del PSOE. Sánchez responde: «¿Se va a sustituir el voto de la militancia por una gestora que va a tomar unas decisiones que yo estoy proponiendo que sean sometidas al voto de las bases?». El plan de la gestora también está en marcha, e incluso ya hay nombres. El puesto de Pedro lo ocupará temporalmente el presidente de Asturias, Javier Fernández. Es un íntimo de Rubalcaba. Su «tronco», como dice Freddy en sus círculos íntimos. Es su compañero de vacaciones y un buen amigo con quien comparte confidencias. Curiosamente, distintos medios comienzan a repetir, casi de manera calcada, que Fernández es «un referente moral» del PSOE.

Con todo dispuesto, solo falta ejecutar el crimen. Pasan algunos minutos de las cinco de la tarde cuando un pequeño coche gris se abre paso en la sede socialista de Ferraz en Madrid. Un hombre con barba y camisa blanca acompaña a una joven de pelo rizado. Aparcan y se disponen a entregar un documento. Son Eva Matarín y Antonio Pradas. Una forma parte del equipo del madrileño Tomás

Gómez, otro del de Susana Díaz. Tomás devuelve el golpe de su descabezamiento como líder del PSM. Susana, la traición de la que culpa a Sánchez desde hace dos años. Los tres —Pedro, Susana y Tomás— estuvieron en aquella reunión del AC Hotel La Finca. Pradas y Matarín acaban de llevar a la sede del PSOE el primer puñal: las dimisiones de diecisiete miembros de la Ejecutiva de Sánchez. Junto a las tres bajas que ya había, por renuncias y fallecimiento previos, suman veinte, la mitad más uno de los treinta y ocho integrantes del órgano de dirección del partido.

Los que van a matar a Pedro Sánchez deseaban algunas renuncias más. Al final no han cedido a las últimas llamadas ni el exlíder de Navarra, Roberto Jiménez, ni la consejera valenciana de Sanidad, Carmen Montón. Entre los diecisiete firmantes está la presidenta del PSOE, Micaela Navarro, y dos presidentes autonómicos, Ximo Puig y Emiliano García-Page. Por territorios, la mayoría son de la federación andaluza, en la que renuncian siete; tres de Castilla-La Mancha, dos de Madrid y uno de la Comunidad Valenciana, Extremadura, Aragón, Canarias y Cataluña.

Los *sanchistas* hablan de «golpe de Estado» en el partido que más años ha gobernado en España. Sánchez cancela una entrevista que tenía prevista con Pedro Piqueras en Telecinco. Pablo Iglesias alerta de que se encuentran ante un «fraude» y Albert Rivera escribe en Twitter: «No me alegra ver a un partido constitucionalista en crisis, pero peor sería que toda España continuara en crisis por el bloqueo institucional».

El PSOE entra en una caída de consecuencias inesperadas. Es la tragedia de un partido retransmitida por la televisión. Cuando Pradas abandona la sede de Ferraz pegado a su teléfono móvil, Susana ya sabe que Sánchez ha quedado a los pies de los caballos. Ahora falta que lo arrastren. Porque, si querían que Pedro dimitiera, este decide seguir adelante. El *susanismo* considera que por egoísmo, y los *sanchistas*, que lleva razón. Los dos bandos entran en una discusión sobre la interpretación de los estatutos del partido. Unos dan por terminado el mandato del secretario general y otros resisten.

Lo cierto es que los estatutos del PSOE no recogen de forma expresa que, en caso de que la mayoría de la Ejecutiva presente su dimisión, automáticamente cesen el secretario general y el resto de los miembros. Tampoco que implique la necesidad de que se nombre una gestora. Esto vale para propiciar ceses en las Comisiones Ejecutivas regionales, pero no en la nacional. Todo queda, pues, dispuesto para librar la batalla en el Comité Federal del sábado.

Entretanto, en el Parlamento de Cataluña, el *president* de la Generalitat, Carles Puigdemont, ha anunciado que se celebrará un referéndum por la independencia sí o sí: «Referéndum o referéndum». Lo contempla para la segunda quincena de

septiembre de 2017, haya o no acuerdo con el Gobierno central. Puigdemont encara así una cuestión de confianza en el Parlament que pretende salvar con el apoyo de la CUP.

En Madrid todo se complica para cumplir con el anhelo del Gobierno de izquierdas. Cuando Iglesias revela que le había advertido a Pedro de «que se cuidara con Felipe», González está de viaje en América. Pero al otro lado del charco hay una tromba que se está llevando por delante a Sánchez en la capital de España. Mariano Rajoy también planea salir del país. Pero de visita. Se mantiene bien informado, en silencio, y se prepara para viajar a Portugal. Desde allí vivirá cómo muere el hombre que le decía «no es no». Ya lo había advertido Felipe González en la entrevista emitida esa mañana en la radio: «Rajoy es el único animal que avanza sin moverse». Las tropas de Susana continúan su ofensiva hacia Madrid, pero el que espera ganar la batalla sin despeinarse sigue siendo Mariano.

LA ÚNICA AUTORIDAD

«Cuando nos mataban, negociábamos hasta con los que nos estaban matando». Este mensaje desesperado se pronuncia entre los cercanos a Pedro Sánchez, que tratan de convencerle para establecer algún tipo de contacto con los *susanistas* y negociar. La frase, muy dura, se refiere a los asesinatos de socialistas a manos de ETA. Entonces se negoció. De hecho, la paz se alcanzó con un Gobierno socialista. Ahora, la situación del partido ha llegado a tal punto que algunos apelan a aquellos años de plomo para pacificar un conflicto, sin duda menor que aquel, como es la crisis que ha estallado en el PSOE.

Entre los partidarios de dialogar está el exlehendakari Patxi López, el navarro Roberto Jiménez, el portavoz parlamentario Antonio Hernando, la catalana Meritxell Batet, la extremeña Pilar Lucio y el madrileño Manuel de la Rocha. Le dicen a Pedro que negocie... Finalmente, el exconsejero de Interior en Euskadi, Rodolfo Ares, se pondrá en contacto con Verónica Pérez, mano derecha de Susana Díaz y presidenta de la Mesa del Comité Federal, pero el enfrentamiento está asegurado el próximo sábado. Ares, *sanchista* que ha negociado con los etarras, se verá en los próximos días en la tesitura de cumplir un papelón enfrentándose a algunos de sus compañeros de partido. Es la situación límite a la que ha llegado el PSOE.

Es jueves, 29 de septiembre, y los alrededores de la sede socialista de Ferraz se han convertido en una especie de plató de televisión improvisado. Los programas de actualidad conectan constantemente y hay cámaras, periodistas, pertiguistas que acercan micrófonos, simpatizantes socialistas y curiosos. La guerra del socialismo español es ya un *show*. Por allí se ven carteles alusivos al conflicto, se grita a los coches que entran en el edificio y los reporteros preguntan sin parar a los que llegan.

Pedro Sánchez ha convocado a los fieles que quedan de la Ejecutiva. Están reunidos en el interior de la sede socialista. De repente, una joven menuda se abre paso entre un gran despliegue de medios. La mujer es pequeña, y el tumulto de cámaras, pértigas y grabadoras, muy grande. El PSOE, que es ya una fuente

inagotable de noticias, le proporciona al país el titular del día. La joven, desconocida para muchos periodistas que le han acercado el micrófono, proclama: «En este momento, la única autoridad que existe en el PSOE soy yo». La cara de alguna de las reporteras que está junto a ella es un verdadero poema.

Se trata de Verónica Pérez Fernández. Ha llegado *ex profeso* desde Sevilla para entregar un documento a los *sanchistas*. Es otra enviada de Susana, como lo fue Pradas hace dos días. «La única autoridad» pasa dos horas en el recibidor de la sede, pero no la reciben. Le dicen que Pedro está reunido. Pérez Fernández, muy segura de sí misma, pide «calma y tranquilidad» a los periodistas y anuncia que ella es la que manda, «les guste o no, pues soy la presidenta de la Mesa del Comité Federal», y Pedro «se ha atrincherado, pero debe irse».

Los mensajes de «la única autoridad» suenan a que esta vez la envían en son de paz, pero Sánchez deberá rendirse, por las buenas o por las malas. Proclama a los cuatro vientos que Pedro ya no tiene ningún cargo, porque la mitad más uno de la Ejecutiva ha dimitido. Como le ha dicho que salga y no sale, ya vendrán para sacarlo. No le servirá de nada «atrincherarse», y tampoco «estas dos horas que he estado en el *hall*».

«La única autoridad» ha llegado a Madrid para «instar» a la Comisión de Ética y Garantías a que se reúna y «arroje luz» sobre la «interpretación» de los estatutos. En esto, el PSOE también tiene el «corazón *partío*». La presidenta y el secretario de ese órgano son *sanchistas*, pero la mayoría es *susanista*. Está en manos del secretario, a instancias de quien preside el órgano, hacer la convocatoria, pero el *susanismo* puede sacar adelante la votación porque son tres miembros, es decir, uno más.

Así abandona Verónica Pérez la calle Ferraz, mientras algunos todavía preguntan quién era esa mujer. Es la protagonista del día. Ya ha pasado a ser, en los medios, «la única autoridad». Lleva desde los catorce años en las Juventudes Socialistas. Estudió Económicas, pero dejó la carrera para dedicarse a la política. A quien nunca ha abandonado es a Susana Díaz y, salvo los cargos que ha ocupado por ser del Partido Socialista, nunca ha tenido otra actividad profesional. A los dieciocho años, ya era secretaria de Organización del PSOE en San Juan de Aznalfarache.

El que sigue metido en Ferraz es Pedro Sánchez. Algunos de los suyos le insisten para que negocie. Hoy se han ausentado dos miembros más de su Ejecutiva: la vicepresidenta de Cantabria, Eva Díaz Tezanos, y la consejera de Sanidad de Ximo Puig en la Comunidad Valenciana, Carmen Montón. Pedro está cada vez más solo, y con esos miembros convoca el Comité Federal del sábado a las nueve de la mañana. Será a vida o muerte. Si sobrevive, propone que este comité adelante el Congreso Federal Extraordinario a los días 12 y 13 de

noviembre, para elegir al secretario general y a la nueva dirección tras las primarias del 23 de octubre, que se mantienen con la misma fecha. Sánchez anuncia que es «una propuesta abierta al consenso», pero si lo matan, quedará en papel mojado.

Algunos, como Susana y Rubalcaba, siguen maniobrando para poner en marcha la gestora. El diario *El País* habla de Javier Fernández, el presidente de Asturias, como el hombre que «mantiene en el seno del PSOE la condición, incluso entre sus opuestos, de referente moral y guardián de las esencias del partido. Sus intervenciones en los mítines de las dos últimas campañas generales fueron de las más celebradas. El respeto que despierta en los territorios [...]». Se acerca un nuevo líder, temporal, con gran trompetería. Pero con la bendición de los barones y de la vieja guardia socialista, que cuenta las horas para sacar a Pedro de la trinchera.

Aunque lo más duro que dice *El País* sobre la crisis abierta en el PSOE se encuentra hoy en su editorial. Se titula «Salvar al PSOE» y está corriendo como la pólvora en las redes sociales. El periódico considera «imprescindible» la «salida del secretario general del PSOE». Afirma que «Pedro Sánchez ha resultado no ser un dirigente cabal, sino un insensato sin escrúpulos que no duda en destruir el partido que con tanto desacierto ha dirigido antes que reconocer su enorme fracaso». Continúa atacándole por su «cobardía de enviar a su número dos —tal vez el único que le queda al lado— a dar explicaciones en su lugar». Atribuye también a Sánchez «la mejor tradición sectaria de desviación ideológica». Sin tapujos, el diario del Grupo PRISA asegura que «una gestora debería conducir el partido hasta la celebración de un congreso extraordinario, que de ninguna forma debería tener lugar antes de que quede despejado el horizonte de la gobernabilidad de España», porque «ni Felipe González, ni Joaquín Almunia, ni José Luis Rodríguez Zapatero se aferraron al argumento populista de convocar a los militantes para atrincherarse en el cargo».

El periódico, con Rubalcaba estrenando cargo en el Consejo Editorial, nada más pedir Sánchez unas primarias publicó otro editorial que tituló «Un partido secuestrado». Acusaba a Pedro de haberse «sacado de la manga una carta tramposa para eludir las responsabilidades que le corresponden por la sucesión de gravísimas derrotas electorales», optando por «la marrullería de un dirigente contestado internamente y decidido a continuar la fuga hacia adelante sin causa que defender».

La mañana ha sido movida en Ferraz, Sánchez come con varios miembros de su círculo de confianza y se prepara para una tarde en la que sabe que Susana va a reaparecer en público. El PSOE está abierto en canal y aún restan unos cuantos días de navajazos, pero la presidenta andaluza se deja ver ante las cámaras y se

ofrece «a coser el partido». Es la primera vez que Susana aparece desde el gran golpe y su puesta en escena en Sevilla es de gran poderío. La reciben puestos en pie, con aplausos, los trescientos miembros de su Comité Director andaluz. La imagen que traslada no es casualidad. Cuando convocó la reunión para este día ya pensaba en mostrar su fuerza y la de la federación andaluza, la más numerosa, la que puede hacer que «un tal Sánchez» un día sea secretario general y otro un defenestrado.

La presidenta de la Junta de Andalucía toma la palabra. Todas las miradas están pendientes de «lo que diga Susana», que proclama: «Vamos a estar a la altura para restituir la fraternidad en el socialismo». No lo nombra, pero acusa a Sánchez de buscar sus «intereses personales» y asegura que «el PSOE andaluz nunca querría que gobierne la derecha». Elogia a Zapatero y a Felipe González, y también alaba la figura, varias veces, del asturiano Javier Fernández. Ya está bendecido.

Díaz, que se ha mantenido en silencio mientras los suyos aparecían por Ferraz haciendo el trabajo sucio, lanza el penúltimo puñal contra Sánchez por haberse «cegado con los fogonazos de los partidos nuevos y perder la perspectiva». También tiene un recado para Pablo Iglesias: «Lo que han hecho con Izquierda Unida no lo van a hacer con el PSOE».

Susana vela armas para desplegar el sábado sus baterías contra el *sanchismo* en Madrid. Por mucho que diga «aquí no hay bandos, ni somos una banda», el partido está ahora mismo dividido en, al menos, dos mitades. Los que están con ella y los que apoyan a Pedro, los que quieren abstenerse y los que están dispuestos a llegar a unas terceras elecciones. En el fondo, ambos buscan lo mismo: el poder. Mantenerlo o conquistarlo. Es la gran batalla sin resolver en el PSOE desde el ocaso de Zapatero. Desde que la crisis los pilló desprevenidos. Desde que vieron que no tenían bien preparada la sucesión. Desde que el estallido de la burbuja inmobiliaria detonó la luna de miel de los socialistas. Desde que la mayoría absoluta dio paso a una crisis de liderazgo sin familias bien avenidas. Una suerte de puñales viene cruzándose desde hace años entre *rubalcabistas* y *chaconistas*, después con los *susanistas*, luego con los de Madina y ahora con los de Pedro... Pero ninguna de estas intrigas tiene parangón con la batalla que se augura para el próximo sábado.

Y, mientras tanto, en el *marianismo* se mantienen en un calculado silencio. Que sean otros los que se apuñalen y ya saldrá Mariano cuando se haga el recuento de cadáveres. En La Moncloa están en la Operación Minimizar Daños. Tal cual. Así la llaman algunos fontaneros monclovitas. Rajoy conserva intacto su plan de no interferir ni con gestos ni con declaraciones en la matanza del PSOE. Ya no cuenta con Pedro Sánchez para nada y solo espera su entierro para

negociar con una gestora socialista en breve. Mariano no tiene pensado ni ir al funeral de Sánchez, ni pedir una plegaria en su nombre. Solo espera que le traigan el acta de defunción.

QUE VIENEN LOS NUESTROS

Queda un día para la batalla final, pero la mañana del viernes 30 de septiembre Pedro Sánchez no acude a Ferraz. No se desplaza a su despacho en la sede socialista, en cuyas puertas todavía hay algunos curiosos. Pedro está abatido. Aguanta, pero emocionalmente lleva unos cuantos meses pasándolo mal. Ya solo resta esperar el desenlace. El papel de su mujer es determinante para mantener en pie a quien todavía es secretario general del PSOE, pero, mientras tanto, Susana Díaz afina los últimos detalles y se ve con posibilidades de cobrarse su cabeza mañana. Para ella, el Comité Federal es un órgano que está bajo su control. Susana apoyó a Pedro para que llegara a secretario general en 2014, pero se aseguró adquiriendo un poder determinante en los órganos de dirección socialistas.

En Ferraz están esa mañana César Luena, Antonio Hernando, Óscar López, Rodolfo Ares, Adriana Lastra, Susana Sumelzo... Algunos se encargan de hacer recuento en el despacho de Juanra Ferreira, del equipo de Luena. Puntean listas de compañeros que asistirán al día siguiente al Comité. No lo tienen nada claro. Hacen cuentas de dos tipos: suman a los que pueden apoyarles si el voto es secreto y a los que no lo harán si tienen que votar ante la mirada de sus «jefes» territoriales. Llaman a distintos miembros autonómicos y provinciales, preguntan y apuntan. Se la juegan en una votación que determinará si continúan ocupando esos despachos dentro de un día.

Los que quieren sacar a Sánchez de Ferraz también se están moviendo. Hacen sus llamadas a partidarios, a los que tienen dudas e incluso a *sanchistas*, a los que animan a ausentarse en la votación o, directamente, a no acudir al Comité Federal. Nada se deja a la improvisación. La intriga continúa.

Susana y Pedro velan armas, mientras la vieja guardia sale a la palestra y da la cara ante los medios. Josep Borrell ha cogido el toro por los cuernos a primera hora de la mañana en la Cadena SER y allí mismo ha echado en cara que el «Grupo PRISA no puede cesar al secretario general del PSOE». Borrell va a saco contra las influencias del grupo editor de la emisora. También afirma que «le da

pena» el «comportamiento» del diario *El País* por su editorial «insensato sin escrúpulos». El exministro socialista proclama que Pedro Sánchez sigue siendo el líder del PSOE y que «solo puede ser cesado por un congreso o una moción de censura en el Comité Federal».

Josep Borrell explica que «ahora mismo, sustituir a Pedro por una gestora no está en los estatutos. Cuando en la Ejecutiva existe la mitad más uno de vacantes, un Comité Federal debe convocar un Congreso Federal Extraordinario». Así es como debe hacerse, dice Borrell. Un día antes, en Antena 3, el exministro había cargado contra Felipe González: «¿Conoce las decisiones del Comité Federal que hay que respetar y que él no respeta?».

Que Borrell esté dando la cara no es casualidad. Cuando Felipe dejó la Secretaría General del PSOE, el cargo quedó en manos de Joaquín Almunia. Corría el año 1997. Almunia se presentó a unas primarias para ser candidato a La Moncloa, pero en la votación de la militancia le ganó Borrell. Contra los deseos de González, de los barones, del aparato del partido y de sus pesos pesados. Eso sí, la alegría de vencer a Almunia le duró a Josep Borrell trece meses. «El mejor Borrell fue el de su despedida como candidato», publicó el diario *El País*, que había destapado un caso al que se refirió así: «Aunque no ha habido nada ilegal en su comportamiento, su proximidad personal a Aguiar y Huguet extiende una sombra de duda que podría perjudicar a la imagen del PSOE», aunque «no hay en su actuación nada reprochable desde un punto de vista penal, civil o ético. Pero el hecho de que su exmujer participase en un fondo de inversiones junto a uno de esos antiguos colaboradores, convertidos hoy en símbolo máximo de la desvergüenza, refuerza la impresión de que no se trataba solo de funcionarios desleales, sino de personas de su entera confianza personal. Por ello, su decisión de renunciar es prudente, y seguramente sabia. Aunque se haya visto favorecida por otros factores».

Ahora, Josep Borrell lleva unos días concediendo entrevistas porque, en cierta forma, se ve reflejado en lo que le ocurre a Sánchez: Pedro ya no conviene como gallo del partido y quieren desplumarlo. Al exministro no le entusiasma el secretario general, pero le rebela lo que está sucediendo. Está firmemente convencido de que, para que gobierne la izquierda, hoy en día es necesario que el PSOE se entienda con Podemos: «Muchos de los hijos de los socialistas están allí. No podemos imaginar que la izquierda vuelva a gobernar si no hay convergencia», y se revuelve contra los planes ocultos para dejar gobernar a Rajoy: «Cuando Díaz dice que no se puede gobernar con 85 diputados, tenía que haber sido consecuente y decir: “Nos tenemos que abstener”. No lo dijo porque es impopular».

Borrell había pedido hacía meses esa abstención, pues consideraba que lo

contrario llevaría a «un callejón sin salida». Ahora, el gran dardo que lanza un día antes de la catarsis de Ferraz es este mensaje que deja ante los micrófonos de la SER: «Si esto fuera un golpe de Estado, estaría organizado por un sargento chusquero...».

Rubalcaba, el Químico, sale a la luz en Cataluña. Entre reuniones y continuas llamadas, Freddy ha dado también espacio en su agenda a un acto con militantes en la víspera de la batalla final. Mataró recibe a Alfredo, que está en permanente contacto con la realidad que se cuece para merendarse a Sánchez al día siguiente. Es la primera vez que Freddy habla abiertamente de la gran crisis que vive su partido y que está a punto de dejar la llave de La Moncloa en manos de Rajoy: «Primero, dar un Gobierno estable a España y luego, ocuparnos de las discusiones internas del PSOE». Para gobernar con estabilidad, Pérez Rubalcaba descarta a Podemos y a los independentistas, aunque asegura que «Pablo Iglesias lo tuvo a huevo en diciembre». Que gobernará Mariano Alfredo ya lo sabe. Eso sí, está muy al corriente de que «la fuerza que llega del sur» arrollará mañana a Pedro, aunque desconoce cómo se complicará el desenlace final.

Rubalcaba, que lleva ya tres décadas como factótum del PSOE, sigue moviendo hilos en la penumbra. Con unos enhebra agujas y otros los corta, de algunos puede hacer un títere y con otros te puede tejer hasta un jersey. Freddy tira de la madeja. Y tira y tira, y si te descuidas, te deja en cueros. Con un hilo, Rubalcaba te hace una manta que puede taparte para siempre. Cuando Susana habló de coser, seguro que pensaba en Alfredo como uno de los mejores sastres.

Con hombres como él no es de extrañar que las opciones de un Gobierno alternativo se diluyan. Si Freddy le dijo «no» a Pedro, era que no. Y, efectivamente, ahora la comunicación del líder del PSOE con Podemos se limita a algunos mensajes de apoyo. Muy pocos creen que Sánchez sobreviva. Iglesias considera que estamos asistiendo a una «crisis de régimen», por lo que en la formación morada los contactos previos a la guerra civil abierta en el PSOE se han interrumpido hasta mejor momento.

El *sanchismo* cree que Pedro no solo es víctima de Susana Díaz, de los barones críticos y de los pesos pesados de la vieja guardia del partido, sino que aseguran que se trata de una «operación al máximo nivel» en la que aparecen dirigentes históricos del PSOE, como Felipe González y Rubalcaba, empresarios de la comunicación de líneas editoriales tradicionalmente de izquierdas, como PRISA, La Sexta y medios críticos con el líder socialista, y altos directivos del IBEX, como César Alierta, de Telefónica, o Isidro Fainé, de La Caixa. Los *sanchistas* dicen ser víctimas de una «maniobra de alto nivel con varias manos».

El secretario general del PSOE también mueve hilos. Las relaciones de Pedro Sánchez con Juan Luis Cebrián, presidente del grupo editor de *El País* y de la

Cadena SER, se han ido deteriorando y Pedro pide ayuda a José María Álvarez-Pallete, actual presidente de Telefónica, que tiene participación en medios que los *sanchistas* consideran especialmente críticos. Al mismo tiempo, en los últimos días, a Sánchez y a varios miembros de su equipo les preguntan constantemente si es verdad que los servicios secretos, controlados por el PP, tienen constancia de que está casi hecho un pacto con Podemos y los independentistas. Tanto en la antigua Convergència como en el PNV, la disposición a pactar con el PSOE es buena, porque detestan la actitud del PP de Rajoy con los nacionalismos vasco y catalán, pero no hay comprometido ningún referéndum secesionista o ninguna declaración de una república, como ha llegado a filtrarse en algunos medios. El dirigente de Esquerra Republicana de Catalunya Joan Tardá, se encuentra en el Congreso con el portavoz socialista, Antonio Hernando, y le comenta que les están «friendo con esto de que hemos pactado con vosotros». Hernando le responde: «Son los míos, pero no son los nuestros».

Mientras tanto, Rajoy está en Portugal. Para pasar la víspera del aquelarre socialista ha optado por inaugurar la exposición «Materialidad y Metamorfosis» de Joan Miró. Mariano sabe que el socialismo español está mudando de piel. Curiosamente, lo ve venir en el país que Sánchez visitó para que le explicaran cómo la izquierda había negociado un Gobierno de cambio en un tiempo récord. El mismo Portugal donde el sonido de la radio dio paso al estallido final.

Rajoy en Oporto y, en España, el cabecilla de la trama Gürtel, Francisco Correa, anuncia que está dispuesto a contar la verdad en el primer macrojuicio contra la red de corrupción, que empezará el próximo martes en la Audiencia Nacional. Puede ocurrir que, cuando el PSOE haya matado a su líder y esté pensando en cómo abstenerse ante Mariano, se esté juzgando a la mayor trama de corrupción que afecta al Partido Popular.

El presidente en funciones pasará el fin de semana en Oporto. Sánchez es llamado a última hora de la tarde de ese viernes a la sede de su partido. Los suyos creen que Susana Díaz puede hacer una comparecencia pública y aportar alguna novedad. Es más el miedo que le tienen que otra cosa. Pero Pedro sale de casa y anuncia un mensaje al país, por si hubiera que contraprogramar a la Sultana. Hará su último discurso preparado y se lo está escribiendo Óscar López. Su amigo Óscar, aquel con el que Sánchez hizo sus primeros pinitos en política durante los cursos del Instituto Jaime Vera, después en Bruselas y luego en Ferraz.

Es viernes, 29 de septiembre. Ha caído la noche en Madrid y Susana finalmente no sale. Pedro llega con cara de circunstancias a Ferraz, repasa los papeles y baja a la tribuna instalada en la sala de prensa de la sede socialista. Es

su primera comparecencia pública desde «el golpe». Desde que la mayoría de su Ejecutiva Federal dimitió. Y es su último mensaje como líder del PSOE. Veinticuatro horas después, ya derrotado, pronunciará otro.

Sánchez está hoy más vencido que ayer, pero menos que mañana. Finalmente, cede y reconoce que, si su propuesta no sale adelante, dimitirá como secretario general: «Si el Comité Federal decide que hay que pasar a la abstención, no puedo administrar una decisión que no comparto. España no se merece cuatro años más de Rajoy, de un presidente que ha mentido, que con sus políticas retrógradas ha provocado desigualdad, pobreza y corrupción. Si el Comité pasa a la abstención, no podré administrar una decisión que no comparto».

Los contactos con la gente de Susana tan solo han logrado ponerse de acuerdo a la hora de pedir que al día siguiente no haya militantes concentrados ante la sede. El PSOE difunde un comunicado en el que solicita «serenidad ante las difíciles circunstancias de excepcionalidad que vive el partido» y llama a «evitar cualquier tipo de concentración frente a nuestras sedes y locales». El llamamiento público termina diciendo: «En este momento inédito, queremos trasladar a militantes y simpatizantes un mensaje de tranquilidad y confianza, con la seguridad de que, entre todos, resolveremos democráticamente las diferencias que han desembocado en esta situación». Llega la hora de la verdad. Mañana habrá de todo menos calma.

EJECUCIÓN FEDERAL

—¡Así vamos a terminar en los Juzgados de Plaza de Castilla!

José Blanco trata de poner orden en un Comité Federal del PSOE que se está convirtiendo en un caos. Habrá dirigentes que lloren, que griten, que se insulten, que forcejeen... Pasarán las horas sin debate ideológico. Solo discutiendo quién debe votar, cómo, cuándo, dónde y por qué. Fuera, en la calle Ferraz de Madrid, decenas de manifestantes gritan «¡Fuera golpistas de las filas socialistas!», «No es no» o «¡Vergüenza!». Hay varios carteles en los que se lee «Felipe, golpista, no eres socialista» o «Yo voté PSOE, no voté PP».

La reunión ha comenzado a las nueve de la mañana. Los miembros del Comité han hecho el paseíllo entre los concentrados. Algunos les arengaban o les increpaban, dependiendo de si eran *sanchistas* o *susanistas* y, a veces, sin saber exactamente quiénes eran. Era una mezcla de personas enfurecidas con otras que se lo tomaban con humor, de dirigentes políticos que llegaban sonrientes o cariacontecidos. El catalán Miquel Iceta es aclamado en Madrid. Lo mismo el vasco Patxi López. El navarro Roberto Jiménez se emociona y entra llorando en la sede. Al aragonés Lambán o al extremeño Vara les gritan «fascistas», «traidores» o «chusqueros». Son partidarios de Sánchez los que se han acercado hasta allí, y algunos ni siquiera eso, sino que protestan por lo que llaman un «golpe del régimen».

Susana Díaz ha entrado en coche por el garaje. A su lado iba Juan Cornejo. Por el mismo lugar ha llegado Pedro, minutos más tarde, para jugársela a vida o muerte. Susana y Pedro. Los dos iban sentados en el asiento de atrás, en coches separados. Debe quedar uno y ese será quien pilote el PSOE. Sus gestos son duros, serios, de preocupación y negro pensamiento, ante las primeras luces del día. Ya en el interior de la sede, en el comité, Sánchez se coloca en el centro de la mesa que dirige la reunión y Susana Díaz se sienta enfrente, en primera fila.

El comité no arranca. Fuera, a la Policía Local se le unen los nacionales. Llegan dos furgonetas de antidisturbios y la calle Ferraz queda cortada cuando pasa un cuarto de hora de las nueve de la mañana. Varios agentes fornidos están

apostados en la fachada de la sede socialista, de frente a los manifestantes, como si dentro estuviera pasando algo grave. La prensa no puede entrar.

Pasan los minutos y pasarán las horas sin que la reunión comience. Hay cámaras de televisión en algún edificio contiguo a la sede que toman imágenes del patio trasero de la sede socialista. Allí se ve a una activa Susana Díaz hablando con dos pesos pesados del *sanchismo*, Óscar López y Antonio Hernando. Pedro es más de subirse a comentar estrategias con su equipo en el despacho. Susana habla con unos y otros. Como en aquellas reuniones de las Juventudes Socialistas en las que quería ganar aunque fuera en el tiempo de descuento. Junto a la presidenta andaluza aparece su lugarteniente, Cornejo, que les dice a López y a Hernando que Sánchez «se va a suicidar». Óscar lleva el brazo en cabestrillo. Les acompaña Alfred Boix, número dos de los socialistas valencianos.

Las tropas andaluzas han llegado al comité con la intención de salir de allí con la cabeza de Pedro y con una gestora dirigiendo el partido. Intentan convencer a Hernando y a López de que son minoría y de que pronto, cuando voten, lo verán. «Os dejo pensando», dice Susana antes de abandonar a los dos hombres de Pedro. Hernando habla con Sánchez, pero el secretario general no acepta que está en inferioridad y decide seguir adelante. Espera un Comité Federal largo, hasta bien entrada la noche.

Al exterior llegan también mensajes que los asistentes envían a los periodistas o a las redes sociales. Como el que publica a las nueve y cuarto Jordi Sevilla, el primer jefe directo que tuvo Pedro Sánchez en Ferraz, que después fue elegido por el secretario general para dirigir su equipo económico. Ahora escribe: «Ser un líder no tiene que ver con gustar. Tiene que ver con hacer lo correcto. Robin Sharma».

Esta vez no ha habido intervención inicial de Sánchez. El punto del orden del día, *a priori*, está claro: convocar un congreso extraordinario. Sacar adelante el plan de Pedro o sacar a Pedro con los pies por delante. Los hay a favor y en contra. Unos y otros discuten acaloradamente: sobre si el comité debe dirigirlo la dirección en funciones o la Mesa, sobre si los componentes ya no están autorizados después de la dimisión de media Ejecutiva, sobre si el orden del día tampoco vale, sobre cómo votar... Preside la Mesa la *susanista* Verónica Pérez, conocida ya como «la única autoridad». Los otros dos miembros son el exconsejero vasco de Interior Rodolfo Ares, y la alcaldesa de L'Hospitalet de Llobregat, Núria Marín, ambos *sanchistas*. «La única autoridad» proclama que decide ella como presidenta. Ares responde que no, que lo hace él como representante de «la mayoría de la Mesa». Verónica, Rodolfo y Núria serán los que finalmente dirigirán el comité, pero discuten hasta si su papel es válido.

Hay voces que gritan «¡que te calles ya!», otros exclaman «¡fuera!». Josep Borrell discute con la presidenta de la Mesa y todo sigue siendo «un lío», que diría Rajoy. Sin duda, Mariano sabe que el PSOE está en un follón «colosal». De la máxima rivalidad, como los partidos de fútbol que le gustan a Mariano. Se viven lances tales como ver a Borrell pedirle a «la única autoridad» que lea los Estatutos y después preguntarle si los ha entendido. Todo es, en general, bastante desagradable.

Unos y otros comienzan a levantarse. Siguen los recesos. Ahora se ve a Susana Díaz negociando con otro *sanchista* de pro, el catalán Miquel Iceta. Se han sentado en el patio, en unas sillas altas, delante de unas mesas, y bajo unas sombrillas. En una de ellas pone «Fuensanta». El «fumadero» de Ferraz es lugar para conspiraciones, para buscar adeptos antes de que haya fumata blanca. Sánchez ha subido al despacho. Su equipo le pide que aguante y le dicen que la estrategia de sus rivales es enfangar el debate.

Hay una guerra psicológica en Ferraz que decidirá quién se queda con el Gobierno de España. La tensión va en escalada. Se discute sobre si decide la presidenta de la Mesa, que es *susanista*, o si lo hace la mayoría, que son dos y *sanchistas*. Se escucha un «aquí vosotros ya no tenéis poder de decisión porque la Ejecutiva está disuelta» y se pide «que venga la Comisión de Garantías», pero no está porque no han venido. «¡Es como nuestro Tribunal Constitucional», exclama el presidente de Aragón, Javier Lambán. Y sigue el caos.

Son las once menos veinte minutos de la mañana. Finalmente, la Mesa aceptada para el comité es la misma que había al inicio y la reunión se constituye con 253 miembros. Ahora discuten sobre qué van a debatir y votar. Los *sanchistas* quieren convocar las primarias y el congreso. Los críticos insisten en que la dirección está disuelta y piden nombrar la gestora que sustituya a Sánchez y a su equipo.

Cuando Verónica Pérez coge el micrófono de mano, Rodolfo Ares se levanta y habla desde el atril. El forcejeo entre ambos llega a ser lo más atractivo de la contienda. José Antonio Pérez Tapias, de la corriente Izquierda Socialista, comenta en Twitter: «Quien dijo “la autoridad soy yo” se situó al borde del autoritarismo. Resbaló y cayó». Cuando Ares se levanta y está a punto de empezar a hablar, Pedro Sánchez se pone en pie y alerta de que la situación es «muy grave». Propone que los diecisiete miembros de la Ejecutiva que dimitieron sean readmitidos y que se convoque otro Comité Federal con un orden del día acordado. La propuesta se la ha trasladado Borrell. Lambán le interrumpe diciéndole que ya no es el secretario general. Allí se escuchan, provenientes de los dos bandos, expresiones como «tonto», «que te calles», «sinvergüenza», «vete a casa ya»... Sánchez y Lambán son los destinatarios.

A la hora en la que normalmente estarían comiendo, aquí solo se comen unos a otros. Hay dirigentes que se han levantado y encargan a algún trabajador de la sede que les traiga un bocadillo, agua, tabaco... El sitio de Ferraz se prolonga. Susana Díaz quiere que decida primero la Comisión de Garantías, que está formada por tres *susanistas* y dos *sanchistas*, pero debería convocarla el presidente y el secretario, que son de Sánchez y no están. Todos son artimañas por parte de unos y otros para intentar arrimar el ascua a su sardina. El enfrentamiento sigue subiendo la temperatura.

Algunos miembros han salido a comer y son protegidos por la Policía Nacional. Los agentes han creado un pasillo para que entren y salgan. Hay intentos de zarandeo. Estamos en otro receso. Una inmobiliaria cercana a la sede ha pagado una enorme paella y unos hombres de negro la están repartiendo con el correspondiente cartel de fondo como reclamo publicitario. Algún reportero bromea con que es la empresa que va a reconstruir el PSOE.

Mientras tanto, en el interior de la sede, Pedro llega a una cabina en la que suelen trabajar los periodistas y se encuentra con Susana Díaz, Antonio Hernando y otros miembros del comité. Sánchez pide que le dejen a solas con ella. Discuten, pero no se ponen de acuerdo. Al final, la clave va a ser si votar con urna o a mano alzada. Los *sanchistas* siguen creyendo que quizás, si votaran en secreto, podrían ganar, porque de ese modo se evitaría la vigilancia de los barones. Los *susanistas* defienden el voto por llamamiento: nombrar al votante y que diga en voz alta «sí» o «no».

Las horas avanzan y se cierne la amenaza de que caiga la noche. Fuera, en los corrillos, se ha visto a barones más tranquilos, como Ximo Puig y Vara, a Emiliano García-Page maldiciendo a Sánchez en voz alta y con gran cabreo, a Francina Armengol apoyando al secretario general, o a Iceta poniendo alguna sonrisa donde la tensión se puede cortar con un cuchillo. Hay miembros del comité que escriben mensajes de móvil sin parar, otros que hablan por teléfono con algún periodista en los recesos y hasta un tipo es sorprendido grabando conversaciones a hurtadillas.

El tiempo va pasando sin llegar a ninguna conclusión, hasta que se acercan las seis de la tarde y termina un receso decisivo. Se produce la gran explosión. «La única autoridad» insiste en que la votación se haga por llamamiento público. Pero Ares la interrumpe. Como no puede con ella, se vuelve al atril. Anuncia que hay que votar en urna y el orden del día sobre la celebración del congreso. Sánchez se levanta y se dirige a la parte de atrás de la sala. Al fondo del escenario, tras una falsa pared del decorado, dos trabajadores acaban de colocar una urna. A Pedro le siguen varios *sanchistas* que se ponen en fila para depositar su papeleta.

Se arma un enorme revuelo. Juan Cornejo se va a por Sánchez, aunque lo frenan. Un trabajador de seguridad pasa un lector de código por la acreditación de cada votante. Otro empleado subraya en una lista, con un fosforito amarillo, los nombres de los que votan. Uno de los trabajadores junto a la urna se lamenta de que Vaquero, el secretario de Organización de Castilla-La Mancha, le ha dado «un puño». Unos gritan «¡Pucherazo!», otros «¡Manos arriba, esto es un atraco!». Se gritan, se insultan. La palentina Miriam Andrés se encara discutiendo a voz en grito con Borrell. Es la imagen de la vergüenza que se filtra al exterior. Es la foto que comienza a aparecer en todas las portadas.

Todo está ocurriendo en un instante. Cuando algunos *sanchistas* hacen cola para votar, el jiennense Paco Reyes se levanta y comienza a gritar que recoge firmas para hacerle una moción de censura a Sánchez. La ha escrito ahí mismo, a mano. Paco, que es presidente de la Diputación de Jaén, se sube a una silla para que le presten más atención, porque no se le oye. Unos se ponen en la cola para votar a favor de Pedro y otros para firmar en contra. Los hay también que han permanecido inmóviles en sus asientos, que lloran o que gritan. José Antonio Pérez Tapias abandona el comité. Declara a los periodistas que «el PSOE está roto».

Llora Fernández Vara, llora Antonio Hernando, llora Soraya Rodríguez, solloza Susana Díaz, que exclama: «¡Compañeros, parad esto ya. Votamos como queráis, pero nos estamos cargando el partido!». El asturiano Nino Torre, que es *susanista*, grita: «¡Como queráis, los cojones!». Hernando se acerca a Sánchez y le pide que paren. Se está armando tal revuelo que la votación se detiene entre gritos de «¡Cobardes!», «¡Canallas!», «¡Golpistas!»...

Los críticos tienen el 20 % necesario para presentar la moción de censura, pero no se puede votar. Los estatutos indican que solo puede hacerse en un Comité Extraordinario notificando esta votación al convocarse. Eso sí, la ocurrencia de la urna tras el fondo del escenario ha puesto a Pedro contra las cuerdas. Hay partidarios de Sánchez, como Borrell y Tapias, que han dejado de apoyarle. Hernando dice que no sabía que pondrían una urna. Otros le preguntan a Luena: «¿Qué coño habéis hecho?». Es mayoritaria la opinión que dice que se trata de otra *luenada*.

Pedro está ido. A punto de tirar la toalla. Se ha hecho un corrillo con *sanchistas* en el que María Luisa Faneca o Susana Sumelzo le dicen que no se vaya. Patxi López, Ares y Óscar están cabizbajos. Juanra Ferreira le dice a Sánchez que pueden convocar un comité para dos días después y votar la moción de censura. El navarro Roberto Jiménez está con Pedro, pero responde tajante: «¡Me cago en Dios! ¿De qué estamos hablando? Que se vote de una puta vez y ya está. Si se pierde, a casa».

Pedro se queda pensativo y se va aparte con Luena. Finalmente, asumen que van a votar. Susana ya no acepta que sea «como queráis». Será por llamamiento y a mano alzada. Son casi las ocho de la tarde y, once horas después, se decide lo que no fue posible decidir a las nueve de la mañana. Se votará públicamente si se celebran las primarias y el Congreso Extraordinario. Si Sánchez pierde, se va. Falta alzar los brazos, pero las esperanzas de Pedro son nulas.

Comienza la votación y varios miembros del PSOE andaluz levantan la mirada y observan lo que vota cada uno. 107 votos a favor de Pedro y 132 en contra. A las ocho y diez minutos de la tarde, Pedro Sánchez Pérez-Castejón es derrotado. Un minuto después comparece ante los medios para despedirse. Vuelve a vestir de tono azul, con chaqueta oscura y camisa clara. La misma vestimenta que mostró para anunciar el desafío de adelantar el congreso: «Para mí, ha sido un orgullo. Presento mi dimisión. Ha sido un honor». Dimite como secretario general del PSOE dos años y tres meses después de ser elegido por los militantes en primarias.

El Comité Federal hace un receso antes de seguir la reunión para nombrar una gestora. Será la que convoque otro comité para decidir la abstención socialista y que siga gobernando Mariano Rajoy. Si había alguna mínima posibilidad de un Gobierno alternativo al PP, acaba de morir. Pablo Iglesias escribe en Twitter: «Se imponen en el PSOE los partidarios de dar el Gobierno al PP. Frente al Gobierno de la corrupción, nosotros seguiremos con y por la gente». Errejón publica: «Preocupación por el posible repliegue conservador y las posibilidades de que se mantenga el Gobierno corrupto e ineficaz del PP». Alberto Garzón: «El PP ha ganado la votación en la calle Ferraz».

A las nueve de la noche, Pedro Sánchez comparece ante los medios. Promete lealtad a la gestora y afirma que quería votar «no» a Rajoy y formar un Gobierno alternativo, pero no ha prosperado su propuesta y dimite. No aclara si seguirá en la batalla y se presentará para volver a ser candidato del PSOE. Sánchez abandona en coche la sede, donde aún permanecen algunos manifestantes que gritan «¡Pedro, Pedro!». El exsecretario general hace algunas llamadas desde el vehículo y le cuenta al presidente de Cantabria, Miguel Ángel Revilla, que sí está dispuesto a ir a las próximas primarias, cuando se convoquen. Revilla lo suelta esa noche en la tele. Aún no ha terminado una encarnizada batalla en la izquierda, pues se da por hecho que continuará la guerra. Los tiros no se dirigen hacia Mariano Rajoy, que tiene razones para acomodarse en el sofá y después dormir a pierna suelta.

Antes de la debacle de Ferraz, hay pesos pesados del PSOE que han hablado con Mariano para negociar la abstención a cambio de que no fuerce terceras elecciones. Serían letales para el Partido Socialista. Rajoy ha sido fuerte y ya

tiene lo que quería. Seguirá presidiendo España. Como escribió en aquellos SMS del caso Bárcenas: «Al final, la vida es aguantar y que alguien te ayude». El PSOE, el histórico rival del PP, acaba de desangrarse para donarle la Presidencia al hombre que avanza sin moverse.

EL ÚNICO ANIMAL QUE AVANZA SIN MOVERSE

Año 2009. Decenas de políticos toman posición ante los periodistas en la sala de prensa de la sede del Partido Popular en Madrid. Mariano Rajoy aparece flanqueado por toda la Ejecutiva Nacional. Allí están Soraya, Cospedal, Arenas, Esperanza Aguirre, Ana Mato, Trillo, Rita, Camps, Ana Botella... La puesta en escena es una demostración de fuerza. El juez Garzón ha iniciado las investigaciones del caso Gürtel. Es la trama de corrupción política más grave de la historia de España. Se extiende desde las tripas hasta el corazón del Partido Popular: financiación irregular, dinero negro, adjudicaciones públicas a cambio de mordidas... Mariano proclama solemnemente: «No es una trama del PP, sino contra el PP».

Rajoy, que entonces lidera la oposición, se lamenta de que el Gobierno socialista esté moviendo los hilos contra ellos. El caso seguirá adelante y Dolores de Cospedal declarará que su partido está siendo víctima de «un Estado policial». Trillo asegura que se trata de un montaje político dirigido por Rubalcaba. Conforme avance la investigación, se irá viendo que el caso se habría llevado por delante a cualquier dirigente de una democracia avanzada. Mariano Rajoy resiste.

Año 2016. Octubre. En la misma semana en la que empieza el juicio sobre esa trama corrupta, el PSOE habla con Mariano y se dispone a permitirle que siga como presidente del Gobierno. Alfredo Pérez Rubalcaba ya no es el Rasputín que quiere destruir el Partido Popular. Ahora es un hombre de Estado. En la mañana del 3 de octubre, uno de los grandes amigos de Freddy, el asturiano Javier Fernández, ya dirige la gestora que ha sustituido a Pedro Sánchez y conversa por teléfono con Rajoy. Mariano felicita al hombre que dirigirá interinamente al PSOE mientras cambia su «no es no» por una abstención que le permitirá seguir gobernando. Para el socialismo es un desgarró histórico. Para Mariano, algún cadáver más en su camino.

El presidente de la gestora declara ante los medios que «una abstención no es un apoyo», pero es justo lo que el PP necesita para que Rajoy siga en La

Moncloa. Fernández, con gesto especialmente dramático, llama a los suyos a «bajar el incendio interior que nos está consumiendo». Así pone cara a una nueva dirección en el PSOE que compartirá con un portavoz que es uno de los hombres fuertes de Susana Díaz, el andaluz Mario Jiménez. Políticos de la confianza de Susana y de Rubalcaba se reparten los puestos más visibles. El portavoz en el Congreso seguirá siendo Antonio Hernando, del gusto de Alfredo, hasta ayer con Sánchez y que venía defendiendo repetidamente no abstenerse jamás para que gobernara Rajoy.

Ahora, Hernando es quien se dirige por carta a sus compañeros para indicarles que no hay libertad de voto. Deben votar abstención, tal y como decide un Comité Federal presidido por José Blanco, el hombre que le dio la gran oportunidad política a Sánchez. En la reunión del máximo órgano entre congresos, Susana Díaz proclama, como si no fuera con ella la cosa: «¡Cuánto tiempo hemos gastado en demonizar a unos compañeros contra otros! ¡Cuánta energía! ¡Cuánto insulto entre nosotros! No somos ni buenos ni malos, ni de izquierdas ni de derechas».

La eurodiputada Elena Valenciano, exnúmero dos de Rubalcaba, presenta la resolución con las razones para abstenerse y que siga gobernando el PP. La votación sale adelante con un 59 % de votos a favor y un 41 % en contra. El partido está partido... en dos. Ahora Susana repite incesantemente que hay que dedicarse a coserlo. El primer zurcido será pedir disciplina de voto en la investidura de Rajoy, que el rey le encarga a Mariano y que se celebrará entre el 26 y el 29 de octubre, justo cuando se cumple un nuevo aniversario de la primera victoria de Felipe González en las elecciones generales.

Para no sumarse a la abstención que permitirá gobernar al PP, Pedro Sánchez renuncia a su acta y deja de ser diputado en el Congreso. Anuncia que coge su coche y se pone a recorrer España para estar con los militantes, con la idea de presentarse a la próxima elección interna para volver a dirigir el partido. Lo hace sin saber la fecha de las próximas primarias. Las prisas y amenazas que hubo en su tiempo para convocar el congreso ahora se retrasan *sine die*. Hasta que Susana considere que el traje ya está cosido.

Sánchez tardará en coger el vehículo. Aún llamará menos, dejará de responder a más llamadas y perderá a buena parte de sus apoyos, que no saben qué va a hacer y caen en el desconcierto. El ya exsecretario general encuentra un recurso: aparecer como la víctima de toda esta lucha de poder y movilizar a militantes que previamente le daban la espalda. El Pedro Sánchez que antes fue de una izquierda moderada ahora parece de la más radical, diferenciándose de Susana.

El 29 de octubre de 2016, cerca de las ocho y media de la tarde, Mariano Rajoy es elegido presidente del Gobierno con 170 votos a favor, 111 en contra y

68 abstenciones. Votan sí el PP, Ciudadanos, Coalición Canaria, UPN, PAR y Foro. Rajoy se convierte en el presidente investido con menos votos en la historia de la democracia. Una prueba más de que el bipartidismo ha pasado a mejor vida y una muestra de que, para ser reelegido, una oposición reacia a apoyarle ha sido incapaz de ponerse de acuerdo. Mariano ha necesitado ver desangrarse al PSOE. Aún así, se dirige desde la tribuna a los socialistas y les dice que «nadie debe renunciar a sus principios».

Hay quince diputados socialistas que no se abstienen. Son Margarita Robles, Susana Sumelzo, Odón Elorza, Zaida Cantera, Pere Joan Pons, Sofía Hernanz, Rocío de Frutos, Luz Martínez Seijo, Meritxell Batet, Joan Ruiz, Mercè Perea, Manuel Cruz, José Zaragoza, Lidia Guinart y Marc Lamuá. Todos serán expedientados por saltarse la norma de disciplina de voto. También perderán cargos en el grupo parlamentario y en el PSOE. No han cedido a las presiones que durante varias semanas les han hecho dirigentes de la «vieja guardia», del equipo de Susana y varios barones para que se abstuvieran.

Rodeado de escándalos de corrupción, Rajoy afirma que «el PP no es un fin, sino un medio para la sociedad española, una herramienta». Como ese martillo que rompía los ordenadores de Bárcenas. Asunto por el que la «herramienta» está imputada. Según el presidente, con su investidura «España ha demostrado que aquí no hay impunidad con la corrupción y la política es cada vez más transparente y ejemplar». Por eso se declara «orgulloso», porque el país «ha demostrado ser una democracia madura para formar un Gobierno como en otros países de Europa».

Mariano lanza la advertencia de que «hay que borrar toda brizna de incertidumbre que, como mala hierba, haya brotado estos meses». Con Podemos acusando sus primeras divisiones serias, Susana maniobrando para ganar tiempo con la gestora y Rajoy proclamando que ocurre «lo que debía ocurrir», Mariano pide un mandato «duradero». No desea una legislatura corta, aspira a una década prodigiosa.

Hernando cumple el trámite, Pablo Iglesias hace, esta vez, un discurso más moderado, pero sale a la palestra Gabriel Rufián, de Esquerra, a liarla parda. Pone en llamas el hemiciclo saludando a «maese cuñado Rivera», a «Susana Díaz Richelieu», a «Felipe GonzaleX» y al «PSOE Iscariote». Ante el escándalo de los socialistas en sus escaños, pregunta a los «señores del PSOE, Sociedad Anónima» si «no les da vergüenza doblegarse a los designios de una cacique que gobierna la comunidad autónoma con una de las tasas de paro y fracaso escolar más altas de Europa» y si «no les da vergüenza darle el poder a uno de los partidos más reaccionarios de Europa, junto con el cuñadismo neoliberal salvaje». Rufián sentencia: «Si le hacen esto a su secretario general y a su

militancia, imaginen qué no le harán a la gente. El bipartidismo ha muerto. Ahora es un solo partido. PPSOE y el Frente Nacional Naranja. Más fuerte. Más reaccionario».

Todo esto entre insultos y continuas interrupciones que reducen su tiempo de intervención de cinco minutos a algo más de tres. A medida que Rufián lee las críticas a los socialistas que le envían algunos simpatizantes, oye a Madina llamarle «bobo» y mandarle «a la playa», mientras de la bancada le llegan varios «sinvergüenza», «imbécil», «payaso» y carantoñas de esta índole. Gabriel Rufián no lee todo el texto, tampoco pronuncia otras alusiones a personajes como Cebrián y Jiménez Losantos que tenía pensadas, y termina por recibir en privado los lamentos de la presidenta del Congreso, Ana Pastor, que le dice que «debería haber cortado por aludir a personas que no están en la Cámara». Al día siguiente, Rufián se va al Museo del Prado con la familia y empieza a descubrir que ha conseguido lo que también buscaba: hay gente que le felicita por la calle y un montón de medios informativos que le llaman porque quieren hacerle entrevistas e invitarle a sus programas.

Las atractivas intervenciones televisivas quedan para los líderes de la oposición. El Gobierno y los Presupuestos del Estado son para Mariano. Una vez más. Rajoy quiere que «todos estos líos» de los escándalos de corrupción se aligeren y Susana pide ganar tiempo para que el gran público vaya olvidándose de semejante catarsis, deseosa también de que el escándalo de los ERE quede en algo llevadero.

Cuando, en 2014, los que mandan en España se conjuraron ante la crisis de la Corona, de los partidos tradicionales y de la economía española, al tanto estaban Juan Carlos I, Felipe, Rubalcaba, Zapatero... y Mariano. De todos solo queda él. Cuando, en 2009, Rajoy dio aquella rueda de prensa que parecía un funeral, el caso de corrupción Gürtel removi6 al PP y cayeron jueces, fiscales, policías y directores de medios. Pedro Sánchez, que le llamó «indecente» a la cara a Rajoy, es el último de sus caídos. Aquí permanece Mariano, como dijo Felipe González, «el único animal que avanza sin moverse».

Conspiraciones

Jesús Cintora

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jesús Cintora, 2017

© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2017

ISBN: 978-84-670-4995-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.

www.safekat.com

Table of Contents

PRÓLOGO

1. ANTECEDENTES. BAJO CONTROL

2. PEDRO NO LLEGA

3. ASALTANDO EL CIELO

4. IZQUIERDA DESUNIDA

5. OPERACIÓN MENINA

6. QUE VIENEN LOS ROJOS

7. MATAR A PEDRO

8. MARIANO, SÉ FUERTE

9. NO QUIEREN A PEDRO EL CRUEL

10. BAJO PRESIÓN

11. PABLO NO QUIERE

12. ACTA DE DEFUNCIÓN

13. ESCOLTI, NEN

14. SINIESTRA

15. EL NACIMIENTO

16. CATENACCIO

17. LA SONRISA DEL DESTINO

18. JAQUE PASTOR

19. NO HAY QUÍMICA

20. MARIANO SE HACE EL MUERTO

21. PIOJOS

22. SE SIENTEN, COÑO

23. ¿SE PUEDE?

24. LA COBRA

25. CUATRO ESQUINITAS

26. A DOS BANDAS

27. CAL VIVA, VÍA MUERTA

28. RUEDAN CABEZAS

29. EL PASEÍLLO

30. OPERACIÓN MONTI

31. LA FERIA

32. OPERACIÓN MAQUILLAJE

33. «PACTO DE LOS BOTELLINES»

34. TRIPLE YUGOSLAVO

- [35. BOLIVARIANOS Y SOCIALDEMÓCRATAS](#)
 - [36. PEDRO, PABLO Y ZP](#)
 - [37. TELEMARIANO](#)
 - [38. MADRID RÍO](#)
 - [39. HOSTIA BÍBLICA](#)
 - [40. PEDRO PIENSA EN ABSTENERSE](#)
 - [41. EL ABRAZO DEL OSO](#)
 - [42. LAS DE CAÍN](#)
 - [43. AUNQUE NO SE LO MEREZCA](#)
 - [44. VOCES AISLADAS](#)
 - [45. DONDE DIJE DIEGO](#)
 - [46. PORTEADORES](#)
 - [47. DESAFÍO](#)
 - [48. NO SÉ DE QUÉ ME HABLA](#)
 - [49. PODEMOS ECHARLO A PERDER](#)
 - [50. A LAS ARMAS](#)
 - [51. PASANDO LISTA](#)
 - [52. EL DÍA D](#)
 - [53. LA ÚNICA AUTORIDAD](#)
 - [54. QUE VIENEN LOS NUESTROS](#)
 - [55. EJECUCIÓN FEDERAL](#)
 - [56. EL ÚNICO ANIMAL QUE AVANZA SIN MOVERSE](#)
- [Créditos](#)